

EL FENÓMENO INTERNACIONAL
LESLIE WOLFE

EL AGUA GUARDA SECRETOS
EL MIEDO SE PROPAGA
EN LA SUPERFICIE

**LA CHICA DEL
LAGO
SILENCIOSO**

UN THRILLER DE **KAY SHARP**

JENTAS

LA CHICA DEL LAGO SILENCIOSO

La chica del Lago Silencioso

Título original: The Girl from Silent Lake

© Leslie Wolfe, 2021. Reservados todos los derechos.

© 2023 Jentas A/S. Reservados todos los derechos.

ePub: Jentas A/S

Traducción: Ana Castillo

ISBN: 9788742812754

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Esta es una historia ficticia. Los nombres, personajes, lugares e incidentes se deben a la imaginación de la autora. Cualquier semejanza con hechos, lugares o personas vivas o muertas es mera coincidencia.

First published in Great Britain in 2021 by Storyfire Ltd. trading as Bookouture.

AGRADECIMIENTOS

Doy las gracias especialmente a mi amigo y lince de las leyes de Nueva York Mark Freyberg, quien me guio con pericia por los entresijos del sistema judicial.

CAPÍTULO UNO

Silencio

Lo observó entre lágrimas, con el corazón golpeándole las costillas y las ataduras de plástico cortándole la carne de las muñecas mientras luchaba por liberarse. El hombre le daba la espalda mientras colocaba unos objetos en una bandeja; el suave tintineo metálico era un presagio surrealista que le helaba la sangre y sumía sus pensamientos en un torbellino de terror sin sentido.

Lanzó una rápida mirada a su hija, obligándose a transmitir esperanza y valor a través de sus ojos llenos de lágrimas. Su niña, Hazel, de ocho años, estaba atada a una silla a pocos metros de la suya. Gimoteaba y su pequeño pecho se agitaba con su respiración entrecortada. Cuando se miraron a los ojos, los sollozos de Hazel se hicieron más intensos, amortiguados por el pañuelo que el hombre le había atado a la boca, pero aún eran lo bastante fuertes para llamar su atención.

—Ya basta —ordenó él en voz baja. Se volvió y dio unos pasos decididos hacia Hazel. Luego se detuvo, con sus ojos amenazadores a escasos centímetros de los de la niña.

Alison se quedó helada.

El hombre agarró un mechón del largo cabello de Hazel y jugó con él, enroscándolo alrededor de sus dedos; después se inclinó más cerca e inhaló su aroma. La mirada aterrorizada de la niña parecía divertirlo. Le soltó el pelo y limpió una lágrima de la mejilla de la pequeña con el pulgar, luego lamió el líquido salado con un gemido de satisfacción.

—No llores —susurró—, tu mami te quiere mucho, ¿verdad?

Hazel se quedó callada, como si estuviera demasiado asustada para emitir otro sonido, pero sus lágrimas corrían libremente por sus mejillas, empapando la tela del pañuelo. Había algo inquietante en la voz del hombre, en la forma en que había susurrado aquellas palabras, y un mal presentimiento hizo que Alison sintiera escalofríos incontrolables.

—Por favor —dijo Alison—, es solo una niña.

Una sonrisa ladeada se dibujó en la comisura de los labios del hombre.

—Lo es, ¿verdad? —añadió, con un tono casi amargo—. Siempre lo son.

Después les dio la espalda, y el tintineo de los objetos depositados en la bandeja se reanudó contra el frío silencio.

No era el monstruo que vive en los bosques y viste harapos que uno imaginaría capaz de secuestrar a una madre y a su hija y retenerlas como rehenes en una cabaña remota. Estaba bien afeitado y olía a after shave caro, vestía ropa nueva y cara, y la cabaña donde las había llevado estaba limpia y era grande. Si había algo que no encajaba, era la ausencia total de objetos personales, aunque era evidente que el lugar había estado habitado durante algún tiempo.

Parecía cómodo y habitual en sus actividades, como si lo hubiera hecho muchas veces antes. No había vacilación en sus movimientos ni miedo en sus ojos oscuros cuando la miraba, cuando parecía estudiarla como lo haría con un mueble o una obra de arte que quisiera adquirir.

De los anchos hombros y el pelo negro como un cuervo del hombre, la mirada de Alison pasó

a las impolutas paredes blancas y el suelo de baldosas. En la esquina más alejada de la habitación, junto a la puerta, la lechada de cemento estaba manchada; algo marrón rojizo decoloraba el material gris claro y poroso. No podía apartar los ojos de aquel lugar, donde las líneas del cemento que se entrecruzaban compartían una mancha que debía de haber sido más grande, como un charco de líquido que avanzaba por las juntas entre las baldosas de granito y se detenía en la pared.

Seguramente había limpiado las baldosas, pero el líquido había decolorado de forma permanente el cemento, dejando el testimonio de lo que había ocurrido en aquel suelo.

Sangre.

Alison sintió que una nueva oleada de pánico se apoderaba de su cerebro. Se obligó a controlarse, a conservar una pizca de dominio sobre sus pensamientos acelerados. Respiró despacio, reteniendo el aire en sus pulmones durante unos segundos antes de exhalarlo.

El recuerdo de su madre invadió su mente, el olor a canela y el suave tono de su voz diciéndole: «¿Por qué ir hasta la costa del Pacífico de vacaciones? Tú sola, con una niña pequeña. Eso no es seguro, cariño. Hoy en día, no. Ya no. ¿Por qué no llevamos tú y yo a Hazel a Savannah?».

El sonido de la voz de su madre resonando en su memoria hizo que sus ojos ardieran en lágrimas. ¿Había sabido lo que iba a ocurrir? Tal vez había visto una de sus extrañas señales de advertencia, una luna ensangrentada o una puesta de sol manchada; señales que Alison siempre había rechazado con indiferencia, atribuyéndolas a las raíces cajún de su madre, nada más que superstición sin fundamento.

«Oh, mamá —pensó—, ¿volveremos a casa?».

Inspiró con fuerza una vez más, fortaleciendo su voluntad. Tiró de las ataduras y sintió dolor en las muñecas, donde el plástico le había cortado la piel. Estaba sentada en una silla de madera, con las manos amarradas al respaldo recto y estrecho. Le había sujetado los tobillos a las patas cuadradas y gruesas de la silla, y por mucho que se esforzara en doblarlos e intentar romper las ataduras, lo único que conseguía era cortarse aún más la piel.

Cuando se volvió y se acercó a ella, gimió y sacudió la cabeza, a pesar de su decisión de mantener la calma el mayor tiempo posible por el bien de su hija. El pánico le recorría el cuerpo a cada paso que el hombre daba hacia ella, con los ojos clavados en la bandeja de plata que llevaba, y luego, en el taburete de cuatro patas que empujó entre su silla y la de Hazel, sobre el que colocó la bandeja.

Lo miró fijamente tratando de leer la expresión de sus oscuras pupilas, el significado tras su fría sonrisa. Cuando empezó a comprender, unos sollozos incontrolables cortaron su respiración mientras el terror que inundaba su cuerpo se volvía absoluto, despiadado.

Nunca iba a dejarlas marchar. La muerte estaba escrita en sus ojos, una sentencia silenciosa que estaba a punto de ejecutar, dándole la bienvenida con una sonrisa que clamaba sed de sangre y con el comportamiento despreocupado de un hombre inmerso en una placentera actividad de domingo por la tarde.

«Mi pobre niñita —pensó—, esto no puede estar pasando. No puedo permitirlo».

Luchó frenéticamente por liberarse. Se tiró al suelo, esperando que la silla se rompiera bajo su peso.

Cayó con fuerza, y el golpe la dejó sin aire en los pulmones durante un momento. Él volvió a

levantarla con facilidad, agarrándola con unos dedos implacables que aplastaban su carne.

—No, no —suplicó, ahogándose en sus propias lágrimas—. Por favor, déjanos ir. No diremos ni una palabra, lo juro.

Él no respondió; la única reacción a sus palabras fue el ensanchamiento de su sonrisa. Alison guardó silencio.

Cogió un cepillo de color hueso de la bandeja y le peinó el pelo, tomándose su tiempo, hasta que crepitó. Su mente se aceleró tratando de anticipar lo que vendría a continuación, agradecida de que él estuviera centrado en ella y no en Hazel.

«*Si la hubiera dejado marchar*», pensó, aferrándose a esa esperanza surrealista como quien se agarra a un clavo ardiendo.

Le dividió la melena por la mitad, desde delante hasta atrás, y separó sus largos mechones en dos secciones iguales. Cada vez que sus dedos tocaban su pelo o rozaban su piel, ella se estremecía, sus dientes rechinaban, todo su ser se revolvía, sin saber cuándo llegaría el golpe ni cómo. Solo sabía que llegaría. Pronto.

Empezó a trenzarle el pelo, despacio, con paciencia, aparentemente saboreando la actividad, tarareando en voz baja una canción de cuna. Verlo moverse, verlo guiado por la experiencia y sentir sus dedos contra su cuero cabelludo era una pesadilla viviente, de la que había dejado de esperar despertar en algún momento.

—¿Por qué? —susurró ella, girando un poco la cabeza para mirarlo.

La tiró del pelo para mantenerle la cabeza en su sitio.

—Quédate quieta. Ya estamos terminando.

Cuando acabó la trenza, la sujetó con una inusual goma para el pelo, hecha a mano con lo que parecía ser cuero y adornada con pequeñas plumas. Después se movió hacia su lado izquierdo y comenzó a trenzar de nuevo, tarareando la misma melodía.

Durante un rato, no reconoció la melodía, pero le resultaba familiar. Entonces su frenética mente empezó a imponer la letra sobre el tarareo. Siguiendo su instinto, se tragó las lágrimas y empezó a cantar en voz baja.

—Si ese ruiñeñor no canta, mamá te comprará un día...

Se quedó helada al ver su reacción al oírla cantar. En lugar de ablandarlo, como ella esperaba, sus facciones se habían vuelto de piedra, con los músculos rígidos anudándose bajo la piel, la mirada intensa, ardiente, los nudillos crujiendo al apretar los puños.

—Canta —le ordenó, pero solo un gemido salió de sus labios—. Canta, maldita seas —gritó, agarrándole la trenza a medio terminar y obligando a Alison a girarse y mirarlo.

Hazel gritó; un grito corto y apagado que se ahogó rápido en tristes sollozos.

La voz de Alison temblaba al desafinar, pero a él no parecía importarle.

—Si ese anillo de diamantes se convierte en latón, mamá te comprará un espejo —logró decir, luego moqueó y gimoteó—: Por favor, te lo ruego.

—¡Canta! —gritó.

Se estremeció, la letra que tan bien conocía desapareció de repente de su memoria.

—Canta —repitió con voz inflexible.

Casi había terminado de trenzarle el pelo, ¿qué haría después?

«*Por favor, Dios, no dejes que toque a mi pequeña*», rezó en silencio. Luego, con una voz demasiado quejumbrosa para una canción, cantó la rima.

—Y, si ese espejo se rompe, mamá te comprará un...

Se detuvo cuando él anudó el extremo de su trenza con la goma del pelo. Temblaba desmesuradamente y sentía frío; estaba congelada, a pesar del sol de última hora de la tarde que entraba por la ventana. En el silencio sepulcral, oyó el canto de los pájaros al otro lado de la ventana, ajenos a la pesadilla que encerraban las paredes de la aislada cabaña.

Miró a Hazel durante un largo y profundo instante; luego, alargó la mano y tocó el pelo de la niña. Parecía estar pensando qué hacer a continuación.

Alison contuvo la respiración, sus pensamientos frenéticos la invadían.

«No, no...».

Como si hubiera oído su súplica, se acercó a Alison y se detuvo frente a ella. Estudió su rostro durante largo rato sin decir ni hacer nada más.

Tragó saliva, con la garganta contraída por un miedo indescriptible, y se obligó a cantar un poco más.

—Y, si el caballo y el carro se caen, seguirás siendo el bebé más dulce...

Sin previo aviso, le arrancó la blusa. Ella jadeó e intentó apartarse de él empujando con sus pies contra el suelo, pero él la retuvo en el mismo sitio, con la mano abrasándole la piel desnuda.

—Por favor, no delante de mi hija —suplicó—. Haré lo que quieras.

Ojalá Hazel no tuviera que presenciar lo que iba a suceder. Ojalá no tuviera que verla así.

La risa del hombre resonó en las paredes vacías. Se inclinó hacia su rostro, tan cerca que ella sintió su aliento caliente en la cara.

—Sé que harás todo lo que yo quiera —respondió él, aún riendo—. ¿Estás lista?

Los arrendajos azules que habían estado llenando el valle con sus gorjeos se callaron de golpe cuando su grito rasgó el aire claro de la montaña.

CAPÍTULO DOS

Hogar

La última hora del trayecto de vuelta a casa fue tan encantadora como Kay recordaba. La franja de hormigón perfectamente recta de la interestatal que atravesaba el llano y desolado desierto de polvo fue sustituida de forma gradual por serpenteantes curvas inclinadas con suavidad que atravesaban los espesos bosques del parque nacional. Después, a medida que aumentaba la altitud, el follaje se desvanecía, favoreciendo a los árboles de hoja perenne, mientras que las pendientes eran más abruptas y las curvas más cerradas, implacables. El paisaje de octubre estaba cambiando, un espectáculo que bien merecía el viaje a las montañas al norte de San Francisco, aunque solo fuera para contemplar los colores del hermoso otoño californiano.

Cortó el flujo de aire acondicionado que salía de las rejillas de ventilación del Ford y, en su lugar, abrió una ventana, dejando que el viento jugara con su ondulado pelo rubio y le trajera el aroma casi olvidado de las hojas caídas, del rocío matutino sobre las verdes briznas de hierba, de las cascadas, las agujas de pino y la promesa de la nieve.

Se iba a casa.

No era un viaje que quisiera hacer, nunca más.

Suspiró y, sin darse cuenta, tocó el lateral de la caja de cartón que había colocado en el asiento del copiloto con unos dedos largos, finos y helados que habrían enorgullecido a cualquier concertista de piano. La caja blanca llevaba la insignia del FBI y contenía sus efectos personales. Unas horas antes, había vaciado su mesa y recogido todo lo que había hecho suyo uno de los escritorios de la quinta planta de la oficina regional de San Francisco. Una taza de café con la figura caricaturesca de un perro olfateando, regalo de un colega suyo. Un par de libros, uno sobre psicología de la investigación y otro sobre elaboración de perfiles de delitos violentos, ambos plagados de notas *post-it* rojas y amarillas insertadas entre sus páginas. Una foto suya, pescando en la costa del Pacífico, frente a la rocosa Sea Cliff. Una placa de escritorio en oro pulido sobre nogal macizo, con su nombre en letras mayúsculas precedido de su título: «Agente especial Kay Sharp». El mero sonido de esas palabras en su mente solía hacerla enderezar sus anchos hombros y poner un resorte en su paso, añadiendo unos dos centímetros a su estatura y haciendo que su delicada barbilla se levantara con confianza.

Todo eso había quedado en el pasado, y ella se iba a casa.

Recordó lo doloroso que había sido recoger todos aquellos objetos, meterlos en la caja prestada por el depósito de pruebas y salir por la puerta sabiendo que no volvería allí el lunes. Había mantenido la cabeza alta mientras se despedía, luchando contra el escozor de las lágrimas mientras miraba la oficina por última vez y luego corría hacia el ascensor y estrechaba una mano más, antes de que bajar las cinco plantas y abandonar del edificio. Al salir del aparcamiento con su Ford Explorer blanco, echó un último vistazo al rascacielos y, como siempre, observó el reflejo del cielo azul en las ventanas de espejo. Después, giró a la izquierda, en dirección norte.

De vuelta a casa.

Solo porque Jacob no podía controlar su maldito temperamento.

Su tímido hermano pequeño, Jacob, se había convertido en un hombre bastante corpulento, con los brazos y la espalda marcados por los músculos que había desarrollado trabajando en la construcción durante el verano, cuando encontraba trabajo. Jacob siempre había tenido problemas; no se relacionaba bien con los demás y, al parecer, también tenía dificultades para controlar la ira. Eso era nuevo; para ella siempre había sido una persona amable, retraída, que no haría daño ni a una mosca.

Cuando la había llamado unos días antes, su voz estaba cargada de vergüenza y arrepentimiento.

—Voy a ir a la cárcel, hermanita —había dicho, yendo directo al quid de la cuestión, como siempre hacía—. No sé cómo ocurrió. Me provocó, me tiró una botella a la cabeza y solo le pegué una vez. Pero le pegué. —Hizo una pausa, se aclaró la voz y luego dijo, hablando casi en un susurro—: Nunca esperé que el juez me condenara tanto tiempo, por eso no te lo conté.

—¿Cuánto tiempo? —había preguntado ella, mientras las lágrimas inundaban sus ojos. Su pequeño Jacob, en prisión. A pesar de su estatura, no estaba hecho para la cárcel; no duraría mucho. Su naturaleza bondadosa y su actitud tímida invitaban al abuso por parte de criminales profesionales que sabían cómo actuar desde dentro. Si se lo hubiera dicho, ella se habría presentado para testificar a su favor, para hablar de su carácter, y tal vez el juez habría considerado suspender la sentencia.

—Seis meses —respondió tras un largo silencio—. Pero podría estar fuera...

—Cielos —reaccionó ella—. ¿Cómo pudiste...?

No quiso continuar. No tenía sentido machacarlo; él ya era consciente de lo que había hecho y de todas las implicaciones, y por lo que parecía, se ahogaba en la culpa.

—Sabes lo que eso significa, hermanita —añadió—. Tienes que...

—¿Cuándo has de comparecer y dónde? —le cortó.

—Este próximo viernes, a las nueve de la mañana, en High Desert.

La prisión estatal de High Desert estaba a solo unas horas en coche de casa. Podría visitarla y hablar bien de Jacob con el alcaide, tal vez por cortesía profesional, si es que algo así se les concedía a los exagentes del FBI. Y querría hablar con el juez y preguntarle por qué se había sentido obligado a encarcelar a un delincuente primerizo por lo que parecía no haber sido más que una pelea de bar.

Lo haría todos los días y aprovecharía al máximo cada jornada. El mantra de una existencia plagada de adversidades.

Sin embargo, aquel viernes por la tarde no tuvo más remedio que volver a casa.

Y eso significaba dejar atrás su carrera, todo el duro trabajo que había invertido en su papel de perfiladora para el FBI en los últimos ocho años tirado por el desagüe, y pronto sería olvidado.

Mientras tanto, debía volver a vivir en un lugar que había jurado no volver a ver. Debía construirse una vida allí, en una ciudad atormentada por recuerdos que había intentado olvidar durante años.

Un estúpido puñetazo de borrachera y su carrera se detenía bruscamente.

Se secó una lágrima rebelde del rabillo del ojo y maldijo, con las palabras tragadas por el viento mientras conducía con las ventanillas bajadas, invitando al aire frío de la montaña a refrescar su acalorada frente.

«Maldita sea, Jacob. ¿Cómo has podido hacerme esto? ¿A nosotros?».

Era casi de noche cuando pasó por delante de la señal que decía: «MOUNT CHESTER, FUNDADA EN 1910. 3 823 HABITANTES». Tomó la primera salida y tardó unos treinta minutos en llegar frente al viejo rancho, lo que incluía una parada de cinco minutos en la cafetería Katse para tomar un café recién hecho y unos cruasanes de mantequilla.

Era tal y como lo recordaba.

No había vuelto desde el funeral de su madre, diez años atrás, pero recordaba la casa con claridad.

Se acercó conduciendo despacio, se detuvo en el camino de entrada y apagó el motor, pero dejó las luces encendidas. Al verla de cerca, Kay ya no la reconocía, además de porque estuviera envuelta en la oscuridad. El césped estaba invadido por la maleza y lleno de chatarra, la pintura estaba agrietada y desconchada, y el porche necesitaba un entarimado nuevo para sustituir el que estaba podrido y desgastado. Faltaban varios balaustres y otros estaban rotos, aunque seguían colgando.

Atajó por la hierba, y se arrepintió al instante cuando tropezó con la llanta oxidada de un camión escondida entre la maleza y se revolvió para recuperar el equilibrio. Luego, se armó de valor y subió los cinco escalones de madera chirriantes que conducían a la puerta principal.

No estaba cerrada. ¿Por qué iba a estarlo?

Temblando, tiró de las largas mangas de su jersey negro de cuello alto hasta que le llegó a los dedos, entonces entró y tanteó la pared en busca del interruptor de la luz. Sumergida en la pálida y amarillenta luz procedente de una lámpara de techo rota, la casa la recibió con recuerdos indeseados. Hay cosas que nunca cambian y sobreviven al paso del tiempo sin que nadie las altere, ya sea como trozos perdurables de rutina o como recuerdos de un pasado olvidado. El olor de la comida rancia y los platos sucios que se acumulaban en el fregadero. El hedor a moho que venía de las paredes, del baño, de todas partes. La alfombra manchada en medio del salón, aparentemente sin aspirar desde hacía mucho tiempo. Una foto de familia tomada cuando ella tenía unos diez años y Jacob nueve, con sus padres de pie detrás de ellos, colgaba torcida sobre la chimenea agrietada, enmarcada y protegida con finos cristales rotos. La mesa de la cocina estaba llena de latas de cerveza vacías, periódicos viejos y envoltorios de comida precocinada.

—Joder, Jacob, ¿qué demonios? —murmuró, mientras caminaba despacio por la casa vacía, con el crujir del suelo como único sonido que podía oír.

¿Qué esperaba, dejar aquella casa para que la cuidara un hombre, y nada menos que Jacob? Nunca había sido demasiado práctico ni demasiado manitas. Aunque trabajara en la construcción en verano o en el mantenimiento de los telesillas en invierno, Jacob nunca había sido el tipo de hombre con el que ella pudiera contar para que las cosas funcionaran sin problemas. Jacob estaba roto, y ella sabía por qué. En gran parte, era culpa suya.

Abrió algunas ventanas con mosquitera y encendió las luces de todas partes, invitando a la brisa nocturna de la montaña a ahuyentar las sombras. Sacó la basura y colocó el cubo junto a la puerta principal, temerosa de cruzar el césped en la oscuridad para encontrar el contenedor. Había que fregar bien el suelo y, si había una aspiradora que funcionara, tenía que ponerla a trabajar. Pero no sería esa noche. Ya al día siguiente.

Se encogió, un escalofrío recorrió su esbelto cuerpo al darse cuenta de que necesitaba dormir en aquella casa y, durante un instante demasiado largo, consideró la posibilidad de dormir en su

Ford Explorer. Estaba limpio y olía a cuero nuevo y a cruasanes recién hechos, pero dormir en el coche era una decisión cobarde; tenía que aceptar su nueva realidad. Cuanto antes, mejor.

Deambulando de una habitación a otra, se preguntaba dónde podría pasar la noche. La habitación de Jacob estaba llena de ropa sucia esparcida por el suelo y hacía tiempo que las sábanas no se cambiaban. Su cuarto de baño tenía artículos de aseo y papel higiénico, pero no estaba en un estado utilizable para sus estándares.

La puerta del dormitorio de sus padres estaba cerrada, y contuvo la respiración antes de abrirla, casi esperando que su padre la regañara por despertarlo. La cama estaba cuidadosamente hecha con la misma colcha y almohadas que ella había puesto después del fallecimiento de su madre. Jacob no la había tocado, y ella no iba a hacerlo. No podía soportar pensar en su madre; a pesar del paso del tiempo, el dolor seguía siendo intenso. Cerró la puerta con suavidad, como para no perturbar los recuerdos que albergaba aquel espacio.

Así, solo quedaba su antigua habitación, y permaneció inmóvil mirando la estrecha cama desde la puerta, sin querer entrar en el lugar que había sido testigo de tantas de sus lágrimas. Cerró la puerta con cuidado y volvió a la cocina. Tal vez una taza de té caliente cambiaría su visión de la vida, de vivir en su vieja casa, con tantos viejos recuerdos, en un futuro próximo.

El frigorífico contenía cerveza, licores y comida precocinada congelada, con la única excepción de un pequeño bote de mostaza. Se encogió de hambre y cerró la puerta de la nevera, cogió la cafetera y se preparó una taza de té que olía a posos de café rancio. Sosteniendo la vieja taza de su madre entre las manos heladas, se asomó a la ventana y se quedó mirando el patio trasero, apenas visible bajo la tenue luz procedente de la casa y el brillo de la luna filtrada por la bruma. Estaba descuidado, igual que el césped de la entrada, con hierbas y maleza crecidas hasta las rodillas, y parecía que Jacob no había puesto un pie allí desde hacía mucho tiempo. Pero era tal y como lo recordaba, una amplia zona de hierba que conducía al bosque por un lado y a los sauces junto al río por el otro.

Los sauces llorones habían crecido, sus hojas rozaban el suelo y sus copas se tocaban por encima de los enormes troncos. Sus siluetas se alzaban ominosas contra el cielo oscuro, y sus sombras, iluminadas por la luna, eran grandes, se movían con el viento y casi tocaban la casa.

Temblando, cerró la ventana con un fuerte golpe y corrió las cortinas.

—Jacob, tenías que dar ese puñetazo, ¿verdad? —susurró, y solo el viento respondió, silbando contra las hojas de los pinos y las largas ramas de los sauces llorones.

Terminó su té y dejó la taza vacía sobre la mesa, después abrió el diario doblado que encontró allí. Era el periódico local del día anterior, y lo primero que le llamó la atención fue un título en letras grandes y gruesas: «DETALLES EMERGEN EN EL ASESINATO EN EL BOSQUE DEL LAGO CUWAR». Intrigada, acercó una silla y se sentó, sin importarle la mugre que manchaba el asiento, sin apartar los ojos de la letra pequeña, apenas visible en la penumbra, leyendo atenta cada palabra, olvidándose de dónde estaba.

Cuando terminó de leer, sacó el portátil del todoterreno y se puso a teclear una carta mientras mordía hambrienta un cruasán de mantequilla fresca.

CAPÍTULO TRES

Cautiva

Había perdido la cuenta de los días, aunque intentaba llevarla, recordándose constantemente cuántas veces había salido el sol desde que se las habían llevado. Pero el cerebro es una cosa frágil, que crea realidades alternativas cuando la auténtica es demasiado dolorosa de soportar. La mente de Alison no era una excepción; después de pasar varios días encerrada en el sótano, con solo una rendija en el panel de madera que tapiaba la pequeña ventana para ver si fuera había luz u oscuridad, por fin había aceptado que no iba a saber qué día era. Ya no, no con ningún grado de certeza.

Había rayado líneas verticales cortas en la pared para llevar la cuenta, pero, cuando despertó de su sueño agitado y lleno de terror, no recordaba si se había dormido la noche anterior o solo hacía una hora. Sabía que tenía que oírlo, a él y al sonido del motor de su coche, anticipando con miedo su regreso, avisando de lo que le depararía.

Todos los días, justo después del anochecer. Algunas veces, antes.

Aún tenía tiempo hasta su llegada, o al menos eso esperaba. Todavía brillaba el sol, porque no lo veía ponerse por la rendija de la ventana de madera, y eso significaba que podía esperar encontrar una salida antes de que él regresara.

No es que no hubiera intentado escapar antes. Lo había hecho, empujándose contra la enorme puerta, arañando la ventana de tablas hasta que le sangraron los dedos, golpeando cada centímetro de pared. Había hecho todo eso el primer día que pasó en cautiverio, y después todos los demás, algunos más de una vez. Lo había hecho incluso cuando le dolía tanto el cuerpo que apenas podía mantenerse en pie.

Pero ese día era diferente. Estaba frenética, desesperada por escapar, más que nunca. Porque la noche anterior había oído gritar a Hazel.

Había ocurrido cuando él aún estaba allí y la había dejado tirada en el suelo de cemento, sangrando. Cerró la puerta con llave, y entonces ella oyó sus pesadas pisadas subiendo las escaleras, no un piso, sino dos. Se sucedieron unos minutos de tenso silencio, durante los cuales Alison no se atrevió a respirar. Entonces lo oyó, el lamento desgarrador de su hija, lejano pero conmovedor, que terminaba en sollozos.

Seguía allí, su niña, y seguía viva. Al menos, eso sabía desde esa noche. Pero ¿por qué había gritado? ¿Qué le había hecho?

Tenían que escapar. Y tenía que ser ese día, antes de que él pudiera volver a acercarse a ella. Costase lo que costase.

Temblando y sollozando, Alison se arrojó contra la puerta, sin importarle el dolor que le recorría el costado, con el recuerdo de cómo el hombre había mirado a Hazel alimentando su agonía. Cómo había jugado con el pelo de su hija, cómo le había tocado la cara y había saboreado sus lágrimas.

Los ecos del grito de Hazel reverberaban en su mente una y otra vez.

Retrocedió dos pasos, vacilante, luego corrió y volvió a golpear su delgado cuerpo contra la puerta, para caer al suelo destrozada. Aquella puerta no iba a ceder.

Volviendo su atención a la rendija de luz que entraba por la ventana, golpeó la tabla de madera con ambos puños. Sin aliento, pero sin rendirse, se agarró al alféizar con una mano para llegar más alto y lo golpeó con la otra con toda la fuerza que pudo.

Nada.

Se dejó caer al suelo, gimiendo con fuerza, y se abrazó las rodillas con sus manos ensangrentadas. Llorando hasta que se le secaron las lágrimas, se tapó la boca con la mano para ahogar los sollozos, temerosa de que Hazel pudiera oírlos igual que Alison había oído los gritos de su hijita la noche anterior.

Entonces se puso en pie de un salto, dándose cuenta de que había estado golpeando aquella tabla de madera todo ese tiempo, cuando en vez de eso debería intentar tirar de ella hacia sí. Tal vez había una oportunidad de esa manera.

Consiguió meter el dedo en la grieta lo suficiente como para agarrar la tabla y tiró, y unos cuantos trozos de madera se desprendieron, ensanchando el hueco. Ahora podía meter dos dedos. Minuto tras minuto, la grieta se ensanchaba y su agarre se hacía más fuerte, tirando de la tabla de madera con los clavos que la sujetaban, lentamente, mientras más luz se abría paso para llenar la lúgubre habitación.

Ahora podía ver los clavos oxidados casi por completo y, más allá de la grieta, una sección del marco de la ventana, frágil, fácil de romper. Respiró hondo y volvió a tirar, con los dedos en carne viva y sangrando, y la tabla cedió unos pocos centímetros más de los clavos oxidados.

Con un último tirón, la tabla se soltó y le golpeó la frente, pero no le importó. Conmocionada, se quedó mirando la ventana, ahora totalmente expuesta, un mero agujero de veinte por veinticinco centímetros en un muro de hormigón.

Nunca iba a caber por ahí.

Un fuerte sollozo le hinchó el pecho y lo dejó escapar, tapándose la boca con las manos cubiertas de sangre mientras se dejaba caer al suelo. De repente, oyó una carcajada. Abrió los ojos y vio que el hombre la miraba y se reía.

—Has estado ocupada, por lo que veo —dijo, y luego se rio un poco más.

—No, no —gimoteó ella, alejándose de él hasta llegar a la esquina de la habitación.

—¿No? —respondió, con la diversión aún presente en sus ojos—. ¿Y si pudieras ver a Hazel esta noche? ¿Cambiarías de opinión?

—¿Lo... lo dices en serio?

Se puso la mano en el pecho en un gesto de burla que ella prefirió ignorar, demasiado desesperada para creerle.

—Lo juro. —La diversión desapareció de sus ojos, dejándolos tan fríos y oscuros como ella los conocía.

Las lágrimas corrían por sus mejillas. Se sentía patéticamente agradecida al hombre que las había secuestrado y que llevaba días torturándola. Pensar en ello le revolvía el estómago, pero no le importaba; pronto iba a ver a su hija.

Alison cerró los ojos, imaginándose a Hazel corriendo hacia ella con los brazos abiertos, riendo, chillando de alegría.

Cuando lo oyó desabrocharse la hebilla del cinturón, no abrió los ojos. Cuando la agarró por el

tobillo y la arrastró por el suelo, no opuso resistencia.

Iba a ver a su preciosa niña esa noche.

CAPÍTULO CUATRO

Lago Cuwar

Kay sabía que debería haber pasado el día organizándose en su antigua casa familiar, ya que iba a vivir allí hasta que Jacob fuera liberado. Se lo debía a su hermano pequeño; solo se tenían el uno al otro, y en un mundo en el que vivían miles de millones de personas, solo podían confiar entre sí. En cuanto se hubiera corrido la voz de su encarcelamiento, todo lo que poseía habría sido saqueado o robado en cuestión de días. La idea de extraños pisoteando la casa le revolvía el estómago. Bueno, no ocurriría bajo su vigilancia.

En lugar de poner en marcha su nueva vida, se encontró obsesionada con el cadáver hallado en el bosque del lago Cuwar. ¿Quién era? ¿Cómo llegó allí? ¿Cómo la mataron? Había leído dos veces el artículo del periódico, pero sabía mejor que nadie que en las declaraciones de la policía a los medios de comunicación solían omitirse muchos detalles críticos sobre un crimen, una estrategia que la mayoría de los investigadores utilizaban para descartar falsos testimonios y confesiones. El único detalle aprovechable que mencionaba el artículo era que el cadáver había sido envuelto en una manta; el resto era relleno sensacionalista.

Conocía datos sobre el asesinato desde antes de salir de San Francisco y había leído todo lo que los medios de comunicación habían publicado al respecto. Hacía más de una semana que habían encontrado el cadáver de una joven enterrado en el bosque del lago Cuwar, a pocos metros de la orilla del lago. Los informes describían a la mujer como una morena de veintiocho años, pelo largo y ojos marrones, que había sido brutalmente estrangulada. El artículo hablaba de importantes hematomas en su cuerpo, muy probablemente asociados a la agresión sexual igual de brutal que el reportero local describía con detalles vívidos y editorializados. Sin embargo, desde que apareció en la prensa la primera mención del cadáver de la joven, ninguna declaración oficial del médico forense había corroborado la versión del reportero sobre el crimen.

Pero fue suficiente para que ella empezara a armar el rompecabezas.

Siempre había estado atenta a las noticias de su ciudad natal; tenía motivos de sobra para querer estar al tanto de lo que ocurría en la pequeña comunidad, sobre todo, en lo referente a la delincuencia. Por supuesto, entonces podía utilizar sus credenciales del FBI para acceder a la información, pero ahora ya no tenía acceso a esos sistemas, lo que era motivo para estar disgustada y alejarse de las actividades que tenía planeadas.

Esperó ansiosa a que anocheciera, paseando por la propiedad y haciendo una lista mental de las cosas que tenía que hacer, para olvidarse enseguida de ello, con la mente ocupada visualizando los detalles del elaborado *modus operandi*. Fragmentos de las acciones del sujeto desconocido aparecían con claridad en su mente, pedazos de una imagen rota que necesitaba descubrir y pegar, muchas piezas aún perdidas, aún ocultas a la vista. A pocos kilómetros, en el bosque del lago Cuwar, algunas de esas piezas esperaban a que las descubriera, a que las arrojara a la luz, acercándola un paso más a desvelar la identidad del criminal. Pero ya no era una federal, solo la hermana de Jacob, que había vuelto a casa para cuidarla mientras su hermano cumplía

condena. Lo único que podía hacer con sus descubrimientos era escribir cartas y enviarlas a los investigadores, con la esperanza de que las leyera antes de que acabaran en la papelería. Sin embargo, no podía no dejarse llevar, no podía resistir el impulso de dar caza al asesino de aquella joven, porque en el fondo sabía que no había terminado.

Estaba empezando.

De vez en cuando recogía trastos del césped delantero y los llevaba a la acera, confiando en que el servicio de eliminación de residuos los recogiera, contenta de aplazar el momento en que tendría que entrar de nuevo en casa. Pero, sobre todo, se quedaba en el césped mirando cómo se ponía el sol, sin prisas, con una lentitud dolorosa.

En cuanto desapareció tras las montañas, se puso al volante de su Explorer y se dispuso a conducir hasta el lago Cuwar.

El artículo no especificaba dónde se había encontrado exactamente el cadáver, pero ella conocía el lago como la palma de su mano. Cuando era pequeña, pasar un día en esas playas de arena era lo más parecido a unas vacaciones de verdad. Y había kilómetros de esas playas, flanqueadas por densos bosques que proporcionaban la sombra tan necesaria en verano. Los robles, los arces y los álamos de la zona entretenían a los niños durante todo el año. La búsqueda del tesoro de bellotas, los concursos de escalada de árboles, que le habían dejado un montón de cicatrices que mostrar con orgullo, y los collares hechos con sámaras de dos alas mantenían a los niños ocupados todo el fin de semana mientras los padres descansaban un poco.

A veces.

Cuando tuvo suerte, la invitaron a ir al lago con la familia de su mejor amiga. La familia de Judy era muy divertida, la recordó con una sonrisa triste. Hacía mucho tiempo que no los veía y no entendía por qué no los había llamado.

Giró hacia la carretera de North Shore y aminó la marcha, preguntándose cómo podría localizar el lugar donde habían enterrado el cadáver. Tal vez la cinta amarilla de «Prohibido el paso» siguiera en su sitio, y sería así de fácil, si tan solo pudiera verla en la oscuridad.

Desde la carretera hasta el lago partían varios senderos, que los ávidos turistas que conducían camiones o todoterrenos abrían cada fin de semana en busca de una franja de playa desierta que pudieran llamar suya. El artículo decía que el cadáver se había encontrado cerca de la playa, pero mencionaba *el bosque* del lago Cuwar, no solo el lago. Eso significaba que tenía que conducir un poco más y llegar al límite sur del parque nacional.

Bajó la ventanilla y apuntó con la linterna hacia la arbolada, donde la oscuridad ya era densa e impenetrable desde la carretera. Cuando estaba a punto de dar media vuelta e intentar buscar de nuevo desde la orilla del lago, un destello de cinta amarilla llamó su atención en la distancia. Giró hacia el camino y condujo despacio, deteniéndose a unos seis metros de la tumba abierta.

Después de apagar el motor y las luces, dejó que sus ojos se adaptaran a la oscuridad durante unos segundos y se acercó al hoyo. Protegiendo el haz de luz de la linterna con la palma de la mano, se arrodilló junto a la tumba y la examinó centímetro a centímetro. Había sido cavada con una pala plana, las líneas dejadas en los bordes eran largas y paralelas, lo que sugería un enfoque metódico y la fuerza de la parte superior del cuerpo. Un hombre en la flor de la vida. El agujero se había cavado a un metro de profundidad, no un trabajo apresurado, sino una tarea cuidadosamente ejecutada por alguien a quien le importaba lo suficiente como para tomarse su tiempo y arriesgarse a que lo atraparan solo para dar a la víctima un entierro adecuado.

¿Remordimientos?

Probablemente.

Necesitaba ver las fotos de la escena del crimen para estar segura.

Kay se arrodilló en el lado más alejado de la tumba y proyectó el haz de luz hacia el fondo de la excavación, donde vio algo que no correspondía. Una hoja de sámara de dos alas, cuando todas las hojas caídas alrededor de la tumba eran de roble, no de arce. Pero una sámara es el diseño de la naturaleza para una semilla destinada a volar lejos del árbol con el más suave de los vientos, dando vueltas y cobrando impulso, en busca de terrenos fértiles donde crecer.

Probablemente no era nada.

Pasó unos minutos observando las numerosas huellas de neumáticos visibles en aquel camino, preguntándose si la oficina del sheriff había tomado moldes de alguna de ellas. Había muy pocas secciones de terreno estéril en las que esas huellas hubieran dejado impresiones perceptibles. El follaje de octubre cubría casi cada centímetro cuadrado, y las marcas de neumáticos en las hojas eran tan efímeras como el viento.

Oyó el ulular de un búho y sonrió al oírlo, sin miedo, aunque en la cultura local el búho era un símbolo de muerte, un mal presagio que la gente temía. Pero la muerte ya había estado allí, se había cobrado su sombrío tributo. El búho era solo un pájaro, nada más, una de las muchas formas de vida próspera que se podían encontrar en la orilla norte del lago Cuwar. Lo único que el ave predecía era la presencia de ratones en el suelo, su presa favorita.

De pie, se pasó las manos por los vaqueros, quitándose la suciedad y las hojas, y miró a su alrededor. Apenas podía ver la brillante superficie del lago bajo la luz de la luna, a través del espeso bosque. En cuanto a las fosas de cadáveres, esa no estaba mal elegida; la víctima podría haber permanecido enterrada durante años sin que nadie la encontrara.

¿Cómo fue descubierta? El artículo del periódico no lo decía.

Subió al Explorer y arrancó el motor, frunciendo el ceño cuando vio, al encender los faros, las numerosas huellas que había dejado junto a la tumba. Por suerte, por la mañana todas habrían desaparecido, esparcidas por el viento, y una nueva capa de hojas de roble cubriría las que llevaban su marca.

Metió la marcha atrás y se alejó despacio, con cuidado de no chocar con nada al salir del bosque. Sus ojos, clavados en la cámara retrovisora, no se fijaron en el hombre que la observaba desde la distancia, con los brazos cruzados sobre el pecho, apoyado en su coche.

Llevaba allí un tiempo.

CAPÍTULO CINCO

Elliot

Kay había pasado su segunda noche tras regresar a la casa de su infancia dormitando en la mesa de la cocina, con la cabeza apoyada en los brazos y la cara pegada al último periódico local. La luz del amanecer y el concierto de gorjeos y gritos de águila que la acompañaba la encontraron rígida e inquieta, pero feliz de que por fin se hubiera ido la oscuridad.

Soportaba mirar la casa a plena luz del día, cuando los fantasmas de su pasado parecían derrotados por el amanecer. Con la luz del sol como aliada, empezó a limpiar metódicamente, pensando en los días y las noches que tendría que pasar allí.

Comenzó por el trío de supervivencia, como a ella le gustaba llamarlo: cocina-baño-dormitorio, las necesidades básicas de cualquier vivienda. Empezó por su antiguo dormitorio, la cual no era la habitación en la que quisiera dormir, pero de las alternativas existentes, el mal menor. La tarea, que no debería haberle llevado más de un par de horas, acabó ocupándole la mayor parte del día.

La única aspiradora de la casa estaba estropeada, y para sustituirla había que ir a la única tienda Walmart de Mount Chester, a treinta y cinco minutos en coche. De camino, aprovechó para desayunar algo en una pastelería, agradecida de ver que nadie la reconocía. No estaba dispuesta a entablar conversación, solo contenta de poder seguir su camino de forma anónima lo antes posible. Una vez en la tienda, decidió aprovisionarse de fruta y verdura, y añadió a su cesta productos de limpieza, utensilios domésticos y un nuevo juego de sábanas. Después, regresó al rancho, molesta por haberse olvidado de comprar ambientadores y champú.

Acercarse a la casa a mediodía fue una experiencia diferente a la de la noche de su llegada. El rancho resultaba menos amenazador, con un aspecto frágil y destartado, como si estuviera a punto de venirse abajo si arreciaban los vientos. Antes de descargar sus compras, caminó por el jardín delantero, decidiendo qué hacer primero. Olvidada la lista del día anterior, optó por dar unas horas más de vida a las hierbas altas del exterior, en beneficio de adecuar los espacios habitables del interior hasta un nivel que pudiera tolerar.

Cuando terminó de pasar la aspiradora, limpiar todas las superficies y hacer la cama con las nuevas sábanas verde oscuro, parecía casi habitable.

Kay llevó el juego de cama viejo al lavadero y cargó la lavadora, para volver furiosa a Walmart unos minutos después. A juzgar por la gruesa capa de polvo acumulada en su panel de mandos, hacía meses que la lavadora no se utilizaba, y no encendía. Tres horas más tarde, un hombre corpulento y barbudo llamado Joe terminó de instalar la nueva combinación de lavadora y secadora, se llevó las viejas a la acera y aceptó agradecido una propina de veinte dólares con una sonrisa coloreada por las manchas de tabaco de mascar en sus dientes torcidos.

Los días siguientes los pasó fregando el suelo, limpiando las ventanas, haciendo una colada tras otra, hasta que los olores acre fueron sustituidos por el aroma a lavanda del suavizante. Pero fregar el suelo de la cocina tenía su propio precio, y vomitó al terminar ese tramo de madera,

inclinada sobre la barandilla debilitada del porche. Cuando el vómito cesó, se enjuagó la boca con agua embotellada y salió dando un portazo, con las llaves del coche en la mano.

—Al diablo con esto —murmuró unos instantes después, al volante de su Ford, perdiéndose en una nube de polvo y guijarros.

Veinticinco minutos más tarde, estaba abriendo la puerta de una habitación en el Best Western del centro. Allí se preparó enseguida un baño y se sumergió en una paz purificadora hasta que el agua se enfrió. Unas horas más tarde, con los sentidos calmados por la calidez y la pulcritud de todo lo que la rodeaba, encontró la fuerza de voluntad para dejar atrás la promesa de tener una buena noche de descanso y se dirigió de nuevo al rancho.

No podía permitirse dejar el lugar sin vigilancia ni una sola noche.

De eso hacía dos días, y no podía creer que hubiera llegado casi una semana antes. La nevera estaba limpia y tenía comida de verdad, no solo cerveza y comida precocinada, aunque todavía no se atrevía a cocinar. Quizá más tarde... Quizá nunca. Embutidos, lonchas de queso, fresas y manzanas componían su dieta, además de los cruasanes que compraba en la cafetería Katse, al otro lado de la montaña.

Un par de veces había intentado llamar a Judy, pero le saltaba el buzón de voz y no encontraba las palabras para dejar un mensaje. ¿Cómo podía explicar no haber llamado a su mejor amiga en todos estos años? En cuanto terminara la limpieza, pasaría por allí y hablaría con ella en persona. Era una promesa que se había hecho a sí misma, una promesa que la hizo sonreír con ilusión; la amarga culpa de no haber estado en contacto durante tanto tiempo empezaba a disiparse.

Una vez terminada la mayor parte del fregado y la desinfección, se había encontrado sin nada que hacer, pero, por alguna razón, pospuso la visita planeada para ver a su mejor amiga. En su lugar, buscó trabajo, pero no había ninguno en Mount Chester, con una población de 3 823 habitantes. Estaba dispuesta a hacer cualquier cosa, incluso servir mesas en uno de los comedores locales, pero nadie contrataba hasta el comienzo de la temporada turística de invierno, para la que solo faltaba un mes. Y no se atrevía a visitar a viejos conocidos y pedirles ayuda; eso desencadenaría más recuerdos no deseados, preguntas y cotilleos. Mejor hacerlo sola, ya lo había hecho antes. Por suerte, su cuenta de ahorros le permitía vivir en Mount Chester durante seis meses, hasta que Jacob fuera puesto en libertad y ella pudiera regresar a su verdadero hogar, en San Francisco.

Deseaba hablar con su hermano y planeó una visita. No podía atender llamadas; ningún recluso podía, a menos, claro, que quien llamara fuera un agente federal, cosa que ella no era. Ya no lo era. Pensaba en él casi todo el tiempo, preguntándose cómo sobrevivía entre rejas y temiendo la conversación que tendría con él si no conseguía respuestas. Ninguna solución, ninguna promesa de una puesta en libertad anticipada, de una apelación que avanzara lo bastante rápido por el sistema como para cambiar las cosas.

«*Ni un día más, hermanito*», pensó, y de repente se preguntó si entre las 3 823 personas que aparecían en el cartel de la ciudad estaba ella o no, o cuándo volvería a estarlo, si es que lo hacía. Con suerte, no estaría allí el tiempo suficiente para que eso ocurriera.

Apenas percibió el primer golpe en la puerta, y lo descartó rápidamente, pensando que debía de ser un pájaro carpintero, ocupado en el viejo roble en busca de comida. Pero el segundo golpe, más fuerte, tenía ritmo, lo que demostraba que había sido provocado por un ser humano.

No esperaba a nadie.

Frunció el ceño, se limpió las manos con un trapo manchado de pintura y se dirigió al salón, palpando el arma que llevaba enfundada en la cadera, bajo la camisa holgada. Después abrió la puerta, primero con timidez, y luego con fuerza, en cuanto vio la placa que el desconocido sostenía a la altura de sus ojos.

—Detective Young, oficina del sheriff del condado de Franklin —dijo el hombre, y su acento tejano la hizo sonreír—. ¿Puedo pasar?

Volvió a fruncir el ceño.

—Ehm, claro.

No se parecía a ningún detective del condado de Franklin que ella hubiera visto, sino a un vaquero de Texas que se hubiera equivocado de vuelo. Con unos vaqueros desgastados y una camiseta azul marino estirada sobre unos músculos bien definidos, no aparentaba nada ser detective, sobre todo, en horas de trabajo. Normalmente, los departamentos de sheriff de todo el país exigían un atuendo informal —pantalones, camisa, corbata y chaqueta—, pero, al parecer, este detective no había recibido esa nota en particular. El sombrero negro de ala ancha y la hebilla del cinturón con la estrella solitaria eran declaraciones a su favor.

Se quitó el sombrero al entrar en la casa y permaneció de pie junto a la puerta. Sin la sombra que proyectaba el fieltro oscuro, pudo ver una frente alta salpicada de cabello rebelde, castaño claro, algo despeinado sobre unos ojos azules que la miraban fijamente, inquisitivos, inquietos. Un atisbo de sonrisa se dibujó en la comisura de sus labios mientras la estudiaba abiertamente, sin intentar ocultar su mirada.

Irritante como el infierno.

—¿Qué puedo hacer por usted, detective?

—He oído que uno de los mejores perfiladores del FBI ha vuelto a casa —dijo, dando al salón el típico repaso policial—. Pensé en pasarme y presentarme.

Ella se abstuvo de agitarse, de mostrar lo incómoda que le hacía sentir su presencia, sobre todo, cuando se dio cuenta de la atención con la que examinaba su entorno. ¿Había estado antes en la casa? No tenía forma de saberlo, pero una cosa era segura: no creía ni una sola palabra de lo que había dicho desde que había cruzado el umbral de la puerta.

Forzó su sonrisa para parecer sincera.

—Bueno, ya nos hemos conocido, detective. ¿Algo más?

Se apoyó en la pared y cruzó las piernas por los tobillos.

—Señorita Katherine Sharp, ¿es correcto?

—Kay —se apresuró a corregirle—. Todo el mundo me llama Kay.

—Ajá —respondió, con un atisbo de sonrisa en sus ojos azules—. Entonces, ¿qué hace una federal de primera como usted en un sitio como este?

El tipo era muy directo, pero ella no iba a responder a sus preguntas infundadas. Sorprendida, Kay tardó más de una fracción de segundo en responder.

—No veo cómo...

—¿Estaba quemada o algo así? —le preguntó, con una sonrisa en la comisura de los labios—. ¿O tiene algo que ver con que su hermano esté en la cárcel?

Enfadada, apoyó las manos en las caderas y se acercó un paso a la puerta. Conocía bien a esos tipos, ya que se los había encontrado con frecuencia en sus años de federal. Policías entrometidos

en búsqueda de información, cuando los días eran demasiado pacíficos para justificar su existencia en la nómina financiada por los contribuyentes.

—Creo que no puedo ayudarlo en nada, detective, y tengo trabajo...

—Oh, pues yo creo que sí puede —contestó con su acento tejano, un recordatorio constante de que no pertenecía a ese lugar. Sacó un papel doblado del bolsillo trasero y se lo entregó—. Creo que puede ayudarme a entender lo que pone en esta carta. Darle algún sentido.

Cogió la carta arrugada y mecanografiada y se tragó soltar un improperio. Reconoció el tipo de letra que se había utilizado, el diseño de la página. Incluso antes de leer las primeras palabras, supo que era una de las cartas que había enviado. Sin embargo, fingió leerla mientras pensaba en la mejor manera de manejar la situación. Si hubiera querido tener una conversación cara a cara con los detectives que investigaban el asesinato del lago Cuwar, habría firmado la maldita carta.

—A mí me parece bastante claro —respondió ella, doblando y tendiéndole la carta para que se la llevara.

Él no lo hizo.

—Señorita, solo soy un agente de la ley de Texas que aterrizó aquí tratando de ganarse la vida. No soy tan listo como usted. ¿Por qué no me explica lo que dice, en lenguaje sencillo, con palabras que pueda entender y usar mientras busco al hijo de puta que asesinó a esa mujer?

Se quedó mirándolo un instante, preguntándose si no estaría haciéndose el tonto. Seguía sin creerse nada de lo que decía, pero decidió seguirle la corriente.

—La carta sugiere que el asesino tiene experiencia en quitar vidas, y especialmente en deshacerse de los cuerpos de una manera que alude a costumbre, a rutina. Y hay una referencia a un cierto ritual, como se ve en la forma en que la víctima fue enterrada. La colocación del cuerpo, la manta con la que la envolvió, eso habla de remordimiento.

—¿Algo que un simple policía de Austin pueda usar de verdad? —Cambió el peso de un pie a otro, aún apoyado en la pared.

—La carta habla de que podría ser obra de un asesino en serie —añadió, y se quedó de pie, esperando. Quería que se fuera de allí lo antes posible. De alguna manera, tener a un policía dentro de su casa la volvía un manojo de nervios, aunque, si la misma situación se hubiera producido en San Francisco, habría invitado al agente a tomar un café y habría hablado del caso con mucho gusto.

Entonces se dio cuenta de que estaba cometiendo un error, comportándose de forma diferente a como lo habría hecho en la ciudad.

—¿Le apetece un café, detective? —preguntó, cambiando de táctica; se dio la vuelta y se acercó a la encimera de la cocina.

Su rostro se llenó con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Qué tal si dejamos lo de la carta anónima? ¿Y qué tal una cerveza en su lugar?

«Maldita sea. Y ni siquiera son las once de la mañana, amigo. ¿Así es como hacen la ley en Austin, Texas? ¿Con una cerveza fría en la mano?».

Contuvo la respiración hasta que estuvo de espaldas a él mientras cogía dos cervezas frías de la nevera. Después se permitió exhalar, soltando su frustración de manera silenciosa y alargada, hasta que sonó como una respiración normal.

—¿Qué quiere decir? —preguntó ella, entregándole la botella.

Este reventó la chapa con un gesto rápido, luego miró a su alrededor antes de localizar el cubo

de la basura y la envió allí con un disparo preciso que cruzó la habitación. Silbó cuando cayó limpiamente en la papelería y acercó la botella a la de ella, aunque sin tocarla.

—Salud —dijo, y luego tragó con sed casi la mitad del contenido—. Bueno, veamos. Es la única criminalista licenciada en Psicología en un radio de ciento sesenta kilómetros. También sé que no es la primera carta que recibimos de usted, aunque acabe de mudarse aquí. Casualmente, las otras tenían matasellos de San Francisco. Ha estado pendiente de los acontecimientos locales, ¿verdad?

Por supuesto que sí. Era su ciudad natal. Sus raíces.

El acento seguía ahí, pero la actitud de chico sencillo de Texas había desaparecido por completo. Sopesó sus opciones durante un rato y decidió aceptarlo.

—Culpable de los cargos, detective —respondió sin sonreír—. Pero, la última vez que lo comprobé, escribir cartas no era ilegal en el condado de Franklin. —Sorbió despacio su cerveza, saboreando el frío sabor.

—No, pero interferir en una investigación activa sí —respondió con calma—. Verá, ahora podemos hacer una de dos cosas. Puedo escuchar lo que tiene que decir o puedo ponerla sobre aviso para que se mantenga alejada de la investigación. No tengo miedo de detener a una exfederal, señorita Sharp, téngalo en cuenta.

Levantó la botella hacia él antes de tomar otro sorbo.

—Es doctora Sharp, por cierto. Salud.

Miró al techo por un instante, el equivalente masculino a poner una mirada de exasperación.

—Claro que lo es —murmuró—. Ya lo sabía. Sé algunas cosas sobre usted.

Kay señaló una de las sillas que había alrededor de la mesa de la cocina y se sentó en otra.

—Siéntese bajo su propia responsabilidad —dijo rápidamente, avergonzada por el estado de los muebles—. De nuevo, ¿qué puedo hacer por usted? Me parece que ha entendido bastante bien todo lo que he escrito ahí.

Se rascó la nuca con un gesto rápido. Ahora parecía un poco inquieto, quizá también frustrado.

—¿Ha trabajado antes con asesinos en serie? —le preguntó, evitando sus ojos.

—Sí, ocho maravillosos años encerrando a los asesinos más enfermos y perturbados de la región —respondió ella, añadiendo algo de dramatismo para poner a prueba sus reacciones.

Permaneció serio.

—Bueno, yo no. Todos mis arrestos por asesinato han sido sencillos; la mayoría, motivados por la codicia o la pasión, los celos, robos y allanamientos que salieron mal, cosas así. Pero las mentes retorcidas como esta... No consigo pensar como él, eso es todo. Y he sido policía durante trece años.

—¿Dónde, en Texas?

—Allí, luego aquí —respondió—. Me mudé a esta zona hace unos años.

—¿Por qué? —preguntó Kay, la primera vez que sentía verdadero interés por escuchar la respuesta a recibir. ¿Qué haría que un vaquero de Austin eligiera vivir en un lugar cubierto de nieve durante seis meses al año?

—Ah, una larga historia. —Desechó su curiosidad con un gesto de la mano—. Pero no se preocupe por mí —dijo—. Dígame cómo entrar en la mente de ese asesino, eso es lo que necesito saber.

Ella se puso en pie, paseándose por el espacio entre la cocina y el salón, y él le concedió

tiempo para pensar.

—No es tan sencillo, detective.

—Lláname Elliot —respondió—. Al menos, eso sí debería ser bastante sencillo.

Ella sonrió.

—Elliot, vale. —Siguió caminando, preguntándose cómo podría condensar sus años de formación y experiencia en información que pudiera transmitir mientras él terminaba su cerveza. Porque ciertamente no iba a haber un segundo botellín.

Volvió a sentarse a la mesa y tomó una decisión.

—¿Por qué no me hablas de la víctima, Elliot? Empecemos por ahí.

Kay esperaba alguna vacilación, teniendo en cuenta que las fuerzas del orden suelen ser reacias a compartir detalles de una investigación en curso con casi todo el mundo, pero Elliot respondió de inmediato, lo que la hizo preguntarse si no era eso en realidad lo que había venido dispuesto a hacer desde el principio.

—La víctima es Kendra Marshall, veintiocho años, asistente legal de Nueva York. Estaba aquí por negocios. Iba a reunirse con la familia Christensen por un asunto relacionado con una herencia. Nunca llegó a su cita.

—Gracias —dijo ella, pensando en lo poco que le decía esa información, a pesar de que había algún detalle que él probablemente había pasado por alto—. Podría empezar diciéndote cosas como que tienes un depredador que no acecha, sino que aprovecha la oportunidad y tiene una forma rápida y eficaz de captar víctimas sin ser visto. Tiene movilidad y medios. Sabe cubrir sus huellas, y también las de su víctima. Es de aquí, o lo era, porque conoce bien este lugar.

—Sí, eso es útil —respondió.

—O podría decirte que pasé años formándome para ser doctora en Psicología y más años sobre el terreno, trabajando en este tipo de casos, viendo operar a estos monstruos, entrevistándolos, comprendiendo la mente sociópata mejor de lo que pueden hacerlo la mayoría de las fuerzas del orden.

—¿Estás diciendo que no sé hacer mi trabajo ni por una pizca de mierda seca? —reaccionó, apartándose de la mesa con un sonoro chirrido de patas de silla de madera arrastradas contra las baldosas de cerámica—. ¿Es eso lo que está diciendo, *doctora* Sharp?

—Tranquilo, vaquero —replicó ella, riendo, divertida por la exhibición de libro de texto sobre el ego masculino herido—. Todo lo que digo es que enseñarte a pensar y sentir como él llevaría tiempo, y con este asesino no puedes permitirte el lujo de tener tiempo. Volverá a matar, y pronto. Así que me ofrezco a trabajar en esto contigo.

—¿En calidad de qué? Ya no eres una federal.

—Cierto, pero soy una civil educada y experimentada, una consultora cualificada, a falta de una palabra mejor.

—¿Cuánto quieres cobrar a los contribuyentes por esta actuación, doctora Sharp?

—Nada, lo haré gratis. Y puedes llamarme Kay.

Frunció el ceño, arrugando la frente mientras consideraba su oferta.

—¿Por qué Kay? ¿Qué le pasa a Katherine?

—Ah, una larga historia —respondió ella, esperando que él la dejara.

—Tengo tiempo —dijo, mirando el dedo de cerveza que quedaba en el fondo de su botellín.

Fingió no haberse dado cuenta de la petición tácita.

—Odio el nombre, eso es todo. Solo conservé la inicial, K, que se lee «Kay», ¿verdad?

—¿Quién odiaría un nombre como Katherine? —murmuró, luego se bebió el resto de la cerveza y dejó la botella suavemente sobre la mesa—. Gracias. ¿Por dónde quieres empezar?

—En la oficina del forense, tan pronto como sea posible.

—¿Qué tal ahora?

Sin palabras, señaló el botellín vacío, pero él ni siquiera pestañeó. Resignada, cogió su chaqueta.

—Perfecto, voy a por caramelos de menta.

CAPÍTULO SEIS

Autopsia

Elliot deambulaba por el césped cubierto de maleza buscando algo en particular mientras Kay fingía cerrar la puerta principal. No tenía llave; probablemente, Jacob no había cerrado aquella puerta en años.

—Ahí —dijo Elliot, luego se agachó y cogió unas hojas de un pequeño arbusto—. Menta negra —aclaró, antes de meterse una de las hojas en la boca y masticar con entusiasmo—. Es maravillosa para disimular el olor a cerveza. ¿Quieres un poco?

—Paso —respondió ella, subiendo al todoterreno sin matrícula del detective.

—Tú te lo pierdes —respondió, alegre, echándose a la boca las hojas que le quedaban.

—Conoces los tipos de hierbas —comentó ella, no dispuesta a dejar que el silencio encendiera las preguntas equivocadas. Era más listo de lo que parecía, y ese tipo de inteligencia era peligrosa. Los policías como Elliot solían desarrollar una gran intuición, una mezcla de instinto y rapidez mental que los guiaba hacia la dirección correcta, a pesar de la aparente falta de pruebas. Lo último que necesitaba era a Elliot Young husmeando en su vida.

—Sí, las conozco —contestó, girando hacia la carretera estatal, camino del depósito de cadáveres del condado—. Es una pena que tú no, ya que creciste aquí. ¿Por qué?

—Conozco algunas —respondió con cautela—. Pero no me gustan mucho las hierbas. Al menos, no todas —añadió, mirando el reloj del salpicadero; sabía que iban a tardar un rato en llegar al depósito de cadáveres, al otro lado de la montaña.

—Dime una que te guste —preguntó.

—Me gusta el té de cicuta oriental —respondió—. Me encanta en una fría mañana de otoño.

—La cicuta es un árbol, no una hierba —se rio—. Creía que conocías la diferencia, doctora Sharp.

Ella se volvió y vio que la diversión en su voz iba acompañada de una sonrisa genuina y nada sarcástica.

—No me digas —se rio—. También me gusta el romero —añadió—. Si fueras psicólogo, podrías salirte por la tangente explorando mi fascinación por las hojas en forma de aguja de la vida vegetal.

—Pero no lo soy, así que no lo haré —respondió. Cuando él habló, ella pudo percibir una pizca de su aliento mentolado—. Pero te preguntaré, para pasar el rato, ¿por qué has vuelto realmente aquí, Kay?

Apretó los labios hasta que todos los improperios que inundaban su mente dejaron de correr el riesgo de salir de su boca. Cuando se le pasó la rabia, recordó que tenía experiencia convenciendo a asesinos en serie para que revelaran los lugares donde enterraban a sus víctimas o los nombres de las mismas. Sin duda, podría enfrentarse a un agente del sheriff de Texas, por muy listo que fuera, y desviarlo de cualquier pista que hubiera captado.

«Empezar por la verdad» fue un valioso truco que aprendió al principio de su carrera.

«Construye un iceberg: la verdad que puedas utilizar por encima de la superficie, donde pueda verse y verificarse fácilmente, y todo lo demás, bajo el agua, donde a nadie se le ocurra mirar. Con eso, puedes hundir el barco de cualquier sospechoso». Esas habían sido las palabras de su mentor, el jefe de la Unidad de Análisis del Comportamiento, Aaron Reese, durante una de las conferencias de criminalística avanzada que a veces impartía a los agentes que se mostraban prometedores sobre el terreno.

Por supuesto, Aaron Reese se habría horrorizado al saber que estaba a punto de usar sus técnicas de desvío con un compañero de las fuerzas del orden.

—Mi hermano es la única familia que tengo —dijo al final, justo cuando Elliot empezaba a fruncir el ceño—. Es el hombre más amable que jamás conocerás, y no haría daño a nadie intencionadamente.

Hizo una pausa, para ver si Elliot quedaba satisfecho con aquel pequeño bocado de verdad que le había expuesto.

No lo estaba.

—¿Y? —insistió—. Aun así, ¿por qué estás aquí?

—Estoy investigando por qué se le impuso una condena tan dura por una pelea de bar. Eso ocurre todas las noches, que yo recuerde, y nadie va a la cárcel por ello. Nadie murió, nadie resultó malherido ni necesitó puntos de sutura. No tiene sentido. —Miró hacia los árboles que bordeaban la autopista, contemplando por un momento el paisaje en rápido movimiento—. No le irá bien entre rejas, Elliot. No está preparado para vivir ahí dentro.

—¿Y cómo va a ayudarlo exactamente tu presencia aquí? —preguntó.

Era una pregunta legítima, pero aumentaba su preocupación.

—Estaré cerca de él, cuidando de su casa, de los pocos bienes que tiene en esta vida. Hablaré con el juez; ya he pedido una cita con él. Y hablaré con el alcaide, si me recibe.

—Hubiera sido mejor que siguieras siendo agente del FBI para hacer todo eso, ¿no crees? ¿Por qué no pedir una excedencia, en vez de dejar tu puesto?

«Uf —pensó—, eso va mucho más allá de una pregunta casual». Era hora de darle la vuelta a la tortilla.

—¿Cómo sabes que no sigo siéndolo? ¿Me has investigado? —preguntó con calma, forzando la voz para no transmitir la rabia y la angustia que sentía.

—Hice algunas llamadas —respondió con indiferencia.

Parecía que no se disculpaba, estaba en su derecho, y tal vez ella lo había provocado con sus malditas cartas. Si se hubiera ocupado de sus asuntos, no tendría a Elliot Young pisándole los talones. Pero no podía hacer eso; no cuando un asesino estaba ahí fuera, probablemente preparándose para matar de nuevo. Los hombres como ese nunca dejaban de matar.

—¿Y qué has aprendido? —preguntó con calma, obligándose a sonreír con fingida diversión.

—Bastante —respondió—. Me enteré de que dejaste el FBI con un preaviso mínimo, pero te aceptarían de vuelta sin pensarlo dos veces. He oído que eres la mejor que la oficina de San Francisco ha visto en décadas, que ningún otro perfilador tiene la capacidad de entender el comportamiento criminal como tú. Y me imaginé que tenía a mi lado un valioso activo, uno que eligió escribir cartas anónimas en lugar de hablar conmigo directamente, por alguna retorcida razón.

—¿Y? —preguntó, conteniendo la respiración.

—Oye, usaré lo que pueda y te estaré agradecido por ello —respondió, sin apartar los ojos de la inclinada y sinuosa carretera de montaña.

De nuevo, no le creyó ni por un segundo. No había conseguido despistarlo.

—Ahora te toca a ti —dijo—. ¿Por qué estás aquí, en Mount Chester, en lugar de en Austin? ¿Has desarrollado un repentino interés por los deportes de invierno?

Apretó un instante la mandíbula, lo suficiente para que Kay supiera que había tocado un nervio.

—Metí la pata en un caso —dijo al fin—. Enn Austin. Mi compañero y yo debimos decirle a nuestro jefe que nos reasignara; bueno, es una larga historia. Y me fui. Quería el hedor de aquel error lo más lejos posible de mí. Si me hubiera quedado en Texas, se me habría pegado como la mosca a la mierda.

—Extraño —reaccionó Kay—. No me pareces de los que huyen de las consecuencias de sus errores.

—Ya estamos aquí —anunció, y sus palabras fueron seguidas de un mal disimulado suspiro de alivio.

Le sujetó la puerta cuando entraron en la morgue del condado y, tras un breve intercambio de palabras con un técnico de laboratorio vestido con bata verde, accedieron a la sala de autopsias.

—Hola, doctor —dijo Elliot.

Creyó reconocer la silueta del hombre que se lavaba las manos en el fregadero de acero inoxidable. Cuando él se volvió para recibirlos, ella sonrió ampliamente.

—Doctor Whitmore —dijo—, qué sorpresa tan inesperada.

Se disculpó con un gesto por sus manos chorreantes y procedió a limpiárselas en una toalla, pero a Kay no le importó. Se lanzó hacia él y disfrutó del breve calor del abrazo de oso que el médico le ofreció a cambio.

Al retroceder, notó de pasada el rostro sorprendido de Elliot, y estudió al forense como se hace con un buen amigo que ha estado ausente durante mucho tiempo.

El doctor Whitmore había sido el médico forense del condado de San Francisco durante los cinco primeros años en que ella había sido agente del FBI, y sus caminos se cruzaban a menudo en las escenas de los crímenes y en la sala de autopsias. Había oído que se había jubilado y lamentaba no haber tenido la oportunidad de despedirse de él, pero allí estaba, tal como ella lo recordaba, inclinado sobre la mesa de autopsias, susurrando en voz baja notas en su grabadora de voz y hablando con tranquilidad a las víctimas como si estuvieran vivas y ansiosas por que las dejaran descansar, por encontrar por fin la paz.

Había envejecido, pero con gracia. Su barba era completamente blanca, al igual que su pelo, el cual no había perdido, como la mayoría de los hombres de su edad. Había engordado un par de kilos alrededor de la cintura, pero parecía el mismo que ella recordaba, incluidas sus gafas de montura oscura y su sonrisa jovial.

—¿Cuánto hace, tres años? —preguntó.

—Sí, más o menos —respondió—. El tiempo vuela. ¿Cómo va la vida en San Francisco?

—Lo mismo de siempre —contestó—. Ocupada y más interesante de lo que nos gustaría, pero eso es lo que pasa cuando estás en el estado que ostenta la corona de mayor número de asesinos en serie de toda la nación. Creía que te habías jubilado —añadió.

—Lo hice —respondió—. *Estoy* jubilado. Tenemos una casa aquí, en la montaña, junto a las

pistas de esquí. En este lugar no hay muchas muertes, por suerte, pero cuando las hay, me llaman. Suelen ser turistas accidentados; nada como esto.

—¿Y el forense del condado? —preguntó Kay.

—Sabes tan bien como yo que a los forenses ni siquiera se les exige un título universitario, por no hablar de uno en Medicina. Pero los médicos forenses son otra historia. Este caso no es uno con el que podamos andar a tientas.

Se acercó a la mesa de acero inoxidable, donde yacía el cuerpo de una mujer cubierto con una sábana blanca. El calor de la reunión se disipó bruscamente, dejando tras de sí el frío de los instrumentos metálicos y los rayos X fijados a la caja de luz de la pared. Sintió que un escalofrío le recorría la espina dorsal al acercarse al cuerpo de la chica, como si la frialdad que la envolvía tocara de algún modo el alma de Kay.

—¿Qué puedes decirnos de ella? —preguntó, mientras sus ojos eran atraídos por los oscuros mechones de pelo que se habían deslizado por debajo de la sábana.

El doctor Whitmore descubrió el rostro de la víctima con suavidad, retirando la sábana hasta que llegó a su cuello, dejándolo al descubierto.

—Esta es Kendra Marshall, veintiocho años —dijo el doctor Whitmore, con la voz cargada de tristeza—. La causa oficial de la muerte es asfixia por estrangulación manual.

Kay pudo ver la decoloración donde las manos del asesino le habían aplastado la garganta, dejando hematomas y petequias alrededor de los ojos de la chica.

—¿Hioides roto? —preguntó, sabiendo que una fractura en ese hueso era un indicador de lo fuerte que había sido el estrangulamiento.

—Sí —confirmó—. Tráquea aplastada, hioides destrozado, en realidad. El asesino estaba enfurecido.

—¿Cuándo murió? —preguntó Elliot.

Se había acercado a la camilla y estaba un poco pálido bajo las luces fluorescentes.

—Yo situaría la muerte hace unos diez días, basándome en la descomposición y la actividad de los insectos —dijo el doctor Whitmore—. Ha hecho frío, la temperatura perfecta para ralentizar la descomposición de un cuerpo, y eso amplía el margen de error. Lo anotaré como entre ocho y doce días, para estar seguro.

—Estaba a punto de preguntar si el informe de la autopsia ya está hecho. ¿Eso significa que no lo está? —preguntó Kay.

El doctor Whitmore suspiró.

—Esto no es San Francisco, y yo ya no soy un forense oficial, solo un jubilado por el que nadie se apresura a hacer análisis toxicológicos. Este es un informe preliminar. Acotaré el momento de la muerte en un par de días.

Kay empezaba a darse cuenta de lo distintas que eran las cosas ahora que no tenía placa; la ausencia de su estatus oficial marcaba un mundo de diferencia. Probablemente le ocurría lo mismo al médico jubilado.

—Cuéntame todo lo que puedas y trabajaremos con ello —se ofreció.

Despegó por completo la sábana blanca, dejando el cuerpo magullado de Kendra expuesto bajo las fuertes luces. Pálida. Vulnerable. Fría.

Kay reprimió un escalofrío.

—Vaya —reaccionó Elliot, dando un paso atrás como si hubiera visto un fantasma.

A Kay le pareció extraña su reacción. Debía de haber visto cadáveres antes, incluido el de Kendra en la escena del crimen. Tomó nota mental de preguntarle qué le ocurría, quizá en el viaje de vuelta.

El cuerpo de Kendra estaba cubierto de moratones y cortes, algunos más antiguos y otros *perimortem*. El mismo tipo de hematoma que Kay vio alrededor de su cuello era visible en sus brazos, sus hombros, sus muslos.

Señaló un grupo de hematomas amarillentos, casi curados.

—¿Son sus dedos?

—Sí. La sujetó por la fuerza y la trató con rudeza. La golpeó, la agredió sexualmente y la torturó mucho durante días; yo diría que al menos una semana. Eso es lo que tarda un hematoma tan profundo en curarse y ponerse amarillo.

—¿Algún ADN del agresor? —Elliot preguntó.

—Ninguno, me temo. Fue minucioso y cuidadoso a la hora de dejar cualquier rastro en el cuerpo. Creo que pudo haberlo lavado antes de enterrarla. La manta en la que estaba envuelta estaba húmeda, pero podría haber sido por la filtración de tierra.

—¿Ni siquiera debajo de las uñas? —insistió Elliot, ganándose una rápida mirada de desaprobación del forense.

—No hay heridas defensivas —aclaró—, al menos, no nuevas. Es como si hubiera renunciado a luchar. He raspado, pero no creo que el laboratorio encuentre nada que podamos usar.

Una víctima de fuera de la ciudad, aparentemente elegida al azar; un asesino que sabía tomar contramedidas forenses; y análisis toxicológicos que tardaban más de cinco días en realizarse. No era la apuesta que Kay esperaba.

—¿Cómo la encontraron? —preguntó Kay.

El doctor Whitmore les mostró algunas fotos de la escena del crimen en el gran monitor que colgaba de la pared a su lado.

—Estaba enterrada bocarriba, con las manos cruzadas sobre el pecho, completamente desnuda y envuelta de manera cuidadosa en una manta nueva —dijo—. Encontré trozos de hojas de arce y un par de sámaras de semillas en la manta, pero podrían haber sido recogidas de la superficie o del suelo. Las fibras y el origen de la manta siguen pendientes.

Las imágenes de la pantalla mostraban el cuerpo de Kendra envuelto cuidadosamente como si fuera un recién nacido y, luego, la posición de sus brazos cruzados sobre el pecho después de que el forense desenvolviera su cuerpo en el lugar del crimen. Había algo muy inquietante en la forma en que la habían enterrado, algo que Kay no podía identificar.

—Esto parece un ritual. ¿Remordimientos? —preguntó.

—Definitivamente —confirmó—. La tumba era poco profunda, pero fue pura suerte que la descubrieran. Solo un turista cuyo perro no aceptaba un no como orden.

Cambió las imágenes de la pantalla. Aparecieron un par de primeros planos de la cabeza de Kendra, en los que se veía su pelo trenzado y atado con lazos típicos de los nativos americanos.

Se acercó a la pantalla y entrecerró los ojos.

—Pomo —dijo, refiriéndose a una tribu nativa americana con raíces en la región. La población local contaba aún con un par de centenares de familias nativas, la mayoría de ellas pomoanas, aunque también estaba representada la tribu shasta.

Kay había crecido inmersa en los restos de la cultura nativa americana local y podía distinguir

entre las diferencias culturales de las distintas tribus, por mínimas que fueran.

—¿No es shastano? —preguntó el doctor Whitmore.

—No lo creo —respondió ella—. ¿Ves cómo el lazo del pelo está trenzado con tiras de cuero, supongo que piel de ternera? Eso es pomoano. Y las plumas son de ave acuática, no de rapaz.

El doctor Whitmore extrajo una bolsa de pruebas transparente que contenía los lazos para el pelo.

—Voy a enviarlas hoy al laboratorio de San Francisco, como petición especial. Tal vez pueda encontrar epiteliales del asesino en las ataduras. Con suerte, las manipuló con las manos desnudas, lo que significa que algunas células de la piel podrían haberse adherido al cuero. No pude ver ninguna célula cutánea con el microscopio, pero este no es un laboratorio muy completo —añadió disculpándose.

Elliot hizo una foto de los lazos con su teléfono.

—¿Y su pelo? —preguntó Kay—. En las fotos veo que estaba trenzado, pero ahora no.

—Peiné con cuidado cada hebra. Si el asesino lo hubiera trenzado él mismo, podríamos tener algo. Las epiteliales encontradas en su pelo están pendientes de ADN, pero no contengas la respiración; podría ser todo suyo.

Kay volvió a entrecerrar los ojos ante los retratos. La figura pálida con el pelo trenzado y atado con los lazos pomoanos le resultaba extrañamente familiar. «¿*Dónde he visto esto antes?* —pensó—. *Aparte de en la mayoría de los powwows, las reuniones de tribus, claro*».

—¿Le hicieron las trenzas bajas, empezando detrás de las orejas? —preguntó. Las fotos no eran lo bastante detalladas como para mostrarlo—. ¿O aquí, por encima de las orejas, como lo harían las mujeres caucásicas?

—Las trenzas empezaban en la parte baja —dijo el doctor Whitmore, señalando detrás de la oreja derecha de Kendra—. Luego se recogían tras las orejas y se llevaban hacia delante, hacia el pecho, con las plumas de los lazos colocadas con cuidado, como colgarían de forma natural si la mujer estuviera de pie.

—Otra vez, pomoano —Kay repitió su hallazgo anterior—. Esta es su firma. Háblame de la manta, del dibujo que tiene, de cómo se colocó la tierra alrededor del cuerpo, de las piedras que pudo haber usado —pidió—. Quiero ver todo lo que tengas sobre cómo fue encontrada. Quizá haya algo en su firma que pueda usar para crear un perfil.

—¿Estás pensando en un asesino en serie? —preguntó el doctor Whitmore.

—Sí. Sé que esta es la única víctima que tiene hasta ahora, pero estoy dispuesta a apostar a que hay más. Un asesino en serie no se define necesariamente por el número de víctimas; la patología del asesinato es la prueba reveladora. Puedes verla en la forma en que torturó a Kendra, en cómo se alinean los moratones en su cuerpo. Fue metódico, sádico y prolongó el placer que le producía dominarla.

El doctor Whitmore intercambió una rápida mirada con Elliot.

—Por eso eres la mejor —respondió el doctor Whitmore—. Siempre has tenido olfato para estos asesinos y su obra. Nadie podría engañarte.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó Kay, mirando atentamente al médico.

—Encontramos el cadáver de otra mujer —respondió Elliot—, bastante cerca de donde encontraron a Kendra. Pero esta víctima llevaba muerta meses. Aún no la hemos identificado.

—Sí —dijo el doctor Whitmore, abriendo un cajón refrigerado donde guardaba los cadáveres

antes y después de las autopsias. El cajón contenía el cadáver de una mujer, cubierto con una sábana azul—. Te presento a Jane Doe. Lo único que he podido determinar hasta ahora es la manera en la que murió, también estrangulación manual, apoyada en un hueso hioides destrozado.

Dejó al descubierto el cráneo casi totalmente descompuesto de la víctima, y se hizo a un lado.

Kay estudió el cadáver un momento y luego miró a Elliot con impaciencia.

—Necesito ver el lugar del entierro.

CAPÍTULO SIETE

Gritar

Había cumplido su palabra durante cinco minutos exactos, ni un segundo más.

Le dejó ver a Hazel, incluso le permitió abrazar a su pequeña mientras sus lágrimas se mezclaban en sus conmovedores rostros. Incluso tuvo la decencia de dejarla vestirse antes de llevar a su hija a verla.

—Mamá —había dicho Hazel, tocando la cara de Alison con dedos temblorosos—. No llores —había suplicado la niña, mientras Alison la estrechaba entre sus brazos, temerosa de que en cualquier momento pudiera arrancar a Hazel de su lado y encerrarla en algún lugar del piso de arriba.

Se obligó a romper el abrazo y estudió la cara de su pequeña, sus manos, sus brazos y sus piernas. Solo tenía un moratón en el antebrazo, pero Hazel parecía conmocionada, mirando al vacío cuando no lloraba.

Se secó las lágrimas y sonrió, mirando los ojos rojos e hinchados de Hazel.

—No lloraré, cariño, te lo prometo. —La abrazó de nuevo, tan fuerte que ella intentó soltarse—. ¿Qué haces todo el día, mi amor?

—Nada —respondió, y Alison sintió una oleada de alivio al oír su respuesta—. Aquí también hay un chico.

Alison sintió una punzada de miedo.

—¿Qué edad tiene ese niño, cariño?

—Es pequeño —respondió Hazel, señalando con la mano una altura que le llegaba al hombro.

Alison dejó escapar un suspiro.

—Cuando volvamos a casa, ¿podemos llevarlo con nosotras, mamá?

—Por supuesto. —Se secó las lágrimas con el dorso de la mano—. Podría ser tu hermano pequeño.

—¿Cuándo nos podemos ir a casa, mami? ¿Podemos irnos a casa ya?

No había palabras, solo lágrimas que brotaban de sus ojos. Volvió a abrazar a su hija y enterró la cara en el pelo de la niña, justo cuando el hombre regresó y la apartó de un tirón.

—No, no, por favor, no te la lleves —suplicó Alison—, dame un minuto más, te lo ruego.

Pero ni siquiera se molestó en responder. Arrastró a Hazel fuera de allí pataleando y gritando. Podía oírla pelear con él todo el camino escaleras arriba, golpeándolo con sus pequeños puños.

—No luches contra él, cariño —susurró, aunque Hazel no podía oírla—. Solo será peor.

Los sollozos de Hazel se fueron apagando poco a poco hasta que ya no pudo oírlos y, por mucho que lo intentaba, no escuchaba los pasos del hombre bajando de nuevo las escaleras.

¿Qué hacía allí arriba, a solas con su hija?

¿La estaba tocando? ¿Le estaba haciendo a Hazel lo que le había estado haciendo a ella? El miedo le clavó un cuchillo caliente en las tripas.

—Oh, Dios, por favor, no... Por favor, no dejes que eso sea verdad. Te lo ruego, cuida de mi

bebé.

Se levantó y empezó a pasearse por la habitación, sin darse cuenta del dolor que le causaba cada paso. Cojeaba ligeramente y le dolía mucho el vientre, pero al menos ya no sangraba.

Pero ¿dónde estaba? ¿Por qué no bajaba ya?

Quería que volviera al sótano, aunque sabía qué esperar de su presencia. Pero haría cualquier cosa por mantener a aquel monstruo alejado de su hija, aunque solo fuera un minuto.

¿Le estaba haciendo daño y ella no podía oírlo porque la estaba amordazando, como había hecho el primer día? ¿Y si ella...?

No... No podía pensar así. Pensamientos obsesivos daban vueltas en su mente, repasando el mismo escenario aterrador en amplios e incesantes bucles de puro horror. No. Su hija tenía que estar bien. Las dos estarían bien y pronto volverían a casa. Las dos escaparían, en cualquier momento.

Pero ¿qué pasaba con ese niño? ¿De dónde venía? ¿Su madre estaba prisionera en el sótano como ella? Desde que estaba allí, los suyos eran los únicos gritos que había oído. Los suyos y los de Hazel.

Desquiciada por la desesperación, se paseaba por la habitación como un animal enjaulado, murmurando oraciones y palabras sin sentido, conjurando un futuro en el que Hazel y ella estarían de nuevo en casa, seguras y a salvo, juntas. Cenando. Viendo dibujos animados en la tele. Haciendo todas esas cosas que hacían y que ella había dado por sentadas tantas veces.

Finalmente, la cerradura giró y la puerta se abrió, dejando entrar al hombre. Lloriqueando, corrió a la esquina opuesta de la habitación y se agachó en el suelo, con la espalda apoyada en los fríos ladrillos de hormigón, observando cómo permanecía de pie, y la miraba.

No era un montañés loco con el que no pudiera comunicarse. Con un inmenso esfuerzo, se propuso estudiarlo, intentar comprenderlo. Vestía con pulcritud, pantalones y camisa azul, almidonados y planchados. Sus zapatos se mostraban nuevos y caros. Su piel parecía suave, salvo por los nudillos, que se había magullado al golpearla. Tragando un poco de bilis, admitió que le parecía casi atractivo, si no fuera por aquella repugnante sed de sangre en sus aterradores ojos.

Obligó a sus pulmones a llenarse de aire y se levantó, insegura y temblando con fuerza, para estar más cerca de la altura de sus ojos.

—Es una pena que esté pasando esto —consiguió articular, y luego aventuró una tímida sonrisa—. Si me hubieras pedido una cita, habría dicho que sí.

Él se rio a carcajadas, y el eco de su voz resonó inquietantemente contra las paredes del sótano.

Apartando las lágrimas, continuó, con la voz quebrada al hablar.

—Podríamos haber cenado, hablado, y...

—¿Crees que quiero una cita? —preguntó entre carcajadas—. ¿Crees que quiero oírte hablar? —Se acercó un paso y ella dio un respingo, dispuesta a volver corriendo a su rincón, pero él fue más rápido. La agarró y le susurró al oído—: Lo único que quiero es oírte gritar.

CAPÍTULO OCHO

Lugar

Era un trayecto relativamente corto desde el depósito de cadáveres hasta el extremo noreste del lago Cuwar, y Kay se sumió en sus pensamientos, contemplando distraída el impresionante paisaje. La carretera que llevaba al lago, una estrecha y sinuosa franja de asfalto bordeada de altos abetos y algún que otro roble o arce, solía ser su viaje favorito antes de mudarse. Parecía que había pasado toda una vida desde la última vez que había visitado el lago sin el propósito de buscar un enterramiento de cadáveres; una edad diferente, una edad inocente, aunque en aquella época se hubiera opuesto con vehemencia a esa etiqueta. Había dejado de ser inocente hacía mucho tiempo.

Elliot mordisqueaba un trozo de paja que había recogido del césped del depósito de cadáveres y miraba con demasiada atención la carretera, como si intentara evitar el escrutinio de la mujer. Quizá había llegado el momento de que probara de su propia medicina.

—¿Y de qué iba todo eso de ahí dentro? —preguntó.

—No sé de qué me estás hablando —respondió secamente.

Ella no se echó atrás.

—¿Tú, actuando como si nunca hubieras visto un cadáver?

Se quitó la pajita de la boca, la estudió durante un breve instante, luego bajó la ventanilla y la arrojó fuera. El aire fresco del otoño le llenó las fosas nasales de olor a hojas caídas, a corteza de árbol mojada y a tierra húmeda.

—Así no, nunca —admitió, visiblemente avergonzado.

—Ah —reaccionó ella. Las cosas debían de estar tranquilas en Austin. Si no recordaba mal, en la ciudad natal de Elliot no había habido un asesino en serie desde la Sirvienta Aniquiladora, que atacó la ciudad entre 1884 y 1885 y nunca fue capturada. Austin ostentaba el infame honor de haber sido la ciudad que produjo el primer asesino en serie de la historia de Estados Unidos, pero, desde la Aniquiladora, ningún otro había llamado hogar a la emergente metrópolis—. Puede resultar desagradable —añadió, eligiendo con cuidado sus palabras—. Pero pensé que habías visto el cuerpo de Kendra antes, en el lago.

—Así... no —murmuró.

Probablemente se refería a no desnuda bajo las frías y despiadadas luces de neón, con el cuerpo cubierto de cortes y moratones por todas partes, cada uno de ellos testimonio de su terrible calvario.

—¿Qué te parece la forma en que la enterraron? —preguntó ella, satisfecha al ver que sus hombros se relajaban un poco cuando cambió de tema—. ¿Habías visto esto antes?

—Encontramos a la otra víctima, y estaba envuelta de la misma manera.

—Quiero decir, fuera de estos dos hallazgos corporales —aclaró.

—N-no, no puedo decir que lo haya hecho. —Él la miró rápidamente, lo suficiente para que ella captara su ceja levantada.

—Yo tampoco —respondió ella, hablando despacio, sumida en sus pensamientos—. Se parece a las antiguas costumbres funerarias de los nativos americanos, pero mezcladas y combinadas, no como la costumbre de una sola tribu. Más bien, como si el asesino tomara algo de una, otra cosa de otra, y así sucesivamente.

—¿Las reconoces? —Hizo un gesto vago con la mano.

—En parte, sí —respondió ella, todavía pensando, reuniendo piezas del rompecabezas ceremonial—. Algunas tribus nativas americanas envuelven a sus muertos en mantas, junto con joyas u otras posesiones, cosas que los espíritus necesitarían en el otro mundo. ¿Se encontró algo más con sus cuerpos?

—Nada más, no.

—Pero nunca envuelven los cuerpos así —añadió, continuando su cadena de pensamientos anterior—. No en ángulo.

Basándose en lo que había visto en las fotos de la escena del crimen del doctor Whitmore, el cuerpo había sido colocado sobre la manta en diagonal, con la cabeza en una esquina y los pies en la opuesta. Se había doblado una esquina de la manta por encima de los pies y luego se habían colocado los lados sobre el cuerpo, primero el izquierdo y luego el derecho. Era como envolver a un bebé, salvo que la esquina de la cabeza se había doblado para cubrir la cara de la víctima.

¿Para cubrir? ¿O para protegerla de la suciedad?

¿Culpa? ¿O vergüenza?

—El trenzado del pelo también habla de las costumbres de los nativos americanos —añadió.

—Esa parte me la imaginaba —respondió—. ¿Qué te parece? Ninguna de las víctimas era nativa. El doctor Whitmore dijo que la desconocida era caucásica.

Se encogió de hombros.

—Me resulta familiar, pero no puedo ubicarlo.

—Seguro que has visto a mujeres llevar el pelo así antes, ¿verdad? Este es el país de los nativos.

Sonrió, un lejano recuerdo de infancia le llenó el corazón de una oleada de calidez. El olor del cordero en el asador, la salvia espolvoreada y quemada, el té de cicuta oriental servido en tazas de cerámica con el telón de fondo de una solitaria flauta de cañón invocando a los espíritus y pidiendo lluvia. Tuvo el privilegio de crecer cerca de los nativos de la región, y muchas veces pensó que pertenecía más a su tribu que a la del hombre blanco. Y en un hogar nativo había encontrado muchas veces el refugio y el consuelo que le faltaban en su propia casa.

Pero eso era diferente. Casi extraño, por la forma en que parecía algo personal, por alguna razón que no era evidente. Como si el pelo de Kendra no fuera suyo, sino de otra persona.

—He visto el pelo trenzado antes —respondió, optando por mantener la mayor parte de sus pensamientos para sí misma, y todos sus recuerdos—. Pero este estilo particular de trenzado, y los lazos para el pelo que usó, obviamente hechos a mano, me recuerdan a algo específico.

Elliot frunció el ceño, la miró un instante y luego volvió su atención a la carretera.

El bosque empezaba a despejarse; se acercaban a la esquina noreste del lago, donde la carretera estaba más cerca del agua. Solo faltaban dos o tres minutos para llegar al lugar del enterramiento, que estaba junto a la carretera de la orilla norte, a un kilómetro y medio después de pasar el mirador, justo en el límite sur del parque nacional. Sabía muy bien dónde estaba, pero no le apetecía compartir esa información.

—¿Como qué? —preguntó, probablemente sabiendo que no iba a obtener respuesta.

—Ya se me ocurrirá en algún momento —respondió, estirando las piernas.

Habían llegado.

El lugar parecía distinto a plena luz del día. Varios trozos de cinta policial amarilla seguían pegados a los troncos de varios árboles, moviéndose suavemente con la brisa vespertina, aunque habían sido arrancados cuando la oficina del sheriff había liberado la escena. Habían acordonado dos secciones separadas, pero ella no necesitaba verlas para saber dónde habían sido enterrados los cadáveres. Al parecer, los servicios del parque no habían pasado por allí para limpiar y devolver la ilusión de normalidad a la zona.

Había visto la tumba de Kendra la noche anterior, cuando la visitó sola y cruzó la cinta policial, entonces sin cortar, para estudiarla de cerca. Entonces, con el haz de luz de su linterna, se había fijado en las hojas de arce caídas y en las sámaras, pero no había pensado mucho en ello. No se había percatado del gran arce la noche anterior, y tampoco había visto todavía el cuerpo de Kendra. No había visto su pelo trenzado ni los lazos de cuero y plumas. No había visto el estampado de las mantas, un motivo geométrico shastano sobre marrón oscuro, que enmarcaba un diseño centrado con plumas atadas con un cordel de cuero rojo sangre y sostenidas por una flecha.

Como si sus cuerpos hubieran descansado sobre un lecho de plumas, para protegerlos de todo mal.

Como antaño, cuando una tribu lloraba la muerte de un ser querido.

Excepto por un pequeño detalle.

Kay retrocedió unos pasos y miró el arce que había sobre la tumba de Kendra. Su copa era lo bastante ancha y las gruesas ramas se ramificaban lo bastante bajo como para crear una plataforma natural.

—Quítate el cinturón —le pidió a Elliot, mientras se quitaba el suyo con movimientos rápidos.

—Vaya —dijo riendo, con las cejas levantadas por encima de sus ojos divertidos—. ¿En serio?

—No te hagas ilusiones, vaquero —respondió ella—. Tengo que subir ahí arriba —dijo señalando con un dedo la enorme copa del árbol.

—Oh —respondió, y toda la diversión desapareció de su rostro, sustituida rápidamente por vergüenza y un poco de melancolía—. ¿Por qué demonios querrías hacer eso?

—Porque lo único que no cuadra es el entierro —explicó—. Muchas tribus nativas utilizan un árbol funerario y colocan los cuerpos de los difuntos en la bifurcación de ese árbol.

Él evaluó el alto tronco y frunció el ceño.

—¿Estás segura? Colocar un cuerpo ahí arriba exigiría mucho esfuerzo —añadió—. Una fuerza superior a la media, o quizá un sistema de cuerdas con poleas. Pero estaba enterrada, ¿no? La desenterramos de *ahí* —añadió, señalando con la mano la tumba abierta, que se mostraba ancha y oscura a solo unos metros de distancia.

—Sí, y ese entierro es la única pieza que no encaja.

Se quitó el sombrero de ala ancha, se rascó la cabeza y volvió a ponérselo.

—¿Encajar con qué?

—Con los antiguos rituales funerarios de los nativos —respondió con calma.

Muchas tribus nativas creían que el contacto con el cuerpo del difunto podía traer enfermedades, desgracias o incluso la muerte, por lo que el entierro era un proceso sencillo y

rápido al que asistían muy pocos. Algunas tribus quemaban las posesiones del difunto; otras, como los seminolas, arrojaban todas las posesiones del difunto a un pantano y luego trasladaban todo su asentamiento para alejarse del lugar tocado por la muerte. Pero también había tribus que enterraban a sus muertos en túmulos, sobre todo, los pueblos del valle del río Ohio.

—Yo lo haré. —Elliot vaciló, considerando la mejor manera de subir a la horqueta del árbol, y luego cogió el cinturón de cuero que ella le ofrecía. Se quitó el suyo y unió los dos cinturones. Luego enrolló el cinturón extendido alrededor del tronco del árbol y de su cuerpo, asegurando el extremo a través de la hebilla, y probándolo con un par de vigorosos tirones—. ¿Qué estoy buscando ahí arriba? Porque la vista no me interesa una mierda.

Kay se dio la vuelta para ocultar su sonrisa. Era tan pintoresco como inteligente, eso estaba claro.

—Fibras. Pruebas de que estuvo enterrada allí durante algún tiempo. Será mejor que te lleves esto —añadió, ofreciéndole varias bolsitas de pruebas y pinzas de su equipo de campo.

Las cogió y se las metió en el bolsillo de la camisa, después empezó a trepar por el árbol, probando la resistencia de los cinturones a solo un par de metros del suelo, apoyándose pesadamente en ellos. Resistieron.

Sin embargo, Kay contuvo la respiración todo el tiempo que tardó en llegar a la horqueta. Cuando estuvo a salvo, soltó el aire mientras los recuerdos inundaban su mente. La primera vez que había visto un entierro nativo. Cómo la tribu seleccionaba los árboles funerarios y dónde solían estar situados. Cómo había llorado junto a la raíz de uno, mirando a través de las ramas el cuerpo de la abuela Aiyana y llamándola por su nombre hasta que el abuelo Oso Viejo le había tapado la boca con su mano cálida y marchita y le había enseñado a no llamar nunca a los muertos, a dejar que el espíritu siguiera su camino, sin ser molestado por el dolor de los vivos. No eran sus abuelos, eran los de Judy, pero la habían criado tanto como sus propios padres. Quizá incluso más.

—Tenías razón —oyó la voz de Elliot por encima de su cabeza. La sobresaltó, arrancándola de los buenos recuerdos y sumergiéndola en la fría realidad. Levantó la vista y lo vio agitando una bolsa de pruebas en el aire—. He encontrado fibras de manta.

—¡Ya puedes bajar! —gritó—. Si necesitamos más, podemos pedir prestado un camión con plataforma a la compañía eléctrica y subir a un técnico de criminalística para que revise cada rama.

—Siento decepcionarte, pero aquí, en el quinto pino, hacemos nuestra propia recogida de pruebas —dijo, empezando a bajar con cuidado—. No hay técnicos de criminalística.

—Espera —dijo, y le pareció oír un juramento ahogado—. Echa un vistazo a tu alrededor, a ver si ves otro árbol funerario cerca. Son grandes, tienen una amplia horqueta donde se pueda colocar el cuerpo y son de hoja caduca. —Él la miró sin decir palabra, pero ella comprendió su pregunta tácita—. Los únicos árboles aptos para ser elegidos como árboles funerarios son los que mudan sus hojas cada otoño, imitando el ciclo de la vida, la muerte y el renacimiento, resonando con el ritual sagrado en todos los aspectos.

Elliot miró a su alrededor, desplazándose con cuidado para obtener una vista de trescientos sesenta grados de la zona. Luego bajó y encontró a Kay cerca de la tumba de Kendra, estudiando el camino de acceso, las huellas de neumáticos en el suelo.

—Podría haber otros árboles funerarios —dijo disculpándose—. Es difícil saberlo con todo el

follaje. Tendríamos que caminar por el suelo buscando, supongo. Pero he encontrado dónde la ató a la horqueta del árbol, si te sirve de ayuda.

—¿Qué has visto?

Agitó un par de bolsas de pruebas ante sus ojos, sonriendo.

—Justo al lado de la horqueta, la corteza de una rama estaba arrancada y fibras de una cuerda aún se aferraban a ella. Tengo algunas muestras.

Todo era útil en una investigación, cada pequeña prueba podía convertirse en una pieza del rompecabezas que, cuando se completara al menos en alguna medida significativa, podría ayudarla a visualizar quién era el asesino. Porque todo lo que decidía hacer o dejar de hacer hablaba de los procesos de su mente, de sus obsesiones, de sus compulsiones, de sus fantasías.

—La trajo aquí en camión —dijo—, y la tierra estaba removida alrededor de ambos enterramientos. ¿Estaba así cuando la encontraron? ¿O fue la unidad criminal la que removió la tierra así?

—El suelo estaba removido cuando la encontramos —confirmó—, pero aquí el clima es duro y cualquier alteración del suelo desaparece en una semana o dos, como mucho. Tenemos lluvia, aguanieve, nieve, vida salvaje, de todo.

—Vaya, no lo sabía —respondió sarcástica—. Soy nueva en la zona, ya sabes.

Sacudió la cabeza, murmurando algo que ella no oyó y que probablemente no quería oír. Caminó rápido hacia la otra tumba y, al mirar hacia arriba, encontró lo que bien podría haber sido el otro árbol funerario. Esa vez un viejo roble, con la horqueta mucho más grande y mucho más cerca del suelo, pero con un tronco más grueso que habría dificultado la escalada.

Miró el camino que había cogido para llegar hasta allí. Como en el otro lugar, se veían muchas huellas de neumáticos, lo que convertía la pista forestal en un sendero de dos surcos que habría sido difícil recorrer después de llover.

Si no recordaba mal, muchos de esos caminos atravesaban el bosque del lago Cuwar, una de las atracciones turísticas más populares de la zona en verano. Parejas jóvenes en busca de soledad, familias que acampaban y pescaban a orillas del lago, turistas con el objetivo de pasar una tarde bajo el suave sol, todos se dirigían desde la carretera principal hacia el lago, buscando esos caminos sin asfaltar o creándolos con sus grandes vehículos todoterreno, cortando nuevos senderos a través del bosque.

Así fue como llegó a la bifurcación del roble. Condujo su camión hasta el árbol y subió a la cabina con el cuerpo de la mujer en brazos. Desde allí, podría haberla levantado con facilidad y haberla puesto en la horqueta. Incluso un todoterreno habría funcionado, no tan fácilmente como un camión, pero habría servido.

Caminó despacio observando la base del árbol, buscando la huella de un neumático que casi rozara el tronco. El tiempo ya había hecho estragos, las fuertes lluvias arrojaban hojas frescas y arrastraban la suciedad.

—Tomó un camino diferente para cada chica —dijo Kay, frunciendo el ceño. Ya casi había oscurecido, y un fuerte frío descendía de las montañas, haciéndola temblar—. ¿Podemos conseguir perros rastreadores, aquí, en el quinto pino? —En cuanto formuló la pregunta, un escalofrío recorrió su espalda, provocado por el olor a tierra húmeda cubierta de hojas.

—Claro que podemos —respondió, sonando casi orgulloso, como si la unidad K9 fuera un logro suyo—. ¿Crees que hay más?

—Apuesto a que sí —respondió, dejando entrever en su voz sus sombríos pensamientos. No había forma de saber cuántos sin ayuda. Caminar por el bosque en busca de árboles funerarios y tierra removida no tenía sentido; algunas de sus víctimas podrían haber sido enterradas hacía mucho tiempo.

Apoyado contra un gran abeto de Douglas, Elliot se ajustó el ala del sombrero.

—No me has explicado algo: ¿por qué enterrarlos en el suelo, si el ritual pedía el entierro en el árbol en su lugar, y él ya lo había hecho?

Ella misma se lo había preguntado.

—El espíritu debe poder escapar fácilmente, esa es la razón principal por la que los cuerpos se colocan en los árboles, para estar más cerca de las estrellas. Pero, después de que el espíritu escape de los confines de su forma humana, el cuerpo puede ser enterrado en el suelo. Rara vez se hacía así en los viejos tiempos. —Suspiró mientras se limpiaba la suciedad de las manos lo mejor que pudo, y luego se las pasó por los brazos unas cuantas veces para calentarse—. Pero creo que lo hizo como contramedida forense. No quería que encontraran los cuerpos, así que los enterró. No podía arriesgarse a que los turistas miraran hacia arriba y vieran los cuerpos ahí, sobre sus cabezas.

—Un tipo listo. Me pregunto qué hace con ellos en invierno, cuando el suelo está helado y duro como una roca del desierto —dijo Elliot. Había permanecido en silencio, sin ofrecer mucho diálogo, pero ella se dio cuenta de que le estaba dando vueltas la cabeza—. Es decir, si en realidad mató a más aparte de las dos víctimas que hemos encontrado, aunque supongo que ya nos habríamos enterado de algo —continuó—, ¿qué es lo que hace? ¿Deja de matar durante esa temporada?

—Te diré lo que hace —respondió con calma—. ¿Recuerdas que la autopsia mostraba heridas nuevas y cicatrizadas? Las mantiene secuestradas y las tortura hasta que la tierra se descongela lo suficiente como para enterrarlas. ¿Cuánto tiempo llevaba Kendra desaparecida?

CAPÍTULO NUEVE

Sheriff

—¿En qué demonios estabas pensando?!

El sheriff del condado de Franklin, Stephen Logan, no solía gritar, pero probablemente Elliot había pulsado uno de sus botones sin darse cuenta. Logan estaba de pie detrás de su escritorio, en la postura que solía adoptar para las videollamadas o las entrevistas, sobre un fondo de barras y estrellas y el oso de la República de California, con los colores de su estado natal.

Logan se inclinó hacia delante y apoyó las palmas de las manos en la superficie del escritorio. Elliot mantuvo el contacto visual y se aclaró la voz.

—Jefe, pensé que sería útil, siendo ella quien es. Eso es todo.

—¿Y quién es ella, exactamente? Una civil. ¿Involucraste a una civil en la investigación y no pensaste que al menos debía saberlo de antemano?

—Lo siento, jefe —respondió Elliot, bajando la mirada un momento—. Ha hecho esto muchas veces y puede ayudarnos a adelantarnos a ese tipo. No creí que le importara.

—Si quisiera que participaran los analistas de conducta del FBI, les habría llamado. ¿Por qué necesitamos que uno de ellos, y ni siquiera uno activo, nos ayude a atrapar a un asesino? ¿No sabes hacer tu trabajo?

Elliot se hizo la misma pregunta. ¿Qué era, en realidad, lo que lo había llevado a visitar a Kay Sharp el día anterior? Era un buen policía, con un historial decente en la resolución de casos, que sabía cómo atrapar a un asesino. No era como para que necesitara ayuda o algo así.

Levantó los ojos y se encontró con la mirada de su jefe.

—Claro que sí —respondió—. Pero ninguno de nosotros se ha enfrentado antes a un asesino en serie, y ella sí —añadió.

—¿Qué asesino en serie? —preguntó Logan, con la voz un poco más baja, como si temiera que las palabras pudieran salir de los confines de su despacho y extenderse como un reguero de pólvora por la comunidad—. Tenemos dos cuerpos, es lo último que sé. Nada más.

—Ella dijo que se trata de la patología de la matanza, no del número. Antes se consideraba a partir de cinco muertes, luego tres. Eso es lo que yo sabía. Pero ella dijo...

—Déjalo ya con lo que ella dijo —espetó Logan, y luego se sentó en su sillón de cuero con un gemido de frustración—. En este lugar nunca ha habido un asesino en serie. Demonios, ni siquiera hemos visto un *asesinato* desde 1989, cuando Dick Joshua llegó a casa borracho y encontró a su mujer en la cama con el fontanero. ¿Estás seguro de que es un asesino en serie?

Elliot asintió, el ala de su sombrero acentuó el movimiento de su cabeza.

—Por eso pensé que podría ayudar, con placa del FBI o sin ella.

Frotándose el tabique de la nariz entre el pulgar y el índice de la mano derecha, Logan mantuvo los ojos cerrados un momento. Luego trazó las líneas que flanqueaban su boca con los mismos dos dedos, como si quisiera borrar la tensión que mantenía sus rasgos congelados en una

mueca de cansancio, a pesar de lo temprano de la mañana y de la taza de café casi vacía que tenía sobre el escritorio.

—No podemos permitir que una civil participe en la investigación —dijo Logan; su voz volvía a ser la que Elliot conocía bien—. Si esto sale a la luz, será un infierno; la gente y los medios se nos echarán encima. ¿Cuánto tiempo necesitas para resolver este lío?

Con lo poco que sabía sobre la captura de asesinos en serie, Elliot no tenía ni idea de qué responder. Había visto bastantes novelas policíacas en la televisión, pero los plazos de la policía criminal en la vida real eran muy distintos. Alrededor del cuarenta por ciento de los asesinatos quedaban sin resolver, sobre todo los de víctimas aleatorias que no podían relacionarse con sus agresores. Y, si no se resolvía en los primeros días, un caso de asesinato tenía muchas posibilidades de enfriarse.

—Necesito unos días, cuatro o cinco —dijo—. Para entonces, nosotros...

—Tienes dos días —respondió fríamente Logan.

Sabía que era inútil discutir.

—Sí, señor. —Elliot dio dos pasos hacia la puerta cuando Logan lo detuvo con un gesto de la mano.

—Espero que estés haciendo esto por los motivos correctos, detective. He visto a gente buena ser despedida por menos.

Elliot asintió y se marchó, después caminó hacia su coche, preguntándose si lo hacía por los motivos correctos. De todos modos, aquella mujer lo volvía loco con sus preguntas, sus suposiciones y su forma de razonar. Lo peor era que tenía razón muy a menudo, y eso le hizo pensar que quizá no merecía llevar la insignia dorada en la cartera, no cuando un asesino en serie andaba suelto. La mujer tenía un cerebro del tamaño de una camioneta y una actitud a la altura.

¿En un árbol? ¿De verdad? Ni en un millón de años se le habría ocurrido buscar pruebas allí. Eso hablaba de sus habilidades como perfiladora, con las que estaba absolutamente asombrado. Fue la forma en que escribía sus cartas, dirigidas a «El detective jefe que investiga el asesinato del lago Cuwar», lo que le llevó a llamar a su puerta el día anterior. Había sido elocuente, directa, le había ofrecido una nueva perspectiva y algunos ángulos en los que él no había pensado antes... y todo eso había sido antes de *conocer* a la doctora Kay Sharp. Desde entonces, desde que ella le abriera la puerta la mañana anterior, con sus vaqueros manchados de pintura y una camisa demasiado grande que probablemente era de su hermano, no había podido pensar en otra cosa que no fuera ella.

Y la última vez que había experimentado algo así, había acabado mal.

Acababa de ascender a detective en el condado de Travis, Texas, y le habían asignado un compañero, un novato al que debía entrenar en el trabajo.

Charlene Sealy.

Nunca había habido nadie menos capacitado para el trabajo de detective en toda la historia del estado de la Estrella Solitaria.

O más apropiado.

Era la desamparante hija de veinticinco años de un granjero de Texas. Por granjero, Elliot entendía alguien que criaba ganado en un rancho de veinte acres, mientras que ella se había referido al que poseía una gran parte del centro de Texas y toda una vertical de operaciones de la

industria alimentaria, desde plantas de envasado hasta de procesamiento de carne, fabricación y distribución de alimentos.

Al principio, no relacionó el apellido de su nueva compañera con la marca más cara de chuletones y filetes de buey de las estanterías de las tiendas locales.

Cuando lo hizo, trató de entender por qué una heredera multimillonaria elegiría perseguir delincuentes en el calor abrasador y lleno de polvo por un mísero sueldo de detective. Sin embargo, parecía que toda su vida Charlene había soñado con ser policía y se había preparado para ello, rompiendo los corazones dorados de sus padres. Se había graduado *cum laude* en Justicia Criminal en la Universidad de Texas, y era inteligente. Brillante. Tenía una astucia que le permitía anticiparse a los movimientos de los criminales más duros y, con una mirada como la suya, bajaba sus defensas lo suficiente como para que ella pudiera leer a través de ellos y luego leerles sus derechos.

Era imposible no enamorarse de Charlene Sealy, y Elliot se había resistido durante mucho tiempo, sabiendo que tenía poco en común con la heredera del imperio Sealy, aparte de la pasión por el trabajo. Sin embargo, pronto empezó a no poder pensar en otra cosa que no fuera ella y a contar las horas que faltaban para el comienzo de un nuevo turno.

Cuando se les asignó un caso de tráfico de drogas en la frontera con México con ramificaciones en ambos lados, aprovecharon la oportunidad. Una gran redada antidroga les haría carrera, y ambos creían que podían marcar la diferencia en la guerra contra la muerte blanca.

No obstante, cuando su investigación les llevó hasta un pariente lejano del poderoso clan Sealy, lo discutieron por un momento. Elliot, como detective principal, había sugerido que informaran al sheriff y vieran si quería que los reasignaran. Pero Charlene era una policía que no quería desprenderse del caso; sabía que estaban cerca de hacer una redada y no le importaba que un tío lejano estuviera utilizando su casa familiar como centro de contrabando de inmigrantes, cobrándoles un kilo de cocaína por tránsito.

Pero al fiscal del distrito sí le importó, y también al sheriff del condado de Travis, cuando el caso contra el pariente lejano de Charlene se desmoronó en los tribunales con la ayuda de un costoso equipo de abogados defensores, los cuales sacaron a la luz la conexión familiar y alegaron que la investigación se había visto empañada por una venganza que se remontaba a generaciones atrás por un gran terreno de cultivo.

Lo único que les había salvado el empleo era que habían llevado el caso según las normas, en todos los aspectos, excepto en no revelar la conexión personal de Charlene con uno de los principales sospechosos. Todos los demás acusados fueron condenados en consecuencia, lo cual no tenía mucho sentido en el cómputo total, teniendo en cuenta que el tío lejano de Charlene andaba suelto.

En una reunión con el sheriff que Elliot no pudo olvidar, ambos recibieron las condiciones en las que podían seguir sirviendo al condado como detectives. Charlene, tragándose lágrimas de frustración, declaró que en el momento en que su tío se saltara un semáforo o una señal de stop, ella estaría allí para detenerlo, pero acabó firmando una carta en la que decía que debía mantener las distancias con todos los familiares implicados en actividades delictivas e informar inmediatamente de dichas actividades a su sargento. Elliot se ganó una carta de amonestación en su expediente permanente y fue asignado al turno de noche en el futuro inmediato.

Y ya no seguirían formando equipo juntos. Estaba escrito.

Antes de que terminara la reunión, Elliot dimitió. Afuera, sintiendo frío en el calor de mediados de julio, abrazó a Charlene y se marchó, respondiendo a sus objeciones con un movimiento de cabeza y manteniendo los ojos ocultos bajo el ala de su sombrero. Se marchó sin decirle lo que sentía, sin haberla abrazado salvo en aquella última despedida.

Unos meses después, aceptó el trabajo de detective en Mount Chester, agradecido por el clima gélido, porque todo lo que tenía que ver con el calor le recordaba a Charlene. Los tops blancos sin mangas que llevaba en el trabajo. Las pequeñas gotas de sudor que se formaban sobre su labio superior. Su sonrisa, la forma en que se echaba el pelo hacia atrás y lo miraba por encima del hombro, diciendo: «Joder, compañero, ¿vienes? No podemos permitirnos hacer esperar a esos delincuentes con este calor, ¿verdad?».

Mount Chester le había parecido apacible, con sus inviernos helados, la inmaculada nieve blanca cubriendo las montañas seis meses al año y unos cielos azules cristalinos como nunca había visto en ningún otro lugar. Se había establecido, con un historial sólido y buenos índices de cierre de casos, y se había ganado el respeto de su comunidad adoptiva.

Entonces había aparecido Kay Sharp, con sus cartas, su habilidad para elaborar perfiles y una inesperada vulnerabilidad que él percibía disimulada bajo su apariencia de fuerza. Y no podía pensar en otra cosa que en ella.

La última vez que se había sentido tan ansioso por empezar a trabajar cada día, acabó en una bola de fuego que le quemó tanto que tuvo que dejar atrás su querida Texas y enfriar su corazón en los helados inviernos de las montañas para olvidarse de Charlene. Mezclar el trabajo con los asuntos personales era una idea terrible, y él lo sabía mejor que nadie.

Esta vez, el sheriff había intervenido y había puesto un límite de tiempo a su colaboración con la doctora Kay Sharp, aunque no se engañaba en cuanto a la verdadera razón por la que no había avisado a su jefe de la conveniencia de incorporar a Kay al caso.

—Así que ya está, vete a pegarte otro tiro en el pie —murmuró para sí cuando se puso al volante de su todoterreno—. A ver a dónde te mudas esta vez. ¿A Alaska?

Aun así, mientras se alejaba para reunirse con Kay, sonreía.

CAPÍTULO DIEZ

Roto

Elliot permaneció callado durante la mayor parte del trayecto y Kay se preguntó si ella tendría algo que ver con su silencio. La había recogido como estaba previsto, para visitar a la familia Christensen, pero apenas había pronunciado palabra desde que dijo «Hola», con un gesto de sombrero.

Era un suave día de octubre, cuando el sol aún demostraba que tenía el poder de vencer las frías sombras de la noche, y el viaje en coche por la montaña hasta la casa de los Christensen fue un placer inesperado. No creía que se sintiera así por ningún aspecto de su vida en Mount Chester, pero tenía que admitir que había cosas de su ciudad natal que había echado de menos. Los aromas que llenaban el aire cuando el sol golpeaba la hierba cubierta de rocío en una mañana de otoño. El piar de los arrendajos y las currucas, interrumpido a veces por los graznidos de las águilas, que los asustaban a todos y los hacían callar durante un rato, temerosos del depredador que volaba en círculos sobre sus cabezas. Las crestas nevadas de la montaña, siempre blancas, una postal muy diferente a la del cielo azul de California.

—Nos ayudaron a identificar a Kendra. —Elliot rompió el silencio al girar hacia la calle donde vivía la familia—. Vieron el anuncio de televisión que estábamos emitiendo y avisaron.

—Ajá —respondió ella, mientras su mente recomponía el rompecabezas. Una asistente jurídica de Nueva York que iba a visitar a una familia de Mount Chester por una herencia. Sin embargo, ¿la habían reconocido por un anuncio de televisión?—. ¿Y dónde la habían visto antes si no se conocían?

—¿Reconocerla, quieres decir? No la reconocieron.

—Acabas de decir...

—Llamaron y dijeron que la persona con la que tenían que reunirse nunca apareció. A partir de ahí, nos pusimos manos a la obra.

Elliot se detuvo en la acera frente al modesto rancho y apagó el motor. Se acercó a la puerta principal, pero no tuvo ocasión de llamar. Una mujer de mediana edad y sonrisa agradable les abrió la puerta y los invitó a pasar.

—Ustedes deben de ser los detectives —dijo, y Kay no creyó necesario aclarar su condición—. Por favor, pasen. Los estábamos esperando.

Entrar en la casa de los Christensen era como visitar otro capítulo de su infancia. El sofá acolchado, limpio pero un poco desgastado, era uno de los pilares de cualquier salón de la localidad. Una cafetera recién hecha, lista para servir, les esperaba en la mesa del comedor, colocada en una bandeja de plata y rodeada de sencillas tazas de cerámica blanca. La señora Christensen se ocupó de las tazas y luego corrió a la cocina para traer azúcar y leche.

Un hombre se levantó con visible dificultad, acercándose a saludarlos con la espalda encorvada y la mano extendida. Tenía la complexión de un jornalero, pero ojos amables y una cálida voz de barítono. Enderezó la espalda y sonrió, sin que la sonrisa tocara sus ojos sombríos.

—Paul Christensen —dijo, estrechando la mano de Kay y luego la de Elliot—. Por favor, siéntanse como en casa. —Los miró con abierta curiosidad, frotándose la mano contra su barba de tres días—. Es una ocasión desafortunada, pero, si no les importa que se lo diga, nos gusta que venga gente.

Kay sonrió.

—Gracias por recibirnos, señor Christensen.

—Por favor, llámame Paul —respondió llanamente.

Era difícil que no cayera bien. Tenía cincuenta y cuatro años y llevaba toda la vida trabajando para el Servicio Forestal de Estados Unidos. Su mujer, Madeline, era enfermera y cinco años más joven que él. Esa era toda la información que los registros policiales podían proporcionar sobre la pareja. Eso, y el hecho de que no tenían antecedentes penales y siempre habían declarado sus impuestos a tiempo.

—Y a mí puedes llamarme Maddie —dijo la mujer, ofreciendo a Kay una taza de café.

La cogió asintiendo con la cabeza. Había algo agradable en la mujer, casi maternal. Llevaba el pelo corto, pero eso no le restaba feminidad, sino todo lo contrario. Y había calidez en sus ojos, casi como un brillo. Kay solo había visto eso en personas que de verdad amaban lo que hacían para ganarse la vida. En lugar de la dureza que los años de trabajo pueden aportar a los rasgos de una persona, hay una sensación de realización, de logro, de haber marcado la diferencia. La calidez interior de Maddie era un testimonio de ello, aunque la enfermería nunca sea un trabajo fácil.

Intrigada, Kay contestó:

—Maddie, por favor, llámame Kay. Y ese de ahí es Elliot.

Ella asintió y su sonrisa se ensanchó.

—¿A qué te dedicas, si se puede saber?

—Soy enfermera neonatal —respondió con orgullo en la voz—. Trabajo en Redding. Hay que conducir un poco todos los días, y es duro hacerlo en invierno, pero puedo trabajar con bebés, y eso hace que merezca la pena.

Eso lo explicaba todo. Kay echó un vistazo a la habitación y no vio fotos de una familia numerosa; solo de Maddie y Paul en un par de ocasiones, pero eso era todo. La pareja probablemente no tenía hijos propios.

—Tenemos algunas preguntas sobre Kendra Marshall —dijo Elliot, aceptando una taza de café de manos de Maddie—. Gracias, señora.

La sonrisa de la mujer desapareció.

—Qué indescriptible tragedia —susurró—. Y justo aquí, en el corazón de nuestra comunidad, donde siempre nos hemos sentido seguros.

—¿Qué necesitáis saber? —preguntó Paul.

—Cualquier cosa que podáis contarnos —respondió Kay—. ¿Cómo llegasteis a conocer a Kendra?

Maddie sacó una silla y se sentó, luego tomó un sorbo de café de su taza.

—No la conocíamos de nada —explicó Maddie—. Nos llamó a mediados de septiembre. Trabajaba en un bufete de abogados, ¿cómo se llamaba? —Se volvió hacia Paul con una mirada inquisitiva—. ¿Era Abrams, DeSanto y qué más?

—Parsons, creo —respondió Paul—. Sí, Parsons.

—Sí, ellos. La pobre Kendra llamó para decir que el padre de Paul había fallecido recientemente.

—Siento oír eso —contestó Kay—. Por favor, acepta mis condolencias.

—Gracias —respondió el hombre, desviando la mirada un momento—. No lo veía desde que estaba en el instituto. Pero supongo que esos abogados me rastrearon hasta aquí y enviaron a Kendra.

—¿Por qué venía a verte?

—Para revisar los documentos de la herencia conmigo —respondió Paul—, y esas fueron sus palabras, no las mías. Ni idea de lo que significaba en realidad.

—¿Tu padre era rico? —preguntó Elliot, evidentemente preguntándose si podría haber una conexión financiera con el asesinato. Pero, aunque el anciano señor Christensen hubiera muerto como un hombre rico, el asesino había acabado con la vida de una asistente jurídica, no del heredero de los bienes de Christensen.

—No lo sé —respondió Paul, encogiéndose de hombros—. Cuando nos abandonó a mi madre y a mí, no esperaba volver a saber de él y, siendo sincero, nunca pensé que de aquel hombre saliera nada de valor, y menos una herencia.

Así que el señor Christensen no había recuperado el amor con el fallecimiento de su padre. Pero todo eso era probablemente irrelevante para el caso, determinó Kay.

—¿Cuándo fue la última vez que hablasteis con Kendra? —preguntó Elliot, mirando primero a Paul y luego a Maddie.

—Hablé con ella diría que una semana o diez días antes de que llegara —respondió Maddie—. Parecía una buena persona. Sonaba servicial, dispuesta a viajar hasta aquí solo para reunirse con nosotros y explicarnos lo que implicaría el proceso sucesorio.

—¿Cuándo se suponía que vendría a conoceros?

—El día 30 —respondió Maddie—. Era un jueves. Esperamos, pero no nos llamó. Supusimos que algo había retrasado su llegada y no nos preocupamos. —Se tapó los ojos brevemente mientras hablaba, pasándose la mano por la frente.

Vergüenza, o quizá culpa, observó Kay. Pero ¿por qué?

—¿Solo eso? —preguntó Kay.

—Kendra nos dijo que nos llamaría cuando llegara y consiguiera una habitación de hotel. Tenía billetes para volar el día anterior. La cita para el día 30 era provisional; se suponía que nos iba a llamar para concretar la hora.

De eso hacía ya tres semanas. Al parecer, había llegado a la zona el 29 de septiembre, y el doctor Whitmore había calculado que había muerto hacia el 10 de octubre.

—¿Llamasteis al bufete para preguntar qué pasaba?

Maddie se levantó y se acercó al sillón de Paul, luego se sentó en el ancho reposabrazos, apoyándose ligeramente en el hombro de su marido.

—No —contestó, bajando la mirada y juntando las manos. Cuando miró a Kay, sus ojos estaban llenos de lágrimas—. Tienes que entender que en aquel momento no le dimos importancia. No es que estuviéramos ansiosos por ocuparnos de la herencia del padre de Paul, ya me entiendes. —Hizo una pausa—. Ahora nos sentimos culpables. Si hubiéramos dicho algo o llamado al bufete para decir que no teníamos noticias de ella, quizá hoy estaría viva.

Paul alargó la mano y agarró la de Maddie, apretándola con fuerza. Miraba el suelo con una

expresión sombría que le dibujaba profundas líneas en la frente. Cuando habló, su voz estaba llena de amargura.

—Vivimos en la era de la indiferencia —dijo Paul—, en la que la gente ya no se preocupa por los demás. Vemos la tele y fingimos que somos sociables en internet. Pensaba que Maddie y yo éramos diferentes, pero parece que, puestos a prueba, hemos demostrado que no lo somos. Lo sentimos mucho —añadió, apretando de nuevo la mano de su mujer y mirando brevemente a Kay y, luego, a Elliot—. Tenemos tanta culpa de su muerte como ese bastardo enfermo.

—Eso no es cierto... —empezó a decir Kay, pero Maddie la cortó.

—Espero que lo atrapen, antes de que le haga esto a alguien más.

Salieron de la residencia de los Christensen y condujeron en silencio durante un rato, con la culpa de Paul y Maddie pesando en la mente de Kay. ¿Tenían razón? ¿Acaso la era de la indiferencia había extendido su manto sobre la humanidad, oscureciendo la esencia misma del tejido social? ¿Qué otra cosa podía explicar que nadie hubiera denunciado la desaparición de Kendra ante las autoridades locales, cuando se suponía que llegaría el 29 y al menos su empresa tenía que conocer sus movimientos? Y, puesto que probablemente había volado a San Francisco, ¿cómo había llegado a Mount Chester? ¿Dónde puso el asesino sus ojos en ella?

—Algo no cuadra —dijo ella, rompiendo el silencio a medio camino del pueblo—. ¿Por qué no volvemos a casa de mi hermano? Tengo que hacer unas llamadas y podríamos comer algo.

—Ajá —respondió Elliot, lanzándole una rápida mirada—. ¿Qué tienes en mente?

—Llevaba desaparecida diecisiete días cuando encontraron su cadáver y, sin embargo, nadie había denunciado su desaparición al condado. Su empresa debería haber intentado localizarla. Estoy bastante segura de que la empresa pagó sus gastos de viaje, probablemente con una tarjeta corporativa. Tenemos que hablar con alguien de allí.

Asintió con una inclinación de cabeza, luego se volvió un instante hacia ella y le preguntó:

—¿Y la desconocida? Tampoco se ha denunciado su desaparición en la zona. Si era como Kendra, una viajera de otra parte del país, da que pensar.

—¿Qué? —preguntó ella, sin estar segura de haber seguido su hilo de pensamiento.

Se detuvo frente a su casa y ella se encogió al ver el estado del césped. Si a Elliot le incomodaba el estado de la propiedad, no lo decía.

—Todo eso que decía Paul Christensen sobre la era de la indiferencia. ¿Cómo pueden desaparecer estas mujeres sin que nadie las busque? Que la gente se pierda así, no es normal.

Se preguntó si debía compartir la historia del hombre que había muerto en su mesa, en la oficina abierta que compartía con más de veinte personas, sin que nadie a su alrededor se diera cuenta durante varios días. Había leído su historia en *The New York Times*, pero su triste fallecimiento no le sorprendió. No era la era de la indiferencia, como había afirmado Paul; era la era del ensimismamiento y de la sobrecarga informativa, que enloquecía a la gente con el estrés de una vida excesivamente exigente y corroía los valores fundamentales de la humanidad.

—De acuerdo —respondió en su lugar, abriendo la puerta principal, reacia a tomar la primera bocanada de aire dentro de la casa. No estaba tan mal como la había encontrado cuando había llegado de San Francisco, pero pensó que debería haber enchufado los ambientadores de todos modos—. Voy a preparar un poco de café, luego salimos al porche mientras hago algunas llamadas.

Elliot estaba de pie en la puerta, con el sombrero en la mano, observándola moverse por la cocina con una expresión curiosa en el rostro. Ella sonrió brevemente y le lanzó una mirada inquisitiva mientras vertía agua en la cafetera.

—Un penique por tus pensamientos.

Elliot se pasó la mano por el pelo ondulado y se lo apartó de la frente.

—Solo me preguntaba por qué has vuelto a vivir aquí, eso es todo —respondió él, y ella se arrepintió al instante de haberle preguntado—. Nadie en su sano juicio dejaría lo que tenías allí para venir aquí, a esto —añadió, subrayando sus palabras con un vago gesto de la mano.

Ella se rio en voz baja, sin dirigir su rostro hacia él mientras cargaba la cafetera con un filtro nuevo y unas cucharadas de café molido.

—Sin ánimo de ofender —añadió Elliot, imprimiendo un poco de humor al tono de su voz.

Afortunadamente, se detuvo con las preguntas, resignándose a apoyarse contra la pared, con el sombrero aún en la mano, como si estuviera ansioso por salir de allí cuanto antes. Esa parte le resultaba familiar.

Abrió un armario y sacó dos tazas, pero se quedó paralizada. Una de ellas tenía el asa rota; los restos del asa estaban afilados y desgastados, como si fueran muelas del juicio partidas, y unas oscuras líneas de grietas las atravesaban como telarañas. Sintiendo que se le iba el color de la cara, cogió la taza y la tiró a la basura, con tanta fuerza que se rompió en incontables pedazos y el fuerte ruido la sobresaltó.

Al menos, no tendría que volver a ver eso.

Nunca.

CAPÍTULO ONCE

Fragmentos

Su padre había vuelto a las andadas y, por lo que parecía, no iba a acabar bien.

Tragándose las lágrimas, Katherine agarró a Jacob de la mano y arrastró al pequeño detrás del sofá, donde ambos se agacharon, esperando a que acabara la tormenta.

A veces, eso ocurría rápidamente. Otras, los berridos de su padre hacían retumbar las ventanas durante horas seguidas.

—Maldita sea, Pearl, ¿qué te he dicho, eh? —gritó, cada palabra una sentencia—. ¿Cuántos días más tengo que volver a casa con esos mocosos y la cena sin preparar?

Se tiró en el sofá y el viejo mueble gimió bajo su peso. Katherine y Jacob se retiraron a un rincón de la habitación, detrás de un sillón, poniendo más distancia entre ellos y su enfurecido padre.

—Gavin, por favor —dijo su madre, con la voz cargada de lágrimas no derramadas—. Parece como si no tuviera que ir a trabajar todos los días.

—¿Para hacer qué? —replicó el hombre con veneno en su atronadora voz—. ¿Sentarte en una cómoda silla y revolver papeles todo el día mientras yo me rompo la espalda poniendo hormigón para manteneros alimentados a ti y a tus mocosos? —Se limpió las manos en la parte delantera de la camiseta sin mangas, dejando rastros de sudor y suciedad en el tejido desgastado. Luego pasó la palma por la superficie de la mesita y la levantó para que su mujer la viera—. ¿Cuánto hace que no limpias esta maldita mesa, eh? ¿Es mucho pedir comer en una mesa limpia?

Pearl dejó lo que estaba haciendo y se apresuró a limpiar la mesa con un trapo húmedo. Quitó todos los objetos que tenía encima, el mando de la tele, un par de copas de vino de la noche anterior y el plato sucio del desayuno de esa mañana.

Mientras observaba, Katherine se preguntó por qué su padre no ponía su plato y su copa de vino en el fregadero, como hacían ella y Jacob con sus propios platos.

Su madre empezó a limpiar la mesa, cuando su padre saltó, le arrebató el trapo de la mano y se lo arrojó a la cara.

—¿Estás limpiando mi mesa con esto? ¡Es el trapo que usas para limpiar los baños! ¿Estás intentando matarme, mujer?

Temblorosa, Pearl retrocedió, con una lágrima rodando por su mejilla.

—No, Gavin, uso el azul para el baño, sabes que lo hago.

—Reconozco a un mentiroso cuando lo oigo hablar, jeso es lo que sé! —gritó, poniéndose en pie, y dio dos pasos amenazadores hacia ella. El suelo crujió bajo sus brascas pisadas—. ¡Sé que estoy obligado a vivir en una pocilga, porque eres una zorra vaga que no vale para nada, maldita sea el día que te conocí!

—Lo siento, Gavin —gimoteó, secándose las lágrimas con la manga. Había caminado hacia atrás hasta chocar contra la pared—. Te lo compensaré, lo juro.

—¿Cómo me lo vas a compensar, eh? ¿Está lista la comida?

Sus ojos asustados lanzaron una rápida mirada a la cocina y, luego, al reloj de pared que había sobre el televisor.

—En unos minutos, Gavin. Acabo de llegar del trabajo.

Durante un momento eterno, su padre permaneció en silencio, mirando a su mujer con un desprecio indescriptible.

—¿Por qué no te sirvo un poco de vino mientras esperas? —preguntó Pearl con una voz fingidamente alegre que hizo que Katherine derramara lágrimas silenciosas.

—Sí, hazlo, antes de que te borre de la faz de la tierra —dijo, levantando la mano como si fuera a golpearla.

Ella se acobardó y gimió, cubriéndose con los brazos para protegerse la cara del golpe que iba a recibir.

Él se rio y bajó la mano.

—Estúpida zorra —murmuró, y volvió a sentarse en el sofá, esperando a que le sirviera.

Pearl enderezó la espalda y lanzó una rápida mirada a Katherine, que ya ni siquiera intentaba ocultar sus lágrimas.

—Tráeme una taza para tu padre, una de las blancas, ¿quieres, cariño? —susurró, agarrándose con fuerza al pomo de la puerta de la nevera para mantener el equilibrio.

Katherine abandonó el rincón donde Jacob y ella se habían refugiado y corrió hacia la cocina con pasos temblorosos, manteniendo la mayor distancia posible con su padre. Por suerte, él había encendido la televisión y estaba viendo algún partido deportivo. Al menos, durante un rato, todas sus maldiciones y su ira se dirigirían contra unos desconocidos que habían elegido jugar a la pelota para ganarse la vida y que no estaban allí para soportar el peso de su rabia en persona. Pero, si su equipo favorito perdía, esa rabia podría volverse contra Pearl y los niños en cualquier momento.

Con manos temblorosas, Katherine abrió el armario. De puntillas, buscó una taza y la cogió. Era pesada y resbaló entre sus dedos sudados y temblorosos, cayendo al suelo con un estremecedor ruido.

—¡Maldita pedazo de mierda inútil! —gritó su padre, saltando por el salón y corriendo hacia la cocina como un loco.

Pero su madre fue más rápida, interviniendo y protegiendo a Katherine con su cuerpo.

—No, Gavin, no ha sido su intención. Ha sido un accidente, lo juro.

No pudo ver a su padre, oculto por el cuerpo de su madre, pero oyó el sonido del cinturón desabrochándose, que posteriormente fue arrancado con fuerza de sus pantalones.

—¿Crees que estoy hecho de dinero? —siguió gritando, tratando de llegar a Katherine, con el cinturón doblado en dos y en alto en la mano, listo para dejar sus marcas—. ¿Has ganado un mísero dólar en toda tu vida? Engendro del diablo, pedazo de mierda lamentable. ¡Voy a acabar contigo!

Con cada palabra, su padre se enfurecía más, y Katherine deseó tener el valor de enfrentarse a él, de recibir la paliza para que acabara ya, satisfecho por la sangre que había derramado, bebiendo su vino y dejándoles sobrevivir un día más.

—No, no —suplicó Pearl—. Por favor, Gavin, es solo una niña.

—Apártate de en medio, mujer —le exigió Gavin en un tono bajo y amenazador que hizo que a

Katherine un escalofrío le recorriera por la espalda. Agarró con fuerza la falda de su madre y sollozó a voz en grito, sin importarle ya si su padre la oía y veía su debilidad.

—No, Gavin, por favor — suplicó su madre; el miedo elevaba el tono de su voz—. No le hagas daño a mi niña, te lo suplico.

Gavin movió el cinturón con la mano izquierda y con la derecha golpeó con fuerza a Pearl en la cara, lanzándola contra el lateral del armario. Luego le asestó un segundo golpe, y la mujer lloró al caer al suelo, protegiéndose el rostro tras los codos doblados.

El cinturón volvió a su mano derecha mientras Katherine huía gritando. Golpeó a Pearl dos veces más con el cinturón, gruñó y cogió la taza del suelo. La estudió atentamente mientras Katherine contenía la respiración en la esquina opuesta del salón.

—Todavía está bien —murmuró, al ver que solo se había roto el asa.

Entonces cogió una botella de vino barato de la nevera y se sirvió. El borboteo y el olor agrio hicieron que la bilis subiera a la garganta de Katherine. Gavin tragó con sed, llenó la taza y volvió a sentarse frente al televisor.

—¡Vamos, Niners! —gritó, golpeando con su pesado puño la superficie de la mesa, haciendo sonar el mando a distancia y la taza. Unas gotas de vino salieron y cayeron sobre la superficie manchada de la mesa.

No parecía importarle. Se sentó en el borde del sofá inclinado hacia delante, con los ojos clavados en el balón, lanzando palabrotas y vítores en un constante aluvión de gritos de borracho que taladraban los oídos de Katherine.

Se apresuró a atender a su madre y dejó a Jacob llorando, muerto de miedo, todavía escondido en el rincón más alejado, detrás del sillón.

Encontró una toalla limpia y la empapó en agua fría, luego escurrió el exceso de humedad y la aplicó suavemente sobre la cara de su madre, donde la hinchazón ya le había cerrado el ojo izquierdo. Ya lo había hecho antes... más veces de las que recordaba.

Mientras se apresuraba junto al sofá para traerle un calmante a su madre, su padre la agarró de la muñeca, y ella tembló de miedo.

—Ven, siéntate conmigo —dijo—. Vamos a ver el partido juntos.

CAPÍTULO DOCE

Jeep

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Elliot, acercándose al cubo de basura, y estudió el objeto destrozado por la ira de Kay.

Ella se encogió de hombros, sacudiéndose los recuerdos no deseados que quería tirar a la basura junto con los fragmentos de cerámica.

—Nada —respondió, dolorosamente consciente de lo patético de su mentira—. Solo odio que Jacob guarde toda esta mierda —consiguió improvisar—. Muebles rotos, platos agrietados, alfombras destrozadas y esa asquerosa taza. No puedo cambiar sus muebles, pero al menos me he deshecho de eso.

Por fin se atrevió a levantar la mirada de los restos de la taza y se encontró con los ojos de Elliot, lo suficiente como para ver en aquellos iris azules que no lo había convencido ni un ápice. La sombra de un ceño fruncido surcaba su frente mientras la estudiaba sin intentar ocultarlo. Pero lo que ella vio en aquella mirada fue preocupación, no la excitación de un policía que había captado un olor y estaba listo para la persecución.

—¿Por qué no dejamos el tema de los enseres domésticos de mi hermano y nos centramos en Kendra? —dijo, inyectando en su voz un entusiasmo que no tenía por qué fingir, e invitando a Elliot con un gesto a servirse un poco de café. Atrapar al asesino de Kendra era mucho más importante que obsesionarse con cosas que ya eran historia. Sobre todo si sus peores temores se confirmaban y el criminal había secuestrado a otra mujer antes o justo después de matar a Kendra.

Elliot le sujetó la puerta y salieron al porche, donde se encontró de pie con la cafetera en una mano y la botella de leche en la otra, perpleja por la falta de una mesa donde dejarlas. La vieja mesa de hierro forjado que recordaba seguía allí, oxidada y sucia, en condiciones inadecuadas para su uso. Sin más opciones, lo dejó todo en la barandilla del porche, con la esperanza de que la madera podrida aguantara.

Lo mismo ocurría con las sillas; allí estaba la vieja mecedora de su madre, con la pintura amarilla descascarillada y desgastada, y cubierta de un polvo tan espeso que parecía barro. El otro asiento era el último del juego de hierro forjado que había incluido la mesa, con las patas tan oxidadas que suponían un riesgo para quien se atreviera a sentarse.

—¿Qué tal el patio trasero? —preguntó Elliot.

—No —respondió ella, demasiado precipitado—. Ahí es aún peor, supongo —añadió—. No he vuelto allí desde que llegué. Una no puede limpiar mucho en un día.

—No puedo culparte —respondió él, y la ayudó a servir el café en las dos tazas—. Siempre podemos sentarnos aquí al estilo tejano —añadió con una rápida sonrisa. Haciendo una demostración, se sentó en el último peldaño de la escalera de madera que daba al porche—. ¿Te apetece acompañarme?

Al menos, la lluvia había limpiado aquellos escalones de polvo y mugre de vez en cuando, y

parecían la mejor opción, dadas las circunstancias. Se sentó y se apoyó en los balaustres, pero Elliot la agarró por el codo y la ayudó a recuperar el equilibrio cuando uno de estos cedió con un chasquido.

—Mala idea —dijo Elliot, y ella le dio las gracias asintiendo con la cabeza, apreciando que no juzgara ni enarcara una ceja por sus condiciones de vida. Hacía preguntas, y ella no podía reprocharle a un buen policía que se cuestionara cuando las cosas tenían poco o ningún sentido.

Sacó el móvil y buscó en internet el bufete de abogados que Paul y Maddie habían mencionado.

—La he encontrado —anunció—, a la empresa para la que trabajaba Kendra. Debemos rastrear cada paso que dio desde que salió de Nueva York hasta que desapareció.

—¿Crees que el asesino la vio en Nueva York? ¿Quizá la siguió hasta aquí?

Se lo pensó un momento antes de responder. Cualquier buen perfilador tiene en cuenta las estadísticas a la hora de formular teorías, sobre todo cuando se identifican pocas víctimas y la victimología no puede determinarse con ningún grado de certeza.

—Si descubrimos que nuestra desconocida también es de Nueva York, estaría dispuesta a considerar esa teoría —respondió—. De lo contrario, basándonos en lo que hemos averiguado sobre el lugar y la forma en que se deshizo de sus cuerpos, mantendría que es de aquí. Todo lo que hemos sabido de él hasta ahora apunta a eso. El conocimiento del entorno, la influencia de los nativos americanos, la forma en que se mezcla con el ambiente, logrando pasar desapercibido para todos aquí, en una comunidad tan pequeña.

—Entonces, ¿por qué Kendra? —preguntó Elliot—. No me entra en la cabeza. Si llevaba tan poco tiempo aquí, ¿cuándo y dónde consiguió llamar su atención?

—Por desgracia, el diecisiete por ciento de las víctimas de los asesinos en serie son elegidas al azar, lo que dificulta mucho su captura. Si las víctimas son aleatorias, no se pueden establecer los puntos en común que las califican, y al faltar eso, también falta una pieza importante del perfil. Tendremos que compensarlo —añadió, marcando el número que había localizado de la empresa de Kendra.

Una recepcionista atendió la llamada de inmediato y localizó a un socio sénior para hablar con ellos, el propio señor Abrams, el primero que daba nombre a la empresa. Al oír de qué se trataba la llamada, se apresuró a remitirles al jefe de Kendra, un socio júnior llamado Mitchell Gallagher.

—Señor Gallagher —dijo Kay nada más descolgar—, soy la doctora Kay Sharp, y me acompaña el detective Elliott Young, de la oficina del sheriff del condado de Franklin.

—Sí —dijo—, se trata de Kendra, ¿verdad?

—Así es —respondió Kay—. Tenemos algunas preguntas para usted. ¿Es un buen momento?

Siempre andaba con cuidado cuando había abogados de por medio. Con ellos nunca sabía a qué atenerse, y el bufete de Kendra era una pista importante en la investigación, y lo último que quería era perder un tiempo precioso volando a Nueva York y luchando contra el sistema para sonsacarles la información.

—Sí, por favor, adelante.

—Nos enteramos de que Kendra llevaba desaparecida desde el día 29 y, sin embargo, usted no denunció su desaparición. ¿Cómo pudo pasar eso?

—Se tomó dos semanas de vacaciones —contestó Gallagher—. No tenía que volver hasta el

lunes 18, y ustedes nos llamaron y notificaron lo ocurrido el día 14.

Eso era conveniente, o tal vez cierto, en su innegable simplicidad. La navaja de Ockham apoyaba la explicación de Gallagher, pero aun así tenía que comprobarlo. Kay era una gran admiradora del principio de solución de problemas, que tenía al menos tantas definiciones como grafías de su nombre, pero que en esencia transmitía un significado sencillo. En igualdad de condiciones, la solución más sencilla y directa solía ser la correcta, y el solucionador de problemas debía elegir la opción que implicara el menor número de suposiciones.

—¿Y tiene los papeles que lo demuestren? —intervino Elliot.

—Claro que los tenemos. Tenemos más que eso. Nuestra asistente ejecutiva reservó su viaje con el vuelo de regreso el día 16 —respondió con calma—. Como he dicho, no teníamos motivos para preocuparnos por Kendra.

—Háblenos de su familia —pidió Kay, aunque conocía la respuesta—. ¿Estaba casada? ¿Tenía hijos?

—No que nosotros supiéramos —contestó Gallagher—. No había nadie en su vida, no desde que rompió con su novio el año pasado. Estaba estudiando para ser abogada, trabajando y preparándose para el examen de colegiatura. Cuando haces eso, no hay vida personal.

—Pero ¿decidió pasar dos semanas de su tiempo en medio de la nada? —insistió Elliot.

—No —contestó Gallagher—. Iba a reunirse con el cliente y, luego, a recorrer toda la costa de California, de San Francisco a Los Ángeles, y viceversa. Estaba muy ilusionada y este viaje de negocios le daba la oportunidad de hacer lo que siempre había querido pero no podía permitirse. Cubrimos el viaje en avión, el alquiler del coche y algunas noches de hotel.

—¿Qué compañía de alquiler de coches utilizan? —preguntó Kay.

—Tenemos una cuenta vip con Enterprise —respondió Gallagher. Tapó el auricular de su teléfono y lo único que oyeron durante un momento fue una conversación amortiguada y papeles que se revolvían—. Tengo su itinerario delante de mí —añadió cuando volvió—. Cogió un vuelo nocturno a San Francisco y llegó allí el 29, justo antes del mediodía. Uno de mis agentes lo comprobó; Kendra recogió su coche a la hora prevista. Su plan era conducir hasta Mount Chester, pasar la noche, hablar con el cliente y luego conducir a lo largo de la costa oeste.

—¿Y estaba usted de acuerdo en pagar sus vacaciones de esa manera? —preguntó Kay, frunciendo el ceño. La generosidad del jefe parecía inusual, sobre todo en un bufete de abogados.

—Tenemos tarifas semanales con Enterprise; no fue un gran gasto. Y Kendra era una de las mejores. Trabajaba sesenta o setenta horas a la semana, y no pagamos horas extras. Al menos, podíamos hacer eso por ella, como hacemos por todos nuestros asociados. Llámelo una gratificación extraoficial para una empleada a la que echaremos de menos.

Hubo un momento de silencio mientras Gallagher esperaba pacientemente más preguntas. Kay y Elliot intercambiaron una rápida mirada, y luego Kay preguntó:

—¿Sabe por casualidad su agente qué tipo de coche recogió Kendra en Enterprise?

—Le pediré que lo averigüe para usted —se ofreció, y la conversación amortiguada volvió durante unos segundos—. Hasta entonces, ¿hay algo más que pueda ayudar a aclarar?

—¿Qué hay de su hotel? ¿Dónde se iba a alojar durante su estancia en Mount Chester? —preguntó Kay.

—Uhm, iba a quedarse en el Best Western, justo ahí, en la ciudad.

Tenía sentido; era el único hotel decente de la zona. Kay se preguntó si Kendra se habría

registrado antes de desaparecer, pero eso era fácil de averiguar.

—¿Sabe de alguien que podría haber querido hacer daño a Kendra? —preguntó Elliot.

—N-no —respondió Gallagher con una vacilación breve, pero natural para un abogado que probablemente estaba considerando todas las implicaciones de una declaración antes de hacerla—. Trabajaba en la oficina interna y rara vez se relacionaba con los clientes a los que defendemos en casos penales. Y siempre ganamos —añadió con orgullo—. Nuestros clientes no tienen motivos para guardar rencor o hacer daño a nuestros empleados.

—Gracias, señor Gallagher —dijo Kay—. Si se le ocurre algo más, no dude en llamarnos.

—Considérello hecho —respondió—. Antes de que cuelgue, tengo la información que me ha pedido. Kendra conducía un Jeep Grand Cherokee rojo.

Kay le dio las gracias y terminó la llamada, después miró hacia la lejana linde del bosque, donde las copas de los árboles se movían ligeramente con la brisa de la tarde. Luego se volvió hacia Elliot y le preguntó:

—Ahora, ¿dónde diablos está ese Jeep?

CAPÍTULO TRECE

Otro

«*Esta chica sí que sabe moverse por el mundo*», admitió Elliot, aunque se sentía frustrado por la forma en que Kay había tomado la iniciativa en la investigación mientras él se resignaba a ser el segundón, el socio silencioso o cualquier otro nombre para la importancia que quisiera darse a sí mismo. Se suponía que ella tenía que asesorarle, e incluso de manera extraoficial. En cambio, ella se anticipaba todo el tiempo, pensando en cosas que a él no se le pasaban por la cabeza, y un paso por delante en lo que él creía que era su juego.

«*Putos asesinos en serie y quien los trajo a esta tierra*», maldijo en su mente, mientras se agarraba a la manilla de la puerta del lado del pasajero, otra primicia en muchos años. Kay quería conducir, prometiendo que haría el viaje más rápido al Aeropuerto Internacional de San Francisco, y así lo había demostrado. Claro que sí. Había conducido como una piloto de carreras, zigzagueando entre el tráfico y batiendo su mejor tiempo con creces, sin respetar en absoluto la doble línea amarilla marcada en el asfalto, ni ninguna señal de tráfico.

Sin embargo, estaba sentado en el asiento del copiloto observándola y apenas conteniendo una sonrisa, más prendado de ella de lo que le importaba admitir, incluso para sí mismo, incluso en los confines de sus propios pensamientos. Kay tenía agallas, y podía mirar al abismo de las mentes más oscuras y enfermas sin sentir el más mínimo temor o repulsión, solo un profundo deseo de acorralar a esos asesinos y llevarlos ante la justicia, como debería sentir cualquier buen policía. Quizá estaba demasiado fascinada con el funcionamiento interno de las mentes de los asesinos en serie para su gusto, y quizá disfrutaba demasiado con su trabajo. Pero bien valía la pena ir en el asiento del copiloto para verla trabajar, incluso en sentido figurado, y aunque se tratara de su propia investigación.

Aun así, había algo en Kay Sharp que no entendía. A veces tenía la sensación de estar a punto de descubrir algo sobre ella, algo importante que ella guardaba cuidadosamente, que no quería compartir. Estaba en su actitud cautelosa, en la forma en que apartaba los ojos de los suyos cuando él le hacía ciertas preguntas, en sus reacciones inusualmente nerviosas ante ciertas palabras que él decía. Estaba seguro de que tenía un secreto, algo que hacía que Kay Sharp fuera quien era o que tal vez corría el riesgo de destruirla. Lo más probable era que no fuera algo que él tuviera que conocer, pero su naturaleza lo impulsaba a no dejar piedra sin remover hasta descubrirlo todo. Porque hay una cosa sobre la verdad: siempre sale a la luz, y cuando lo hace, algunas de las sombras que proyecta pueden sumir a algunas personas en la oscuridad para siempre.

—¿Por qué frunces el ceño? —preguntó Kay, lanzándole una rápida mirada mientras giraba hacia la rampa que conduce al Aeropuerto Internacional de San Francisco.

—Solo pensaba en que esta es la única señal de tráfico que has respetado —respondió, contento de estar a salvo de su mirada escrutadora. Si ella no tuviera que concentrarse en

conducir por la rampa a la misma velocidad a la que lo había hecho por la autopista, probablemente vería a través de él. Y no estaba preparado para tener esa conversación.

Ella soltó una risita, y esa fue su única respuesta, con sus largos dedos agarrando con fuerza el volante mientras los neumáticos del Ford chirriaban, girando hacia el aparcamiento de clientes de Enterprise. Momentos después, había hecho magia con los empleados de la oficina de alquiler de coches y estaban ansiosos por ayudar, todo ello sin órdenes judiciales ni mostrar la placa que ella ya no tenía.

—Hola, chicos —había dicho, como si los conociera de toda la vida—. Este es el detective Elliot Young y yo soy la doctora Kay Sharp. Necesitamos vuestra ayuda con una investigación. ¿Quién puede ayudarnos? —Luego sonrió ampliamente, haciendo contacto visual con los tres asistentes, incluso con los que estaban ocupados con clientes, dispuestos a dejarlo todo para ayudarla.

—Yo puedo hacerlo —dijo un joven, que abandonó su puesto y se acercó rápido al mostrador. Llevaba una camisa blanca y una gorra negra, y en su placa de identificación se leía: «Roderick - Mánager».

—Gracias, Roderick —respondió Kay, con la sonrisa aún presente—. Nos has ahorrado mucho tiempo y te lo agradecemos. ¿Dónde podemos hablar en privado? —preguntó, bajando un poco la voz.

—Por favor, síganme —respondió, invitándolos a pasar detrás del mostrador y a su pequeño despacho del fondo. Tomaron asiento en sillas de lona negra mientras Roderick se sentaba detrás de su escritorio revestido de melamina y desbloqueaba su ordenador; después, se quitó la gorra de béisbol. Llevaba el pelo rapado y parecía joven, quizá no llegaba a los veinte años, y algo empollón después de ponerse unas gafas de montura negra—. ¿Qué puedo hacer por ustedes?

—Una tal Kendra Marshall alquiló un Jeep Grand Cherokee el 29 de septiembre —dijo Kay, y mientras hablaba, los dedos de Roderick empezaron a bailar sobre el teclado.

—Sí, la tengo aquí —respondió—. El alquiler sigue activo.

—¿No se supone que este vehículo debería haber sido devuelto? —preguntó Elliot, viendo a dónde iba Kay.

—No, todavía no —respondió con calma—. El coche no volverá hasta hoy. Se lo llevaron durante tres semanas.

—Qué extraño —reaccionó Kay—. El vuelo de regreso de la señorita Marshall era el 16.

—Oh —reaccionó, con el ceño fruncido—. En ese caso, debería haber sido devuelto.

—¿No es inusual reservar un coche durante más tiempo que la estancia total? —preguntó Elliot.

—No con cuentas vip de empresas con tarifas semanales —explicó—. Verá, si reserva el vehículo para dos semanas y cuatro días, le costaría más que las tres semanas completas. ¿Le ha pasado algo al coche?

Sus dedos volvieron a encontrar el teclado y teclearon con fuerza.

—No sabemos... —empezó a decir Elliot, pero Roderick le cortó.

—El GPS del vehículo marca que está aquí, en el aparcamiento del aeropuerto.

Elliot miró brevemente a Kay. Sus cejas se alzaron sorprendidas.

—¿Recogieron el coche? —preguntó.

—Sí, salió de nuestro aparcamiento el 29, a las doce y cuarenta y tres, y ahora aparece en el

aparcamiento de larga estancia. —Roderick se levantó y cerró su ordenador—. ¿Puedo preguntar de qué se trata? —Y después, sin esperar respuesta, se dio la vuelta y accedió a una gran cámara acorazada, buscando algo. Volvió con una llave de coche etiquetada con un largo número de serie, el color, la marca y el modelo—. ¿Quiere verlo?

Kay lo detuvo con un suave toque en el brazo antes de que pudiera salir de la intimidad de su pequeño despacho.

—Estamos investigando la muerte de Kendra Marshall —reveló en voz baja, haciendo que Elliot sacudiera la cabeza con incredulidad. No debería haber compartido esa información con un civil, no sin consultarlo antes con él. Pronto estaría en todos los tabloides de San Francisco—. Necesitamos que este asunto se trate con la máxima confidencialidad —continuó, y Roderick, con los ojos muy abiertos, asintió con la cabeza—. No puedes revelar nada a nadie, ¿comprendes? Sería un delito.

—Seré una tumba, lo juro —respondió rápidamente, y luego salió corriendo por la puerta con los dos investigadores siguiéndolo.

Los invitó a subir a un todoterreno con la insignia de la empresa y los condujo al aparcamiento de larga estancia, donde iniciaron la búsqueda del Jeep rojo. No fue difícil localizarlo; Roderick había traído consigo un dispositivo portátil que mostraba la posición del coche con una precisión inesperada, el único elemento que faltaba era la altitud. Estaba en el tercer piso, justo donde el dispositivo había indicado que estaría, y Roderick se apresuró a abrir las puertas con el mando a distancia de repuesto.

—Déjeme comprobar si... —empezó, pero Elliot puso una mano tranquilizadora en el hombro del joven.

—Este Jeep es ahora parte de una investigación activa. ¿Podrías esperar aquí, en este vehículo? No tardaremos.

Roderick asintió y Elliot se unió a Kay mientras esta rodeaba el vehículo y lo estudiaba detenidamente. Ya se había puesto los guantes y llevaba una linterna compacta en la mano. Nada en su comportamiento indicaba que ya no se dedicara a hacer cumplir la ley; tal vez, cuando entregó su placa, se aferró a lo que solía ser su rutina como agente del FBI. Elliot sabía que él lo haría si estuviera en su lugar.

—¿Crees que cumplirá su palabra y no lo contará? —preguntó Elliot en voz baja.

—Creo que sí, no lo contará —respondió Kay—. Sé que ya habéis dado a conocer la muerte de Kendra a los medios de comunicación, pero eso fue a nivel local, en Mount Chester. Espero que los medios de San Francisco no se enteren hasta dentro de unos días, por si acaso me equivoco y el asesino está aquí, en alguna parte.

—Me ha sorprendido que lo hayas compartido con él —dijo Elliot—. Y me ha resultado un poco molesto, para serte sincero.

Ella lo miró brevemente, apartando los ojos de la manilla de la puerta del conductor un instante.

—Ah, ¿sí? —Arrodillada junto al vehículo, examinó cuidadosamente los bajos, iluminando cada rincón con la linterna.

Su reacción le hizo dar un paso atrás.

—No estoy acostumbrado a tener pareja. Hace tiempo que no tengo.

—¿Eso es lo que somos? —Se rio—. Muy bien, compañero, echemos un vistazo dentro. No

veo cables ni nada que indique riesgo de explosivos.

—¿Explosivos? ¿Por qué piensas eso? —Su voz había subido un tono o dos. La mente de Kay iba a una velocidad que él no podía seguir.

—No hay razones, solo estoy siendo precavida. He visto muchas cosas, y este coche, tirado aquí, justo donde se recogió, me suena mucho.

—¿Y eso por qué? ¿Porque no lo condujo fuera del aeropuerto de San Francisco?

—En realidad, no sabemos si lo hizo o no —replicó Kay—. No... Me recuerda a un viejo acertijo que conocía de niña. ¿Dónde se esconde un elefante de ojos verdes?

—No lo sé, ¿dónde?

—En una manada de elefantes de ojos verdes —respondió ella, señalando el inmenso suelo del aparcamiento, lleno hasta los topes de coches.

Abrió despacio la puerta del conductor y escuchó atenta mientras Elliot contenía la respiración. Roderick observaba cada movimiento que hacían desde su coche; no se había movido desde que le habían dicho que se quedara quieto, pero parecía intrigado por sus actividades.

—La pregunta es —dijo Kay—, si Kendra fue asesinada en Mount Chester, ¿cómo demonios regresó su vehículo? ¿O hizo autostop y dejó el coche en el aparcamiento de larga estancia del aeropuerto? ¿Quizá se subió con el asesino?

Al inspeccionar el coche, Kay se dio cuenta de que había un teléfono móvil en uno de los portavasos. Lo cogió. Como era de esperar, estaba apagado; probablemente se había quedado sin batería hacía mucho tiempo. Lo cogió y lo metió en una pequeña bolsa de pruebas, la selló y se la guardó en el bolsillo.

Elliot abrió el maletero y dijo:

—Su equipaje sigue aquí.

—¿Tal vez la secuestró en el aparcamiento? Pero ¿por qué detenerse aquí? Si acababa de tomar posesión del coche de alquiler, debería haber salido del aeropuerto, ¿no? ¿Te has fijado en que tienes que salir completamente del aeropuerto cuando sales de la terminal de alquiler de coches y luego volver a entrar para llegar aquí? No tiene sentido.

Elliot se acercó a la parte delantera del Jeep, miró dentro y dijo:

—No fue en el coche del asesino. Llegó a Mount Chester.

—¿Cómo lo sabes?

Elliot cogió un vaso de café de papel del segundo portavasos y lo levantó con dos dedos enguantados. Quitó la tapa y olfateó el contenido seco y mohoso.

—Té helado —dijo—, de nuestra cafetería Katse. ¿Ves este horrible estampado de margaritas? No creo que Starbucks venda su té helado en estos vasos.

—Tienes razón —respondió ella—, tampoco los he visto en ningún otro sitio. ¿Eso significa que estuvo allí y volvió en coche? ¿O el asesino condujo de vuelta el coche de alquiler, para esconderlo donde nadie lo buscara? —Sonrió, quitándose los guantes con un chasquido del nitrilo—. Eso significa que tenemos algunas pistas, compañero. Katse es una y *esa* es la otra —respondió, señalando la cámara de videovigilancia instalada en el techo del aparcamiento.

«*Es como un perro con dos huesos*», pensó Elliot, disfrutando de su entusiasmo.

—Katse, qué nombre tan interesante para una cafetería —dijo, buscando en los

compartimentos del vehículo. Contrato de alquiler, caramelos de menta, una bolsa pequeña de Oreo.

—Katse significa «negro» en pomoano —respondió Kay—. El nombre se traduce como «cafetería negra». Igual que el lago Cuwar es, de hecho, «lago silencioso». Cuwar significa «luna» en la lengua del pueblo shasta. Bueno, también significa «sol»; sé que es difícil de comprender, pero supongo que se refiere a un objeto bien iluminado en el cielo —añadió con una amplia sonrisa—. De ahí, el salto a silencioso no es tan descabellado, si se parte de luna, y la luna es visible por la noche, cuando todo está en silencio, incluido el lago.

Llevaba cinco años viviendo en Mount Chester, suficientes para conocer por dentro y por fuera el pueblo de casi cuatro mil habitantes, pero no la interrumpió. Le gustaba oírla hablar, y eso no tenía nada que ver con el caso ni con su conocimiento de las raíces nativas de la comunidad a la que ahora llamaba hogar. No; tenía todo que ver con ella.

—¿Qué te parece? —preguntó ella, pillándolo perdido en sus pensamientos.

—¿El qué?

—¿Puedes ver por qué lo llaman Lago Silencioso?

—Por supuesto —respondió, un poco demasiado rápido.

Se dio cuenta de que ella contenía una risita, pero luego se puso muy seria y dijo:

—Vamos a confiscar a este pequeño. ¿Roderick? —llamó, y el joven bajó la ventanilla.

—¿Sí?

—Tenemos que remolcar esto a la oficina del sheriff en Mount Chester —dijo—. Firmaremos los documentos ahora mismo, si quieres, y nos pondremos en camino. Gracias por toda tu ayuda, has sido increíble.

—Claro, lo arreglaré —se ofreció Roderick—. Ah, por cierto, tenemos otro vehículo de alquiler ausente, en caso de que ustedes también lo estén buscando. Estaba en el informe de esta mañana. Hay otra persona que se encarga de las recuperaciones no devueltas, pero pensé en localizarlo y ¿adivinan qué? Está aquí, en el mismo aparcamiento.

CAPÍTULO CATORCE

Devolución

Roderick había organizado el remolque del Jeep de alquiler de Kendra y, mientras esperaban a que apareciera la grúa, se adelantó con Elliot y localizaron el otro vehículo en el nivel cinco. Después, Elliot le envió un mensaje de texto a Kay diciendo que tenía que volver corriendo a la oficina de Roderick a por la llave de repuesto del Nissan Altima.

Kay apenas podía controlar su ansiedad. Desde que Roderick había mencionado el otro vehículo, había tenido una sensación de aprensión inusualmente fuerte, como si estuviera a punto de descubrir algo terrible que iba mucho más allá de lo que ya sabían. ¿Y qué podía ser más atroz que descubrir que el sudes, el sujeto desconocido, se había llevado a otra mujer?

Pero en su mente se arremolinaban otras preguntas que la llevaban a caminar impaciente por el suelo de cemento manchado del aparcamiento. ¿Podría el asesino haber secuestrado a dos mujeres diferentes que habían alquilado coches de la misma empresa, en el mismo aeropuerto, y ambas con destino Mount Chester? ¿Qué probabilidades había?

Infinitesimales. Tan cerca de cero que ni siquiera importaban.

Nueve empresas de alquiler diferentes operaban en las instalaciones del Aeropuerto Internacional de San Francisco. Una media de más de mil doscientos vuelos aterrizaban o despegaban de ese aeropuerto cada día, dando servicio a más de ciento cincuenta mil pasajeros diarios, o cincuenta y siete millones de pasajeros al año. ¿Cómo eligió a las mujeres que se dirigían a Mount Chester de entre ese enorme número? ¿Era alguien que trabajaba en el aeropuerto, para una de las compañías aéreas o incluso para la empresa de alquiler de coches? ¿En qué punto de su ruta revelaría una viajera como Kendra que su destino final era Mount Chester? Respuesta rápida: no lo haría. Los viajeros aterrizaban, recogían sus coches de alquiler y desaparecían. Pero tal vez las empresas de alquiler de vehículos vigilaban la ubicación de sus unidades y podían saber cuándo un coche se dirigía o había llegado a Mount Chester. Un empleado de esas empresas podría ser el asesino que estaban buscando.

Justo cuando ese pensamiento pasaba por su mente, Roderick regresó y detuvo su todoterreno a cierta distancia de la grúa.

Miró largamente al joven mánager, pensativa, pero luego desechó la idea. El chico pecoso no encajaba ni un ápice en el perfil. Si el sudes era un empleado de alquiler de coches, tenía que ser otra persona. Alguien mayor, más fuerte, que pudiera subir un cuerpo a un árbol. El hecho de que estuviera paseándose inquieta por el aparcamiento de larga estancia del aeropuerto no significaba que cualquier hombre que se cruzara en su camino fuera quien estaban buscando.

Apenas podía esperar a ver qué pasaba con el vehículo de la quinta planta, y en cuanto el conductor de la grúa terminó de cargar el Jeep en la plataforma, le dijo que los siguiera hasta el nivel cinco y esperara hasta que ella terminara con el otro vehículo. No iba a perder de vista aquel Jeep hasta que estuviera a buen recaudo en el depósito de la oficina del sheriff en Mount Chester.

Roderick abrió el camino y condujo hasta el quinto nivel del aparcamiento, donde encontró a Elliot estudiando los bajos de un Nissan Altima blanco.

—Bingo —dijo, cuando ella saltó del todoterreno de Roderick, antes incluso de que se detuviera por completo—. Creo que eso es una taza de margaritas de Katse.

Roderick pulsó el mando a distancia y el Nissan se desbloqueó con un chirrido y un destello en los cuatro faros.

Kay se puso un par de guantes nuevos, abrió la puerta del conductor y miró dentro. La taza estaba allí; cuando quitó la tapa, el olor a café rancio y mohoso llenó el vehículo.

El conductor del Nissan blanco había visitado Mount Chester.

Entonces se dio cuenta de algo más y sintió que se le paraba el corazón.

El asiento del acompañante y la alfombrilla estaban llenos de migas, como si alguien hubiera comido galletas sin la menor consideración por la limpieza del coche. Un niño.

—Su maleta está aquí —dijo Elliot—. Igual que la otra.

—Elliot —llamó, sintiendo que se le hundía el estómago y que una oleada de vértigo se apoderaba de ella—. Mira —señaló la guantera abierta con voz ahogada—. Ositos de goma.

Corrió a la parte posterior del vehículo, y alumbró con la linterna el asiento trasero y, luego, el suelo. «*Oh, no* —pensó, alargando la mano, y cogió el osito de peluche del suelo—. *Por favor, que no sea verdad*».

—El cabrón tiene un niño —dijo, con una oleada de rabia que la estrangulaba hasta el punto de que sus palabras luchaban por salir—. Esta vez tiene un niño, Elliot. No me lo esperaba. No lo vi venir.

—Tal vez él... —empezó Elliot, pero ella le cortó, volviendo su atención a Roderick.

—¿Quién alquiló este vehículo? —preguntó ella; sus palabras salieron con intensidad, haciendo que Roderick se sobresaltara.

—Alison Nolan, de Atlanta —respondió—. Tengo el escaneo de su permiso de conducir, si...

—Sí, claro que la necesito. ¿Cuántos años tenía..., uhm, tiene?

—Veintisiete —respondió Roderick, y luego se aclaró la garganta.

—¿Cuándo llegó?

Comprobó su dispositivo y buscó con el pequeño teclado, cada tecla emitiendo un pitido silencioso al pulsarla.

—El 15 de octubre —respondió—. Se suponía que iba a devolver el vehículo anoche.

El día 15 solo habían pasado unos días desde la muerte de Kendra. El doctor Whitmore había calculado que llevaba muerta desde el 8 o el 12 de octubre. Y, después de unos pocos días, se había llevado a alguien más. Se había llevado a Alison Nolan, de Atlanta, y a su hijo.

—¿Quién procesó el alquiler de Alison?

—Lo hice yo —respondió Roderick, con un ligero temblor en la voz. Parecía más pálido a la luz tenue, y la frente le sudaba, a pesar del frío de la noche—. Me he acordado de ella al ver la foto de su carné de conducir.

—¿Cuántos niños iban con ella? —preguntó Kay.

Dudó un instante, cerrando los ojos un momento.

—Solo una, una niña de pelo largo y castaño, de unos siete u ocho años —respondió—. Estoy seguro.

—¿Cómo es que te acuerdas? —preguntó Elliot, con el ceño fruncido sobre sus ojos

inquisitivos—. Debes de ver a miles de personas cada semana.

—La recuerdo porque... se parecía a mi novia —dijo. Las palabras salieron rápidamente mientras sus mejillas se encendían—. Mientras procesaba sus datos, pensaba en que así se vería a Abby con un hijo, y eso me gustó.

Mientras Elliot hablaba por teléfono con su jefe para ponerle al corriente, Kay pidió la llave a Roderick y regresó al vehículo. Encendió el motor y estudió el sistema multimedia, ignorando todos los pitidos y las luces que se encendían por todo el salpicadero. El vehículo disponía de GPS y, si tenían suerte, el sistema habría memorizado los lugares por los que Alison había viajado y se había detenido.

—Tenemos que incautar este también —anunció, haciendo señas al conductor de la grúa.

—Me lo imaginaba —respondió Roderick—. ¿Cree que estarán bien? —preguntó en voz baja. Kay le tocó el antebrazo.

—No estoy segura, pero haremos todo lo posible para que vuelvan sanas y salvas.

Parecía asustado, como si participar en la investigación le hubiera puesto en peligro. Era lo que ella llamaba el efecto contagio de la fatalidad, el presentimiento que siente la gente cuando se acerca la muerte, aunque sea la de otra persona, aunque esté a distancia.

Kay volvió a centrarse en el Jeep, cargado y asegurado en la plataforma de la grúa; visualizó la llegada de Kendra a San Francisco, su viaje a Mount Chester, su desaparición. ¿Dónde? ¿Dónde terminaba su trayecto y empezaba su cautiverio?

—¿El Jeep tiene GPS? —preguntó Kay.

—Todos nuestros vehículos lo tienen —respondió Roderick. Sus palabras sonaban ensayadas, debía de pronunciar la misma frase al menos unas cuantas veces al día.

—Probablemente tendremos que desmontar esas unidades de navegación. Tenemos que averiguar dónde han estado estos vehículos y cuándo volvieron aquí.

—No hace falta desmontarlos para eso —respondió Roderick—. ¿Puedo? —preguntó, entreabriendo la puerta.

Kay asintió y le entregó un par de guantes. Se inclinó hacia el Nissan sin sentarse al volante y empezó a manejar su navegador.

—Vas a *navegación*, luego a *historial* —dijo—. Puedes seleccionar ver las rutas en un mapa, donde las paradas estarán marcadas con círculos azules, así —dijo, tocando la pantalla con la punta de un dedo enguantado.

Las líneas del mapa mostraban que el Nissan había viajado hasta Mount Chester, y la cafetería Katse estaba marcada con un círculo azul, lo que confirmaba las pruebas encontradas en el coche.

—Qué extraño —dijo Roderick—. No hay ruta de regreso.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Elliot, mirando la pantalla desde detrás de los huesudos hombros del joven.

—Quiero decir, ella condujo el coche hasta este punto aquí, a unos pocos kilómetros de este lugar, Katse, y luego nada. Aparece tráfico local del aeropuerto, tantas rutas superpuestas que realmente no podemos saber cuándo sucedieron sin entrar en los datos línea por línea. Nuestros clientes no saben o no les importa borrar su historial de GPS, y cada uno de ellos ha conducido este coche aquí, al aeropuerto, ya sea dejando o devolviendo el vehículo. Pero no hay ruta de vuelta de Mount Chester a San Francisco.

—¿Cómo puede ocurrir eso? —preguntó Kay, frunciendo el ceño. Si el sudes había manipulado la unidad GPS del vehículo, ninguno de los datos que quedaban tenía valor alguno; solo lo que él quería que encontraran.

—Si alguien averigua cómo borrar datos parciales de la navegación, supongo —dijo Roderick—. Tal vez sí sea necesario desmontar esta unidad. Veo programas de crímenes en la televisión —añadió—. Sé que los policías tienen informáticos de primera que pueden hacer casi cualquier cosa, ¿no?

—Claro —respondió ella, mientras Elliot le clavaba los ojos, sorprendido. Quizá en una vida anterior hubiera tenido acceso a los mejores analistas del FBI, capaces de desmontar la unidad y averiguar todos los secretos que guardaba en su interior. Pero eso era antes. Ahora, tenían que averiguarlo por su cuenta.

Un sudes con conocimientos suficientes para alterar los datos del GPS de los vehículos de alquiler cambiaba el juego. Eso, y el hecho de que esta vez se había llevado a una mujer y a su hija.

CAPÍTULO QUINCE

Vida robada

Apreciaba los recuerdos de su madre, la forma en que había estado con él al principio, cuando era pequeño y no tenía otros hijos, solo a él. Eran lejanos y apenas reconocibles, borrados por el tiempo, pero eran lo más valioso que tenía.

Él, sentado en el suelo a los pies de su madre, ayudándola a atar plumitas con tiras de piel de ternera que luego utilizaba para decorar los atrapasueños que hacía. Su hermana era entonces un pañuelo de gorjeos y quejidos atado al pecho de su madre, y su hermano, un bulto en su vientre. Desde allí, a sus pies, su pelo parecía rodearle la cabeza como un halo contra la luz del sol, haciéndole preguntarse si era un ángel mientras ella cantaba sobre bebés pequeños y ruiseñores, una y otra vez, con una voz suave y llena de amor.

No lo era, se lo había explicado muchas veces. No era un espíritu, solo era su madre, una mujer a la que quería más que a nadie. Y, con ella a su lado, todo su mundo tenía sentido.

Cuando tenía unos cinco años y su hermana había empezado a agarrarle el dedo con su manita, le encantaba ponerla en el cochecito y sacarla a pasear con la suave brisa del verano, empujándolo despacio si estaba dormida o tan rápido como podía correr si estaba despierta, hasta que se reía con ganas y chillaba. Pero un día, el cochecito volcó al meterse la rueda delantera derecha en un bache y su hermana voló por los aires. Aterrizó de espaldas y sus lamentos desgarradores atrajeron al instante a su madre, que aún llevaba puesto el delantal de cocina.

Pero no la vio venir. Sus ojos estaban clavados en el cuerpo desnudo de su hermana pequeña. La manta en la que la habían envuelto seguía enganchada al lateral de la capota del cochecito, y el pañal se le había soltado. Ella pataleaba y se agitaba, con los brazos y las piernas en el aire, impotente, y sin embargo su vulnerabilidad lo removía por dentro, dejándolo rígido, congelado, con los ojos fijos en su pálida piel, incapaz de moverse.

Aquella fue la primera vez que su madre le pegó, el golpe de su pesada mano sobre su cara le marcó, incluso en los lejanos recuerdos empolvados por el paso de tantos años. Salió corriendo, cogió a su hija con delicadeza y comprobó rápidamente que estaba bien. Luego, se volvió hacia él, furiosa, y le gritó:

—¡No vuelvas a acercarte a ella! ¿Me oyes? Apártate de mi vista... Ahora mismo no puedo ni mirarte.

Se dio la vuelta y entró, con su hermana en brazos, que seguía llorando, dejándolo solo en el patio, perdido, con un torrente de lágrimas quemándole los ojos. Nunca había querido hacer daño a la niña, pero ¿quién iba a creerle, si su propia madre no lo hacía?

Oyó que el camión de su padre se detenía delante de la casa. Presa del pánico, se dio cuenta de que no tardaría en enterarse de toda la historia y probablemente no le haría mucha gracia. Rápido, volvió a poner el cochecito sobre sus ruedas, después corrió y se escondió dentro del granero, deseando que la tierra se abriera y se lo tragara entero.

Aquella noche no entró a la casa, ni siquiera para cenar cuando su estómago empezó a rugir

feroz. No creía merecer comida ni el calor de su hogar y, aterrorizado por enfrentarse de nuevo a su madre, prefirió acurrucarse en la paja y fingir que no oía a los ratones masticando el grano.

Al final, fue su padre quien vino a buscarlo. En lugar de pegarle o gritarle, se sentó en una paca cuadrada de paja a su lado y le explicó que su madre se había asustado y disgustado, y que no quería decir todas esas cosas dolorosas que había dicho. Ya no estaba enfadada y esperaba a que se uniera a la familia para cenar.

Con la cabeza gacha y las manos entrelazadas, siguió a su padre al interior de la casa y cenó sin decir palabra ni apartar los ojos del plato. Su madre tampoco le habló, ocupada como estaba en alimentar a una niña pequeña y a un bebé, su otro hermano. Se fue a la cama sin decir nada y permaneció despierto hasta la madrugada. Lo recordaba bien, porque era el día que había marcado el primer cambio en el amor de su madre hacia él.

Después de aquel desafortunado incidente, solo se le permitió jugar con sus hermanos pequeños bajo la estricta supervisión de su madre. Ella parecía temer lo que pudiera hacerles.

—No juegues duro, le romperás los huesos —le decía, alzando la voz para que se oyera en el gran patio—. Cuidado, ella no es tan fuerte como tú. —O peor—. No seas animal.

Poco a poco, pero sin lugar a dudas, había dejado de quererle. La última vez que la recordaba siendo cariñosa fue justo antes de su duodécimo cumpleaños. Ella lo había vestido para ir a la iglesia, como siempre hacía, y le había dado un abrazo cuando estaba listo, un cálido abrazo que sintió en todo su cuerpo, despertando en él sensaciones que desconocía. Entonces lo apartó bruscamente, sin mirarlo más. Tal vez fue algo que había dicho o tal vez nunca supiera qué era lo que había hecho mal.

Desde entonces, desde aquel día, había empezado a cambiar, su propio cuerpo lo traicionaba. Pensamientos indeseados atormentaban su mente durante el día y sus sueños mientras dormía. Era como si todo su ser hubiera decidido avergonzarse. Su voz estaba indecisa entre seguir siendo aguda como la de un niño o volverse barítone, más parecida a la de su padre. Una noche se despertó empapado en su propia orina. En otra ocasión, no pudo levantarse de la mesa porque temía que todos vieran su erección. Pero los gestos más pequeños e inocentes hacían que su cuerpo reaccionara de la manera más insólita y embarazosa. Su madre, cortando un trozo de pechuga de pollo en el plato para repartirlo entre los niños. La manera en que la palabra *pechuga* sonaba en sus labios cuando le preguntaba si quería un trozo. La forma en que su vestido contorneaba la silueta de su pecho, la tela roja en contraste con los tonos cálidos de su piel.

Aquella noche se encontró pasando por el pasillo cuando su madre estaba en la ducha. Como atraído por una mano poderosa e invisible, se agachó frente a la puerta del baño y miró por el ojo de la cerradura. No vio gran cosa, solo la forma del cuerpo de su madre bajo el chorro de agua caliente, borroso tras la cortina cubierta en vapor, pero donde sus ojos no podían ver detalles, su mente se apresuraba a imaginarlos. Su padre estuvo a punto de atraparlo, pero había oído sus pasos y consiguió volver corriendo a su habitación, con las manos delante del cuerpo para cubrir su dolorosa dureza.

Allí, en la soledad de su habitación, se tocó por primera vez para aliviar el dolor, para estudiar la parte de su cuerpo que con tanta frecuencia actuaba en contra de su voluntad, para aprender a dominarla o para recuperar algún sentido de contención sobre sus impulsos.

Ocurrió justo lo contrario.

Descubrió el placer, la recompensa que no esperaba encontrar al final de tanta miseria y

humillación. Aquella exploración inicial de su sexualidad, la bonanza profundamente satisfactoria de emociones y sentimientos, cambió para siempre quién era. En lugar de huir de su cuerpo, de las cosas que le excitaban, empezó a buscar las emociones, obligado a entregarse una y otra vez a ese tremendo placer.

A toda costa.

Dejó de sentirse culpable cuando su cuerpo respondió al ver a su hermana y a sus amigas con sus vestidos cortos y sus pechos incipientes empujando a través de telas de colores. No apartaba los ojos cuando su madre se acercaba a la mesa para coger el salero y él podía contemplar su escote. En verano, le encantaba pasar el rato cerca de las zonas de pícnic, donde los turistas solían quitarse la ropa para tomar el sol. Cada vez que tenía ocasión, incitaba a su cuerpo a responder, buscando el fugaz placer de la liberación.

Pero eso no compensaba, en ninguna medida comparable, la pérdida del amor de su madre. A medida que pasaba el tiempo, ella se alejaba cada vez más, pero seguía sin parecer satisfecha. Hacía todo lo posible por mantener a todo el mundo lejos de él, una crueldad que no comprendía.

Tenía unos quince años cuando se armó de valor y le preguntó a su madre:

—¿Por qué le dices a todo el mundo que no se acerque a mí?

Para su mayor vergüenza, le tembló el labio inferior bajo la amenaza de las lágrimas, algo que no había previsto cuando ensayaba la conversación en su mente y pensaba que su madre le diría: «Cariño, siento mucho que te sientas así. No volverá a ocurrir».

La realidad resultó ser muy distinta. Su madre lo miró fríamente y replicó:

—No sé de qué me hablas. ¿Has rezado tus oraciones?

Desde que tenía uso de razón, cuando su madre —que se había bautizado católica a los veintiséis años para poder casarse con su padre— quería evitar una conversación con cualquiera de los miembros de la familia, sacaba a relucir las oraciones.

Aquella vez dejó de intentar comprender por qué lo rechazaba, pero pasó incontables noches obsesionado con cada cosa que podría haber hecho mal para disgustarla, para alejarla.

Decidió luchar por su afecto, ganárselo de nuevo. Se ocupó de más tareas domésticas sin que ella se lo pidiera, y sus notas en el colegio subieron tan rápido que sus profesores lo elogiaron, pero ella no lo dejaba acercarse a su corazón. Un año más tarde, ni siquiera le permitió estar en el patio con su hermana pequeña y sus amigas cuando jugaban. Debía mantenerse a una distancia prudencial, como un animal feroz, mientras ansiaba su compañía.

Aun así, no estaba satisfecha.

Una de esas noches, después de que su hermana se hubiera ido a la cama, su madre lo había agarrado del brazo y lo había llevado hasta la entrada mientras su padre miraba con ojos tristes. Abrió la puerta y lo empujó fuera de casa, llamándole abominación y diciéndole que no volviera jamás.

Su madre, la mujer a la que amaba más que a la vida misma, lo había arrojado a la acera como un montón de basura.

El recuerdo de aquella noche de hacía casi veinte años aún le aplastaba el pecho como si el peso del mundo entero se hubiera condensado en un solo pensamiento, insoportable, despiadado y frío.

Esa zorra...

¿Qué le había hecho?

Nada, por desgracia, pero, oh, cómo lo lamentaba.

A través del espejo unidireccional, miró a la niña, que parecía triste y asustada mientras estaba sentada en el borde de la cama. A veces lloraba, otras se quedaba allí sentada o se acurrucaba de lado, con los ojos entrecerrados. Se llamaba Hazel, y sin embargo le recordaba a su hermana, aquella cosa diminuta y frágil a la que ni siquiera se le permitía mirar, como si fuera un leproso.

Pero ahora él tenía el control, tenía el poder de hacer lo que quisiera, y esa niña ya no podría llamar a su madre. Se había asegurado de eso.

Una oleada de imágenes y pensamientos se arremolinó en su mente, incendiando su cuerpo. Dio la bienvenida a las fantasías que se apoderaban de él y se recostó en su sillón, relajándose, dejándose llevar por ellas. Las invitó a conquistar su conciencia, soñando con los ojos muy abiertos, preparándose para la perfecta velada familiar, en la que iba a hacer pagar a la zorra del sótano por la vida que le había robado.

Otra vez.

Y otra vez.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Pregunta

Eran casi las tres de la madrugada cuando llegaron a la oficina del sheriff de Mount Chester, conduciendo dentro de los límites seguros de velocidad para la grúa que transportaba los dos coches de alquiler. Todas las luces estaban encendidas, y Elliot reconoció el coche del sheriff Logan en el aparcamiento entre al menos media docena más.

Elliot indicó al conductor de la grúa dónde tenía que descargar los dos vehículos de alquiler y pidió ayuda a un agente uniformado; después, acompañó a Kay al interior. Se apresuró a ir directamente a la cafetera, que por suerte alguien se había tomado la molestia de preparar, y sirvió dos tazas grandes.

El sheriff Logan no esperó a que llegaran a su despacho. Corrió hacia ellos con dos agentes a su lado.

—¿Hasta qué punto estás seguro? —preguntó, yendo directo al grano.

—Completamente —respondió Kay, aunque la pregunta no iba dirigida a ella—. Se llevó a otra mujer y a su hija, y creo que aún podríamos encontrarlas con vida.

El sheriff Logan frunció el ceño, sin apartar los ojos de los de Elliot.

—Tenemos a las dos alquilando el vehículo y marchándose, tenemos pruebas de que la niña ha estado en el coche —respondió Elliot—. Y nadie las ha visto ni ha sabido nada de ellas desde entonces.

—¿Eso fue el día 15? ¿Hace una semana?

Elliot había llamado a Logan desde el aparcamiento del aeropuerto de San Francisco y le había puesto al corriente, pero quería repasar cada detalle a fondo.

—Primero, tenemos que asegurarnos de que de verdaed han desaparecido —dijo Logan, y Kay enarcó las cejas, mirándolo. Él no pareció darse cuenta, ni tampoco le importó.

—No estaban en su vuelo de vuelta a Atlanta de anteanoche —respondió Elliot—. Lo comprobamos con la compañía aérea antes de salir de San Francisco. La policía local ya había hablado con la madre de Alison Nolan.

—¿En plena noche? —preguntó el sheriff.

—Cuando Alison y Hazel no regresaron a la hora que esperaba, intentó localizarlas y luego presentó una denuncia policial. Dijo que no era propio de su hija estar incomunicada tantos días, pero sabía que viajaba a lugares apartados, así que no se preocupó. Pero Alison siempre llamaba antes de embarcar en su vuelo.

—¿Nos ha dado algo útil?

—En realidad, no —respondió Elliot—. La última vez que habló con Alison fue el día 15, después de que aterrizaran en San Francisco. —Cambié el peso de un pie a otro—. También dijo que tenía un mal presentimiento sobre este viaje, pero su hija no le hizo caso.

—Genial —murmuró Logan—. Eso va a ayudar muchísimo.

Kay estaba estudiando al sheriff, afortunadamente sin intervenir mucho. Parecía que cada

palabra que decía, incluso su presencia allí, le irritaba, y Elliot se preguntaba por qué. ¿Sería por su aspecto juvenil? Tenía veintinueve años, y a esa edad ya había conseguido mucho. Tal vez al veterano sheriff no le gustaba eso, tal vez le hacía sentirse inseguro. Tenía que ser eso, porque Elliot no había notado ningún prejuicio de género en su jefe en los cinco años que llevaba trabajando para él.

—¿Plan de acción? —preguntó Logan, y otros dos agentes se acercaron para oír los detalles.

—Hemos organizado grupos de búsqueda que empezarán a trabajar en la zona con las primeras luces.

—¿Acotaste esa zona en el momento de su desaparición? —preguntó Kay.

Tres pares de ojos desaprobadores se centraron en ella.

—¿Y cómo podríamos saber dónde está, si no le importa que se lo pregunte, señorita...?

Kay sonrió durante una fracción de segundo y luego se puso seria. Iba a darle caña.

—Es *doctora*, si no le importa. Puede llamarme doctora Sharp. Y debería empezar en el último punto donde el vehículo de alquiler de Alison registró su ubicación en el GPS, que está justo sobre la cresta, al norte de la cafetería Katse. Eso, por supuesto, si el sheriff Logan está de acuerdo.

Logan asintió.

—Puedes empezar por ahí —dijo—. Pero ¿qué es eso que he oído de que las unidades GPS han sido manipuladas?

—Lo estamos investigando —respondió Elliot—. El sudés...

—¿De dónde sacas lo del sudés? No somos del FBI —reaccionó Logan, enfadado de repente.

—Es que tiene sentido llamarlo así, un sujeto desconocido —explicó Elliot con calma, aunque su paciencia se estaba agotando. Su jefe estaba siendo un pesado, cegado por su aversión a la presencia de Kay—. Es el asesino de Kendra y el secuestrador de Alison y Hazel. ¿Cómo quieres que lo llame?

—Ah, no te hagas el gracioso conmigo —le espetó Logan.

Sabía que debía dejarlo pasar. El jefe probablemente estaba cansado, una noche en vela era mucho más exigente a la edad de Logan que a la suya.

—Como decía —afirmó con una calma que le costaba mostrar—, puede que haya manipulado el GPS, pero esta información sigue siendo la mejor pista que tenemos a la hora de iniciar una búsqueda en la zona.

—Vale, empezad por ahí. Quiero informes cada hora —dijo, cogiendo una silla cercana, y se sentó con un quejido—. Hasta entonces, reunamos a los sospechosos habituales. Traed primero a Tommy MacPherson. El nombre de su cafetería está por todas partes en esta investigación. Tiene que haber una conexión.

Kay miró a Elliot con una pregunta tácita.

—MacPherson es el dueño de la cafetería Katse —aclaró—. Tiene una hoja de antecedentes penales de más de un kilómetro de largo. Asalto, agresión, allanamiento de morada. Es un tipo agresivo con la mecha corta, pero no es un delincuente registrado.

—Un sudés así de organizado no llamaría la atención en su propia cafetería, Elliot —respondió ella—. El perfil no encaja. No es la persona que buscamos. Pero es una pista sólida; quizá, si ejercemos la presión adecuada, nos cuente algo sobre Kendra y Alison, y sobre lo que

las llevó a Katse antes de desaparecer. Sheriff, si no le importa, déjenos entrevistarlos nosotros. Puede que se muestre más cooperativo en su propio entorno.

—Menos mal que tenemos aquí a la doctora Sharp para que nos enseñe a hacer nuestro trabajo —dijo Logan, con mucho sarcasmo en la voz.

—No quiero faltarle al respeto, sheriff —respondió Kay. Parecía tranquila, pero Elliot ya la conocía lo suficiente como para adivinar que estaba hirviendo bajo la superficie de esa cortesía perfectamente equilibrada—. Suponía que estábamos trabajando juntos como un equipo, bajo su liderazgo, con el objetivo de salvar las vidas de dos personas inocentes y atrapar a un peligroso asesino que no se detendrá. Si me he equivocado, le pido disculpas.

Logan se quedó boquiabierto durante un momento embarazoso. Kay sabía exactamente cuándo cortar por lo sano.

—Soy su recurso, sheriff. Utilíceme como lo haría con cualquiera de sus agentes.

—Claro —dijo, luego tragó saliva con dificultad y se aclaró la voz antes de continuar. Uno de los agentes se volvió para ocultar una sonrisa. Su jefe había recibido una lección que no iba a olvidar pronto, como un caballo de rodeo ensillado por primera vez con manos enguantadas en piel de becerro—. ¿A quién más tenemos? ¿Está Eggers fuera de la cárcel?

—Sí —respondió uno de los agentes—. Su último número fue asalto, y cumplió su condena en el estado. Salió el año pasado.

—¿Quién es Eggers? —preguntó Kay.

Esta vez, el sheriff respondió con una actitud totalmente distinta.

—Nuestro propio delincuente sexual registrado. Ha cumplido condena por estupro, violación, agresión con agravantes, todo el rollo.

—No es nuestro hombre —replicó Kay—. Si no le importa —añadió, e hizo una pausa para dejar que el sheriff opinara. Él la invitó a hablar con un gesto de la mano—. Buscamos a alguien muy organizado, inteligente y con la capacidad técnica necesaria para manipular el sistema de navegación de un coche. Es capaz de secuestrar mujeres sin ser visto y deshacerse de sus vehículos con rapidez y eficacia, eligiendo, al menos por los casos que conocemos, devolverlos a un lugar donde pasen el mayor tiempo posible sin ser descubiertos. Es un asesino en serie sádico, sexualmente motivado, que se toma su tiempo para infligir dolor. Demuestra una manera detallada y ritualista de deshacerse de los cuerpos de sus víctimas que refleja una fuerte motivación traumática, muy probablemente un trauma infantil o de la edad adulta temprana. ¿Es ese Eggers, sheriff?

Logan se encogió de hombros antes de responder, una reacción involuntaria de la que muy probablemente se arrepintió.

—No, pero lo traeremos, no obstante. Quizá haya visto algo.

La oscuridad fuera de la ventana había empezado a disiparse, señal de que la búsqueda de Alison y su hija podía por fin comenzar.

—Creo que la pregunta más importante que debemos responder ahora mismo es: ¿cómo hace para devolver esos coches a San Francisco? —propuso Kay—. Si averiguamos eso, puede que lo encontremos en alguna grabación de alguna cámara, aunque no me imagino que cometiera semejante error. Pero quizá tengamos suerte; quizá había una cámara que él no sabía que debía evitar. —Hizo una pausa mientras el sheriff se coordinaba con los agentes. Habían pedido ayuda a los condados vecinos y sus unidades empezaban a llegar al aparcamiento. El ladrido excitado

de un pastor alemán de la policía se oyó alto y claro, indicando a los agentes que había llegado el momento de iniciar la búsqueda.

—Agente... Hobbs —dijo Kay, leyendo el nombre del mismo en su placa—. Pida a los equipos que busquen cualquier prueba, cualquier cosa que pueda decirnos dónde las secuestró y cómo.

—Sí, señora —respondió Hobbs, y luego salió corriendo hacia el exterior.

Elliot se agarró a la puerta, sujetándose a Kay.

—Antes de que te vayas —llamó el sheriff—, tengo un mensaje del doctor Whitmore; acaba de enviarlo. Ha llegado el ADN de la otra víctima. Se llama Shannon Hendricks —dijo, después de leer las notas en un trozo de papel—. Tenía treinta y dos años, era madre de dos hijos. —De repente parecía cansado, como si las ojeras que rodeaban sus ojos se hubieran profundizado a medida que leía las notas. Se pasó la mano por la nuca, aliviando la rigidez que le tensaba la espalda, pero era evidente que no había terminado de dar la noticia.

Elliot y Kay esperaron a que continuara, de pie en la puerta.

El sheriff añadió, con voz grave y entrecortada:

—La denuncia dice que desapareció el pasado noviembre con su hijo de cinco años.

CAPÍTULO DIECISIETE

Buscar

Aún no había salido el sol cuando llegaron al punto focal de la zona de búsqueda, determinada con precisión a partir de los registros del GPS del Nissan. Era un lugar aislado sobre la cresta, a un kilómetro y medio de la cafetería Katse, donde el *smartphone* de última generación de Kay no recibía ni una sola barra de cobertura. Un tramo de carretera de dos carriles en suave pendiente conducía a un valle entre crestas montañosas, a lo largo del cual probablemente había un punto ciego para los móviles.

La carretera estaba bordeada por espesos bosques a ambos lados, mientras que el paisaje lejano era sobrecogedor; picos rocosos de montañas cubiertos de nieve, bañados de rosa gracias un espectáculo de luz resplandeciente en púrpura profundo, naranja brillante y la promesa de un cielo azul perfecto una vez que saliera el sol. Ni un indicio de la tragedia que estaba ocurriendo en algún lugar de la espesura de aquellos bosques, ni una pizca de evidencia que hablara del lugar donde estaban retenidas una joven y su hija.

Kay se mantuvo cerca del perro policía, esperando impaciente a que el agente le pusiera la correa, un gran pastor *malinois* con chaleco de trabajo que llevaba su nombre: «Niner». Al abrir una bolsa de pruebas, ofreció al perro el oso de peluche recuperado del Nissan. El *malinois* lo olfateó a fondo, obedeciendo breves órdenes dadas por su adiestrador, y luego gimoteó, indicando que estaba dispuesto a rastrear. Niner levantó la nariz en dirección al borde de la carretera, girándose y buscando el olor donde era más fuerte, y luego decidió guiarlos cuesta arriba.

Los agentes del sheriff habían iniciado la búsqueda en cuadrícula y se adentraban en el bosque a ambos lados de la autopista. Aparte de ellos dos, el oficial K9 y su perro, no había nadie más en la carretera, bloqueada con barreras desplegadas a toda prisa en ambos extremos. Pero oía voces procedentes del bosque que decían el nombre de Alison, a veces el de Hazel. Mientras caminaban a paso ligero por el asfalto detrás del *malinois*, las voces se adentraban en el bosque.

Ni Alison ni Hazel contestaron, el silencio del bosque era el único testigo de su paradero.

Niner se detuvo y olfateó con rabia cierta zona, caminando en círculos y gimoteando muy bajito. Aún se veían huellas de neumáticos en el lugar donde había parado un coche. El adiestrador de Niner lo apartó y le dio unas palmaditas en el flanco.

—Aquí es donde el rastro se enfría, detectives —dijo, asumiendo que Kay estaba allí con carácter oficial.

Kay sacó su teléfono y estudió la foto que había tomado del historial de navegación del Nissan. El punto azul del sistema del coche estaba a apenas doscientos metros de donde se encontraban.

Después de sacar el teléfono, Elliot se lo volvió a meter en el bolsillo con un suspiro de frustración.

—No hay señal —dijo—. Vamos a analizar esas huellas de neumáticos —le dijo al oficial K9.

—Eso no nos dirá mucho, solo confirmará nuestra teoría —replicó Kay. Estaba agachada junto a la carretera, estudiando detenidamente cada centímetro del arcén. Podía visualizar lo que había sucedido. Por alguna razón, Alison y Hazel se habían detenido y luego habían decidido caminar hacia Katse. ¿Fue entonces cuando Alison había comprado el café cuyos restos mohosos se encontraron en el Nissan?—. Sabemos de quién son las huellas de neumáticos.

Pero ¿por qué pararon en una zona sin cobertura?

«*Porque tenían que hacerlo*», pensó. Era la única respuesta lógica.

Se levantó y cerró los ojos para protegerse del sol penetrante y concentrarse en la imagen del salpicadero del Nissan, tal como lo había visto cuando Roderick había arrancado el motor. Rebobinó las imágenes grabadas a fuego en su memoria y volvió a reproducirlas. El joven había arrancado el motor por ella, activando luces y pitidos en el salpicadero que ella ignoró, obsesionada como estaba con el sistema multimedia y el GPS.

En sus recuerdos, concentró su atención en el salpicadero y en las luces que se habían encendido al arrancar el motor, como hacen normalmente para indicar a los conductores que los respectivos sensores funcionan y son fiables. Luego se apagaron todas, después de estar encendidas solo un segundo.

No todas.

Una se había quedado encendida. La luz de revisar el motor.

Abrió los ojos y miró a Elliot.

—Su coche se averió —dijo, empezando ya a caminar cuesta abajo hacia su todoterreno—. Por eso caminaron en medio de la nada. Es hora de visitar la cafetería Katse y a su exconvicto propietario. Aunque no encaja en el perfil, creo que pudo sabotearles el vehículo cuando pararon allí a tomar un café, viniendo del aeropuerto.

Un corto paseo hasta el coche y un trayecto aún más corto después, Elliot se detuvo en la grava frente a la cafetería justo cuando el dueño, un hombre corpulento que aparentaba unos cincuenta años, estaba abriendo el candado oxidado que aseguraba el local durante la noche. Llevaba una camisa azul oscuro con rayas blancas, pero eso no lo ayudaba a disimular una barriga digna de un campeón de comedor.

—¿Thomas MacPherson? —preguntó Elliot, mostrando su placa.

El hombre parpadeó con miedo durante un breve instante y se estremeció casi imperceptiblemente, como si se dispusiera a huir.

—Ni se te ocurra —dijo Elliot, con un acento más grave y el arma en la mano.

El hombre sacudió la cabeza con una sonrisa triste.

—No soy idiota —respondió—. Me pillaríais enseguida. Fue solo un impulso, hombre, ¿qué queréis? Una vez que has estado en chirona, los polis te acojonan, aunque no hayas hecho nada.

—¿No vas a invitarnos a entrar? —preguntó Kay—. Después de todo, la cafetería ya está abierta, ¿no?

Murmuró algo, pero se apartó de la puerta para dejarlos pasar. Elliot le hizo un gesto y él le abrió paso, suspirando con un suspiro de frustración.

—¿Qué necesitáis, oficiales? —preguntó, rebajando el rango de Elliot a propósito. Pero él era demasiado listo para dejar que eso le afectara.

—Ha desaparecido una de tus clientas —dijo Elliot, y su afirmación hizo estallar a MacPherson como un cartucho de dinamita.

—Ah, ¿así que ahora soy sospechoso? —preguntó, golpeando unos utensilios de cocina que había sacado para calentar unos *bagels* que repiquetearon con fuerza contra el fregadero de acero inoxidable, situado detrás de la encimera—. Se trata de los cadáveres que habéis estado desenterrando en el Lago Silencioso, ¿no? No dejaré que me culpen de eso.

—¿Por qué no vienes aquí —dijo Elliot— y pones las manos donde pueda verlas?

MacPherson obedeció, el odio que brillaba en sus ojos era tangible y afilado como el puñal de un cazador.

—¿Ya estáis contentos? —preguntó una vez estuvo a unos metros de ellos, de pie, con las manos regordetas apoyadas en las caderas.

—Ahora, siéntate —ordenó Elliot, señalando con el dedo una silla cercana.

Cogió la silla y se sentó, murmurando palabrotas en voz baja.

—Gracias —dijo Kay. Era un poco tarde para intentar entablar una relación con aquel hombre, pero no imposible—. Y no, señor MacPherson, usted no es sospechoso —confirmó, ganándose una rápida mirada de Elliot.

—Bien, porque no he hecho mucho más que romperme el culo trabajando desde que salí de la cárcel y construí este sitio por mi cuenta. Y es suficiente —sonaba un poco aliviado, pero aún receloso.

—Es la única cafetería entre Redding y el centro de Mount Chester, ¿no? Tiene que tener bastantes clientes, ¿verdad? —sondeó Kay.

—Apenas puedo permitirme mantener las luces encendidas y duermo en el cuarto de atrás, con las provisiones, para no estar mirando las estrellas por la noche, ya me entiendes.

—Me parece que podrías haber hecho otra cosa con tu vida, si esto no es lo que querías —dijo Elliot.

—Nadie me contrataría con mis antecedentes. A nadie le importa que haya estado en el buen camino desde que salí hace cinco años. Cometes un error y ya está, tu vida se va al garete.

Había cometido más de un error, al menos tres diferentes por los que había sido acusado de un delito grave y condenado, pero Kay no estaba dispuesta a discutir. En lugar de eso, bajó la voz hasta casi un susurro y dijo:

—Lo entiendo, y agradezco su disposición a ayudarnos, sobre todo en estas circunstancias.

—Ajá —murmuró—, entonces, ¿qué necesitáis de mí?

—Como ha dicho mi compañero, una de sus clientas no llegó a embarcar en su vuelo, y estuvo aquí antes de desaparecer. Tal vez la recuerde, una mujer de veintisiete años con el pelo largo y rizado. Quizá vino con su hija —añadió Kay, pensando que Alison podría haberle pedido a Hazel que esperara fuera.

MacPherson se pasó los dedos por la barba incipiente de tres días, rascándose concienzudamente la barbilla, como si estuviera considerando si *recordarlas* o no.

—Sí, las recuerdo —dijo—. Me comentó que se le había estropeado el coche y que había tenido que caminar un kilómetro y medio para usar mi teléfono. No hay cobertura en el valle. Compró algo, no recuerdo qué, hizo la llamada y se fue. Fin de la historia.

—¿Había estado aquí antes? —preguntó Kay—. ¿Tal vez de camino desde el aeropuerto?

—¿Cuándo fue eso? ¿El viernes pasado?

—No lo hemos dicho, pero podría ser, sí —respondió Elliot.

—Podría haber venido antes y no haberme dado cuenta. Los viernes tengo ayuda. Estamos

muy ocupados con el tráfico del fin de semana. Si no necesitó usar el teléfono la primera vez, probablemente no la vi si pasó por aquí.

—¿Y fuera? ¿Salió mientras ella estaba aquí para ver qué tipo de coche conducía? —preguntó Kay. Sabía que, haciendo preguntas directas, rara vez conseguía otra cosa que un comportamiento a la defensiva de la gente, sobre todo de los que tenían unos antecedentes penales largos e impresionantes.

—Ni idea de qué coche conducía —respondió sin vacilar, sin la más mínima chispa de miedo en los ojos—. Apenas puedo ir al baño un viernes, estamos muy ocupados. Tengo que controlar los *bagels* y los donuts. Trabajo en el horno sin parar, hago el café, los sándwiches y las tortillas, y atiendo a los clientes que se sientan en la barra en vez de en las mesas.

Se dio cuenta de que decía la verdad.

Si no saboteó el coche de Alison, ¿cómo se averió el Nissan en ese tramo de carretera convenientemente apartado y sin señalización? ¿Se coló el sudes en el aparcamiento de la cafetería y lo hizo, sabiendo que fallaría en una zona donde sus víctimas estarían indefensas y vulnerables? ¿Cómo de preciso podía ser alguien para obtener ese tipo de resultado? ¿La ubicación donde sucedió la avería fue fruto de la casualidad o de la habilidad de un experto ingeniero? Las preguntas se arremolinaban en la cabeza de Kay.

—¿Había ocurrido algo así antes? —preguntó Kay, volviendo al punto donde lo había dejado antes—. ¿Mujeres viniendo aquí, diciendo que sus coches se habían averiado?

—Unas cuantas veces, y no solo mujeres —respondió—. Los coches se averían al bajar de la montaña. Esos conductores de ciudad no tienen ni idea de cómo bajar por estas carreteras, mantienen el pie en el pedal del freno hasta que echa humo. Todos los meses tenemos una o dos, más en invierno. —Se rio a carcajadas, y su voz áspera resonó en la cafetería vacía—. Un negocio lucrativo para mí. Entran aquí, piden hacer una llamada, se sientan y esperan mientras toman algo. Luego, dan buenas propinas. No me puedo quejar.

—¿En serio? —reaccionó Kay, riéndose con él—. ¿Y qué tal con los clientes frecuentes, los locales? ¿Repiten mucho?

—Tengo unos cuantos —respondió dubitativo, probablemente poco dispuesto a hablar de sus clientes habituales—. Pero la mayor parte de mi negocio viene de los turistas. De ellos y de la gente que tiene cabañas en la montaña.

—Gracias —dijo Kay, visualizando lo que debía de haber ocurrido con los ojos cerrados. Alison había parado allí a tomar un café, conduciendo desde el aeropuerto. Luego condujo otro kilómetro y medio, y fue cuando su coche se averió. Por eso volvió a pie hasta la cafetería, hasta Katse, con Hazel, e hizo una llamada. Tenía más sentido imaginar que había esperado allí a quienquiera que hubiera llamado que suponer que había vuelto andando al coche, con el café en la mano. Pero no podía estar segura.

Sonrió, mirando a Elliot, y luego se volvió hacia MacPherson y preguntó:

—¿A quién llamó?

Pero Elliot respondió antes de él que pudiera hacerlo:

—A la grúa.

—Ajá —afirmó MacPherson.

—Una cosa más —dijo Kay, preparándose para salir—. ¿Esperó aquí a la grúa?

Volvió a rascarse la barbilla.

—Durante un rato, sí —dijo—. Luego llamó el de la grúa y le dijo que se reuniera con él en el coche. Se fue sola, con su hija.

Cuando salieron de la cafetería, los penetrantes rayos del sol trajeron un poco de calor al frío de la mañana. La sonrisa de Kay se ensanchó.

—Sé cómo los coches volvieron al aeropuerto sin que el GPS mostrara nada.

—Sí —respondió Elliot—, con la grúa.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Jugar

A Kathy le encantaba jugar en casa de Judy. Estaba cerca de la suya, y sus padres le dejaban cruzar la calle y bajar sola las cuatro casas que había hasta la de Judy, lo que la hacía sentirse como una adulta. Si se hacía tarde, la madre de Judy les preparaba la cena, y su comida era deliciosa. A veces, deseaba en secreto que los padres de Judy fueran los suyos, pero luego se sentía culpable, porque quería mucho a su madre.

Tenía unos doce años aquella soleada tarde de septiembre, cuando las hojas empezaban a asomar por las colinas y el frío de la tarde se hacía más intenso. Le dijo a su madre que iba a casa de Judy, pero, en lugar de dejarla marchar con un beso en la frente, le dijo que esperara unos minutos. Luego, su padre había tomado su reacia mano en la suya y la había acompañado hasta allí, uniéndose al padre de Judy, el señor Stinson, en el porche para tomar unas cervezas.

Qué pena.

Estar lejos de su padre era una de las razones por la que disfrutaba tanto en casa de Judy. Significaba que estaba a salvo de los gritos y las palizas. Pero tal vez se comportaría con el señor Stinson allí mirando.

Los dos hombres charlaban en el porche cubierto mientras las niñas jugaban en la parte delantera de la casa. Judy había dibujado unos círculos en el asfalto con tiza amarilla y verde mientras Kathy se colgaba como un mono de la grúa del señor Stinson. Le encantaba subirse a la parte trasera del vehículo, agarrarse a todas aquellas barras, cables y cadenas, y luego volver a bajar de un salto.

—Bájate de ese camión —la llamó su padre, y ella, triste, se bajó y se alejó.

El camión del señor Stinson era de color rojo brillante y tenía algo parecido a una cruz en la parte trasera. Allí era donde a ella le gustaba subirse, a la plataforma, agarrada de aquella cruz inclinada y balanceándose de los cables.

Pero obedeció justo cuando su padre, corto de entendederas, como siempre, se había levantado de la silla para ir a bajarla él mismo.

Se fue a la entrada y encontró a Judy esperando, con un puñado de guijarros a su lado. Por el rabillo del ojo, vio a su padre sentado junto al señor Stinson, destapando otra botella de cerveza. Al menos, durante un rato, la dejaría en paz.

Cogió algunos guijarros y empezó a lanzarlos a los círculos que Judy había dibujado. Su juego era sencillo, sin nombre y muy divertido. Por cada guijarro que fallaba en el círculo, tenía que obedecer la orden de Judy. Luego era el turno de su amiga, a quien entonces le daba las órdenes y veía cómo las ejecutaba, mientras ambas reían y reían hasta quedarse sin aliento.

Kathy lanzó cada guijarro con cuidado, sopesándolo en la mano para asegurarse de no pasarse ni quedarse corta. Aun así, uno rebotó justo fuera del círculo verde, después de haber aterrizado dentro.

—¡No! —chilló, y luego miró a Judy, esperando su sentencia.

—Tumbate en el suelo —ordenó Judy.

Sin decir palabra, se tumbó de espaldas junto a la calzada, con los brazos cruzados bajo la cabeza.

—Bocabajo —insistió Judy, riendo.

—¡No me digas! —replicó Kathy, poniéndose en pie de un salto, y se quitó el polvo del vestido.

Recogió los guijarros de los círculos y se los dio a su amiga, luego se colocó a un lado. Judy falló y Kathy se apresuró a ordenar:

—Haz una voltereta.

Sus ojos se desviaron mientras Judy lanzaba sus guijarros y vio a Nick a lo lejos, junto al granero. Estaba mirando a las dos chicas y Kathy saludó con la mano.

—¿Por qué Nick no puede jugar con nosotras? —preguntó.

—Mamá dice que tiene que hacer las tareas.

Su sonrisa se desvaneció. Nick le caía bien. Debía de tener unos dieciséis años; iba al instituto, y Judy podía presumir de su hermano mayor todo el tiempo, de quien además tenía un sinfín de deberes ya hechos, de hacía cuatro años, cuando Nick había tenido que hacer las mismas tareas. Todos sus cuadernos estaban guardados en una caja debajo de su cama y los compartía de buena gana cuando se lo pedían. Nick era guay.

Ella lo saludó, pero él no le devolvió el saludo. En lugar de eso, le enseñó el rastrillo que llevaba en la mano, levantándolo en el aire y señalándolo de forma exagerada, y luego se fue detrás de la valla a trabajar. Le lanzó una larga mirada, claramente apenado por no poder jugar con ellas.

—¡Nick! —lo llamó la señora Stinson—. Ve al granero y prepara la paja ya. Es casi de noche.

Kathy lo saludó una vez más, pero él no la vio. Entonces sintió que la mano sudorosa de su padre la agarraba y dio un respingo.

—Nos vamos a casa —ordenó, el hedor a alcohol pesaba en su aliento—. Tú y Judy podéis jugar allí esta noche.

Se volvió hacia su amiga, que parecía tan confusa como ella, y luego hacia el señor Stinson, que sonrió y dijo:

—¡Venga, chicas, que os divirtáis!

CAPÍTULO DIECINUEVE

Delincuente

Se detuvieron en la gasolinera Chevron de camino a la oficina del sheriff y Kay se apresuró a entrar mientras Elliot llenaba el depósito. Unos minutos más tarde, salió con una caja de donuts recién hechos y un poco de café, y lo encontró atendiendo una llamada telefónica.

Cuando subieron al vehículo, Elliot arrancó el motor y dio un mordisco al donut que ella le había ofrecido. Masticó rápidamente y luego dijo:

—No se presentó.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Kay.

—Alison ya no estaba cuando apareció el conductor de la grúa —aclaró—. Fue a buscarla a Katse y condujo por el valle en ambos sentidos, pero ella ya no estaba.

Se quedó callada un momento. Si Alison había desaparecido cuando llegó la grúa, el sudes debió de actuar muy rápido. Había cogido a Alison y a Hazel, y...

—¿Seguía el Nissan donde lo dejaron? —preguntó.

—No —dijo, y luego silbó e hizo un gesto con la mano imitando a un coche arrancando a gran velocidad—. Se había marchado.

Frunció el ceño. ¿Cómo iban a encontrar a Alison y a su hija si todas las pistas que tenían se desintegraban sin dejar nada? Se suponía que el coche estaba averiado. ¿Cómo demonios había desaparecido?

—El señor Stinson, ¿verdad? —preguntó, con la tristeza atenazando su garganta durante un breve instante—. El conductor de la grúa.

—Claro —respondió, lanzándole una rápida mirada—. ¿Cómo lo has sabido?

—Su hija era mi mejor amiga de la infancia. No he tenido ocasión de hacerles una visita desde que volví, pero creo que la teoría de la implicación de la grúa acaba de estrellarse y arder. Es imposible que el señor Stinson tenga algo que ver en esto; es el hombre más amable que he conocido.

Elliot dio otro mordisco al donut.

—Estoy de acuerdo. He trabajado con él el tiempo suficiente para saber que no es él. Es la persona a la que recurro para los remolques por conducir bajo los efectos del alcohol y los accidentes de tráfico; con tantos turistas conduciendo borrachos, él y yo hemos coincidido mucho. Pero tenía sentido la idea de que el sudes está remolcando los coches a San Francisco. Es sencillo, nadie les habría parado por el camino.

—¿Sigue siendo el señor Stinson el único servicio de grúa de la ciudad?

—Aparte de él, el más cercano está en Redding, y eso está a casi una hora de distancia. Y no hay otro camión con capacidad de remolque registrado a nombre de nadie en la zona.

Se quedó mirando la carretera en silencio, perdida en recuerdos que había olvidado casi por completo. Judy y ella, jugando junto a la grúa. La madre de Judy, poniendo la mesa. Las dos niñas, compartiendo un dulce decimosexto cumpleaños y hablando de chicos en el patio trasero

de Judy. Luego, ella se fue a la universidad, y Judy se quedó. Se enviaron correos electrónicos durante un tiempo, hablaron por teléfono, pero pronto perdieron el contacto, aunque a Kay aún le dolía el corazón cuando pensaba en Judy. Echaba de menos a su amiga.

—Me había olvidado de ellos —dijo suavemente, con la voz cargada de lágrimas que no esperaba—. Eran mi segunda familia, a veces más cercana que la mía, y yo...

—Seguiste adelante y te construiste una vida —respondió Elliot—. Seguro que te costó mucho trabajo.

—No fue fácil, eso seguro —rio entre dientes, secándose una lágrima rebelde en el rabillo del ojo—. ¿Sabes que yo jugaba en esa grúa? Y, aun así, cuando entrevistamos a MacPherson, no caí. No se me ocurrió. Estaba segura de que habíamos descubierto la firma del sudes, pero no. Volvemos al principio. —Se mordió la punta de la uña del dedo índice durante un breve instante, un gesto olvidado que calmó sus nervios crispados.

No podía haber sido el señor Stinson; ella pondría la mano en el fuego por él. Pero la teoría de la grúa tenía tanto sentido que no podía dejarla pasar. Era elegante, a prueba de policías, anónima. ¿Cuántos policías detienen grúas cargadas? Cero. La mayoría transportan vehículos con informes de accidentes o en colaboración con la policía, como incautaciones o retiradas de estacionamiento ilegal. El sudes sabía que no lo detendrían. Tenía una forma de coger los vehículos averiados cuando ya no se podían conducir. Vehículos, porque Kay no tenía ninguna duda de que el técnico no tardaría en llamarles y confirmar que el Jeep también se había averiado. Pero, si la grúa había participado en la eliminación de los coches de las víctimas, entonces debería estar registrada en las cámaras de seguridad del aparcamiento de larga estancia de San Francisco. En cuanto tuviera esos vídeos, lo sabría con seguridad.

—No necesariamente —respondió Elliot, después de engullir el resto del donut y lamerse el azúcar de los dedos—. Tenemos a Eggers bajo custodia. Ya sabes, el delincuente sexual local. Diría que es mucho más probable que haya secuestrado y matado a esas mujeres que el padre de tu mejor amiga, ¿no crees?

Dejó escapar un suspiro corto pero cargado.

—Si te soy sincera, creo que estamos perdiendo el tiempo. Es un delincuente sexual desorganizado, de los de atacar y violar, no el hombre que buscamos.

—Aun así, Logan lo tiene encadenado a la mesa en una sala de interrogatorios —dijo con una amplia sonrisa—. Todo tuyo para jugar mientras consigo una orden para registrar su casa.

—Es una pérdida de tiempo, Elliot —dijo ella, consciente de que había levantado la voz—. Te digo que no es él.

—Y yo te digo que tengo un jefe y tengo que trabajar para ganarme la vida —respondió él con calma, pero ella sabía que no debía tragarse su apariencia de compostura—. Tiene sentido, desde el punto de vista del procedimiento policial —añadió—. Algo que a ti te importa un bledo, pero que puede acabar con la carrera de algunos buenos policías si las cosas se tuercen y ni siquiera podemos decir que interrogamos a los ciudadanos modelo del barrio.

No contestó; no tenía nada más que decir. En su lugar, dedicó el poco tiempo que tenía antes de la entrevista con Eggers a analizar la firma del sudes.

Era singularmente compleja, requería agilidad, tanto mental como física, fuerza, conocimientos y medios. No separó el ritual del entierro de la eliminación del vehículo, incluyéndolos ambos en la firma, porque las dos cosas habían sido orquestadas por el mismo

hombre. Por definición, la firma de un asesinato incluía los elementos particulares que no son necesarios para cometer el crimen, pero que hablan de las compulsiones del asesino y de sus rituales impulsados por la fantasía. La eliminación de vehículos podría haber sido una contramedida forense y nada más, que le permitiera ocultar los coches sin arriesgarse a dejar partículas y huellas en su interior. Pero ella creía que había algo más que una planificación excelente y una ejecución aún mejor.

El margen de tiempo que tenía para coger a Alison y Hazel y esconder el coche antes de que llegara la grúa era increíblemente estrecho. Ahora que recordaba al señor Stinson, ya no sospechaba que el conductor de la grúa estuviera implicado en el crimen, pero seguía teniendo la firme convicción de que debía hablar con él, no solo para ponerse al día, sino también para construir una cronología precisa de los hechos. ¿A qué hora recibió la llamada de Alison? Aunque no lo recordara con exactitud, podrían obtenerse registros telefónicos. ¿Cuánto tardó en responder? ¿A qué hora llegó al vehículo y descubrió que Alison se había ido?

Pero tal vez, tuvo que admitir, estaba obsesionada con la parte de la eliminación del vehículo porque no tenía una pista sólida; no en ese momento. Si quería encontrar a Alison y Hazel con vida, tenía que tomar un atajo, porque el camino que llevaba del análisis de videovigilancia del aparcamiento del aeropuerto a los registros telefónicos del negocio de la grúa era largo y serpenteante, sin garantías de éxito, pero con la certeza de que llevaría días, si no semanas.

Alison y Hazel no podían permitirse eso. El sudeste había matado a Kendra tras solo diez días de cautiverio, y ya llevaba siete reteniendo a Alison. El tiempo se agotaba.

En cuanto Elliot entró en el aparcamiento de la oficina del sheriff y apagó el motor, Kay se apresuró a entrar. Unos minutos después de las nueve, llegó a la sala de interrogatorios y se encontró con un hombre delgado que apestaba a alcohol. La temprana hora de la mañana no parecía importar, porque para Eggers la fiesta no acababa nunca.

Kay acababa de repasar su historial, mientras él esperaba con una sonrisa burlona en la cara, cuando Elliot se unió a ellos. Decidió abreviar, con la formalidad que la caracterizaba, y fue directa a la pregunta crítica.

—Señor Eggers, ¿dónde estaba el 15 de octubre, entre las dos y las seis de la tarde?

—¿Cómo voy a acordarme? —contestó, malhumorado—. Déjame preguntarle a mi secretaria —añadió, con el sarcasmo goteando de su voz cargada de veneno—. Oh, ahora lo recuerdo, estaba en una excursión de pesca con un puñado de penosos policías.

—Le sugiero que lo recuerde —insistió—. Es lo mejor para usted.

—Sí, como si te importara lo que más me conviene —contestó, reclinándose en la silla todo lo que le permitían las esposas encadenadas a la mesa—. ¿Sabes qué es lo que más me interesa? Un maldito abogado, eso es. Y quítame estas malditas esposas, porque no estoy detenido, ¿verdad?

Elliot miró un instante a Kay y luego le quitó las esposas a Eggers. El hombre se frotó las muñecas enérgicamente y después entrelazó los dedos detrás de la cabeza en una postura desafiante.

—No está arrestado, señor Eggers —respondió Elliot—. Necesitamos que responda a unas preguntas...

—Necesitas acusarme de algo importante, ¿verdad, *ranger* de Texas? ¿No estás un poco lejos del O. K. Corral?

Elliot trató de hablar, pero fue cortado de nuevo.

—Eso está en Arizona, no en Texas. Señor Eggers, no hace falta...

—Hace falta lo que yo diga, y eso es un abogado. Conozco mis derechos.

—De acuerdo —respondió Kay—, tendrá su abogado. ¿Puede permitirse uno? ¿O deberíamos conseguir uno de esos jóvenes, recién salidos de la universidad, para sellar su destino?

—El más verde de los abogados te dirá que no voy a hablar con ningún policía. —Escupió al suelo, a centímetros del pie de Kay.

Ella ni se inmutó.

—Hasta que llegue su abogado —dijo Kay—, si necesitara una grúa, ¿dónde la conseguiría?

—De las putas *Páginas Amarillas*, ¿cómo que de dónde? No más preguntas sin mi abogado; no intentes engañarme.

Elliot hizo señas a Kay para que lo siguiera fuera de la sala. En cuanto cerraron la puerta, dijo:

—Asaltaremos su casa y encontraremos a Alison y Hazel, si es que están allí. No le allanéis el camino a la libertad por un tecnicismo. Ha pedido un abogado. Hemos terminado.

—No soy agente de la ley —respondió Kay con una débil sonrisa.

—Pero yo sí, y mi presencia en la sala garantiza sus derechos.

—¿Y si te marchas a tomar un café? —le propuso Kay—. Él no es el sudes, Elliot, te lo prometo. Pero quizá haya oído algo por ahí, quizá pueda hacerle hablar. La cosa es que no tenemos mucho más con lo que seguir. Es como si Alison y Hazel se hubieran desvanecido en el aire.

—No hay manera, lo siento —respondió Elliot—. Logan me despediría en el acto, y lo que averiguáramos durante el interrogatorio sería como una manzana envenenada, porque saldría libre. Ya lo sabes, compañera.

Sí, lo odiaba. Lo odiaba, pero la ley era clara, y hoy no parecía el día en que pudiera saltarse un poco las normas.

—De acuerdo. Veamos lo que arroja la búsqueda, tal vez podamos obtener alguna ventaja e interrogarlo de nuevo. Porque te lo digo, Elliot, no encontraremos a esas chicas en el sótano de este hombre.

CAPÍTULO VEINTE

Primer asesinato

Los primeros minutos después de que su madre lo echara de casa, permaneció aturdido. No estaba sucediendo; no podía suceder. Debía de estar bromeando, y pronto abriría la puerta y lo invitaría a entrar, le daría un abrazo y le pasaría los dedos por el pelo, arreglándoselo como solía hacer cuando era pequeño.

No lo hizo. La casa permaneció en silencio y la puerta principal, cerrada.

Unos veinte minutos más tarde, la luz del porche se apagó, dejándolo solo en la poco acogedora oscuridad.

Golpeó la puerta, rogó y suplicó, pero nadie parecía oírlo. Juró que se portaría bien, aunque no entendía qué había hecho mal. Luego se agachó hacia el suelo, abrazándose las rodillas y apoyándose en la puerta, con el frío aire de la noche helándole la sangre.

Pero nadie abrió la puerta.

Al amanecer, su padre salió y le dijo:

—Hijo, ya eres mayor. Estarás bien ahí fuera. Tienes que irte. Lo siento mucho. —Y puso un par de billetes de veinte dólares en la mano temblorosa de su hijo. Entonces, la puerta volvió a cerrarse, esta vez para siempre.

Lo entendía, aunque no tenía ni idea de por qué. Comprendió que su madre ya no lo quería, quizá nunca lo había querido. Comprendió que su padre nunca se pondría de su parte. Y se alejó, con lágrimas ardientes inundando sus ojos.

Su primera parada fue la iglesia. Sabía que el cura ayudaba a los necesitados; por eso donaban a la congregación toda su ropa vieja y las cosas que la familia ya no necesitaba. Pero el padre Reaves había escuchado su grito de ayuda con distancia en su actitud y después le dijo que ya no era bienvenido en la iglesia.

—Reza al Señor pidiendo perdón y Él te mostrará el camino de regreso del oscuro reino de la concupiscencia —había dicho el padre Reaves, vomitando palabras que él no entendía—. Entonces la comunidad abrirá su seno para ti, mi pequeña oveja perdida.

—Pero, Padre, ¿qué he hecho?

—Has elegido el camino equivocado, hijo mío, un camino que sirve a Satanás a través de un fervor carnal egoístamente interior, y es un pecado terrible —dijo el sacerdote, con un largo suspiro. Un par de ancianas entraron en la iglesia mientras él pronunciaba esas palabras, y le lanzaron miradas preocupadas a él y, luego, al sacerdote—. Busca en tu alma y encuentra el camino de vuelta a la rectitud. Y reza al Señor para que te guíe. —Le agarró el codo suavemente pero con firmeza y le mostró la puerta—. Ve con Dios, hijo mío. Rezaré por ti.

Parecía que su madre había envenenado a toda la comunidad con mentiras sobre él. No podía quedarse y enfrentarse al desprecio; siempre iba a ser un paria en el pueblo que una vez llamó su hogar. Nadie lo ayudaría, nadie lo acogería ni le daría restos de comida. Tenía que marcharse.

Aquel día, hizo autostop hasta San Francisco en un camión de dieciocho ruedas cuyo

conductor se llevó la mitad de su dinero para dejarlo al pie del puente de la bahía de San Francisco-Oakland, después de interrogarlo a fondo sobre su edad. Él juró que tenía más de dieciocho años; aún le faltaban un año y varios meses para alcanzar ese hito, pero el barrio de Tenderloin de San Francisco tenía muy poco en contra de añadir un mendigo más a una de sus esquinas, sobre todo uno tan joven como él. El mal afamado barrio albergaba algunos teatros y lugares de ocio, pero también a la mayoría de los desviados, profesionales del sexo y vagabundos de la ciudad. Sus míseras condiciones, el tráfico callejero de drogas y los locales ilegales de *striptease* le habían valido su nombre, una referencia, según muchos, a los tiernos lomos de una prostituta. Otros creen que el barrio, un duplicado cultural y social del distrito neoyorquino de Tenderloin, debe su nombre al hecho de que los policías que trabajaban en él ganaban tanto dinero extra que podían permitirse comer solomillo todos los días. Independientemente de las turbias prácticas que habían dado nombre al barrio, no había un lugar mejor para perderse y empezar su nueva vida en la calle.

En pocos días, había descubierto dónde dormir, cómo llenar su dolorida barriga cada día y en qué contenedores merecía la pena zambullirse. Los días eran largos y se aventuraba fuera de Tenderloin en busca de gente más adinerada dispuesta a darle algo más de calderilla. Rápidamente aprendió a evitar a la policía, tras escapar por los pelos de una patrulla que le pilló merodeando frente al edificio equivocado. Y, tres días después de llegar, le había arrebatado el saco de dormir a un anciano vagabundo, dándose cuenta de que no sentía ningún remordimiento. Tres noches en la fría niebla de San Francisco habían dejado claras sus prioridades.

Le faltaban dos meses para cumplir los dieciocho cuando fue violado por primera vez.

Había encontrado un rincón tranquilo detrás de un restaurante y dormía allí desde hacía unas semanas. Después de cerrar, el personal del establecimiento sacaba la basura a la parte de atrás, cerraba las puertas y se iba a casa. Detrás de aquel edificio se encontraba la parte trasera de una fábrica de tres plantas convertida en almacén, protegida por altas vallas. Escondido en aquel callejón oscuro y sin salida, se había sentido seguro.

Hasta esa noche.

La niebla había caído espesa, envolviendo la ciudad y todos sus sonidos en una sustancia lechosa que le metió humedad fría en los huesos. Cuando el todoterreno se detuvo, se limitó a retroceder un poco, con la esperanza de no ser visto.

Pero los tres hombres fueron a buscarlo. Los reconoció; ese mismo día le habían metido unas monedas en el sombrero mientras le hacían todo tipo de comentarios sobre su cuerpo, su boca, su culo prieto y las cosas que querían hacerle, riéndose a carcajadas con voces roncadas de lujuria. No le dio mucha importancia en aquel momento; desde que vivía en Tenderloin, los abusos no le eran extraños, sobre todo los de tipo verbal.

No tenía ninguna posibilidad, un chico joven y desnutrido contra tres hombres fuertes de unos veinte años. Cuando los asaltantes acabaron con él y se marcharon en su Cadillac Escalade azul, se quedó tumbado en el frío asfalto, tragando lágrimas mezcladas con sangre.

Aquel día se mudó, dolorido a cada paso que daba y arrastrando sus posesiones mundanas atadas en un fardo, y encontró otro callejón sin salida donde esperaba estar a salvo durante un tiempo. Empezó a comer más, negando la repugnancia que le producía lo que recuperaba de la basura. Se marcó como prioridad encontrar contenedores decentes que dieran servicio a mejores restaurantes, y luego alejó a otros vagabundos de esa zona, utilizándolos como sacos de boxeo

siempre que podía, sabiendo que algún día necesitaría ser capaz de luchar mejor que la última vez.

Ese mismo mes, cuando volvieron los tres hombres, pensó que ya estaba preparado para ellos. Le sorprendió que lo hubieran encontrado de nuevo, pero debían de estar acechándolo, porque no parecieron dudar cuando se detuvieron en el oscuro callejón, riendo a carcajadas.

Luchó contra ellos lo mejor que pudo, asestándoles unos escuálidos puñetazos que solo consiguieron excitar más a los hombres, que gritaban su lujurioso frenesí en la niebla que todo lo envolvía. Luego se turnaron hasta que se agotaron y perdieron todo interés por el muchacho, que yacía inerte a sus pies en un charco de su propia sangre.

Sabía que volverían. Siempre volverían, porque él estaba allí, una víctima fácil, alguien que no podía presentar una denuncia policial, alguien a quien nadie echaba de menos y de quien nadie se preocupaba.

Esa vez no se movió, no buscó un rincón mejor de Tenderloin donde refugiarse. Esa vez tenía un plan, y cuando regresaron, estaba listo para ellos.

A los dos primeros les asestó una serie de puñaladas en el abdomen a la velocidad del rayo, utilizando un cuchillo de trincar que había encontrado tirado en el contenedor de detrás del restaurante. Tuvo que perseguir al tercero por la calle durante unos metros, pero fue rápido y acabó alcanzándolo. Cuando lo hizo, le cortó la garganta por detrás, agarrándole de los mechones del pelo y sujetándolo con fuerza, sin dudarle un instante. Luego dejó caer su cuerpo sobre la acera con un golpe que imitaba los latidos de su acelerado corazón. Lo arrastró de vuelta al callejón y lo arrojó al contenedor. Después comprobó cómo estaban los otros dos, que seguían vivos, agonizando en un creciente charco de sangre. Igual que lo habían dejado a él unas semanas antes.

Una sensación de alborozo, de poder superlativo, recorrió sus venas, inyectando euforia líquida en cada gota de su acalorada sangre. Respiró profundamente, llenando sus pulmones con la niebla salada, y se sintió renacer, como si las vidas que tenía en las manos hicieran sinergia con la suya.

Se mantuvo erguido, preguntándose si debía acabar con ellos o dejarlos morir solos, para que probaran de su propia medicina. De todos modos, no iban a durar mucho, pero merecían sufrir. Luego se preguntó por qué el tercer hombre no se había marchado en su lujoso coche. La respuesta estaba justo a sus pies, en un charco de agua de lluvia teñida de rojo. Un llavero de lujo y una llave con la marca estilizada de la codiciada marca, que se le debieron de caer mientras corría por el callejón.

Se agachó y cogió la llave, sosteniéndola en la palma de la mano durante un largo momento, aprovechando la estrenada sensación de libertad, de poder completo y estimulante que sentía por primera vez en su vida. Ahora sabía lo que quería.

Poder.

A toda costa. Sin límites. El poder de sobrevivir, de prosperar. Para matar.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Rancho

Kay esperó fuera mientras Elliot y los agentes del sheriff registraban minuciosamente la propiedad de Eggers, un rancho viejo y destartado asentado sobre un par de acres de terreno, y un gran cobertizo al otro lado del camino de entrada, lleno de baches.

Alison y Hazel llevaban desaparecidas una semana, y acababan de enterarse de que Matthew, el hijo pequeño de Shannon, también estaba desaparecido desde el pasado noviembre. Pensar en Matthew le hizo preguntarse cuántos otros niños desaparecidos podría encontrar si realizaba una búsqueda en una base de datos. Pero la triste realidad era que solo el año anterior se había denunciado la desaparición de más de setenta y seis mil niños en el estado de California. Agujas en un pajar muy grande, y no había forma de correlacionar ninguna de esas denuncias con el sudes. Era mejor seguir las pruebas hasta donde la llevaran.

Pero ¿cuáles eran las probabilidades de encontrarlos allí, en aquel rancho desolado, y aún con vida? Miró el reloj con impaciencia. Era casi mediodía, y aún no tenían nada, ninguna esperanza de encontrar a Alison y a los niños.

Oliver Eggers estaba de pie a unos metros, flanqueado por su abogada, una joven que no podía tener más de veintisiete, quizá veintiocho años, pero que había demostrado ser elocuente y astuta al conseguir que Eggers fuera puesto en libertad sin demora.

Al salir de la casa, Elliot hizo una seña a Kay. Ella se acercó a él rápido, sabiendo ya lo que iba a decir, visible en el gesto de su cabeza inclinada, en sus labios apretados y en la mano que cerraba en un puño y enterraba en su bolsillo.

—No están aquí —dijo—. Deberíamos haberte escuchado y no haber perdido más tiempo. Nunca estuvieron aquí —añadió, señalando al equipo K9. Niner estaba sentado tranquilo a la sombra de un gran roble, señal de que el olor de Hazel no estaba allí para ser captado y rastreado.

—¡Detective! —llamó uno de los agentes. Había estado registrando minuciosamente el camión de Eggers y acababa de abrir el espacio de carga de la parte trasera, cubierto con una funda de plástico negro con el logotipo de Dodge Ram. Sacó una correa de remolque grande y sucia con anillas en forma de D en ambos extremos, y se la mostró.

—¿Podría haber remolcado los vehículos a San Francisco con esto? —preguntó Elliot.

—Difícilmente —respondió ella—. La policía le habría parado quince veces en la interestatal. Nunca habría llegado a la ciudad.

Dos agentes habían cortado el candado y estaban abriendo las puertas dobles de chapa ondulada del cobertizo. Ella no prestó atención a lo que hacían, sino que siguió mirando la correa de remolque. Había muchas razones inocentes por las que la gente que vivía en zonas rurales tenía una correa de ese tipo. Para sujetar equipos agrícolas o de jardinería a un remolque. Para atar grandes cargas a la caja de un camión. Pero remolcar otro vehículo durante grandes distancias no era una de ellas.

A menos que...

—Detective —llamó un hombre desde el interior del cobertizo—, tiene que ver esto.

Se apresuraron a entrar, y cuando sus ojos se adaptaron a la oscuridad, vio un gran remolque utilitario, de los que tienen una rampa incorporada en la parte trasera que se levanta y se bloquea. La superficie de madera del mismo mostraba signos de uso repetido a lo largo de los años. No era nuevo, ni mucho menos. La madera estaba parcialmente podrida y faltaban trozos, dejando al descubierto la estructura metálica que había debajo.

—¿Crees que el Nissan podría caber aquí? —preguntó ella, pero Elliot sacó su teléfono en lugar de contestar.

Tras un breve instante, levantó los ojos de su aparato y dijo:

—Ese modelo Nissan Altima mide 4,87 metros. Veamos, ¿alguien tiene una cinta métrica? —preguntó, alzando la voz para que se oyera fuera del cobertizo.

Un agente se apresuró con una cinta, y Elliot agarró el extremo de la misma y tiró, fijándola al extremo más alejado del remolque.

—16 pies —anunció—. Eso equivale a, ¡que me aspen!, 4,9 metros.

Kay se acercó y estudió la sucia plataforma. Se veían múltiples marcas de neumáticos, que manchaban la vieja madera con líneas negras y desiguales en varios patrones. Quizá una de las más recientes coincidiera con los neumáticos del Nissan.

—¿Qué tal el Jeep? ¿Encaja?

Elliot lo comprobó y dijo:

—Con espacio de sobra. El Jeep tiene 4,8 metros de largo. También es más alto, sobrepasa la altura de la barrera divisoria. Se podría transportar fácilmente con este remolque. Todo lo que se necesita es una...

—Una correa, para asegurarlo en su sitio —dijo Kay, señalando hacia el camión—. ¿Puedes llamar a la oficina y preguntar a los técnicos si había arañazos en los guardabarros del Nissan? Habría encajado muy bien, sin espacio de sobra. Quizá se arañó en el proceso.

Al oír un alboroto, corrió a la casa, seguida de cerca por Elliot, que estaba al teléfono. Dos agentes del sheriff estaban arrestando formalmente a Eggers, leyéndole sus derechos, mientras su abogada gritaba:

—¿De qué se acusa a mi cliente?!

Uno de los agentes sostenía un pequeño paquete de polvo blanco con dos dedos enguantados.

—Cocaína. Supongo que es una cantidad lo bastante pequeña como para ser simple posesión, sin intención de distribuirla, pero dejaremos que el laboratorio lo dictamine. —Se rio secamente, mostrando dos filas de dientes amarillos y torcidos, divertido por su propio comentario. Sonaba como si lo hubiera hecho al menos un par de veces antes—. Con sus antecedentes, pasará un tiempo hasta que su cliente pueda volver a ver la luz del día.

—¡Esto es una mierda! —gritó Eggers, forcejeando con los dos agentes que le sujetaban los brazos mientras un tercero le colocaba las esposas en las muñecas—. ¡Tú pusiste eso ahí, hijo de puta, te he visto! —Escupió a uno de los agentes y cargó contra él—. Me has tendido una trampa y te mataré por ello.

—Señor Eggers, debo aconsejarle que guarde silencio —intervino su abogada—. Ni una palabra más, y deje de resistirse.

Eggers volvió a escupir y a maldecir mientras los agentes del sheriff lo cargaban en la parte

trasera de su Interceptor, pero al menos pareció tomarse en serio algunos de los consejos de su abogada.

Su detención abrió algunas posibilidades, y Kay se apresuró a aprovecharlas. Se acercó a la abogada y le dijo:

—Podríamos encontrar una manera de sortear este asunto, si su cliente está dispuesto a cooperar.

—¿Qué tiene en mente? —preguntó la abogada.

—Hablemos de ello más tarde —respondió Kay, apresurándose a poner fin a la conversación antes de que se acercara Elliot.

—No hay arañazos en el Nissan —anunció este—. El Jeep muestra la misma luz de comprobación del motor cuando se enciende, y ambos vehículos devuelven los mismos códigos: refrigerante agotado y motor sobrecalentado. Pero ambos tienen el líquido refrigerante al máximo. Ahora tienen que desmontar los coches y averiguar cómo se averiaron.

«Genial —pensó—. *¿No podemos tener un maldito descanso?»*.

Este sudés sabía cómo sabotear vehículos con rapidez, de forma que fallaran, pero desconcertando al técnico. Eso completaba su conjunto de habilidades, junto con la capacidad de atrapar víctimas rápidamente y sin ser visto, y hacer desaparecer vehículos sin dejar rastro, solo para aparecer a unos cuatrocientos ochenta kilómetros de distancia, bien aparcados donde a nadie se le ocurriría mirar.

—Le haremos sudar, no te preocupes —dijo Hobbs, señalando a Eggers—. Apuesto a que estará dispuesto a soltar prenda para cuando volvamos a la casa.

—¿La casa? —preguntó Kay, intrigado.

—A la oficina del sheriff la llamamos la casa, abreviatura de la Casa Blanca. Es blanca, ya sabes, y nuestro presidente vive allí —añadió con un rápido guiño.

—Hazlo lo mejor que puedas —dijo, mirando a Eggers—. Averigua si ha transportado algún vehículo para alguien o si le ha prestado el remolque a alguien recientemente. Ofrécele un trato si habla. —Eggers parecía tener la capacidad de remolcar los vehículos de vuelta a San Francisco, pero todo lo demás sobre él no encajaba. No contuvo la respiración; el asesino seguía ahí fuera, manteniendo cautivos a Alison Nolan y a dos niños, torturándolos.

Si aún estaban vivos.

El teléfono de Elliot vibró y miró la pantalla.

—Han suspendido la búsqueda —dijo, con la voz teñida de tristeza—. Es casi de noche, y tienen que empezar de nuevo mañana. Van a traer sabuesos de Sacramento.

Mantuvo la mirada fija en el horizonte todo el tiempo, como si no lo oyera. ¿Qué iba a hacer? ¿Irse a casa y ver la tele en aquel triste salón mientras Alison soportaba la tortura del sudés, hora tras interminable hora? ¿Comer, ducharse, dormir, como haría una persona normal al final de una jornada laboral, porque siempre había un mañana?

¿Y si Alison y esos niños no tenían un mañana?

Elliot le tocó con suavidad el brazo.

—Venga, vámonos. Te invito a cenar.

—Escucha, si estás cansado, puedes irte a casa —le dijo, apretándole el antebrazo—, y sé que lo que te pido va contra las normas, pero necesito que me prestes tu todoterreno. Necesito luces y sirenas donde voy.

—¿Y dónde es eso exactamente?

—San Francisco —respondió—. Quiero visitar a la familia de Shannon Hendricks. Si me apresuro, puedo estar allí a las diez.

—¿Por qué? —le preguntó, ya corriendo hacia el vehículo. Le dio las llaves y se sentó en el asiento del copiloto.

—No sé qué esperar, pero no hay otras pistas que podamos seguir esta noche. —Kay arrancó el motor y salió lanzando guijarros y polvo al aire.

Quizá, esta vez podría tener un respiro.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Encontrada

Kay conducía tan rápido como se atrevía por la interestatal, aprovechando que el tráfico era más ligero, mientras Elliot se había quedado dormido en el asiento del copiloto, reclinado hacia atrás. Su sombrero de vaquero le cubría la cara casi por completo, protegiéndole los ojos del parpadeo rojo y azul de la barra intermitente que ella no había apagado desde que habían salido de Mount Chester.

No había aminorado la velocidad ni se había detenido en todo el tiempo. Quería llamar al timbre de la casa de Shannon lo antes posible, en el día más difícil por el que había pasado esa familia. Después de haberse saltado ya una noche de descanso, el agotamiento se había apoderado de ella, obligándola a conducir con la ventanilla bajada, contando con que el aire frío volviera a agudizar sus sentidos.

Shannon llevaba desaparecida desde noviembre, al igual que su hijo Matthew, de cinco años. Había pasado casi un año desde que se los llevaron. Se acordaba vagamente de haber visto la cobertura televisiva de su desaparición, cuando aún estaba en San Francisco trabajando en la oficina regional del FBI, pero no recordaba todos los detalles. En aquel momento había numerosas teorías, solo pensamientos e ideas que se intercambiaban los investigadores, nada más, pero ninguna de ellas se acercaba a la explicación de por qué Shannon, una divorciada de belleza deslumbrante, había desaparecido sin dejar rastro.

Kay recordó la foto del carné de conducir de Shannon. Era rubia y tenía el pelo largo, al menos en esa imagen y en las que su madre había compartido con los medios de comunicación para utilizarlas en los anuncios y llamamientos para que regresara sana y salva. Al indagar en el sistema, Kay encontró la Alerta AMBER, que seguía activa, pero mostraba un par de registros de modificación, lo que significaba que el contenido de la alerta había cambiado desde que se emitió en un principio, probablemente a medida que se disponía de más información.

Y, aun así, recordar la fisonomía de Shannon solo planteaba más preguntas. Kendra había sido caucásica, con el pelo largo y liso de un tono rojizo oscuro y ojos marrones. La melena negro azabache de Alison estaba llena de rizos largos y rebeldes, su piel era pálida y sus ojos también marrones oscuros, casi negros. Pero Shannon era rubia natural y tenía los ojos azules. Si estas mujeres eran sustitutas del objeto de la ira del agresor, no había ningún patrón que ella pudiera percibir fácilmente.

Sin embargo, se aferró a la esperanza de que quizá Shannon hubiera sido el primer asesinato del sudes. Eso podría aportar información valiosa, porque la mayoría de los asesinatos en serie empiezan cerca de casa, eligiendo un objetivo que se cruza en su camino. Alguien a quien ven a diario o alguien con quien tienen algún tipo de relación. Quizá, si conociera en detalle los antecedentes de Shannon, podría encontrar alguna pista sobre la identidad del sudes.

Dado que no se había descubierto quién era Shannon hasta primera hora de esa misma mañana, la victimología distaba mucho de estar completa, pero Kay sabía que no debía esperar

gran cosa. Kendra era de Nueva York; Alison, de Atlanta; y Shannon, de San Francisco. Era seguro suponer que las mujeres tenían poco o nada en común, y parecía que ni siquiera compartían un tipo de fisonomía. Aparte de la edad y la raza, Kay no podía pensar en ningún rasgo común entre las tres. Alison y Shannon eran madres y se habían llevado bien con sus hijos, pero Kendra no lo era. Lo único que coincidía era que todas tenían entre veinticinco y treinta y dos años; Shannon era la mayor. Eso, y el hecho de que las tres mujeres habían viajado a Mount Chester.

«*Víctimas de la casualidad, tal vez*», se cuestionó Kay mientras aparcaba frente a la residencia de Shannon Hendricks. ¿Pensaba el asesino que los viajeros de la zona serían más difíciles de rastrear hasta Mount Chester?

Apagó el motor y le dio un codazo en el hombro a Elliot.

—Hemos llegado —dijo—. Despierta, vaquero.

Frunciendo el ceño, Elliot se quitó el sombrero de la cara y miró a su alrededor entrecerrando los ojos. Estaban aparcados delante de una casa adosada de dos plantas en Glen Park. Desde fuera no parecía gran cosa, pero Kay sabía que estaría valorada en unos dos millones de dólares, y las vistas desde el piso superior debían de ser espectaculares. Estaba construida en lo alto de una colina, orientada al noreste, hacia una parte del centro de San Francisco y a la bahía, a lo lejos. Por los registros, Kay sabía que Shannon había vivido allí con su madre, Joann Hendricks.

No había nada peor que tener que discutir con una madre las circunstancias de la muerte de un hijo. Kay sintió un escalofrío y se frotó las manos, inhalando bruscamente.

—Son las nueve y media —comentó Elliot, después de beber un trago de agua de una de las botellas de plástico de las que se había aprovisionado de una pequeña nevera que había en el asiento trasero—. ¿A qué velocidad ibas? Has recorrido cuatro horas por la interestatal en apenas tres. ¿Has puesto nuestras vidas en peligro, doctora Sharp?

—Me acogeré a la quinta enmienda —respondió Kay, corriendo hacia la puerta principal. Las luces seguían encendidas y, en cuanto tocó el timbre, oyó pasos que bajaban las escaleras y se acercaban a la puerta.

Una mujer de unos sesenta años abrió. Había estado llorando; tenía los ojos rojos e hinchados y se le saltaron las lágrimas cuando miró la placa de Elliot.

—¿Han encontrado a Matthew? —preguntó, con la voz llena de una esperanza que Kay estaba a punto de quebrar.

—No, señora, no lo hemos encontrado —respondió, amable—. ¿Podemos entrar?

Joann Hendricks los invitó a sentarse en un sofá, y ella se sentó en uno de los dos sillones opuestos. Era menuda, pero la forma en que se comportaba, incluso cuando estaba destrozada, demostraba fuerza interior. Llevaba el pelo de color gris natural y corto, lo que hablaba de su carácter directo.

—Mis disculpas —susurró, secándose los ojos con un pañuelo—. Acabo de recibir la noticia de la muerte de mi hija esta mañana. Aún no estoy preparada para enfrentarme a la vida.

—No hace falta que se disculpe —respondió Kay—. Es bastante tarde y quiero agradecerle que se haya tomado la molestia de hablar con nosotros esta noche.

—No puedo aceptar la situación —dijo, con voz fuerte al principio, antes de perder el control en un sollozo ahogado—. No podré hacerlo, al menos por un tiempo.

—Solo puedo imaginar cómo debe de sentirte. Si necesita más tiempo, podríamos...

Joann rechazó la propuesta de Kay con un gesto de la mano.

—Dígame, ¿qué necesitan saber?

—¿Cuándo fue la última vez que vio a su hija? —preguntó Kay.

—El 27 de noviembre del año pasado —respondió ella—, el martes después de Acción de Gracias. —Hizo una pausa, se abrazó a sí misma y se inclinó hacia delante, con la cabeza baja—. Lo pasamos muy bien. Estaba empezando a ser feliz de nuevo después de su divorcio.

Las lágrimas empezaron a caer por sus mejillas mientras un gemido apagado escapaba de sus labios, convirtiéndose en un sollozo antes de que pudiera controlarse.

Un lamento desgarrador y escalofriante llegó desde el piso de arriba.

Un momento después, Kay vio a una joven de pie en el rellano del segundo piso, pálida y aparentemente en estado de *shock*, con los ojos azules fijos en el vacío. Llevaba un largo camisón blanco empapado de lágrimas recientes.

Al ver a la niña, Kay contuvo la respiración. Era igual que su madre, una versión mucho más joven y angustiada de la hermosa rubia de pelo largo y rizado que podía verse en muchas fotos de la pared.

—Oh, no, Tracy —susurró Joann, corriendo hacia la niña. Subió las escaleras lo más deprisa que pudo, se sentó en el último escalón y habló con la pequeña en un susurro bajo. Al cabo de un rato, la niña permitió que Joann la cogiera de la mano y ambas bajaron, despacio, un escalón tras otro.

Joann se sentó en el sillón, con la niña acurrucada en su regazo y las rodillas apretadas contra el pecho. Al cabo de un rato, bajo las suaves caricias de su abuela, su respiración agitada se normalizó y la pequeña acabó por dormirse.

—Mi pobre niña —dijo Joann, todavía acariciando el pelo de su nieta—. Mi pequeño milagro. Es asombroso que haya vuelto con nosotros.

Kay miró a Elliot durante un instante. Parecía tan aturdido como ella. ¿Había regresado? ¿De dónde?

—¿Qué quiere decir?

—¿No lo saben? —preguntó Joann, su voz era un susurro apenas audible—. ¿No estaba eso en los, uhm, informes policiales o algo así?

—No estoy seguro de lo que quiere decir —dijo Elliot, sonando arrepentido, casi avergonzado.

—Cuando Shannon desapareció, llevaba a los dos niños con ella —dijo Joann, bajando aún más la voz—. Encontraron a Tracy vagando por las calles, aquí, en San Francisco, un par de semanas después de que desaparecieran todos.

Kay se levantó de un salto, pero volvió a sentarse rápidamente cuando la firme mirada de Joann se cruzó con la suya. No podía creer que en el informe de desaparición no se mencionara a la otra niña. Miró un instante a Elliot. Este estaba consultando algo en su teléfono y ya había recuperado el informe del sistema.

Kay lo recordaba palabra por palabra, porque lo había leído muchas veces, cada vez con la esperanza de que fuera erróneo y de que se hubieran llevado a Shannon sola y que su hijo estuviera en casa, a salvo. Cada vez leía la misma frase: «Vista por última vez saliendo de su casa en Glen Park, en un Subaru Forrester azul, junto con su hijo Matthew, de cinco años». A continuación, el informe indicaba el correspondiente número de activación de la Alerta AMBER. No se mencionaba a Tracy en ningún sitio.

—Tracy no figura en el informe de personas desaparecidas —dijo Elliot, confirmando su recuerdo de los hechos—. No estoy seguro de cómo...

—Pasó unas semanas en acogida, pobre niña —dijo Joann con tristeza—. Tardaron en identificarla, aunque yo les había dado muestras de ADN de los tres. Pero, como la encontraron perdida, en la calle, no podían suponer que se la habían llevado con su madre y su hermano, supongo. Nadie se molestó en decirme nada, ¿por qué iban a hacerlo? —La amargura en su voz era inconfundible.

—¿Cuándo podríamos hablar con Tracy? —preguntó Kay.

—No ha dicho ni una palabra desde que la encontraron —replicó Joann—. ¿No cree que les habría avisado si hubiera sabido algo, cualquier pequeño detalle que pudiera llevar a encontrar a Shannon y Matthew?

—¿Ha intentado hablar con un psiquiatra? —preguntó Elliot—. A veces, son capaces de llegar a niños como Tracy.

—¿Quiere decir niños traumatizados hasta lo indecible? —respondió Joann—. Sí, lo he intentado. Llevé a Tracy a un profesor de la Universidad de Stanford, que la vio todos los días durante semanas. Probó la hipnosis y otros métodos, pero Tracy parece demasiado conmocionada para poder hablar, y nos recomendó que no la presionáramos. En algún momento, cuando su cerebro sea capaz de manejar el trauma, empezará a recordar y nos contará los horrores que presencié.

Se atragantó con la última palabra, y la niña se removió en sueños, gimoteando en voz baja.

—Nadie sabe cómo llegó a perderse ni dónde está su hermano —añadió—. Solo grita cuando me oye llorar, y ha sido muy difícil, sobre todo hoy.

Con la boca abierta, Kay las miró a las dos, desconsoladas y frágiles, meciéndose suavemente en el sillón de cuero. Un millón de preguntas se agolpaban en su mente, la mayoría de ellas relacionadas con la investigación policial sobre la desaparición de Shannon hacía un año.

—¿Qué dijo la policía tras la desaparición de Shannon y los niños?

Joann respiró hondo antes de responder, como si reuniera fuerzas antes de sacar a relucir recuerdos dolorosos.

—Shannon quería enseñar a los niños a esquiar —dijo, secándose una lágrima con un rápido toque del dedo—. Los metió en el Subaru, con ropa de invierno y todo. Nada menos que un martes —añade con una risita triste—. No era algo que hubiera planeado; tan solo esperé a que cayera la primera nevada, para que fuera agradable, pero no estuviera abarrotado y no hiciera mucho frío. Shannon odiaba el frío.

—¿Y después? —preguntó Elliot cuando la mujer dejó de hablar, mordiéndose el labio con fuerza para controlar las lágrimas.

—Se suponía que iba a llamar esa noche, y no lo hizo. La llamé y me saltó el buzón de voz. Volví a llamar a la mañana siguiente, pero no me asusté hasta la hora de comer. Empecé a llamar al hotel, al centro turístico, preguntando si alguien la había visto. Luego, llamé a la policía.

Hacía solo unas horas que conocían la identidad de Shannon; revisar los resultados de la investigación con el Departamento de Policía de San Francisco era algo que deseaba haber tenido tiempo de hacer antes de reunirse con Joann Hendricks.

—¿Qué dijeron? —preguntó Elliot con calma.

—Estuvieron yendo de un lado para otro —respondió Joann—, como si no supieran lo que

estaban haciendo. No paraban de hacer preguntas sobre Larry, el ex de Shannon. Perdió la custodia de los dos niños y supusieron que era alguien vengativo o que los había secuestrado él mismo.

—¿Es un hombre violento? —preguntó Kay, pensando en si podría ser quien estaban buscando. Si Shannon había sido su primera víctima, era posible que el sudes tuviera una relación personal con ella. El divorcio y la pérdida de la custodia de los niños podrían haber sido el detonante que le llevara a asesinar mujeres. Todo encajaba, excepto la conexión con Mount Chester.

—Es un adicto —respondió Joann con frialdad—. Esnifaba cocaína para rendir en su trabajo bien pagado y estaba volviendo loca a mi hija. Ella podía hacer el mismo trabajo sin drogas y criar a dos hijos, pero él no. Un adicto y un perdedor, eso es lo que Larry Pickett es en realidad.

—¿Estaba molesto por la custodia? Como padre, tuvo que dolerle que no le dejaran ver a sus hijos —dijo Elliot.

—No creo que le importara lo suficiente como para sentirse herido —replicó Joann, sintiéndose desprecio en sus palabras—. Se buscó unas chicas con las que meterse cocaína y empezó a vivir la vida, olvidándose de enviar los cheques de la pensión alimenticia. Un par de meses después del divorcio, lo despidieron del trabajo, y a partir de ahí entró en una espiral. Me alegré de que Shannon no tuviera que verlo todos los días en la oficina; era terrible, una situación horrible. Trabajaban juntos, ambos eran analistas de ese importante banco de inversión, uhm, Rolfe Sanders Trust.

Gimoteó en voz baja, evidentemente desconsolada por usar el tiempo pasado sobre el trabajo de su hija, sobre su vida.

—¿De dónde es? —preguntó Kay. Otra pieza clave de la ya de por sí delgada victimología se había hecho añicos al enterarse de que Shannon había conducido su propio coche hasta Mount Chester, lo que significaba que el hilo conductor del alquiler de vehículos que Alison y Kendra tenían en común no era más que una coincidencia, al igual que la conexión con el Aeropuerto Internacional de San Francisco.

—No estoy segura, pero puedo decirte dónde se encuentra —respondió ella—. En la cárcel. Donde debe estar. Y, aunque me entristece saber que mis nietos crecerán sabiendo que su padre es un delincuente convicto, creo que es lo mejor para todos.

—¿Desde cuándo? —preguntó Kay.

—Lo arrestaron en mayo, creo. Estaba drogado y le hizo proposiciones a una policía encubierta, ofreciéndole drogas y dinero a cambio de sexo.

Si estaba en la cárcel, Larry no podía haber matado a Kendra o secuestrado a Alison y su hija. Otro callejón sin salida. Kay reprimió un suspiro de frustración.

Tracy se estremeció y empezó a temblar en sueños, murmurando palabras ininteligibles. Joann rodeó a la niña con los brazos y le susurró al oído:

—Shhh, cariño, estoy aquí y estás a salvo. Estás en casa y te quiero. Shhh... Duerme ahora, cariño. —Tras unos momentos desgarradores, la niña se tranquilizó—. Así es como ha estado —dijo Joann, tocando suavemente el pelo de la niña—. Lloro o tiemblo; tiene terrores nocturnos y grita; y nunca se relaja. Quién sabe qué le habrá pasado a mi pobre niña, qué le habrá hecho ese monstruo.

Hubo un breve momento de silencio. Kay no dejaba de pensar en cómo podía desvelar los

secretos enterrados en la traumatizada memoria de la niña, mientras que Elliot parecía preocupado por otra cosa, dado que no dejaba de repasar sus notas.

—Nos estaba contando lo de la investigación policial —dijo susurrando tan bajo que Kay apenas podía oírlo.

—Sí —respondió Joann—. No hicieron mucho, y creo que no estaban tan seguros de que estuviera secuestrada. Al principio, seguían obsesionados con Larry. Luego, encontraron su coche...

—¿Dónde? —preguntó Kay.

—En el aparcamiento de larga estancia del aeropuerto, de entre todos los sitios donde podía estar —respondió, frunciendo el ceño—. Subaru hizo un número con una tecnología que tiene, STARLINK, creo que se llama, y localizó el coche. La policía supuso convenientemente que se había marchado en algún avión, aunque su equipaje seguía en el coche. Incluso su taza de café estaba allí, intacta.

El aeropuerto. Un denominador común que seguía siendo el método favorito del sudes para deshacerse de los vehículos de las víctimas. Comprobó la hora y se dio cuenta de que era casi medianoche. Al día siguiente, por la mañana, cuando viera las fotos del caso, podría establecer si el café intacto pertenecía a la cafetería Katse de Mount Chester.

—¿Dónde está el coche ahora? —preguntó Kay. Quería ver si lo encontraba con el aviso sobre el motor encendido, devolviendo los mismos códigos de error que tenían el Jeep de Kendra y el Nissan de Alison.

—La policía lo tiene. Sinceramente, no tengo ni idea de por qué Shannon condujo hasta el aeropuerto —continuó Joann—. Se fue a la estación de esquí de Mount Chester; eso está al norte de aquí, no al este.

—¿Investigó el FBI? —preguntó Kay, sabiendo que lo normal era que el FBI desplegara el equipo CARD (Despliegue Rápido para el Secuestro de Menores) cuando se trataba de niños desaparecidos de la edad de Matthew y Tracy.

—Sí, todos trabajaron juntos, pero no... no pudieron encontrarlos. Luego apareció Tracy y dijeron que había muchas posibilidades de que Shannon abandonara a sus hijos y volara de San Francisco con una identidad falsa, probablemente para encontrarse con un amante. Dejaron que el caso se enfriara —dijo, mientras los ojos se le llenaban de lágrimas—. Renunciaron a ellos. A nosotros. —Se aclaró la garganta en voz baja—. Mi hija nunca habría abandonado a sus hijos. Jamás.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Monograma

Alison había permanecido tumbada de lado, incapaz de moverse, durante lo que parecieron horas desde que él se había marchado. Ya no podía distinguir de dónde venía el dolor; todo su cuerpo estaba magullado. Pero lo peor de todo era que no había visto a Hazel en dos días. Tampoco la había oído, aunque a menudo contenía la respiración esperando oír un sonido, por minúsculo que fuera, que le dijera que su hija estaba bien.

Ella le había preguntado antes, pero él se había limitado a reír y decir: «Tú y tus niñitas... Vosotras sí que sois especiales». Cuando ella volvió a preguntar, él se enfureció al instante y la agarró por el pelo trenzado, tirando de ella hacia atrás. Hundió los dientes en la carne de su pecho, con fuerza, hasta que perforaron la piel y ella gritó, por mucho que se hubiera jurado a sí misma que no lo volvería a hacer.

Porque Hazel podía oírla.

Entonces, con la lección aprendida, se había dejado hacer, inerte en sus manos, sin luchar más, sabiendo que era inútil y que solo le haría más daño. Él había aparecido furioso y violento, más que de costumbre, diciendo cosas sin sentido como «Demasiado para ese instinto maternal tuyo... Solo te preocupas de tus niñas, no de tus niños. Que se jodan los chicos, ¿no? Pues que te jodan a ti».

Sabía que no debía preguntar de qué se trataba. Aguantó, tragándose las lágrimas, intentando pensar en otra cosa, en Hazel jugando bajo el cálido sol del verano de Atlanta en el patio trasero de su casa. En el día en que ambas volverían a pasear por aquella hierba, descalzas, disfrutando del rocío de la mañana en sus pies.

Cuando terminó con ella y se marchó, no se atrevió a moverse, temiendo el nuevo dolor que descubriría en cuanto intentara levantarse y caminar. Pero, instantes después, los temidos pasos se acercaron, y una parte de ella se aferró a la esperanza de que trajera a Hazel para verla. Porque ella había sido buena. No se había resistido, no le había arañado la cara para obligarlo a atarla de nuevo. El hecho de que pudiera esperar ansiosamente el regreso del hombre que la había estado violando todos los días desde que la secuestró le revolvía la cabeza y le producía náuseas, la erosionaba por dentro como un cáncer sembrado y regado cada día por su captor.

Levantó un poco la cabeza cuando él entró en la habitación, solo para ver que iba solo.

—¿Hazel? —susurró entre lágrimas.

Se rio, una risa corta que se convirtió en una sonrisa ladeada.

—No antes de que limpies esta pocilga. —Puso en el suelo el cubo que había traído, lleno hasta las tres cuartas partes de agua espumosa con olor a lejía y detergente—. Ahí hay un trapo —añadió—. Friega todo: los suelos, las paredes, todo lo que hayas tocado y manchado. Debajo del colchón también, y el suelo del baño.

Luego se marchó, cerrando la puerta tras de sí, y subió las escaleras silbando aquella nauseabunda canción de cuna.

No se dio cuenta de cuánto tiempo había pasado desde que él se había marchado. Perdía y recuperaba el conocimiento, debilitada por la pérdida de sangre, cuyos restos cubrían el interior de sus muslos y las baldosas sucias del suelo. Al cabo de un rato, la más mínima esperanza empezó a luchar contra la oscuridad de su mente, haciendo que se preguntara si lo decía en serio cuando le había prometido que podría ver a Hazel después de terminar la limpieza. Tal vez, decía la verdad. Tal vez, debería darse prisa.

Se obligó a arrodillarse, sacó el trapo del fondo del cubo y lo estrujó con manos temblorosas. Mientras fregaba y fregaba, la sangre seca manchaba el agua jabonosa, la espuma se volvía rosa, un color inocente que no pertenecía al infierno.

¿Cuánto más aguantaría?

Durante un tiempo, pensó que podría escapar. Esa esperanza había muerto rápidamente, después de unos días en los que había intentado todo lo que se le había ocurrido para liberarse. Entonces esperaba que él se aburriera de ella y la dejara libre, o tal vez la policía derribara la puerta un día y la rescatara, como había leído en los medios de comunicación y visto en la tele. Hacía poco había visto la historia de un hombre que encadenaba a niñas a la cama y las tenía como esclavas sexuales. Atraparon a ese tipo y liberaron a esas mujeres. ¿Quién la liberaría a ella? ¿Y cuándo?

¿Y si no venía nadie?

Las lágrimas empezaron a caer por sus mejillas, derramándose en el suelo mientras ella se arrastraba por la habitación.

Si no venía nadie, ¿qué pasaría con ella? ¿La retendría durante años y años?

Llegó a la esquina donde el colchón, tirado directamente en el suelo, ocupaba casi una cuarta parte de la habitación. Fregó hasta los bordes y levantó la esquina con dedos temblorosos para ver si había suciedad debajo.

Un par de bragas rotas se habían metido allí debajo, la seda color crema contrastaba con las baldosas oscuras. Las cogió con cuidado, como para no molestar a la mujer que las había llevado. Estaban rotas por las costuras y tenían manchas de sangre donde varias gotas habían alcanzado el exquisito tejido.

Sintió algo en la tela y al girarlas por el otro lado encontró un bordado, el nombre de *Janelle* en cursiva, en hilo de seda. ¿Quién era Janelle y qué le había pasado? ¿Se había cansado de ella? ¿La había liberado?

¿El niño de arriba era hijo de Janelle?

Cuando empezó a darse cuenta, tiró las bragas al suelo y se arrastró hacia atrás hasta chocar contra la pared, como si el contacto con la prenda de la otra mujer fuera algo fatídico, el cruel destino de Janelle a punto de engullirla.

—No, no, no —gimoteó, sacudiendo la cabeza—. Oh, Dios, no.

Janelle se había ido, y ella pronto la seguiría para dejar sitio a otra persona.

Pronto.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Fantasma

Kay recordaba muy poco del viaje de vuelta. Se había conformado con dejar que Elliot condujera mientras ella reflexionaba y, a veces, se quedaba dormida, o discutía aspectos del caso con él, intentando trazar un perfil útil con tan poca información. De vuelta a casa, se desplomó en la cama, pensando que dormiría hasta que sonara el despertador, pero con las primeras luces del día se despertó.

Se levantó y preparó una cafetera, luego se llevó la taza humeante a la ventana de su dormitorio y abrió las cortinas para que entrara la luz del sol. Dio grandes sorbos que le hicieron arder la garganta y observó el jardín con ojos críticos. El césped estaba crecido, fuera de control, con las malas hierbas que llegaban hasta las rodillas, una vergüenza. Había que terminar el trabajo, le gustara o no.

El fuerte brebaje inyectó nueva energía en su cansado cuerpo. Al mirar el reloj, se dio cuenta de que le quedaba una hora hasta que Elliot la recogiera. La noche anterior habían hablado largo y tendido sobre el caso durante el viaje de vuelta y habían acordado que lo mejor que podían hacer era revisar las notas de la policía de San Francisco y del FBI sobre la investigación de la desaparición de Hendricks. Quizá algo en esas páginas pudiera darles un indicio de información que los ayudara a encontrar a Alison y a los niños desaparecidos.

Pensar que Alison y su hija habían pasado otra noche en cautiverio le hizo subir la bilis a la garganta. ¿Seguía vivo Matthew? ¿El sudes le había dejado ir a alguna parte, solo para que se perdiera o fuera víctima de otro depredador? Masculló una larga maldición mientras se ponía unos vaqueros viejos y rotos, y luego salió al garaje, donde había visto el antiguo tractor cortacésped. Esperaba que aún funcionara.

Al abrir la puerta del garaje, apartó de un puntapié unos cuantos trastos desperdigados: herramientas oxidadas, un cubo vacío y agrietado, unos cuantos trozos de leña. Después empezó a quitar el polvo del asiento del viejo cortacésped con un trapo que había cogido con dos dedos renuentes de un banco de trabajo cercano, esperando que ninguna araña hubiera elegido ese trapo como hogar. Con cautela, agarró el volante de la máquina, se deslizó sobre el asiento y giró la llave de contacto, llenando instantáneamente el garaje de ruidosos chisporroteos y olor a gasolina.

—¿Qué tal? —oyó la voz de Elliot detrás de ella. Volvió a girar la llave del cortacésped y el chisporroteante motor enmudeció. Contenta de que hubiera llegado pronto, se bajó del asiento y se pasó las manos por los pantalones, levantando remolinos de polvo en el aire fresco de la mañana.

—Llegas pronto —dijo ella, incapaz de contener una sonrisa de alivio. Parecía fresco, como si hubiera dormido ocho horas y no las tres que le había dado tiempo a descansar. Llevaba una camiseta negra, un poco demasiado ajustada a su torso fornido, y unos vaqueros blancos. La forma en que la miró normalmente habría hecho que ella sonriera y sus ojos se desviarán,

protegidos por sus largas pestañas. En cambio, su sonrisa se desvaneció y sus ojos se encontraron con los de él.

—¿Sería posible que este sudas torture y mate a las mujeres, pero deje vivir a los niños?

—Podría ser —respondió él, empujando un poco el ala de su sombrero hacia arriba con el dedo índice—. Tal vez los suelte en algún momento. Pero, entonces, ¿por qué se los lleva? ¿Y cuántos se ha llevado que no sepamos?

—Son testigos —respondió, aunque sabía que tenía que ser mucho más que eso—. Tal vez dejó ir a Matthew, pero nunca lo encontraron —continuó Kay, sonando poco convencida—. Sin embargo, no podemos contar con eso. Debemos seguir actuando como si el asesino en serie tuviera a Alison y a los dos niños, y todos siguieran vivos.

Se quedó un rato en la puerta del garaje, dudando si invitarlo a entrar en la casa, donde su refrescante presencia chocaba tanto con sus recuerdos. Era como si la tristeza de su pasado pudiera mancharlo de alguna manera, pudiera rozarlo, haciendo que lo viera bajo una luz diferente.

«*La definición más simple de la locura*», pensó, dándose la vuelta y haciéndole señas para que la siguiera. Sus recuerdos eran solo suyos, profundamente enterrados en su mente. No podían tocar nada de su presente ni de su futuro, a menos que ella los invitara.

—Hay café recién hecho si quieres.

—Podría ayudarte con el césped —se ofreció—, pero primero deberíamos volver a la morgue. Los perros rastreadores descubrieron dos cuerpos más en el lago anoche.

Su paso vaciló.

—Por favor, no me digas que son los niños —susurró.

—El forense no parece pensar lo mismo —respondió, cogiendo una manzana de la cesta que había sobre la mesa de la cocina, y buscó un cuchillo a su alrededor—. Son mujeres adultas, y llevan tiempo muertas.

Soltó un suspiro. Tal vez aún había una oportunidad de encontrar a Alison y a los niños con vida.

Elliot se apoyó contra la pared en el que se había convertido en su lugar favorito, junto a la puerta, y sostuvo la manzana en el aire.

—¿Un cuchillo, por favor?

Kay dio un par de pasos hacia la izquierda y llegó hasta el taco de cuchillos de la encimera. Todos estaban en su sitio, excepto el más grande, donde solo se veía la oscura hendidura que guardaría su hoja mostrándose amenazadora, como si estuviera a punto de revelar sus secretos.

Elliot se acercó y cogió el cuchillo más pequeño, su codo rozó el de ella y le produjo un escalofrío.

—¿Puedo?

Ella asintió, con la garganta entrecortada y seca. Tragando con dificultad, se hizo a un lado.

—Claro.

Sacó el pequeño cuchillo, cortó hábilmente la manzana en cuartos y le ofreció uno. Ella se quedó mirando el trozo, suspendido en el aire en la palma de su mano.

—¿Qué pasa? —preguntó—. Parece como si hubieras visto un fantasma.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Recuerdos

Katherine acababa de cumplir trece años. Su cumpleaños había sido una celebración sin alegría y apresurada por su madre, que le había hecho una pequeña tarta que ella y Jacob se comieron rápidamente antes de que su padre llegara a casa. Entendía por qué su madre no quería recordarle a su padre que era el cumpleaños de Kathy, y estaba agradecida de evitar los húmedos besos que él le daba en las mejillas y su abrazo sudoroso, que le dejaba el cuerpo apestando a alcohol.

Al decimotercer cumpleaños de Kathy le habían seguido unos cuantos días de relativa paz, cada uno de ellos un milagro a su manera, aunque Pearl y los niños no sabían con certeza si un día iba a ser tranquilo hasta que terminaba. El miedo siempre estaba ahí, agitando sus vidas y poniendo nerviosos a los tres, ansiosos por que acabara el día y empezara otro para poder volver al colegio y la madre de Kathy, al trabajo, donde estarían a salvo.

Pero aquel día iba a ser diferente. Su padre llegó tarde del trabajo, ya borracho y enfurecido. Había celebrado la jubilación de un compañero o algo así; siempre había una razón para sus salidas de borrachera, aunque la principal Kathy ahora la conocía bien. Su padre era alcohólico.

Aquella noche había llegado a casa hacia las ocho, se había tumbado pesadamente en el sofá, en el lugar donde la tela estaba ya manchada por su sudor, justo delante del televisor, y había encendido el canal de deportes. Apenas lanzó una mirada a Pearl, que estaba ocupada limpiando la cocina después de haber preparado la cena. Kathy y Jacob habían estado jugando a las cartas en la mesa del salón, pero, cuando el camión de su padre se detuvo frente a la casa, recogieron con rapidez y se refugiaron en el rincón más alejado de la habitación, en el suelo, detrás del sillón.

Pearl trajo un plato con estofado de ternera y lo dejó tranquilamente delante de Gavin, que apenas la reconoció. Luego, trajo un tenedor y un vaso de agua, que también dejó antes de retirarse enseguida al fregadero.

Los niños habían reanudado su juego, susurrando en voz baja entre ellos, cuando los fuertes pasos de su padre llamaron la atención de Kathy. Se asomó por detrás del sillón y vio cómo Gavin se acercaba a su madre, la agarraba por las caderas y tiraba de ella hacia él.

—Ven aquí, nena —dijo con la voz ronca, cargada de años de fumar tabaco barato y beber mucho.

—Calla, Gavin, delante de los niños no —susurró ella, limpiándose las manos en el delantal, y lo apartó con suavidad. Luego abrió la nevera, sacó una botella de vino y vertió el líquido en una copa, que apenas llenó hasta la mitad—. Aquí tienes —le ofreció, y Kathy esperó que su padre se lo tomara y se sentara en el sofá a ver su partido.

Se bebió el vino de un trago y dejó la copa en la mesa con mucho ruido.

—¿Esto es todo lo que puedes darle a tu hombre? —preguntó con voz amenazadoramente

tranquila—. ¿Esto es todo lo que merezco después de un largo día de trabajo?

—Lo siento —susurró Pearl, lanzando una rápida mirada a su hija, como para ver si estaba lo bastante lejos de la tormenta que se avecinaba—. Nos hemos quedado sin vino y no hay dinero hasta el viernes, cuando te paguen.

—¿Y para qué demonios trabajas tú, eh? ¿Te pagan alguna vez? —gritó, y Kathy oyó a Jacob gemir en voz baja.

—Sí, Gavin —respondió Pearl, zafándose de su agarre. Un sentimiento de resignación, de aceptación del dolor que estaba por venir se filtraba en su voz quebrada, haciendo brotar lágrimas ardientes de los ojos de su hija—. Cobré el día 15, y pagué el alquiler y el seguro y todo. Luego, compré comida con el resto. No hay mucho...

—¡Cállate, mujer! —gritó—. ¿Me estás diciendo que no queda más vino?

—Sí, Gavin, ya no queda vino —respondió ella con la voz estrangulada, mirando al suelo.

Kathy necesitaba toda su fuerza de voluntad para no salir de su escondite y regañar a su padre, pues sabía que no podía derrotarlo; solo empeoraría las cosas.

—¿Y en el sótano?

—Te lo has bebido todo —susurró Pearl, levantando la mano para protegerse la cara, esperando un golpe. Aún tenía el ojo izquierdo hinchado de la última vez que Gavin la había golpeado. El moratón ahora estaba amarillento, pero aún visible.

Su madre parecía cansada, agotada, con los ojos rodeados de ojeras y la mirada hueca, como si algo en su interior se hubiera roto, se hubiera dañado irreparablemente. Su rostro solo se iluminaba cuando veía a sus hijos, cuando pasaba tiempo con ellos. Era entonces, durante un breve espacio de tiempo, cuando Kathy sentía que tenía una familia.

—Vamos, dámelo —le suplicó su padre, agarrando a Pearl por el cuello e inmovilizándola contra la pared, mientras la manoseaba con la otra mano.

—Gavin, por favor, no —gimoteó ella, intentando liberarse de su agarre.

—Debes de tener una botellita escondida en alguna parte, quizá la guardas para Navidad o algo así —suplicó—. Solo faltan dos días para el viernes, la repondré.

—De verdad que no queda nada para beber, Gavin —susurró.

Sus palabras lo enfurecieron al instante, como si su doble rechazo hubiera avivado su ira, el fuego que ya ardía en su interior. Golpeó a Pearl contra la pared y ella cayó al suelo, se veía demasiado débil para resistir su ataque.

Kathy se puso en pie de un salto y Jacob, con ella. Ambos corrieron al lado de su madre y Jacob trató de desviar la atención de su padre.

—Si quieres, puedo ir a preguntarle al vecino si tiene una botella para ti —dijo el niño con la voz un poco temblorosa.

—Ajá, hazlo, hijo —contestó, volviéndose para mirar a su hija y relamiéndose los labios, con los ojos inyectados en sangre y lujuriosos—. Apuesto a que esta jovencita no me dirá que no —dijo, mientras sus torpes dedos luchaban por desabrocharse la hebilla del cinturón—. Kathy, bonita Kathy, mi dulce Kathy, papá te quiere de verdad —dijo con una voz cantarina que terminó en un ataque de tos—. Ven aquí, Kathy, dale amor a tu papi.

Kathy lo miró con los ojos muy abiertos, sin saber hacia dónde correr. Pearl gimió, pero consiguió ponerse en pie de nuevo, aferrándose a su hija para apoyarse en ella, y luego la protegió con su cuerpo debilitado y dolorido.

—Es tu propia hija, Gavin, de tu carne y sangre —suplicó—. No la toques.

Gavin se bajó los pantalones, aparentemente decidido, y dio dos pasos hacia Kathy, pero Pearl apartó a la niña de su camino y se plantó frente a él, temblorosa.

—Toma, cógeme a mí —se ofreció, desabrochándose el botón superior de la camisa con dedos vacilantes.

Empujándola a un lado, alcanzó a Kathy, murmurando palabras que la niña no entendía. Soltando un pequeño grito, Kathy salió corriendo y se refugió en el otro extremo de la habitación, junto a la cómoda, donde buscó desesperadamente algo que pudiera utilizar como arma mientras el miedo hacía que sus dedos se debilitaran, temblaran, se volvieran inútiles.

Kathy apartó un momento los ojos de él, revisando los cajones lo más rápido que podía, cuando oyó un alboroto. Por el rabillo del ojo, vio a su madre golpear a su padre en la cabeza con una sartén.

Apenas se inmutó.

Este soltó una carcajada áspera y luego, como incitado por las acciones de Pearl, se abalanzó hacia la cocina, donde ella se había refugiado junto a la encimera, y la golpeó con fuerza, haciéndola caer al suelo. Luego se volvió, cogió el cuchillo más grande del bloque y levantó el brazo, dispuesto a asestarle un golpe mortal.

—¡Acabaré con vosotros, escoria de esta tierra! —bramó.

—¡No! —gritó Kathy. Sus manos rebuscaron asustadas en el cajón superior y encontraron la pistola que sabía que él guardaba allí.

Le temblaban las manos y la pistola le parecía pesada, demasiado para sostenerla. La agarró con las dos manos, el frío metal le heló hasta los huesos, pero la dejó caer antes de poder apuntar, con un fuerte golpe que se hizo eco de la risita desdeñosa de Gavin. Gruñó con fuerza y, cuando el cuchillo que agarraba su padre descendió sobre el pecho indefenso de su madre, se arrodilló para coger el arma caída, con las palmas cubiertas de sudor extendidas hasta donde alcanzaba, y se arrastró con fuerza por debajo de la mesa.

Disparó justo cuando Jacob cargaba con su bate de béisbol, y la bala apenas alcanzó a su hermano pequeño. Horrorizada, gritó, pero entonces vio a Jacob alejándose de la línea de fuego, con el bate repiqueteando al caer de sus manos. Él seguía de pie, ileso.

Su padre gimió, con el cuchillo aún en la mano, bajando con fuerza hacia el pecho de Pearl.

Kathy volvió a apretar el gatillo.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Los otros

Kay agradeció que hubieran llegado a la morgue. Cada vez le resultaba más difícil responder a las preguntas de Elliot y ocultar sus lágrimas rebeldes. Sin embargo, no podía culpar al detective; su comportamiento reciente haría que cualquier policía decente quisiera meterla en una sala de interrogatorios y presionarla hasta que descargara todos sus secretos, rotos e indefendibles.

O tal vez no... Por muy nerviosa e irracional que pareciera, eso no justificaba demasiadas sospechas, al menos, no de tipo policial. Tal vez de carácter personal, de un hombre que podría haberla encontrado atractiva, que podría haber querido conocerla mejor. Por muy buen policía que fuera Elliot, no tenía forma de saber qué monstruos se escondían en su pasado.

Aun así, se estremeció cuando él le tocó el codo y preguntó:

—En serio, ¿qué ha sido todo eso? —Y la miró fijamente, con la concentración inflexible que ella había visto en innumerables policías cuando hacían preguntas críticas a un sospechoso. Había aparcado el vehículo delante del depósito de cadáveres y no había forma de escapar de él.

—No es nada —dijo, pero su voz quebrada la traicionaba—. Se trata de mi madre. Ella, uhm, compró ese taco de cuchillos, para Navidad, unos años antes de que me fuera. Recibió un cupón por correo y... —Kay dejó que las lágrimas brotaran libres, ya no estaba preocupada por ocultarlas—. Es solo que estar allí, en la casa donde vivió, donde murió... No esperaba que fuera tan difícil.

Elliot le apretó la mano suavemente, la intromisión de su mirada se había suavizado.

—Lo siento mucho —dijo; sus cariñosas palabras la tranquilizaron, amenazando con debilitarla más. Inspiró con brusquedad, recordándose a sí misma que acababa de mentir en su mayor parte, y que era muy probable que él se comportase de forma muy diferente si supiera toda la verdad. No podía permitirse bajar la guardia, ni ahora ni nunca.

—Gracias —susurró ella, luego retiró su mano de la de él y salió del todoterreno. Cuando sus pies tocaron el asfalto, sintiendo la firmeza de la tierra que la sostenía y sabiéndose a salvo del escrutinio —al menos por un momento fugaz—, solo entonces respiró. No se había dado cuenta de que había estado reteniendo el aire en los pulmones, como si al dejarlo salir corriera el riesgo de exponer todos sus secretos.

Entró en la morgue, la fría y fétida atmósfera del interior le provocó escalofríos y puso alerta todos sus sentidos. Las tres mesas del depósito estaban ocupadas con las delgadas y huesudas siluetas de cada una de las víctimas, cubiertas con sábanas blancas que parecían brillar bajo las luces azuladas fluorescentes. Sentado frente al microscopio, el doctor Whitmore preparó varios portaobjetos y, al colocar uno bajo la potente lente, en la pantalla de la pared apareció una imagen ampliada, colorida pero inequívocamente sin vida.

—Esto no es lo que tenía pensado para su jubilación, doctor; podría apostar —dijo ella, acercándose a la mesa cubierta de pequeñas bandejas y portamuestras. Le tocó el hombro y él se volvió un instante hacia ella con un atisbo de sonrisa.

—En absoluto —respondió. Puso otro portaobjetos bajo el objetivo, luego suspiró y continuó —: Esperaba aburrirme y tener tiempo para leer las obras completas de Tolstói, seguidas de algo de Steinbeck y quizá releer a Julio Verne, mi favorito de la infancia. —Guardó algunas imágenes y volvió a cambiar el portaobjetos—. Pero no, hay un enfermo hijo de puta ahí fuera que me mantiene encadenado a la mesa de autopsias. —Guardó unas cuantas imágenes más con clics de ratón que resonaron extrañamente en el frío silencio de la morgue y luego se volvió hacia ella—. Por favor, atrapa a ese cabrón, Kay. Le prometí a mi mujer que la llevaría a Cancún en Acción de Gracias.

Se levantó, se dirigió a la primera mesa y les hizo señas para que lo siguieran.

—Tengo a todas nuestras invitadas preparadas para vuestra visita —dijo, ofreciendo a Kay un pequeño frasco de Vicks VapoRub.

Ella se frotó un poco de ungüento bajo las fosas nasales y luego le pasó el frasco a Elliot, que lo cogió con un gesto de agradecimiento.

—Creía que no usabas estas cosas, doctor —dijo ella, devolviéndole el frasco con una sonrisa ladeada.

—Terminé la parte de mi examen donde mi sentido del olfato es fundamental —respondió—. Pero vosotros dos no tenéis que aguantar esto. Estas pobres chicas llevan tiempo bajo tierra.

El doctor Whitmore retiró la sábana de los restos que yacían en la primera mesa.

—Esta es Shannon Hendricks. La conociste el miércoles, ¿verdad?

—Ajá, sí —respondió Kay, reacia a abrir la boca al principio.

Elliot había retrocedido un par de pasos.

—He podido confirmar algunas cosas desde la última vez que hablamos —dijo, sentándose en un taburete de cuatro patas con ruedas, y se acercó a la mesa de exploración—. Su análisis toxicológico estaba limpio; no fue envenenada ni drogada, al menos, no en sus últimos días de vida. Tengo algunos mechones de su pelo en el laboratorio de San Francisco para un historial toxicológico detallado. Como su pelo es tan largo, tenemos mucha información en cada fibra, un historial de todos los productos químicos a los que estuvo expuesta. Podría ayudarte a localizarla.

—¿Para cuándo tendremos los resultados? —preguntó Kay.

—No antes del final de la próxima semana —respondió—. He fijado el momento de la muerte a finales de mayo...

—¿De este año? —preguntó Elliot, tapándose la boca con la mano mientras hablaba, probablemente tan reacio como ella a inhalar el aire cargado del miasma de la podredumbre humana.

—Sí, de este año —contestó el doctor Whitmore, frunciendo apenas el ceño—. Se denunció su desaparición el 27 de noviembre del año pasado, según usted, y eso significa que pasó al menos seis meses en cautividad.

—Confirma tu teoría —dijo Elliot—, de que las retiene hasta que la tierra está lo bastante blanda para cavar una tumba.

—Tal vez —respondió Kay, estudiando detenidamente los restos. Su garganta aún mostraba los signos de la brutal estrangulación que había provocado su muerte—. ¿Y las demás? —preguntó.

Apretó los labios y se tragó una maldición. Debería haber estado en el lugar cuando

desenterraron los otros cadáveres. Pero no lo había hecho, y eso era todo. Tuvo que confiar de nuevo en las fotos de la escena del crimen, en lugar de en todos sus sentidos.

El doctor Whitmore expuso ambos cuerpos. El estado de descomposición era más avanzado.

—Aún no tenemos una identificación; las huellas dactilares no dieron ningún resultado —dijo—. Tuve que rehidratar la piel restante para tomar una impresión de sus huellas, y esperaba que, a estas alturas, supiéramos quiénes son. Rara vez encuentro piel en los dedos después de tanto tiempo bajo tierra. Me sorprendió.

—¿Cómo murieron? —preguntó Elliot.

—Llegaremos ahí enseguida —dijo el doctor Whitmore—. No he terminado con su descripción. Más o menos son de la misma edad que las otras dos, pero ahí se acaban los puntos en común.

«*Genial*», pensó Kay. Esperaba tener más coincidencias, no menos.

—Basándome en la estructura ósea, esta persona era negra —señaló la mesa del medio— y la otra, asiática. Mi conjetura, china, pero eso habla de raza, no de nacionalidad. Sus dientes están impecables, lo que habla de una vida acomodada aquí, en Estados Unidos. Eso va para ambas mujeres, en realidad.

Sus dos primeras víctimas localizadas habían sido blancas, y Alison también. Una pieza más del rompecabezas victimológico se estaba desmoronando; el sudés estaba cruzando líneas raciales. Solo un pequeño porcentaje de asesinos en serie lo hacían. Si no mataba a sustitutas del objeto de su ira —mujeres que le recordaban a esa persona de su pasado que le había encendido, que le había hecho daño—, ¿por qué mataba a esas en concreto? ¿Por qué las elegía? Tuvo que replantearse todo el perfil.

—Esta, la desconocida uno —dijo el doctor Whitmore señalando la mesa del extremo derecho—, la asiática, había dado a luz, pero no recientemente. La desconocida dos era nulípara. —Notó la mirada de Elliot y explicó—: Nunca había dado a luz.

—¿Cómo las encontraron? —preguntó Kay—. ¿La firma era similar?

—No —respondió—, era *idéntica*. —Mostró algunas fotos en la pantalla de la pared, y ella se acercó todo lo que pudo para ver los detalles de cada imagen—. Estaban envueltas en el mismo tipo de manta, también nueva, con el mismo diseño nativo. Me atrevería a decir que de la misma procedencia. Llevaban el pelo trenzado y atado con las mismas cintas de cuero y plumas. Y había suficientes hojas de sámara para indicar que estas dos mujeres también podrían haber recibido sepultura en un árbol primero, en una época del año en la que abundaban las semillas. —Se aclaró la garganta y sonrió con tristeza en los ojos—. Qué idea tan interesante, Kay, buscar árboles funerarios. Me alegro de no estar en tu pellejo, intentando pensar como esos asesinos. Perdería la cabeza.

Kay le devolvió la sonrisa. Puede que ella ya hubiera perdido la suya hacía mucho tiempo. Quizá por eso entendía tan bien a los asesinos. Porque ella era uno de ellos. Sí, había defendido la vida de su madre, la suya y la de Jacob, pero había acabado con la de su padre. Aún recordaba cómo no dudó ni sintió remordimiento alguno, ni durante mucho tiempo después de que los disparos hubieran dejado de resonar en su cabeza. Aún recordaba la frialdad del gatillo bajo su dedo, el fuerte estallido de cada disparo y cómo tuvo que luchar para controlar el impulso de descargar todo el cargador sobre el montón sin vida que sangraba en el suelo.

—¿La causa de la muerte es la misma, doctor? —preguntó, sintiendo que se le secaba la

garganta.

—Sí, estrangulación manual forzada en ambas víctimas, con hioides destrozado y tráquea aplastada. Debido al avanzado estado de descomposición, la agresión sexual es probable, pero no hay evidencia forense concluyente.

—¿Cuándo murieron? —preguntó Elliot.

—En algún momento del año pasado. Necesitaré más tiempo para acotar el intervalo de tiempo, pero si tuviera que adivinar, y ya sabes cuánto odio hacerlo, diría que la desconocida uno fue asesinada el verano pasado, en algún momento alrededor de julio, y la desconocida dos, unos meses después, pero antes del invierno. Digamos, octubre.

El doctor Whitmore continuó explicándoles sus hallazgos y les mostró las imágenes que había capturado antes, en las que presentaba muestras de tejidos que habían sido dañados por fuerza contundente o cortante, todos en diversas etapas de curación, mostrando el mismo patrón de abuso continuo. Pero la mente de Kay se desvió hacia los restos del perfil inicial que había empezado a esbozar. No quedaba mucho, como si hubiera dibujado su perfil a lápiz y la ola de pruebas hubiera borrado la mayor parte, dejando la hoja casi totalmente en blanco.

Pero entonces un escalofrío la recorrió al recordar lo que había dicho el médico sobre el momento de la muerte de la desconocida número dos.

Octubre.

Antes de que llegara el invierno, cuando el suelo todavía estaba blando.

Su mirada se posó en el calendario de pared que el doctor Whitmore aún conservaba, aunque la mayoría de los dispositivos modernos mostraban la fecha. 23 de octubre.

¿Se quedaría el sudes con Alison hasta la próxima primavera? ¿O la mataría ahora, rápidamente, antes de que la tierra se congelara? ¿Y los niños? ¿Qué haría con ellos durante el invierno?

Miró por la ventana hacia el cielo gris, recordando el frío que había sentido en el aire aquella mañana, la mordedura de los vientos del norte, las altas hierbas de su césped encorvadas por la helada nocturna. Pequeñas ráfagas aisladas danzaban, se posaban y se adherían al paisaje durante uno o dos minutos antes de disolverse.

Se les había acabado el tiempo.

CAPÍTULO VEINTISIETE

Prueba

—Tenías razón —dijo Elliot en cuanto subieron a su todoterreno y cerraron las puertas—. Tengo que decir que no me había tragado tu historia del asesino en serie, no al cien por cien, y no hasta ahora. Espero que me perdonen.

Ella soltó una risita, una reacción rápida y triste a sus palabras.

—¿Por qué? ¿Por creer firmemente en la regla de «cinco víctimas para hacer una serie»? Solía ser la norma, pero está obsoleta. No está mal; solo que ya no es muy exacta. —Se frotó la frente durante un instante, sus dedos fríos aliviaron los primeros síntomas de una migraña que le había apretado las sienes—. Incluso los asesinos en serie evolucionan —añadió, para corregirse de inmediato—: O, mejor dicho, nuestra forma de entenderlos.

Apoyó la cabeza en la fría ventana y cerró los ojos. ¿Y ahora qué? ¿Cómo iban a encontrar a Alison y a los niños antes de que se les acabara el tiempo? A lo lejos, si escuchaba con atención, oía los ladridos característicos de los sabuesos, el equipo experimental K9 de la Universidad de California en Davis. Llevaban buscando desde el amanecer, y si hubieran encontrado algo, cualquier rastro de pruebas o cualquier olor, Elliot habría recibido una llamada.

Lo más probable era que, tras llevarse a Alison y a su hija, el asesino se hubiera deshecho del Nissan, y que las dos víctimas hubieran sido transportadas a algún lugar en un vehículo, quizá el del sudes, y eso no era algo que los sabuesos pudieran rastrear.

Elliot y Kay seguían siendo la única esperanza de Alison y los niños, y las vidas de los tres pesaban mucho sobre sus hombros.

—No te contengas —dijo Elliot—. Dime lo que estás pensando. ¿A dónde vamos ahora? ¿Qué hacemos?

Apretó los labios mientras fruncía el ceño.

—El FBI probablemente se hará cargo...

—No me vengas con esa mierda —reaccionó él—. Sabes mejor que nadie que depende de ti. Para cuando los federales se pongan al día, los habrá matado a todos y los encontraremos quién sabe dónde. —Tocó su mano helada y esparció calor en su cuerpo—. Ya has hecho esto antes, Kay. Vamos a atrapar a ese bastardo, tú y yo, juntos.

Tomó aire y tuvo que admitir algunos de los argumentos que había expuesto. Comprendía al sudes mejor de lo que cualquiera de los nuevos en el caso tendría la oportunidad de hacerlo antes de que se acabara el tiempo. Sentía que estaba cerca de descifrar su perfil, y una parte parecía estar a su alcance, como una palabra olvidada que se queda en la punta de la lengua, negándose a aparecer, pero claramente ahí, usada, conocida, familiar.

—En una situación normal, para la víctima número cinco tendría una tipología clara, pero no es así —dijo, vacilante al principio, pero su voz cogió velocidad al entrar en el territorio familiar de la elaboración de perfiles criminales—. Unas eran caucásicas, mientras que otras no.

Físicamente, todo lo que tenían en común era su edad y la longitud de su pelo, lo bastante largo como para permitir este trenzado ritual.

—¿Ritual? —preguntó Elliot—. ¿Por qué crees que es algo más que una simple firma?

—Las firmas nunca son sencillas —respondió—. Son la materialización de las fantasías o los anhelos que tiene el sudes, y casi siempre son complejas, en capas, que hablan de los impulsores ocultos de sus obsesiones. Esta es la única parte clara del perfil hasta ahora. Parece haber una fuerte conexión entre el sudes y la vida de los nativos americanos, sus costumbres, sus creencias.

—Dijiste que sospechas que es local. ¿Podría ser nativo, entonces?

—No lo creo —respondió ella—. Definitivamente es de aquí, a juzgar por el nivel de comodidad para con el entorno, con la zona en general. Algo le hace matar aquí y enterrar aquí a sus víctimas. Ese algo tiene que ser un fuerte vínculo, ya sea con el lugar en el que nació y tal vez creció, o con el lugar al que sigue llamando hogar. Pero mezcla varias costumbres nativas en sus rituales; no es fiel a una sola tribu, como lo sería un verdadero nativo.

—¿Entonces?

—Tiene estrechos vínculos con los pueblos nativos de la región de una manera que es significativa para sus rituales, para sus fantasías —respondió—. Tiene fuertes lazos emocionales con una o más tribus y sus miembros.

Empezó a pensar en la correlación entre las razas de las víctimas y sus vínculos con los nativos. ¿Y si las víctimas eran de razas aleatorias porque eran sustitutas de mujeres nativas? Les trenzaba el pelo como si fueran nativas, pomoanas para ser exactos, y quizá no le importaba de qué raza fueran, siempre que no fueran pomoanas.

Pero entonces, ¿por qué no cazar mujeres pomoanas? Tal vez, porque no quedaban muchas en la tribu, o porque matarlas le tocaría demasiado de cerca, le pintaría una diana en la espalda. Era demasiado listo para eso. Sabía cómo pasar desapercibido desde hacía mucho tiempo, y habría seguido matando sin que nadie se diera cuenta de no ser por el perro curioso de un turista.

—Sí, sin duda es de aquí —afirmó—, y el objeto de su ira es una mujer nativa americana de entre veinticinco y treinta y dos años. Creo que es blanco, basándome en la composición de la población de la zona, pero es una afirmación estadística, nada más.

—¿Debo anotar todo esto? —preguntó Elliot, con una sonrisa inconfundible en la voz.

—Puede que quieras compartir esto con tus compañeros, así que sí, pero estaré allí para responder preguntas.

—¿Eso significa que tienes un perfil?

—Uno parcial —admitió—. Este tipo de depredador es un asesino de poder o control, y estos normalmente tienen un tipo. La ausencia de uno podría hablar del hecho de que su tipo deseado no está disponible o es demasiado arriesgado para él tocarlo tan cerca de casa.

—¿Y ese tipo sería...?

—Lo más probable es que sea una mujer pomoana —dijo—. En algún momento del pasado de este sudes, una mujer pomoana le ha maltratado, le ha desafiado o le ha hecho daño de forma significativa. Pero no se acercará a la tribu para cazar, porque también es experto en evitar que lo atrapen.

—¿Crees que es oportunista? —preguntó Elliot—. ¿Está esperando a que los turistas se aventuren aquí y luego ataca?

—Está muy organizado, y los asesinos organizados rara vez dejan ningún detalle de su proceso

al azar. Creo que hay un método preciso para sus ataques, y por eso pudo secuestrar, torturar y matar aquí, en esta zona, sin que lo pillaran.

—Entonces, si no es aquí, ¿dónde crees que caza a sus víctimas?

Ella no respondió de inmediato. Ante todo, los asesinos motivados por el poder tenían una fuerte compulsión, aunque esa no fuera la lujuria. Había un impulso en ellos de satisfacer su necesidad de poder absoluto sobre otro ser humano, normalmente un símbolo o un sustituto del objeto de su rabia. Pero ¿cómo cazaban?

Algunos planificaban al detalle su próximo secuestro, eligiendo sabia y cuidadosamente víctimas que no pudieran conducir a los investigadores hasta ellos. Otros elegían víctimas de alto riesgo, como prostitutas o niños de la calle, gente a la que no se solía echar de menos. Pero nunca antes se había encontrado con un sudes con el nivel de astucia y planificación de este. Sus víctimas procedían de todo el país, lo que dificultaba las correlaciones cuando se denunciaba su desaparición. Se deshacía de sus vehículos en el lugar más indicado para no levantar sospechas y señalar solo a la víctima, no a él. Los únicos riesgos que de verdad corría eran rituales, relacionados con el entierro de los cuerpos. Era como si no pudiera evitar seguir su impulso, por mucho que arriesgara, al elevar a las víctimas para colgarlas en los árboles y luego volver a visitar la zona para enterrarlas, todo ello en un lugar donde los turistas se aventuraban con bastante frecuencia.

—No puede evitar seguir su impulso —dijo Kay—, por muy listo que sea, y lo es, mucho. Creo que tiene conocimientos de medicina forense y criminología, dado el nivel de preocupación por ocultar su rastro y evitar que le hagamos un perfil. —Hizo una pausa, dándose cuenta de que no había respondido a la pregunta de Elliot—. No creo que tengamos suficiente información para averiguar *dónde* elige a sus víctimas, pero sabemos con certeza que inutiliza sus vehículos y se aprovecha de ellas cuando son más vulnerables. —Pensó un momento en los niños desaparecidos y en el perfil motivado por el poder.

Sintió que un escalofrío le recorría la espalda. Tener un hijo aumentaba la vulnerabilidad de una madre en un factor inconmensurable. Y, aun así, el sudes había dejado marchar a Tracy. Sin embargo, se había aferrado a Matthew. ¿O no? ¿Dónde estaba Matthew Hendricks? La cabeza le daba vueltas con todas las posibilidades, todos los escenarios que se derivaban de las acciones inusuales y los rituales retorcidos del asesino, detrás de los cuales había un intrincado laberinto de fantasías que había construido con el tiempo, perdiéndose cada vez más profundamente en el abismo de sus impulsos.

—Este sudes es alguien que ha sufrido, o *creo haber* sufrido, abusos, incluso torturas en su infancia. Lleva consigo la herida no cicatrizada de ese abuso y se siente obligado a reafirmar su dominio sobre las víctimas titulares, una y otra vez, mientras que nada de lo que haga, ninguna cantidad de sufrimiento que inflija a sus víctimas aliviará la ardiente sensación de impotencia, de inadecuación que soporta a diario.

—¿Me estás diciendo que este sudes viene de una familia maltratadora? —Elliot reaccionó con una burla—. Esta zona es una de las más pobres de California; las dificultades económicas y los malos tratos van de la mano.

—Ya lo sé —replicó ella con dureza, pues su afirmación le resultaba demasiado directa—. Pero este es el perfil, y necesito que lo entiendas. Sobre todo cuando voy a decir que la mejor pista que tenemos son esos coches y cómo los llevó de vuelta a San Francisco.

—¿Qué pista, la grúa? —preguntó, con las cejas levantadas, arrugando la frente—. Eggers no tenía nada que ver con esos coches; siguiendo tu idea, Hobbs se ofreció a pasar por alto completamente su cargo por posesión de cocaína, pero Eggers siguió sin decirnos lo que queríamos oír.

—No esperaba que un hombre como Eggers formara parte del plan del sudes —respondió—. *Deseaba que lo fuera*, pero en realidad nunca esperé que lo fuera.

—¿Por qué?

—Este sudes es sofisticado, muy culto, conocedor de la tecnología, de cómo sabotear vehículos discretamente sin que el técnico correspondiente pueda darse cuenta en el acto, rápido para actuar sin dejar un solo rastro. —Se detuvo un momento, dejando que sus palabras calaran—. Ahora, con esta imagen en tu mente, pon a Eggers a su lado y dime qué piensas de ellos dos trabajando juntos.

Elliot agachó la cabeza un momento.

—Sí, no va a suceder —murmuró—. No es nuestro hombre.

Se quedó mirando a lo lejos, las puntas de los árboles azotados por el viento contra el cielo gris. No había forma de saber dónde, en la inmensidad de varios parques nacionales colindantes, el sudes podría haber construido su guarida. Millones de hectáreas de laderas boscosas y picos rocosos que se extendían más allá de la punta de la cordillera de Sierra Nevada, y ni rastro de Alison y aquellos dos niños.

Pero siempre, de alguna manera, había llevado sus coches de vuelta al aeropuerto de San Francisco, sin que sus GPS mostraran ninguna evidencia de ese viaje.

—¿Dónde crees que enterrará a sus próximas víctimas, ahora que hemos encontrado su lugar de enterramiento?

—Más bien, lo hemos profanado —respondió Kay, comprobando sus mensajes—. No se alejará mucho del Lago Silencioso. Su elección del lugar de enterramiento tiene su importancia. Hay una vieja leyenda nativa que dice que el Lago Silencioso, o lago Cuwar, en su nombre original, se formó a partir de las lágrimas de las mujeres nativas que lloraban por sus muertos. —Mientras hablaba, se dio cuenta de que el bosque funerario podría haberse extendido mucho más allá de la zona que habían descubierto—. Hay varios caminos que llevan al lago, la mayoría accesibles con un camioneta cuatro por cuatro. Esta parte del ritual es imprescindible; se verá obligado a continuar... —Se detuvo bruscamente al ver el correo electrónico que había estado esperando—. Tenemos noticias de la Oficina de Aeropuertos del Departamento de Policía de San Francisco —dijo entusiasmada, abriéndolo. Pronto podrían ver qué grúa había entregado esos coches y quizá capturar una matrícula o una imagen de su conductor.

El correo electrónico se cargó con lentitud debido al tamaño de los archivos adjuntos. Una a una, las fotos capturadas de los vídeos de vigilancia aparecieron en la pantalla. Acercó el teléfono a Elliot para que pudiera verlas y se apartó un poco cuando sus cabezas se aproximaron, casi tocándose.

Las imágenes estaban granuladas y ya habían sido mejoradas. En orden cronológico, los fotogramas mostraban el Subaru de Shannon, el Jeep de Kendra y, por último, el Nissan de Alison, todos conducidos al aparcamiento por un hombre que sabía cubrirse la cara con una gorra de béisbol y una sudadera con capucha.

Todos los vehículos habían sido conducidos hasta allí, no remolcados.

En cuanto el sudes entró en los aparcamientos respectivos, cerró los coches y se marchó, sin dedicar ni un momento a manipular sus GPS para borrar todos los registros del viaje desde Mount Chester.

Entonces, ¿cómo? ¿Cómo lo hizo? ¿Cómo consiguió inutilizar los vehículos lo suficiente como para que sus conductoras se detuvieran y pidieran ayuda, y luego conducirlos directamente al aeropuerto sin ningún problema?

Los fotogramas tenían marcas de tiempo, que mostraban que los tres coches habían sido devueltos pocas horas después de que las víctimas hubieran sido vistas por última vez. No solo era preciso en su ejecución, sino que era rápido. También significaba algo más.

—Las deja solas en algún sitio —dijo Kay—. Tiene un lugar aislado donde nadie puede encontrarlas ni oírlas gritar.

Elliot se encogió de hombros, señalando con la mano el paisaje salvaje que los rodeaba.

Leyó el mensaje de la administración del aeropuerto, firmado por el jefe de la Oficina de Aeropuertos del Departamento de Policía de San Francisco, y luego volvió a leerlo, incrédula.

—«Por desgracia —decía el mensaje—, no hay ni una sola imagen de cámara que capte al sospechoso desde un ángulo mejor, aunque pasó por zonas muy vigiladas al salir del aparcamiento del aeropuerto. Hemos rastreado sus movimientos en las tres ocasiones, y podemos confirmar que en cada una de ellas tomó el camino más rápido para salir del aparcamiento y luego abandonó las instalaciones a pie. No cogió ni un taxi ni una lanzadera. No se ve a ninguna persona que coincidiera con su descripción abandonar la zona en un vehículo, como muestran todas las cámaras de vídeo que dan servicio a los principales puntos de acceso a la red de carreteras locales. Simplemente, desapareció».

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Cadillac

Recordaba haber conducido aquel Cadillac azul, llenando sus pulmones con el aroma del cuero fino y su estómago con la primera comida decente en meses, pagada con el cambio del dinero para el aparcamiento que había recogido del portavasos. Condujo toda la noche, disfrutando de la niebla que más de una vez había sido su enemiga, porque ahora la espesa capa de nubes que tocaban el suelo era su aliada, protegiéndolo y ocultando los cadáveres que había dejado en aquel contenedor de Tenderloin.

Condujo en círculos toda la noche, con las rejillas de ventilación del todoterreno expulsando aire caliente sobre su cuerpo tembloroso y la música a todo volumen. Nada de lo que había sentido antes era comparable con esa sensación, ni siquiera remotamente. Estaba seguro en aquel Cadillac, como antes lo estuvo en brazos de su madre, antes de que ella se volviera contra él y lo tirara como si fuera basura. Se sentía protegido, poderoso, invencible. De vez en cuando giraba hacia una calle lateral para apartarse del camino de un coche patrulla, con el corazón latándole con fuerza contra la caja torácica, pero aquella noche no había luces rojas y azules parpadeando detrás de él. A la gente que conducía coches así rara vez la paraban, y nunca sin motivo, porque las personas así tenían abogados poderosos y sanguinarios que luchaban duro por ellos, que los protegían.

A eso de las cuatro de la madrugada, condujo hasta llegar a Twin Peaks y contempló la ciudad a sus pies, un manto iluminado con un millón de luces cubiertas de algodón, como los árboles de Navidad nevados allá en casa, en Mount Chester. Se recostó sobre el capó del coche, el calor que desprendía el motor mantenía a raya el frío nocturno, y disfrutó de la densa capa de niebla, sabiendo que su libertad no podía durar.

Desde allí, condujo hasta el parque Battery East, donde se detuvo a un lado de la carretera y contempló el puente Golden Gate, con una apariencia fantasmal de luces amarillas y metal rojo, envuelto en una bruma espesa y densa que capturaba el brillo dorado y lo esparcía por el agua, como una visión del camino hacia el paraíso. Solo más allá de la bahía, en algún lugar al otro lado de aquel puente, el cielo ya había empezado a captar los temidos colores del amanecer.

Pronto saldría el sol y, bajo sus potentes rayos, la niebla ardería y desaparecería, dejándolo al descubierto y mostrando los cadáveres de los hombres que había matado. Con el corazón encogido, pero sabiendo lo que tenía que hacer, condujo el Cadillac Escalade por última vez hasta una tienda de Tenderloin famosa por sus negocios turbios. Esperó cerca de una hora a que llegara el dueño del local, un hombre del que había oído rumores, rumores secretos y huidizos, sobre cómo se había ganado los tatuajes que adornaban su piel y cómo se había convertido en una leyenda mientras cumplía condena. Por homicidio.

Si alguien podía entenderlo, ese hombre lo haría. Pero no tenía intención de compartir sus problemas; solo de vender el Cadillac.

Negoció mal, no acostumbrado a los tejemanejes que el dueño de la tienda jugaba

habitualmente con gente como él, y creyendo sus amenazas de llamar a la policía. Apenas se abstuvo de saltar sobre él, y solo lo hizo porque los abultados músculos del hombre le decían que no tenía ninguna posibilidad, ni siquiera con una navaja en la mano. Sin opciones, se conformó con lo que el expresidiario estuviera dispuesto a darle por el Cadillac robado.

Cuando salió del taller, el sol estaba en lo alto y tenía en la mano sudorosa cuatro mil dólares en un grueso rollo de billetes usados y sucios, menos de la décima parte de lo que valía el coche. Anhelaba la sensación de la llave del vehículo en la palma de la mano, pero aquel dinero le abría las puertas de su vida futura.

Lo primero que hizo fue alejarse todo lo posible del contenedor de Tenderloin. Se compró un billete de tren y viajó más allá de San José, hasta que todo lo que podía ver por la ventana eran campos de cultivo. Más tarde, encontró una pequeña habitación de alquiler en la parte trasera de la casa de una pareja anciana y, unos días después, consiguió un trabajo.

Recordaba con claridad todas las preguntas con las que se había topado mientras intentaba instalarse. ¿Tenía carné de conducir? ¿Y un currículum? ¿Referencias a las que pudieran llamar los empresarios? Uno a uno, se enfrentó a todos esos obstáculos, aprendiendo de cada experiencia lo lejos que estaba su mundo del reino de los hombres que conducían Cadillacs. Y con cada conocimiento, cada documento y cada línea de su currículum, se acercaba más a lo que quería ser.

Un año después, fue admitido en la universidad.

Trabajaba de día y estudiaba de noche, un esfuerzo titánico para un chico que vivía en la calle y nunca había terminado el bachillerato. Pero había estudiado por su cuenta y se había sacado el examen de acceso, y después había convencido a la oficina de admisiones de que era un gran candidato que enorgullecería a la universidad, porque era un huérfano sin medios pero con una inmensa determinación para triunfar.

La universidad se creyó su historia. Toda ella, cada palabra del hilo que tejió, sin molestarse en verificar nada. El consejero incluso hizo posible que se le considerara para una beca deportiva y, tras solicitar dos semanas para prepararse, superó con nota todas las pruebas. La puerta a una vida mejor se le abría de par en par, y podía fantasear libremente con su futuro. Ningún sueño estaba fuera de su alcance.

Pronto se convirtió en la imagen de la universidad. Era elocuente y podía hacer valer un argumento, por endeble que fuera. Tenía un aire de vulnerabilidad que atraía a las mujeres, independientemente de su edad, aunque nunca había existido el menor rumor sobre que tuviera alguna relación; estaba demasiado ocupado para eso. Sin embargo, no encontraba ningún placer en su éxito académico; para él, todo era un medio para conseguir un fin. Sus días de vagabundo habían quedado atrás, pero nunca olvidados. Sus heridas seguían sangrando dentro de su alma atormentada.

Durante todo ese tiempo, hubo dos cosas muy difíciles de soportar para él: no conducir un Cadillac y no matar a nadie. Algunos de sus colegas podían testificar que habían visto un destello en sus ojos de algo que no podían nombrar, pero que les hacían sentir miedo de él en lo más profundo de sus corazones. No tenían ni idea de lo cerca que habían estado de encontrarse con un cuchillo dirigido hacia ellos o de que sus manos desnudas les arrancaran la vida. En cuanto a las chicas que habían intentado tener una cita con él, había unas cuantas. Sin embargo, ninguna admitiría la intensidad de la oleada de excitación primaria que habían sentido cuando él las

miraba, examinándolas de pies a cabeza, con los ojos clavados en los lugares menos adecuados. Sin embargo, él nunca iba más allá de esa mirada persistente, aunque ellas hubieran jurado que habían visto en él signos de interés masculino; tan solo se alejaba, dejándolas insatisfechas, frustradas, sintiéndose rechazadas. En cuanto a él, prefería llevarse su excitación a casa, donde podía fantasear y liberarse a su manera, sin ser visto por nadie, sin tener que preocuparse por los sentimientos de los demás.

Mientras tanto, el misterio que lo rodeaba crecía, junto con su media de notas. Se convirtió en una leyenda.

Sabía que debía mantener las distancias con las alumnas, así como con los hombres que se cruzaban con él, porque comprendía la suerte que había tenido por no haber sido atrapado tras su última noche en Tenderloin. Se dio cuenta de que esa fortuna no se podía forzar ni dar por sentada. Los tres hombres que había matado habían sido encontrados al día siguiente, pero el caso había permanecido abierto, ahora frío y olvidado por la mayoría.

Nunca por él.

Impulsado por un instinto inquebrantable, se prometió a sí mismo un dulce alivio la noche en que más había luchado por no matar a un tipo que le había puesto la zancadilla a propósito durante un partido. Pero ese alivio no llegaría sin un precio inmenso, a menos que aprendiera a hacerlo bien. El nombre de ese hombre estaba en una lista, que había empezado a hacer en su mente, de gente a la que tendría que volver a buscar cuando las cosas estuvieran bien.

Eligió una especialización en Ciencias Forenses, preparándose para una carrera en criminalística. Así aprendería a cazar sin que lo pillaran. Accedería a conocimientos, personas y sistemas para perfeccionar al máximo sus habilidades, al tiempo que aprovechaba los momentos de liberación. La verdadera razón que lo mantenía despierto por las noches era lo único que no podía ignorar. Lo único por lo que merecía la pena luchar.

Y un día, pronto, conduciría otro Cadillac.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

Patio trasero

Kay se despertó y entornó los ojos bajo la brillante luz de la mañana, preguntándose cómo se le había olvidado cerrar las cortinas de la ventana del dormitorio la noche anterior. Estaba tan cansada que apenas prestó atención al entorno, se dejó caer en la cama y se sintió agradecida por las sábanas nuevas que olían a lavanda y limpieza. El resto de la habitación tenía el mismo aspecto que recordaba, pequeña y abarrotada de muebles desparejados y de todos los objetos que su madre había guardado allí después de que ella se marchase. El viejo escritorio en el que había hecho los deberes durante sus años escolares aún conservaba los arañazos que había dejado al escribir accidentalmente y con fuerza con un bolígrafo en una sola hoja de papel. Aquellos arañazos le habían valido un par de bofetadas de su padre, otro recuerdo que invadía su espacio como una hidra acechante e implacable con miles de cabezas.

Parpadeó un par de veces para acostumbrar los ojos a la luz y ahuyentar los recuerdos indeseados, después miró la hora y se levantó de un salto de la cama. Solo quedaban cuarenta minutos para que Elliot fuera a recogerla; apenas tenía tiempo para ducharse. Habían quedado con el sheriff y su equipo para entregar el perfil, aunque nunca se había sentido menos preparada para hacerlo en toda su carrera. Solo esperaba que lo poco que sabía sobre el sudes pudiera divulgarse entre las fuerzas del orden y proporcionar información suficiente para identificar al asesino. Y quizá eso significara encontrar con vida a Alison, Hazel y Matthew.

La noche anterior se había quedado despierta hasta cerca de las tres, jugando con las piezas del rompecabezas en su mente, intentando hacerlas encajar y dibujar la imagen del intrépido depredador que había estado todo el tiempo un paso por delante de ellos. ¿Quién era ese hombre? ¿Cómo podía ser de la zona y tener fuertes vínculos con la comunidad nativa y, sin embargo, nadie parecía saber de él? ¿El perfil era totalmente erróneo?

Quería ir a la oficina del sheriff antes de lo previsto para hablar con el técnico del taller. Había inspeccionado los tres vehículos y había desmontado el motor del Jeep pieza por pieza, intentando averiguar cómo se habían inutilizado. Aún no tenía una respuesta definitiva, pero ella tenía unas cuantas preguntas que quería hacerle de todos modos.

A medida que llenaba la cafetera, se oyó un ruido lejano, un zumbido algo familiar. Estaba a punto de descartarlo, pensando que debía de ser el vecino, cuando miró por la ventana y vio a Elliot montado en el cortacésped, quitando grandes franjas de maleza. Gruñó, preguntándose de pasada cómo había abierto la puerta del garaje, y pensó que debía de parecer lamentable y desesperada a los ojos del hombre, lo suficiente como para ganarse un favor cortando el césped al amanecer. Llevaba un buen rato; el césped delantero estaba casi completamente cortado, solo quedaba algún montón de hierba amarillenta y amontonada.

Entonces el ruido se desvaneció mientras Elliot doblaba la esquina de atrás de la casa y se iba a segar el patio trasero.

Se le heló la sangre, y los carámbanos que contenía le punzaron la piel y le provocaron oleadas

de sudor frío.

Se puso unos vaqueros y un jersey y corrió al patio trasero. Desde la puerta abierta, vio a Elliot tejer su camino junto a los sauces, extendiendo el brazo para evitar que las largas ramas le azotaran la cara o le arrancaran el sombrero de la cabeza. Primero había recorrido el perímetro, cortando según un orden, y después tejió un camino alrededor de cada tronco, acercándose con cuidado para recortarlo de cerca. Pálida y temblorosa, lo observó cercar el primer tronco de sauce, luego el segundo, yendo y viniendo un par de veces para segar la franja de césped entre estos y el límite del bosque. Con la mano en la boca, Kay necesitó todas sus fuerzas para no chillar y salir corriendo tan lejos como pudiera.

Elliot miró hacia la casa y saludó. Ella le devolvió el saludo, pero no se atrevió a sonreír ni a decir nada. Él apagó las cuchillas y condujo hasta la casa, y después paró el rugiente motor. Se hizo un silencio sepulcral.

Tragándose el nudo en la garganta, consiguió esbozar una sonrisa.

—¿Haces esto a menudo? —preguntó, consciente de que su voz sonaba entrecortada, antinatural—. ¿Hacer obras de caridad para mujeres que no pueden tirar de sí mismas?

Se subió un poco el ala del sombrero con el dedo índice.

—Solo a cambio de café y *bagels* —respondió, alegre. Pero la efervescencia de su voz no coincidía con la de sus ojos. Se habían vuelto tensos, escrutadores, con una pizca de preocupación en sus iris azules.

Él no dijo ni una palabra más, y a ella no se le ocurrió nada que contestar, ni siquiera para decir que no tenía nada para desayunar o para darle las gracias por lo menos. Sus ojos seguían clavados en aquella extensión de hierba entre los sauces, donde la maleza espesa y amarillenta había sido cortada con esmero, mostrando ahora las huellas de los neumáticos del cortacésped, que desaparecían rápidamente.

«¿Se ha helado ya el suelo?», se preguntaba Kay, incapaz de apartar los ojos de aquel lugar. Durante las dos últimas noches, las temperaturas habían descendido por debajo del punto de congelación, pero a ella el suelo le parecía húmedo, saturado de agua por la lluvia reciente, a punto de abrirse y mostrar sus secretos.

«¿Lo sabe?». Estudió a Elliot un momento, la forma en que conducía el cortacésped, silbando una melodía que ella no pudo captar bajo el ruido del motor y masticando de vez en cuando un trozo de paja. «No puede saberlo; es imposible», se dijo, mientras sus ojos volvían a los sauces, a las briznas de hierba recién cortadas que se alineaban en aquella zona en particular.

Él terminó la tarea y la saludó al pasar junto a ella con una sonrisa juguetona. Kay entró y sirvió dos tazas de café, manteniendo una de ellas agarrada con fuerza entre sus dedos helados. Dio un buen trago, sin importarle si le quemaba la garganta, deseosa de dejar de temblar antes de que él entrara.

Mejor.

El líquido caliente extendió su cálida curación por todo su cuerpo entumecido, pero su mente se negó a permanecer en el presente. Atraída por volver atrás, por sumergirse en recuerdos que no había vuelto a visitar en muchos años, apenas lo oyó entrar.

—Llevo tiempo haciendo esto —dijo, quitándose el sombrero, y lo dejó sobre la mesa de la cocina—, ayudando a damiselas en apuros con su patio trasero, pero siempre he conseguido el efecto contrario.

Aún temblorosa, se quedó mirándolo como si lo viera por primera vez, incapaz de articular palabra. Lo único que pudo hacer fue tomar otro sorbo de café, protegiéndose los ojos de su mirada inquisitiva.

Elliot frunció el ceño casi imperceptiblemente y continuó:

—Ya sabes, con alegría, *bagels* o algo así. Si hubiera sabido que te iba a molestar, habría dejado esas malas hierbas en paz. ¿Qué pasa?

CAPÍTULO TREINTA

Después

—911, ¿cuál es su emergencia? —preguntó una mujer al otro lado de la línea, y al oír su voz, Kathy rompió en amargos sollozos.

Estaba arrodillada junto a su madre, presionando con una toalla una herida que le brotaba en el pecho, mientras Jacob, pálido como si hubiera visto un fantasma, contemplaba en silencio el cadáver de su padre, caído a escasos centímetros de Pearl en el suelo de la cocina, con el cuchillo aún aferrado en la mano y la hoja chorreando sangre.

—Por favor, vengan rápido —consiguió decir—, es mi madre. Por favor, no la dejen morir. Ella...

Dejó caer el teléfono y utilizó las dos manos para presionar la herida, pero la toalla no tardó en empaparla. Los ojos de su madre permanecían cerrados y el color había abandonado sus mejillas, sustituido por un enfermizo tono gris.

—¡Mamá! —gritó, con lágrimas cayendo por sus mejillas—. ¡Mamá! Por favor, despierta. ¡Mamá!

Se oyó una voz lejana procedente del teléfono, abandonado en el suelo a un par de metros de distancia.

—Los equipos de emergencia están en camino. ¿Está a salvo? ¿Hola? Señora, ¿puede oírme?

—¡¡Mamá!! —gritó Kathy, con la cara tocando la de su madre—. No, mamá, por favor, no te vayas. No nos dejes.

Pearl se movió ligeramente y abrió los ojos, luego dijo su nombre en un débil susurro.

—¿Kathy?

—Sí, estoy aquí —dijo enseguida, pasándose la manga por la cara para secarse las lágrimas.

—Cuelga... el teléfono —susurró, esforzándose por señalar con un dedo débil el auricular caído.

Jacob cogió el teléfono y terminó la llamada.

—Llévame... a la habitación delantera —dijo con voz apenas inteligible—. No pueden entrar aquí. No pueden... verlo.

—Sí, mamá, lo haremos —dijo ella, buscando desesperadamente a su alrededor algo con lo que llevarla a la otra habitación sin hacerle daño—. Jacob —llamó, y él acudió a su lado sin decir palabra—. Aquí —dijo, cogiendo la mano de su hermano, y la puso encima de la toalla empapada en sangre—. Aprieta fuerte, así —dijo, y Jacob asintió, pálido como la cera.

Se levantó y corrió hacia los armarios, donde encontró un mantel grande que su madre rara vez utilizaba, porque hacía años que no tenían invitados. Lo colocó junto al cuerpo de su madre, tirando suavemente de uno de sus bordes por debajo de su cuerpo, hasta que ella y Jacob pudieron agarrar las esquinas y llevar a su madre a la habitación delantera en una camilla improvisada. Luego ordenó a su hermano que saliera y guiara a los sanitarios para que usaran

la puerta principal, no la lateral que daba a la cocina, donde yacía el cuerpo de su padre en un charco de sangre cada vez más espeso y oscuro.

Quitó el mantel de debajo del cuerpo de su madre, lo escondió bajo una almohada del sofá y se arrodilló junto a Pearl, presionándole el pecho como había hecho antes. Segundos después, estaba sollozando con fuerza, incapaz de controlarse durante más tiempo.

Sintió un suave toque en la cara y vio la mano de su madre extendida. La cogió y besó sus dedos congelados.

—Mamá, por favor, quédate conmigo. Ya vienen, mamá, pronto.

—Que no lo vean —dijo débilmente, cerrando los ojos de nuevo—. Mi pobre niña —susurró, mientras una luces rojas llenaban la oscuridad a través de las ventanas—. No te preocupes por nada. Yo... limpiaré cuando volvamos a casa.

—Ajá, sí, mamá —dijo, dispuesta a ponerse en pie en cuanto los sanitarios entraran por la puerta—. Ya están aquí, mamá, quédate conmigo.

Un policía fue el primero en entrar, seguido de un hombre y una mujer que llevaban chalecos de sanitario de color naranja brillante con la estrella de la vida bordada en la espalda en blanco reflectante, con una camilla cargada de kits y equipos a remolque.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó el policía, y Jacob, que estaba justo detrás de él, parecía a punto de desmayarse.

—Mi padre —dijo Kathy, sollozando con fuerza—, la apuñaló y huyó.

Los sanitarios la apartaron de un empujón, luego se arrodillaron junto a Pearl y empezaron a trabajar con rapidez y eficacia. El policía empezó a mirar por la habitación, apuntando con la linterna a ciertas zonas de la alfombra, aunque las luces estaban encendidas. Luego se dirigió hacia el salón, y el corazón de Kathy se hundió, latiendo frenéticamente.

—Está crítica —anunció uno de los sanitarios—. A la camilla, ya.

El otro sanitario se levantó de un salto y acercó la camilla al cuerpo de Pearl mientras el policía pasaba por delante del salón y se dirigía a la cocina. Pronto vería el cuerpo de su padre. Se había acabado.

—Kathy —oyó la débil voz de su madre llamándola—. Dile a ese oficial que quiero hablar con él.

Corriendo tras el policía, Kathy le cogió por la manga justo cuando estaba a punto de entrar en la cocina.

—Por favor —le dijo—, mi madre quiere decirle algo.

Se acercó a Pearl justo cuando los dos sanitarios la subían a la camilla. Ya le habían colocado una vía intravenosa y habían pegado el tubo al brazo, y uno de ellos levantaba la bolsa, sosteniéndola a la altura de su hombro.

—Hazlo rápido —dijo el sanitario.

—Se ha ido a Phoenix —susurró Pearl, tocando la mano del policía—. Mi marido... se ha ido a Phoenix.

—¿Arizona? —preguntó el policía, y Kathy pensó que cuántos Phoenix más habría.

Entonces respiró cuando lo vio subir a su coche y alejarse.

Mientras los sanitarios cargaban la camilla en la ambulancia, ella abrazó a Jacob con fuerza y le susurró al oído:

—No entres ahí, hermanito, ¿vale? Límitate a ver la tele o algo. O ven con nosotras al

hospital.

—No —dijo él, apartándose de ella. Había crecido de la noche a la mañana; ella estaba viendo a un adulto. Pálido y nervioso, pero adulto al fin y al cabo—. Tengo que quedarme aquí, por si acaso. —Miró a su alrededor y se aseguró de que nadie pudiera oírlos, luego susurró—: Nadie puede saberlo, hermanita. No puedo perderte.

Kathy viajó en la ambulancia con su madre, cogiéndola de la mano y susurrándole palabras de ánimo en interminables frases sin mucho sentido.

Luego se la llevaron rápidamente y esperó un rato, acurrucada en un sofá desgastado que apestaba a desinfectante mientras operaban a su madre. Se había quedado dormida, agotada, cuando sintió que alguien le tocaba el hombro. Se levantó sobresaltada, temiendo las palabras que estaba a punto de pronunciar el hombre vestido con el traje verde de cirujano. Pero había una promesa en sus ojos, una sonrisa que adivinó en sus labios, ocultos por la mascarilla quirúrgica.

—Tu madre se va a poner bien —dijo, luego se bajó la mascarilla y la sonrisa se hizo presente—. Tuvo suerte de tenerte a su lado. Oí que aplicaste presión como un profesional.

Las lágrimas cayeron por su rostro mientras luchaba por encontrar las palabras.

—He conseguido que puedas dormir en su habitación —le dijo, invitándola a seguirlo—. Y mañana podréis ir os las dos a casa. Ha insistido en que le diéramos el alta cuanto antes.

Cuando Kathy regresó a casa al día siguiente, cogiendo a su madre del brazo, la convenció para que tomara asiento en el sofá del salón y esperara allí, hasta que resolviera todo. Con Jacob a su lado, entró en la cocina conteniendo la respiración, pero no encontró nada.

Habían fregado el suelo y solo quedaban un par de pequeñas manchas donde las baldosas de linóleo se juntaban con el lateral de los armarios. Buscó los ojos de su hermano, incapaz de formular la pregunta.

La mirada de Jacob se desvió hacia la ventana del salón, la que daba al patio trasero. En silencio, se dirigió hacia allí y apoyó las manos en el alféizar, como buscando apoyo para mantenerse en pie.

Fuera, entre los dos sauces del extremo del patio, el suelo estaba removido y la hierba había sido colocada en trozos grandes y mal acomodados.

No necesitó preguntar por qué.

Buscó la mano de su hermano y la apretó con fuerza. Él le correspondió, y ambos se quedaron mirando los sauces durante un largo rato, en silencio, cogidos de la mano.

—¿El cuchillo? —preguntó al final en un susurro.

—También —respondió Jacob.

Esas fueron las últimas palabras que ambos pronunciaron al respecto.

Al igual que había hecho Kathy, Pearl había entrado en la cocina, muy probablemente temiendo lo que creía que estaba a punto de ver, pero entonces pareció entenderlo todo, sin palabras, siendo sus lágrimas la única reacción visible. Aquella noche, después de que todo el mundo se hubiera ido a dormir, Kathy fregó el suelo una y otra vez, deteniéndose de vez en cuando para vomitar, ya que su estómago vacío era incapaz de darle el alivio que necesitaba.

En la primavera siguiente, el suelo entre los sauces se había asentado, y la hierba nueva sustituyó a la vieja, sin fisuras, sellando para siempre el secreto enterrado bajo sus raíces.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Arma

No había forma de explicarle a Elliot lo que pasaba por su mente, pues, si cerraba los ojos con tan solo un parpadeo, podía ver terribles imágenes del suelo abriéndose para tragarse el cortacésped y a su jinete, con el rugido de la rabia de su padre destrozando la casa y a todos los que estaban en ella.

Kay sabía a lo que se enfrentaba: estrés postraumático, agravado por una conciencia culpable. En teoría, estaba bien preparada por su formación y su experiencia como doctora en Psicología para tratar cualquier caso de estrés postraumático, pero no cuando se trataba de su propia persona. Creía que había resuelto esos problemas hacía mucho tiempo, pero parecía que solo los había bloqueado, metidos en un cajón secreto de su mente, junto con la distancia que había puesto entre ella y la casa en la que había crecido. Y aun así, independientemente de la distancia o de lo profundo que creyera haber enterrado su trauma, este la había mantenido alejada de su hogar durante todos esos años. Cada vez que pensaba en volver a casa de visita, veía la imagen inquietante del cuerpo de su padre tendido en el suelo de la cocina sobre un charco de sangre. Su bala casi matando a Jacob. El trozo de césped entre los sauces. Su madre, apenas viva, encontrando las fuerzas para mentir y proteger a sus hijos.

Y se había mantenido alejada, esperando que los malos recuerdos se desvanecieran.

Se había marchado de Mount Chester en cuanto terminó el instituto y rara vez volvía, aunque echaba mucho de menos a su madre. Jacob llevaba a Pearl de visita a San Francisco en algunas ocasiones, pero eso era todo. No tenía fuerzas para volver a la casa, y nadie, ni su madre ni Jacob, había cuestionado nunca sus razones. Ambos lo entendían; habían estado allí. Pero había encontrado tiempo para llamar a su madre al menos dos veces por semana y pasar tiempo real con ella por teléfono, temiendo que le pidiera que fuera a visitarla, aunque sabiendo que nunca lo haría.

Como criminalista, conocía muy bien que el disparo a su padre era defendible como homicidio justificado, siendo inevitable acabar con su vida para salvar la de su madre. Pearl habría testificado eso, Jacob también. Pero aquella fatídica noche en que había apretado el gatillo, Pearl la había instado a mentir, a ocultar lo que había ocurrido, probablemente temerosa de perder a su hija a manos de un sistema judicial que a menudo fallaba, sobre todo cuando se trataba de personas sin medios económicos. Kay también tenía miedo; no le había disparado una sola vez, suficiente para detenerlo. Apenas se atrevía a admitirlo, pero había apretado el gatillo dos veces más, y no había forma posible de justificarlo, aparte del hecho de que era una niña de trece años muerta de miedo.

Se habría salvado en cualquier tribunal, concediéndole el veredicto de inocencia que podría haber limpiado su conciencia y tranquilizado su mente para el resto de su vida.

Pero no después de que Jacob hubiera enterrado el cuerpo en el patio trasero. No después de que Pearl hubiera dado a aquel policía una declaración falsa. No, no había vuelta atrás, no sin

causar un daño irreparable a su madre y a su hermano pequeño. Tenía que cargar con su cruz, pasara lo que pasara.

Ocho años más tarde, su madre perdió una larga batalla contra el cáncer de mama, una enfermedad de la que Kay culpó a su padre. Debieron de ser sus golpes, el dolor que le causó, las magulladuras físicas y emocionales los que habían sembrado los tumores en su cuerpo. Cuando Pearl murió, Kay maldijo el nombre de su padre por última vez, pero se dio cuenta de que no podía asistir al funeral. Condujo hasta el cementerio y, sumida en un dolor sin testigos, observó desde lejos, entre lágrimas, cómo enterraban el cuerpo de su madre. Antes de que nadie pudiera verla, se marchó, jurando que nunca volvería al lugar que le había roto el corazón, y se tragó las lágrimas.

Con su madre descansando bajo los altos pinos del único cementerio de Mount Chester, quería confesar, librarse de la carga y afrontar las consecuencias que fueran por el tiroteo y por lo que había ocurrido después. Pero ¿en qué momento podría entrar en el despacho de su jefe, en el FBI, y soltar: «Solo quería decirle que hace unos años maté a un hombre. Está enterrado en mi antiguo patio trasero»?

Había representado la escena innumerables veces en su mente, y no había forma de que acabara bien. A lo largo de los años, tanto a Jacob como a ella la policía les preguntó si habían tenido noticias de su padre, todavía en busca y captura por el apuñalamiento de su mujer, pero siguieron mintiendo, incluso después de que ella se convirtiera en agente del FBI, en agente de la ley, y eso cambió las cosas radicalmente.

No había vuelta atrás, y menos ahora, no con las sospechas de Elliot avivadas por su inusual comportamiento.

—Me duele mucho la cabeza —acabó diciendo, mirándolo solo un momento, temerosa de que se diera cuenta de su mentira. Sabía que no estaba controlando bien su lenguaje corporal y sus pequeñas expresiones faciales, pero no podía. No le quedaba energía. Ver a Elliot conducir el cortacésped sobre la tumba de su padre la había dejado débil, casi sin vida.

—Siento oír eso —respondió, con un deje de preocupación en la voz y otro de duda— ¿Puedo hacer algo por ti? —preguntó, dejando la taza de café, y cogió una manzana. Esta vez se acercó al taco de cuchillos y cogió el mismo el cuchillo pequeño, con el que cortó la manzana en cuartos, como había hecho el día anterior. Luego, enjuagó y secó el utensilio, y lo volvió a colocar en su sitio—. ¿Quieres una? —Y le ofreció un cuarto del fruto rojo, pero ella lo rechazó con un gesto de la mano. Se alegró de que él se hubiera alejado de aquel taco de cuchillos, donde solo se veían cinco mangos negros remachados en lugar de los seis que debía haber.

—Ya has hecho bastante —dijo—. Con el césped, quiero decir. Gracias por eso; no tenías que hacerlo. Lo sé, y tú lo sabes, pero... gracias. —Tomó aire, consciente de que estaba perdiendo el hilo de sus pensamientos y balbuceando como una idiota. Necesitaba concentrarse—. He estado posponiendo las cosas —añadió, esbozando una débil sonrisa—. Cortar el césped es trabajo de mi hermano. Siempre lo ha hecho. Supongo que estaba pensando que tal vez podría llegar a un acuerdo y hacer que lo liberaran antes, y así él lo haría. —Lo miró un instante, luego bajó la mirada y se pasó la mano por la frente, dolorosamente consciente de que era lo que hacían la mayoría de los mentirosos en un interrogatorio. Desviar la mirada, pasarse la mano por la cara, ocultarse inconscientemente—. No tiene mucho sentido, lo sé —añadió con una risita silenciosa.

—No te preocupes —respondió él, dando un mordisco grande y crujiente al cuarto de manzana

que le había ofrecido—. Todos lo hacemos...

Sonó su teléfono y Elliot frunció el ceño ante la pantalla antes de coger la llamada.

—¿Qué tal, jefe? —dijo, y Kay comprendió que era el propio sheriff quien llamaba a aquella hora tan temprana. Contuvo la respiración, aguantando, con la esperanza de que los equipos de búsqueda hubieran encontrado algo, algún rastro de Alison y los niños.

Elliot escuchó atento y luego dijo:

—Entendido, vamos para allá. —Terminó la llamada y se metió el teléfono en el bolsillo—. Tienen otro cuerpo, esta vez, uno fresco.

Exhaló, sintiendo un pavor indescriptible.

—¿Dónde? ¿En el Lago Silencioso?

—Sí, tenías razón —dijo, con un gesto de la mano que imitaba un saludo—. Tan solo eligió otro camino que llevase al lago. Pero cambió su ritual; no la subió a un árbol primero; parece que la enterró directamente en el suelo.

Su mente abrazó aquella nueva información como una enredadera, envolviéndola, construyendo a su alrededor, asiéndola desde todas las direcciones. Había cambiado su ritual. ¿Por qué? ¿Qué significaba? ¿Tenía miedo de que lo atraparan, con toda la comunidad en pie de guerra por los cuerpos encontrados en el Lago Silencioso? ¿O temía que el pronóstico para mañana de -23 grados hiciera imposible su entierro?

Una cosa parecía cierta: el autor del crimen estaba nervioso, hasta el punto de que la parte más importante del asesinato, su firma, había tenido que ser modificada, alterada para adaptarse a las nuevas circunstancias. Y ella sabía bien que un sudor exaltado significaba un sudor en escalada, propenso a matar más, a torturar con más saña. Y a cometer errores.

Cogió una chaqueta de la otra habitación y salió corriendo mientras Elliot arrancaba el motor. No se molestó en fingir que cerraba la puerta, solo tiró de ella y subió al todoterreno.

—Hay más —anunció Elliot, girando hacia la carretera principal—. Hay un testigo. Alguien vio un vehículo sospechoso salir del bosque por la orilla del lago, justo antes del semáforo.

—¿Dónde está ese testigo ahora? —preguntó. Por fin, una pista, una pizca de esperanza. Aunque esa esperanza fue muy breve al pensar en quién podría haber sido enterrado en el Lago Silencioso. ¿Era Alison? ¿Uno de los niños?

Como si le leyera la mente, Elliot dijo:

—Han confirmado que es una mujer adulta, fallecida recientemente. Es todo lo que tengo por ahora. —Luego, dándose cuenta de que se había saltado la respuesta a su pregunta, añadió—: El testigo está en la oficina, esperándonos.

Si era Alison Nolan, el doctor Whitmore pronto podría confirmarlo, ya que tenían el permiso de conducir de la mujer gracias a la empresa de alquiler de coches. Pronto lo sabrían. Tal vez en unos pocos minutos de tensión insoportable.

El testigo los esperaba en la sala de interrogatorios, con un rifle apoyado en la pared, fuera de la habitación. Kay enarcó una ceja y un agente del sheriff aclaró:

—Dijo que estaba cazando. Tiene permiso y todo eso.

Entraron en la sala y Elliot los presentó a ambos. El testigo, un tipo escuálido de unos treinta años llamado Mitchell Pettus, les estrechó la mano con firmeza y tomó asiento, dispuesto a empezar a hablar. Tenía la cara cubierta por una barba incipiente de tres días, un poco más

pronunciada donde habría estado su bigote si se lo hubiera dejado crecer. Tenía la cara mugrienta, como si hubiera pasado días en el bosque, no horas.

—Señor Pettus, gracias por llamarnos —dijo Elliot—. Pero, antes de empezar, ¿qué hacía en el lago Cuwar tan temprano?

Sus labios se tensaron en una sonrisa controlada.

—Podría decirle que estaba cazando jabalíes, porque eso es lo que hago durante todo el año, pero no es verdad. —Se rascó la cabeza y continuó—: *Lo estaba cazando a él.*

Elliot enarcó las cejas, sorprendido.

—¿A quién? —preguntó Kay.

—Al bastardo que ha estado matando a esas mujeres. Yo diría que la temporada se ha abierto para dar caza a ese hijo de pu... —Se detuvo, bajando la cabeza, avergonzado—. Lo siento, se me ha escapado.

Kay sonrió alentadoramente.

—Mis hijos juegan junto a ese lago, señora —continuó, pasándose la mano por el pelo revuelto—. Y usted estará pensando, ¿qué va a hacer este tío solo ahí fuera, verdad?

Kay asintió.

—No soy solo yo —añadió, bajando la voz como si estuviera compartiendo un secreto bien guardado—. Somos veintitrés, vigilando alrededor del lago. Pensamos que el sheriff no tenía suficiente gente para eso.

—¿Qué, como un grupo de vigilantes? —preguntó Elliot.

Pettus se levantó, visiblemente insultado.

—No vigilantes, señor, uhm. Ciudadanos preocupados, eso es todo. Hemos llamado a la policía, ¿no es así?

—Tiene toda la razón —dijo Elliot—, y le pido disculpas. Continúe, por favor.

Tomó asiento y apoyó las manos en la superficie arañada de la mesa.

—Llegó sobre las cuatro en un todoterreno y se quedó allí, mirando el agua, durante un rato. Luego, empezó a cavar. Me di cuenta más tarde, porque cuando lo estaba haciendo estaba demasiado oscuro para ver nada desde donde yo me encontraba.

—¿Por qué no nos llamó entonces? —preguntó Elliot.

—Allí no hay cobertura, y no me atreví a hacer ruido por miedo a que se subiera a ese coche y se largara. Habría oído el motor de mi camioneta; es una porquería. —Tragó saliva—. Lo siento, señora.

—Bien, ¿qué vio exactamente? —preguntó Kay—. ¿Pudo ver su cara?

—No, señora, lo siento. Pero le vi sacar un gran fardo de su coche y ponerlo en el suelo, justo al amanecer. Para entonces había suficiente luz para que yo pudiera verlo. Temía que distinguiera mi camioneta, pero no lo hizo. Pasó a solo diez o quince metros de ella y no se detuvo.

—¿Qué tipo de coche conducía?

—Uno de esos grandes y lujosos todoterrenos, nuevo también. Azul, o verde oscuro. Pero no lo vi bien, todavía estaba algo oscuro cuando se fue. Solo vi los faros, verticales y rectos, antes de encenderse del todo y que el coche brillaba bajo la luz de la luna. Muy nuevo y grande.

—¿Seguro que era un todoterreno? —preguntó Elliot—. ¿No un camión?

—No, señor —se burló—. Sé cómo es un camión.

—¿Y las luces de freno cuando entró? —preguntó Kay. Desde que la industria automovilística había adoptado las luces LED, las marcas competían por crear diseños distinguibles en sus faros y luces de freno. En sus tiempos de agente del FBI, solía haber una base de datos exhaustiva de todos los vehículos y su aspecto en la oscuridad, desde todas las direcciones.

—Las vi claramente, señora, y eran elegantes —respondió—. Rectas y estrechas.

Elliot le dio un bloc de notas y un lápiz, y él esbozó lo que había visto de un modo infantil, como una figura de palo, pero a ella le bastó. Hizo una llamada, pidió un favor y, en unos minutos, su teléfono zumbó con la respuesta del mensaje de texto. «*Cadillac Escalade*».

Elliot se apresuró a realizar una búsqueda de locales registrados con esa marca en concreto mientras Kay agradecía a Mitchell Pettus su ayuda y lo dejaba seguir con sus asuntos. Si tenían más preguntas, el señor Pettus estaría encantado de ayudarlos.

Entonces Elliot volvió con cara de desconcierto.

—No tenemos nada, no hay ninguno aquí, pero no me sorprende —dijo—. He hecho la búsqueda en todo el condado, y hay unos cuantos Caddies en Redding, pero ninguno es un Escalade. ¿Podría haberse equivocado? —preguntó, señalando el boceto dibujado por el testigo—. Dudo que haya otro vehículo que se parezca al Escalade visto desde atrás.

O tal vez su perfil estaba equivocado y el sudes no era local, después de todo.

—Se lo preguntaré de todos modos —respondió ella, justo cuando los teléfonos de ambos sonaron. Ella consultó su mensaje al mismo tiempo que Elliot consultaba el suyo, y sus miradas se cruzaron, desconcertadas.

El mensaje era del doctor Whitmore y decía: «*Identificación positiva: Alison Nolan. Arma homicida encontrada con el cuerpo*».

No la habían encontrado a tiempo. Kay había sido demasiado lenta, no lo bastante rápida para alcanzar a aquel monstruo. Y ahora Alison había muerto, y nada de lo que había hecho había bastado para salvarle la vida mientras el asesino les lanzaba otra bola curva de su enfermiza jugada.

—¿Qué arma homicida podría haber en una estrangulación manual? —preguntó Kay—. ¿Ha cambiado su *modus operandi*?

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

Cazador

Casi todo el departamento del sheriff estaba allí, de pie, comentando en voz baja, ansiosos por oír lo que Kay tenía que decir y marcharse. La mayoría de ellos habían estado haciendo turnos dobles, y sus caras y sus irritables estados de ánimo lo demostraban. Respiró hondo y se armó de valor. Estaba preparada para dar el perfil.

¿O no?

Parecía que, justo cuando empezaba a creer que cierta parte del perfil era sólida como una roca, esa misma parte se desmoronaba y se desvanecía como los restos de una pesadilla bajo los abrasadores rayos del sol.

La habitación se quedó en silencio cuando el sheriff Logan entró precipitadamente, lanzando una mirada frustrada al reloj de pared. Eran casi las ocho de la mañana.

—Estamos listos para usted, doctora Sharp.

Se aclaró la garganta, sorprendida por lo incómoda que se sentía llevando a cabo lo que había estado haciendo durante los últimos ocho años: entregar perfiles de sospechosos y responder preguntas.

—Este hombre tiene entre veinte y treinta años y es muy organizado —empezó—. Es técnicamente astuto, capaz de inutilizar vehículos con rapidez y sin ser visto, y de borrar la información del GPS. No deja nada al azar. Cada aspecto del secuestro, asesinato y eliminación de los cuerpos está cuidadosamente planeado, pensado con un detalle obsesivo. El modelo funerario en sus asesinatos forma parte de su firma, y lo consideramos muy relevante para identificar y atrapar a este sospechoso.

—¿Nosotros? —preguntó uno de los agentes, con una sonrisa torcida, y lanzó a Elliot una mirada de reojo.

Otros dos soltaron una risita.

—Yo —se corrigió, sintiendo que se le encendían las mejillas—. Sin embargo, el detective Young y yo hemos colaborado estrechamente en este caso, y creo que él contribuyó en no poca medida a la generación de este perfil. —Entonces se dio cuenta de que odiaba que la acorralaran así, y recordó que era consciente de que no debía dejar que continuaran las risitas y los chistes malos—. ¿Alguna otra pregunta? —preguntó con voz firme, disfrutando durante un momento del silencio subsiguiente.

—Continúe, doctora Sharp —invitó el sheriff Logan.

Ella asintió con la cabeza.

—Creemos que el sudes es local, o lo era, y tiene fuertes lazos con la comunidad nativa americana de la localidad. Su conocimiento de las costumbres nativas está muy por encima de la media, al igual que la importancia que concede a los rituales nativos, esenciales para su firma.

—¿Suponemos que es blanco? —preguntó una agente, sosteniendo su bloc de notas en el aire como haría un periodista en una rueda de prensa.

—Así es —admitió—, aunque la prevalencia de asesinos en serie blancos sobre el total de asesinos en serie en general apenas supera el cincuenta por ciento. Sin embargo, si añadimos a estos factores la composición racial de la población de esta zona, creemos que es seguro suponer que es caucásico.

—¿No es nativo? —preguntó otro oficial—. Si tanto le interesa lo nativo, ¿por qué no?

—Su firma contiene elementos de múltiples culturas nativas, no de una específica, como veríamos en el caso de un sudes nativo americano. —Hizo una pausa, esperando a ver si había más preguntas, y luego continuó—: Cruza las líneas raciales en sus secuestros y es un asesino motivado por el poder. Contrariamente a lo que algunos de ustedes puedan pensar, debido al aspecto de la agresión sexual, no es la lujuria lo que mueve a este sudes. Le gratifica ejercer poder sobre sus víctimas, y las características rituales de su firma nos indican que podría estar recreando una situación de su pasado en la que fue maltratado, sufrió abuso o le hicieron sentirse inadecuado. Entonces domina, tortura y mata a un sustituto del objeto de su ira, la mujer que le hizo daño, en la realidad o en su imaginación.

—¿Era esa mujer nativa? —preguntó el agente Hobbs.

—Excelente pregunta —respondió Kay, volviéndose hacia él—. Creemos que es una fuerte posibilidad, sí. Podría haber sido una madre, una hermana o una amante. Como su perfil es caucásico, creemos que una amante es lo más probable.

—Lo siento, pero esto no es suficiente —dijo otro oficial del sheriff, un hombre barrigudo con bigote.

—No he terminado —respondió Kay—. Tenemos un testigo que lo sitúa en el enterramiento de otra víctima anoche, y creemos que conduce un Cadillac Escalade, azul o verde oscuro.

—Eso está mejor —murmuró alguien, y un par de personas más estuvieron de acuerdo.

—Si encuentran un Escalade, lo más probable es que lleve un objeto nativo, un atrapasueños o algo parecido. Busquen a alguien con éxito y sereno, alguien que se haya integrado bien en la sociedad y parezca seguro de sí mismo, aunque, bajo la superficie, sea profundamente inseguro y propenso a estallar si se le presiona. Tengan mucho cuidado al acercarse; este hombre no duda en matar.

—¿Hay pruebas de que también haya matado a hombres? —preguntó una agente.

—Que sepamos, no —respondió—. Pero, basándonos en la naturaleza de los ataques a sus víctimas, en la duración y el alcance de las agresiones, podemos determinar que se siente insultado con facilidad y que lo más probable es que tome represalias por cualquier daño, real o percibido. Recuerden: con este sudes, todo es cuestión de control, de dominar a sus víctimas, de mantener la ilusión de superioridad a toda costa. Es un narcisista maligno, paciente, indiferente, carismático. Y despiadado.

Un momento de silencio, y luego la agente preguntó:

—Si no le mueve la lujuria, ¿cree que..., qué cree que les hace a los niños que retiene?

Al parecer, la agente Farrell, según su etiqueta, no se atrevió a pronunciar las palabras que todo el mundo tenía en mente.

—No creo que los niños estén siendo agredidos sexualmente, no. En primer lugar, los casos en los que los agresores han atacado tanto a mujeres adultas como a niños prepúberes son muy raros. Creo que solo se ha documentado uno en la historia del FBI. Dado que este sudes agrede a sus víctimas adultas, es seguro suponer que no agrede sexualmente a los niños. —Respiró, al

mismo tiempo que su público—. No había pruebas de agresión sexual en el caso de Tracy Hendricks. Por desgracia, Tracy sigue en estado de *shock* y no puede decirnos qué pasó durante su cautiverio.

—¿La policía de San Francisco está segura de que fue secuestrada junto con su madre y luego liberada por el sudes? —preguntó el agente Hobbs.

—Es muy probable, sí —respondió. La verdad era que no había pruebas que demostraran lo contrario, y Kay creyó a Joann Hendricks cuando juró que Shannon nunca habría abandonado a sus hijos—. Creo que estos niños juegan algún tipo de papel en la fantasía del sudes, pero Tracy Hendricks no mostró ningún signo de trauma físico, sexual ni de otro tipo.

—¿Cree que liberará a Hazel Nolan, la hija de Alison, como hizo con Tracy? —La agente Farrell seguía haciendo preguntas interesantes. Probablemente era una de las más inteligentes del grupo.

—Es una posibilidad que tenemos que considerar, pero con la que no podemos contar —respondió Kay—. No olviden que Matthew Hendricks, el hijo de cinco años de Shannon, sigue desaparecido desde noviembre del año pasado, y tampoco tenemos aún ninguna identificación de los dos cadáveres encontrados ayer en el Lago Silencioso. —No dejó de expresar su preocupación. Tal vez había otros niños desaparecidos de los que no tenían ni idea. Con suerte, pronto lo sabrían—. En cuanto a los niños, el perfil dista mucho de estar completo. Pero hemos avisado a la policía de San Francisco y a la policía de Atlanta para que estén atentos sobre Hazel.

—¿Por qué Atlanta? ¿Cree que llevará a Hazel allí? —preguntó el agente Hobbs—. Eso parece bastante extremo.

—Llevó a Tracy a San Francisco, y no podemos estar seguros de que eligiera esa ciudad porque es donde opera, ya que es donde devuelve sus vehículos, o porque es de donde era Tracy. Pero la búsqueda de los niños desaparecidos debe continuar con la máxima prioridad —añadió, mirando al sheriff Logan.

Este asintió con el rostro sombrío.

—Haremos todo lo que esté en nuestras manos para localizar a esos niños —dijo—. Seguiremos haciendo turnos dobles hasta nuevo aviso, y los condados vecinos están colaborando con personal y perros. El FBI ha desplegado dos equipos CARD, uno en San Francisco y otro en Atlanta, y nos estamos coordinando con ellos. Pero es nuestro territorio, gente, nuestro patio trasero. Lo conocéis mejor que nadie. Pensad en lo que sabéis. ¿Dónde podría estar escondiendo a esos niños? ¿Quién tiene una cabaña en esos bosques y coincide con este perfil?

Los agentes empezaron a agitarse y a apiñarse más cerca de la salida, esperando una señal del sheriff.

—Una cosa más —dijo Kay, alzando un poco la voz para tapar la creciente charla—. La respuesta para encontrar a este hombre está en su forma de cazar. ¿Dónde ve a sus víctimas? ¿Cómo se acerca a ellas? ¿Cómo puede llevárselas sin que nadie se entere? Busquen a cualquier persona que sea extraña, que se demore, que parezca vagar sin una tarea específica en mente.

—Los turistas han empezado a llegar desde la primeras nevada —dijo la agente Farrell—. Pronto estarán todos deambulando por aquí. ¿Cómo podemos distinguir al sospechoso de los turistas inocentes?

—Se quedará, pero parecerá tenso —respondió Kay—. Tendrá una mirada fría y tensión en la mandíbula. Estará solo, no con su familia. Y, cuando establezcan contacto visual con él, sentirán

una inquietud, algo que se despliega en sus entrañas. Es su instinto, que les dice que están en presencia de un sociópata homicida, un depredador. Un cazador.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

Sed de sangre

Había cortado el primer trozo de tarta y todo el mundo aplaudió. Sonrió y aceptó con gracia la ayuda de un compañero de trabajo que le quitó el cuchillo de la mano y repartió el resto de la tarta rápidamente —después de poner cada trozo en un plato de plástico— entre sus colegas de la División de Servicios Forenses del Departamento de Policía de San Francisco.

Probó la tarta, saboreando la sensación de familia, de aprecio, de ser valorado. Era su segundo aniversario en el trabajo; la policía de San Francisco celebraba los aniversarios laborales, y no siempre los cumpleaños, sobre todo cuando los protagonistas no querían que se supiera su edad o su fecha de nacimiento.

Saboreó el cremoso trozo hasta la última migaja y untó de glaseado su cuchara de plástico mientras su sonrisa se iba apagando poco a poco.

—¿Quieres más? —le preguntó su servicial colega.

—No, gracias —respondió, con sus ojos fríos de nuevo y su sonrisa completamente desaparecida—. Creo que ya he tenido suficiente.

Y eso era cierto desde más de una perspectiva. Llevaba dos años de forense, y ya estaba harto.

Era un trabajo sin futuro.

Había aprendido todos los sistemas que utilizaban los miembros del equipo de la División de Servicios Forenses de la policía de San Francisco, sus procedimientos, cómo manejaban las pruebas y qué buscaban en una investigación de asesinato. Había aprendido lo rápido que avanzaban esas investigaciones y dónde se quedaban atascadas y se convertían en casos sin resolver, amontonados en sótanos virtuales que nunca se aclararían. Había identificado cada una de las limitaciones del sistema y se había dado cuenta de que todas esas películas y programas de televisión en los que los investigadores se obsesionaban con una mosca y entregaban análisis toxicológicos completos o un montón de muestras de ADN para que les devolvieran los resultados al día siguiente no eran más que ficción. En la realidad, la mayoría de los investigadores tenían montones de casos en los que trabajar, los detalles se escapaban por las rendijas todo el tiempo y rara vez se prestaba atención a las moscas, a menos que una se aventurara en una pared en algún lugar, molestara a alguien y fuera rápidamente liquidada con un golpetazo con un objeto a mano. El ADN y los análisis toxicológicos completos eran caros y llevaban mucho tiempo, y los mandamases desaprobaban el uso indiscriminado de los presupuestos departamentales. Preferían que se detuviera e interrogara a los sospechosos, se analizaran sus huellas dactilares y poco más. Y es que poco más se hacía nunca, sobre todo porque enseguida se acumulaban un montón de casos sobre los ya existentes mientras continuaba la encarnizada lucha por los recursos y el tiempo.

Solo el sesenta y uno por ciento de los casos de asesinato se resolvían. Los asesinos inteligentes nunca eran atrapados.

Ahora lo sabía.

Era hora de seguir adelante.

Allí se asfixiaba, soportando la actitud de todo el mundo, una mezcla de titulitis y arrogancia que le ponía de los nervios tan a menudo que apenas podía aguantar el día; aunque era apreciado, como atestiguaba la tarta recién hecha con mensajes personalizados que acababa de disfrutar. Era el primero en ofrecerse voluntario para ir a las escenas de los crímenes, cuanto más espantosas mejor, y sus compañeros agradecían evitarse el trabajo de campo. Ver la sangre derramada de innumerables víctimas calmaba sus nervios crispados. Si dejaba volar su imaginación, y si la víctima era la adecuada, podía fingir que había sido él quien la había apuñalado. Quien la había estrangulado. Quien le había disparado. Ahogado. En su imaginación, mientras examinaba escenas del crimen intactas, podía sentir las mismas sensaciones que el asesino: la rabia, la necesidad, el impulso insoportable de acabar con la vida de quien se le ponía delante suplicando clemencia y sin obtenerla, y la estremecedora liberación que llegaba al final.

Era hora de seguir adelante, y la dirección a tomar no era tan difícil de averiguar. Durante sus dos años como criminalista, había conocido a todo tipo de personas de diversas profesiones y condiciones sociales, desde obreros a empresarios, desde médicos a ingenieros, pero nadie ejercía más poder que la gente de la ley.

En todo este tiempo, los únicos que había visto conduciendo Cadillacs eran abogados, y él iba a convertirse en uno. El mejor y más poderoso abogado del estado, quizá algún día de todo el país. Como letrado, tendría la vida de las personas en la palma de la mano, desde donde podría liberarlas o cerrar el puño en torno a ellas y extinguir su fuerza vital lentamente, en interminables agonías pasadas entre rejas, enjauladas como animales. Como abogado, descubriría todos los secretos de quienes condenan a muerte a personas como él. Y sabía que podía lograrlo. Los dioses le sonreirían desde arriba, porque era lo bastante despiadado como para abrirse camino sin vacilaciones ni remordimientos.

Pero primero tenía que volver a estudiar unos años, y sería complicado. Derecho no era el tipo de carrera que se podía estudiar con un trabajo a tiempo completo. Pero los dioses no le defraudaron y le sonrieron de inmediato, con una amplia sonrisa en forma de redada de cocaína, que venía acompañada de un baúl lleno de dinero en efectivo en fajos de diez mil, envueltos todos juntos en paquetes de cien mil. Mantuvo a raya su codicia y cogió solo cien de los grandes de la redada mientras su compañera hacía sus necesidades en una gasolinera, después de disculparse por su urgente llamada de la naturaleza. Por supuesto, el hecho de que su café hubiera sido adulterado con un par de diuréticos no era algo de lo que ella se hubiera percatado.

Llevaba consigo esas pastillas desde hacía tiempo, y también otras, porque los dioses siempre sonreían a las personas que estaban preparadas y siempre listas para aprovechar la oportunidad.

Unas semanas más tarde, anunció que volvía a la facultad, y se mantuvo a tiempo parcial en la División de Servicios Forenses. Al fin y al cabo, ver de vez en cuando la escena de un crimen lo ayudaba a mantener a raya sus impulsos, y era agradable acceder a todos los sistemas mientras aprendía a ser abogado y a desmontar las pruebas encontradas en ellos. Era como jugar para los dos equipos, la acusación y la defensa. Él siempre ganaba.

No fue avaricioso y no se gastó los cien mil dólares en un Cadillac nuevo, aunque esa idea se le había pasado por la cabeza. Había aprendido a no dejarse llevar por los impulsos y a valorar la gratificación tardía y sus estimulantes recompensas. Incluso había solicitado préstamos para cubrir todos los gastos, por si a alguien se le ocurría inspeccionar sus finanzas. Pero disponer de

dinero en metálico como red de seguridad hacía maravillas para su moral y su tranquilidad. Era la garantía de que podría terminar la carrera de Derecho, de que nunca más acabaría viviendo en la calle. Le encantaba aprender, y disfrutaba de la mayor parte de su tiempo como estudiante, con la excepción de aquellas veces en que las juezas o las profesoras lo retaban en público, lo reprendían por pequeños errores, por algo en lo que se equivocaba o sin motivo alguno. Esos momentos eran los que más le costaba mantener la calma y acatar la norma autoimpuesta de no quitar otra vida hasta que estuviera lo bastante seguro como para hacerlo y pudiera saborear el momento tan esperado.

Cuando se licenció en Derecho, sus notas eran tan impresionantes y su experiencia como forense tan valiosa que pudo elegir destino. Pero la elección, de nuevo, no fue difícil. Al fin y al cabo, solo quería dinero y poder, sin pensar en la empresa ni en la especialidad jurídica. Y la abogacía guardaba innumerables tesoros para jóvenes ambiciosos como él.

En cuanto aprobó el examen de colegiatura, empezó a buscar tesoros con una resistencia infinita y la agudeza mental de alguien que ha escalado al éxito gracias a sus propias fuerzas. Tenía inteligencia callejera, resistencia y una mente aguda y analítica, y no se dejaba intimidar. Cambiaba de trabajo a menudo, cada año más o menos, buscando esa mezcla perfecta de dinero, poder y libertad que le proporcionara la satisfacción definitiva, la licencia para hacer lo que le quemaba por todo el cuerpo.

A veces, visitaba la casa de su familia, permaneciendo oculto en las sombras al otro lado de la calle, observando cómo su madre, su hermana y su padre se ocupaban de sus asuntos y sin querer volver a hablar con ellos. Pero, cada vez que los veía, luchaba por no perder el control y, sin embargo, no podía mantenerse alejado. Observaba a su familia desde la distancia, en silencio, mientras su corazón le dolía en carne viva, con la herida fresca, sin cicatrizar a pesar del paso del tiempo. Mientras, sus monstruos se enfurecían, encerrados dentro de su pecho.

Después de una de esas visitas, no había parado de dar vueltas en la cama en toda la noche. Por la mañana amaneció empapado en sudor y lleno de rabia, pero se dio una ducha fría y se puso a trabajar. Ese día tenía que presentar un alegato inicial en un caso de asesinato y tenía que estar al máximo nivel.

La jueza era una mujer que le tomó una antipatía instantánea y lo reprendía cada vez que podía, sosteniendo cada objeción formulada por el abogado contrario con un atisbo de sonrisa en sus arrugados labios, como si supiera exactamente quién era, *lo que* era. Y allí mismo, en medio de un tribunal lleno de gente, sintió que su viejo impulso se hinchaba en su interior, implacable, imperativo.

Había esperado ese momento durante años, había soñado con él, lo había planeado, y ahora había llegado el momento. Sabía lo que tenía que hacer.

Aquel día había sonreído a la jueza, aceptando sus hostiles resoluciones con dignidad y clase, había terminado la sesión y, más tarde, había encontrado a alguien capaz de saciar aquella sed de sangre.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

Niños

Kay no perdió el tiempo y, en cuanto terminó de trazar el perfil, buscó a Elliot y lo apartó de la vista de los agentes que pasaban por allí. Parecía un poco nervioso y evitaba su mirada.

—Has salido corriendo de allí más rápido que una liebre —dijo—. Pensé que a estas alturas estarías acostumbrada a manejar a un puñado de policías paletos.

—Yo también lo creía —sonrió ella, un poco avergonzada, pero aliviada al ver que la tensión entre ellos se estaba relajando—. Empecemos por la morgue —dijo—. Volveremos y hablaremos con el técnico del taller justo después.

—El doctor Whitmore ha puesto sus manos en ese cuerpo no hace más de dos horas —respondió.

—Exacto —dijo con un rápido guiño, y luego se dirigió a su coche—. Quiero oír sus primeras impresiones y pasar un rato con él en la morgue. —El rostro de Elliot estaba rígido, congelado en una mueca de náusea—. Créeme, es tiempo bien empleado.

El doctor Whitmore no estaba de acuerdo con eso, ni con el tono empleado de voz ni con lo que expresaba su lenguaje corporal. Lo encontraron inclinado sobre el cadáver, con la mascarilla puesta, examinando cada centímetro de la piel de Alison bajo potentes luces. Dejó escapar un largo suspiro de frustración cuando entraron en la sala de autopsias, luego apoyó las manos enguantadas en las caderas y enderezó la espalda.

—Pensaba que me darías al menos unas horas, doctora Sharp —dijo, probablemente haciendo ese comentario debido a su historial trabajando juntos—. ¿Qué esperáis que os diga tan pronto?

—Cualquier hallazgo preliminar sería estupendo —respondió ella, hablando en voz baja, tratando de apaciguarlo.

Suspiró, esta vez sonando menos frustrado que antes, casi resignado.

—Tendría que hacer un examen preliminar para darte conclusiones preliminares, y aún no he tenido tiempo de hacerlo.

—No hay prisa —dijo—, solo quería verla, eso es todo. —Kay se acercó a la mesa de exploración y cogió la mascarilla y los guantes que le ofrecía el doctor Whitmore.

Elliot guardó las distancias, pero también se puso guantes y mascarilla ante el ceño inflexible del doctor Whitmore.

—Nadie se acerca a ella sin equipo —explicó.

Kay estudió la piel de Alison bajo las luces de exploración. Tenía numerosos hematomas alrededor de la garganta, algunos recientes y otros amarillentos. Tenía petequias en la cara, alrededor de los ojos y en la garganta, donde la presión del estrangulamiento había provocado la rotura de capilares. La habían estrangulado varias veces, en un repugnante juego de estrangular y soltar que debió de durar días.

—¿Puedo? —preguntó, señalando los ojos de Alison.

—Ajá —respondió el doctor Whitmore, continuando con su examen detallado del cuerpo.

Con cuidado, Kay le levantó los párpados para examinarle las membranas conjuntivas y encontró más Petequias, algunas recientes, otras casi curadas.

—Creo que sé cómo murió.

—Ah, ¿sí? —murmuró el doctor Whitmore.

—Igual que las otras: estrangulación manual, contundente, llena de rabia —dijo, sintiéndose de nuevo una becaria—. Estoy un poco confusa, porque su mensaje decía algo de que se había encontrado un arma homicida...

—Debería haber dicho arma de tortura, no homicida —replicó, sonando a la vez arrepentido y un poco enfadado consigo mismo—. Por eso nunca hay que meter prisa a un forense. —Señaló varios cortes en la piel de Alison—. Le cortaron en varios sitios, pero estas incisiones estaban destinadas a infligir miedo y causar dolor, no la muerte. Son superficiales, pero no tentativas. He contado treinta y siete, todas hechas en las últimas veinticuatro horas, todas en lugares destinados a producir mucho dolor, pero una hemorragia limitada. —Inspiró fuerte y continuó—: Probablemente el cabrón no quería debilitarla por hipovolemia hasta que acabara con ella. —Estudió uno de los cortes con los dedos enguantados, acercando la cara a la herida—. Lo que llama la atención es que utilizó un cuchillo oxidado, pero eso es preliminar. Tendré que confirmarlo.

—¿Coinciden estos cortes con el cuchillo que se encontró? —preguntó Elliot, acercándose a la mesa de exploración.

—A primera vista, sí, pero tomaré un molde para asegurarme. —Le levantó el brazo y le examinó las costillas, la región axilar y la parte inferior del brazo—. Por cierto, he podido obtener huellas utilizables de ese cuchillo —añadió—. Había varias muy perceptibles en el mango.

Ese no era el sudes que acababa de perfilar: organizado, metódico, perfeccionista y con conocimientos forenses.

—¿No crees que podría estar engañándonos, doctor? —preguntó Kay—. Él no cometería un error tan flagrante.

—Eso lo tenéis que averiguar vosotros dos —respondió, desviando su atención hacia la pierna izquierda de Alison—. Yo concluyo según encuentro.

Kay se quedó mirando el pelo de Alison, cuidadosamente trenzado y atado con cintas de cuero adornadas con pequeñas plumas. Había algo familiar en sus trenzas, en la forma en que le recorrían el pecho, saliendo de detrás de las orejas. Le habían peinado una raya perfecta en el centro de la cabeza y las trenzas estaban bien hechas, sin dejar mechones sueltos por ninguna parte. Había visto el pelo trenzado de los nativos en muchas ocasiones, tanto la televisión y los medios de comunicación como en su experiencia personal creciendo cerca de comunidades nativas, asistiendo a powwows, visitando a sus amigos nativos y conociendo a sus familias.

Y, sin embargo, al estudiar las trenzas de Alison bajo las potentes luces de la sala, no podía dejar de pensar en el valor espiritual que los nativos otorgaban a su cabello, en su significado sagrado, en las costumbres que lo rodeaban. ¿Qué relevancia tenía eso para el sudes? ¿Tenía algún significado, aparte de intentar recrear el objeto de su ira en las mujeres que secuestraba, torturaba y mataba?

—¿Algo más que puedas compartir con nosotros, doctor? —preguntó, preparándose para marcharse. Ya había visto suficiente. Kay podía visualizar por lo que había pasado Alison con

solo mirar las heridas de su cuerpo, las numerosas marcas que su piel mostraba como testimonio de lo que había sufrido. Si cerraba los ojos, casi podía oír sus gritos.

Habían llegado demasiado tarde para ella.

Pero el sudes estaba a punto de llevarse a otra persona, y no tenían forma de saber cuándo lo haría.

—Como en las otras víctimas, hay signos de agresión sexual, prolongada y con fuerza —dijo el doctor Whitmore—. Os daré más información cuando termine el examen. —Se levantó de la silla y se quitó los guantes, luego los tiró a una papelera con sensores y se quitó la mascarilla—. Sin embargo, tengo algo más. Acaba de llegar, justo antes que vosotros. —Tecleó su contraseña y desbloqueó el ordenador, y en la pantalla de la pared aparecieron dos informes de personas desaparecidas—. Han llegado las identificaciones de las dos desconocidas. La primera es Lan Xiu Tang, una turista de treinta y un años de Seattle que viajaba con su hija Ann. La otra era Janelle Huarez, de veintiséis años, nacida aquí, en Mount Chester, pero que se mudó de pequeña con su madre. Vivía en San José y, afortunadamente, no tenía hijos. Viajaba para cerrar la casa de su abuelo, después de que él se mudara a la ciudad para vivir con ella.

—Así que, ahora, ¿tenemos tres niños desaparecidos? —dijo Elliot con voz enojada, tensa—. ¿No podemos adelantarnos a este tipo?

—No hemos encontrado más cuerpos —respondió el doctor Whitmore—. Eso significa que sí, hay tres niños desaparecidos. Ann Tang, de once años; Matthew Hendricks, de cinco; y Hazel Nolan, de ocho.

Un pesado silencio se apoderó del depósito de cadáveres, mezclándose con el frío del aire y el olor a muerte, provocando ominosos escalofríos en Kay. ¿Qué hacía el sudes con los niños? ¿Los había soltado y aún no los habían encontrado? ¿O eran los niños parte de un juego enfermizo en el que se estaba recreando, actores involuntarios de su retorcida fantasía?

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

Atractivo

El sonido de una rueda arrastrándose por el pasillo enmoquetado despertó a Wendy, pero se negó a abrir los ojos y enfrentarse a los penetrantes rayos del sol. Se aferró al sueño, al dulce entumecimiento de sus miembros, deseando tener tiempo para más. Después de todo, eran más de las dos de la madrugada cuando por fin se había quedado dormida, agotada, satisfecha y muy viva.

Abrió un poco los ojos y sonrió mientras se zafaba del abrazo somnoliento del hombre que había conocido el día anterior en la sala de espera del aeropuerto, con cuidado de no despertarlo. Su sonrisa se amplió al recordar la noche anterior. ¿Quién iba a decir que conseguir que le cambiaran el vuelo al día siguiente podía ser una experiencia tan gratificante? La compañía aérea le proporcionó la habitación de hotel, y el desconocido, alto y moreno, de ojos ardientes y lengua suave, se encargó de la cena, que incluyó bebidas y una entretenida conversación. Cuando llegaron a la habitación, ya estaban listos para arrancarse la ropa.

Se sentó a un lado de la cama y frunció un poco el ceño cuando el hombre se movió mientras dormía; esperaba saltarse la «conversación de la mañana siguiente» y simplemente desaparecer. Mirar su cuerpo cubierto de sudor y recordar cómo aquel cuerpo había devuelto la vida al suyo después de tantos años la hizo sentir agradecida por el calor que sentía en su interior. Si no tuviera que coger un vuelo temprano, le despertaría para que le hiciera volver a sentirse viva y a vivir peligrosamente. De todos modos, una parte de él ya estaba despierta.

Depositó un suave beso en los labios del hombre, observando de pasada que ni siquiera sabía su nombre. Él lo había mencionado en algún momento de la noche anterior, mientras esperaban la primera ronda de bebidas en la cervecería del aeropuerto, cerca de la Terminal 2, pero ella lo había olvidado enseguida. Siempre lo recordaría como el tipo de la escala de Los Ángeles. Inolvidable... ¿Para qué molestarse con los nombres?

Su vida acababa de empezar.

«*Que le den a ese cabrón*», pensó, recordando la cara de su marido cuando le dijo que lo dejaba. Por supuesto, le había sorprendido oírlo. Llevaba años pasando de ella.

—Hola, nena —dijo el desconocido, estirándose y acercándose a ella, y el recuerdo de la cara de su marido desapareció con el tacto de sus dedos sobre su piel arrastrando vetas de fuego—. ¿Por qué no nos traes algo de desayunar, eh?

Apenas pudo contener la carcajada que estaba a punto de salirle del pecho. En lugar de eso, sonrió, le acarició el muslo desnudo hasta obtener la reacción deseada y dijo en un susurro sensual:

—Claro, voy a ello. —Luego se levantó y empezó a vestirse.

Satisfecho, el tipo de la escala del aeropuerto de Los Ángeles —que estaba peligrosamente cerca de ser recordado como el gilipollas con derechos de la escala de del aeropuerto de Los Ángeles— cerró los ojos y se durmió.

Lo miró una vez más antes de salir de la habitación y casi le dio las gracias por aquella noche memorable. Riendo en voz baja, salió de allí con su maleta de ruedas y se dirigió a la terminal de lanzaderas del aeropuerto, en la planta baja.

Que el bastardo sexy se consiga su maldito desayuno.

La segunda etapa del viaje fue corta, y apenas tuvo tiempo de terminar su café, perdida en recuerdos y planes para el futuro, cuando comenzó el descenso hacia San Francisco, y miró ávidamente por la ventanilla la ciudad que siempre había querido visitar, el océano azul que brillaba a lo lejos y las montañas nevadas que estaba a punto de ver de cerca, en solo unas horas.

Recogió su coche de alquiler en Budget, un Ford EcoSport rojo que se adaptaba a su nueva vida. Pequeño, compacto, pero rápido y sensible al tacto. Condujo directamente hacia el norte, ansiosa por sentir el aire de la montaña llenar sus pulmones después de haber pasado el verano en la sofocante Phoenix. Estaba impaciente por sentirse libre, joven y guapa, y no un simple utensilio doméstico destinado a lavar, limpiar, cocinar y recibir gritos.

—Que se joda ese hijo de puta —dijo, más alto que la música a todo volumen. No del todo satisfecha, abrió todas las ventanillas y tocó el claxon largo rato, pisando el acelerador y gritando —: ¡Yujuuuu! ¡Que te den, hijo de puta! ¡Uf!

Condujo con las ventanillas bajadas durante un rato, la sensación del viento frío azotando su larga melena no era algo de lo que quisiera separarse demasiado pronto, y cantó con la radio hasta quedarse sin aliento.

Estaba a una hora de Mount Chester cuando vio la cafetería Miramonte, un lugar que anunciaba sopa de patatas asadas y asientos al aire libre en un cartel de la autopista. ¡Qué combinación tan irresistible!

Se sentó en la terraza, aunque para ello tuviera que abrir la maleta y sacar un grueso jersey. Pero mereció la pena. Las montañas estaban tan cerca que parecía que podía tocarlas, el aire era tan fresco que se sentía mareada, incapaz de llenar los pulmones por mucho que lo intentara. No dejaba de mirar a lo lejos, a los picos nevados, preguntándose si podría ver la estación desde donde estaba. Estaba tan concentrada en el paisaje y luego en su teléfono, mirando el mapa, que casi no vio la insistente mirada del hombre sentado a unas mesas de distancia.

Este tenía una intensidad inusual en su penetrante mirada, una sensación de urgencia que desencadenó una respuesta inmediata en el joven cuerpo de la mujer, que decidió romper el contacto visual y apartar la mirada.

«Este tipo seguro que es una mala decisión —pensó—. Y, en serio, te acabas de divertir en Los Ángeles. Cálmate un poco, mujer». Reprimió una sonrisa que el extraño podría haber malinterpretado y se sumergió en la increíble sopa de patata. Puede que fuera uno de esos restaurantes de carretera desconocidos, pero estaba buenísima. Todo era estupendo aquel primer día de su recién encontrada libertad, incluso la atención no deseada del hombre de unas mesas más allá.

Parecía forrado y atractivo. Volvió a mirarlo de pasada y descubrió que seguía mirándola con la misma atención. Algo se desplegó en sus entrañas, algo más allá de la deliciosa voz de su cuerpo despierto, algo sin nombre y aterrador.

Ignorando aquel escalofriante malestar, continuó saboreando su sopa, con los ojos clavados en los lejanos picos nevados de las montañas. Cuando se atrevió a mirar de nuevo, la mesa estaba vacía y el desconocido había desaparecido.

Respiró con tranquilidad y se reclinó en el asiento, contemplando el cielo perfectamente azul de California.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

Huellas dactilares

—Hola —dijo Elliot, abriéndole paso al garaje del taller mecánico. Ese era el nombre oficial de una estructura de metal corrugado de veinte por cuarenta en la parte trasera del edificio de la oficina del sheriff, llena de herramientas y forrada de armarios y bancos de trabajo. En el centro del espacio y de la atención del técnico de servicio estaba el Jeep de alquiler de Kendra Marshall, sin capó y con todo el compartimento del motor desmontado. En una lona azul colocada a un lado, todas las piezas desmontadas estaban ordenadas, algunas con notas adhesivas amarillas.

—Enseguida —respondió el técnico, sin levantar los ojos del compartimento del motor. El rítmico chasquido de una llave contra las tuercas continuó durante un momento, hasta que por fin levantó la vista hacia sus invitados.

Si no fuera por el logotipo de la oficina del sheriff en la etiqueta con su nombre que llevaba pegada a una camiseta de NASCAR manchada de aceite, Kay podría haber confundido fácilmente al fornido hombre con uno de los residentes callejeros de Tenderloin. Llevaba la barba salpicada de canas y el pelo que se le escapaba por debajo de una gorra sucia, largo y sin recortar, era más blanquecino que oscuro, con mechones negros donde había pasado los dedos grasientos por las hebras rebeldes.

—Señora —saludó a Kay nada más verla, con voz ronca pero que dejaba entrever su buen carácter y su agudeza mental—. Me han dicho que debo agradecerse a usted —añadió riendo en voz baja.

Ella se acercó al Jeep, sonriendo alentadoramente, y se tragó su inmediata reacción de que, de hecho, era culpa del sudes por la carga de trabajo añadida.

—Dígame, señor Willie —dijo, leyendo la etiqueta con su nombre—, ¿qué ha encontrado? ¿Cómo inutilizó el sudes esos vehículos?

—Solo Willie, señora —respondió—. Soy un humilde empleado de servicio, no un detective de lujo. Puede usar mi nombre de pila —bromeó, y Elliot no tardó en burlarse de él dándole un puñetazo en el hombro—. Algunos me llaman el tío de los coches, el revientazapatas o el inspector del Interceptor. Pero nadie me ha llamado nunca el idiota del taller o el mecánico despistado, ni en treinta años de girar llaves inglesas. —Se quitó la gorra de béisbol, se rascó las raíces de su melena gris y volvió a ponérsela.

Kay se preguntó qué había provocado su declaración a la defensiva.

—Déjeme enseñarle lo que he encontrado y lo que no.

Se acercó a uno de los bancos de trabajo con paso dolorido y torcido, y volvió con un dispositivo portátil. Se lo enseñó a Kay y a Elliot, pasando por varios menús de la pantalla LCD. Esta mostraba una serie de códigos alfanuméricos que no significaban absolutamente nada para Kay.

—Este aparato se llama escáner OBD2. Se conecta a los ordenadores internos de los coches y recupera los códigos de error que encuentra, ayudando a gente como yo a averiguar qué ha

pasado. Estos vehículos —dijo Willie, señalando primero el Jeep y, luego, el Nissan Altima y el Subaru aparcados fuera— devolvieron el código P-0-2-1-7. —Notó su cara de perplejidad, porque enseguida añadió—: Motor sobrecalentado.

—Ya veo —respondió ella, deseando saber más sobre el funcionamiento de los motores de los coches—. ¿Alguna idea de cómo ocurrió?

Una rápida carcajada escapó de los labios de Willie antes de sofocarla y decir:

—Por supuesto, sé cómo ocurrió. No estaría aquí si no lo supiera. —Jugó con el dispositivo OBD2 por un momento; cada tecla que pulsaba devolvía un pitido apagado—. La mayoría de las veces es porque el nivel de refrigerante es bajo. Eso ocurre cuando el radiador tiene una fuga o las mangueras están cortadas.

—¿Y se cortaron, Willie? —preguntó Elliot, acercándose al radiador desmontado sobre la lona y agachándose junto a él.

—No —respondió, y la tensión en su mandíbula mostró lo frustrado que estaba por no tener una respuesta mejor—. El Subaru, que es el más avanzado de estos vehículos, también devolvió P-2-5-6-0, que es el código de bajo nivel de refrigerante. Eso significa que, en algún momento, el nivel de refrigerante en este vehículo era lo bastante bajo como para sobrecalentar el motor.

—¿En algún momento? —contestó Elliot—. ¿Qué quieres decir?

—Bueno, ahora está muy bien —dijo Willie, limpiándose las manos en los laterales de los pantalones y caminando hacia el vehículo. Levantó el capó y señaló un depósito blanco semitransparente, dando golpecitos con el dedo en la línea de nivel de líquido—. Cumple las especificaciones. —Murmuró una palabrota en voz baja y encendió un cigarrillo; sus dedos manchados de aceite manejaban un encendedor Zippo con la destreza de un fumador de toda la vida—. Eso es lo que no encontré. La razón por la que se sobrecalentaron los motores.

—¿Qué pasa cuando un motor se sobrecalienta? —preguntó Kay—. ¿Sale humo o algo así?

—En primer lugar, se encenderá la luz de revisión del motor y, si te preocupas lo suficiente como para saber lo que significan los indicadores de tu salpicadero, te darás cuenta de que la temperatura del motor está subiendo más allá de la línea roja. Si sigues conduciendo, en algún momento estos coches inteligentes se pararán y te obligarán a detenerte, para proteger el motor.

—Así es como las obliga a parar —dijo Kay—. Y es bastante preciso, ¿verdad? ¿Todos los coches pararon en la misma zona, aproximadamente?

—Comprobé los tres sistemas de navegación y sí, los tres vehículos se detuvieron en el mismo valle, justo bajando de Katse, donde no hay servicio de telefonía móvil —respondió Willie—. Pero más tarde, cuando el asesino terminó con los coches, volvieron a funcionar milagrosamente.

—¿Has averiguado qué hizo para borrar el viaje de vuelta del GPS del historial de navegación? —preguntó Elliot.

—Eso es otra cosa que no he encontrado —replicó Willie, apesadumbrado. Parecía tomarse su falta de hallazgos como un fracaso personal.

—¿Cree que es posible que de alguna manera manipulara los ordenadores de los coches y les hiciera *creer* que los motores se sobrecalentaban? —preguntó Kay—. Tal vez tiene uno de estos dispositivos, modificado para...

—No —respondió Willie, después de aspirar una bocanada de humo y aguantar un par de segundos—. ¿Sabe el nivel de capacidades que se necesita para conseguirlo? —Sacudió la colilla y la arrojó a un pequeño charco de lluvia—. No, tiene que ser esta otra cosa.

—¿Qué otra cosa? —preguntó Kay, un poco irritada por creer que Willie omitía alguna información.

—Algo que encontré en el radiador del Jeep, como un depósito de resina dura o algo así. Hice un raspado y le di la muestra al agente Hobbs. Dijo que lo enviaría al laboratorio de San Francisco, para que nos digan qué es.

—¿Qué puede ser?

Se rascó la barbilla, pensativo, y luego entró y se detuvo junto a la lona azul.

—Ya nadie repara los radiadores; los sustituyen por completo. Pero, en los viejos tiempos, si te entraba una piedra en la rejilla cuando ibas a gran velocidad y astillaba el radiador, provocando una fuga, el mecánico soldaba ese agujero, parcheándolo. —Se arrodilló sobre la lona y señaló un punto concreto del radiador, donde se veían rasguños recientes bajo la gruesa capa de polvo—. ¿Ven aquí? Alguien le ha hecho algo a estas aletas.

—¿Y por qué no está seguro de que esto sea obra del sudes? —preguntó Kay, frunciendo el ceño.

—Porque no parece algo nuevo —respondió Willie—. Está cubierto por una capa de polvo, como si el coche hubiera circulado durante unos meses, por lo menos, después de haberlo hecho. No hay rastro de fugas recientes en el polvo asentado en las aletas, como se vería si el refrigerante se hubiera filtrado a altas temperaturas, lavando parte de la suciedad. Y no es lo que normalmente se utiliza para reparar un agujero del radiador tampoco. No es material de soldadura; es una especie de resina.

—Así que no sabe qué pasó con estos vehículos —concluyó Kay con voz amarga, decepcionada.

—Yo no —respondió Willie, mirándola—. Esa es la pura verdad. Pero le aseguro que no dejaré de buscar hasta que tenga una respuesta para usted. Desmontaré los otros dos radiadores, y si veo la misma mancha de resina, sabré que es cosa suya.

Le dio las gracias y salió al aire, sombría; luego, sintiendo el frío en los huesos, subió al todoterreno de Elliot.

—Se está esforzando, ¿sabes? —dijo Elliot en cuanto se reunió con ella. Arrancó el motor y lo dejó al ralentí un momento.

—No me importa si se está esforzando —espetó Kay—. Me importa que esos niños sigan desaparecidos y que cada día que pasen con ese monstruo sea un día que nunca olvidarán, vivan lo que vivan. Me importa que a estas alturas probablemente se haya llevado a otra mujer, alguien con quien satisfacer sus enfermizos impulsos, y ella no vivirá mucho, pero no importa cuánto sea, deseará haber muerto ya. Mientras tanto, tenemos muchos «si» y «quizá», nada seguro, y no estamos cerca de atrapar a ese tipo. *Eso es lo que me importa.* —Su voz había subido y subido hasta convertirse en gritos. Sintiéndose avergonzada por su arrebató de emoción, bajó la cabeza y dijo—: Lo siento.

—No pasa nada —respondió Elliot, tocando su mano durante un breve instante, y se apartó después—. Todos estamos cansados, decepcionados, hechos polvo.

Kay respiró, exhalando largamente, sacando el aire de sus pulmones despacio, mientras ordenaba sus pensamientos y recordaba los conceptos básicos.

—Volvamos a la victimología —dijo—. Tiene que haber algo que se nos haya pasado.

—De acuerdo —respondió Elliot—. Ya hemos pasado por esto un par de veces.

—No importa —respondió ella—. Seguiremos con esto hasta que entendamos cómo caza. Es nuestra única oportunidad. —Volvió a respirar, igual de despacio, y empezó a correlacionar información en su mente—. Ya son cinco las víctimas que conocemos, de diferentes razas. Tres eran madres, dos no. Dos de ellas condujeron hasta Mount Chester en sus coches personales, tres en coches de alquiler procedentes del Aeropuerto Internacional de San Francisco. Por cierto, ¿nos traerán los vehículos de Lan Xiu y Janelle para que los vea nuestro señor Willie?

—Lo harán hoy —respondió Elliot, después de consultar algo en su teléfono.

—Estoy dispuesta a apostar que esos dos vehículos mostrarán el mismo como-sea código de motor sobrecalentado. Tiene un buen método para hacer que se detengan en medio de la nada, ¿por qué cambiarlo?

—Tal vez evolucionó con el tiempo —respondió Elliot—. Lan Xiu y Janelle murieron el año pasado.

—Tal vez, pero creo que ese hombre lleva matando más de un año. Cuando esto acabe, tendremos que plantearnos ampliar la búsqueda con perros rastreadores por toda la orilla del Lago Silencioso.

Elliot arrancó pero sin marcharse; seguía escuchando, esperando a que ella continuara.

Hizo un esfuerzo por concentrarse mientras sus pensamientos se obsesionaban con los posibles cuerpos que aún no habían desenterrado. ¿Eran reales? ¿O solo el resultado de su imaginación, de su experiencia leyendo pistas en la forma organizada y precisa en que secuestraba, mataba y se deshacía de sus víctimas? No dudaba en nada de lo que hacía, no dejaba nada al azar. Pero ¿acaso importaba ahora? No... Lo único que importaba era encontrarlo y detenerlo, encontrar a esos niños. Entonces tendrían todo el tiempo del mundo para hallar los otros cuerpos, si es que existían.

—Sabemos que al menos dos de sus víctimas pararon en la cafetería Katse, antes o después de que sus vehículos quedaran inutilizados —dijo, hablando despacio, recomponiendo el puzle en su mente—. Pero me parece demasiado cerca de una zona donde lo podrían ver —murmuró—. ¿Y si lo que hizo a esos vehículos necesitaba más tiempo para surtir efecto? Supongamos que Willie tiene razón y que manipuló los radiadores o algo así. ¿Qué hay antes de Katse, cuando se conduce desde San Francisco?

—Serpenteantes carreteras de montaña —respondió Elliot, mirándola con una ceja levantada. Luego, pareció captar la idea—. Carreteras de montaña muy empinadas y con curvas, donde los coches se suelen sobrecalentar. Algunas zonas tienen una inclinación del doce por ciento.

—Exacto —dijo, emocionada—. Independientemente de la procedencia de estas mujeres, todas condujeron por la misma carretera, durante al menos ciento cincuenta kilómetros más o menos antes de llegar a Mount Chester. —Frunció el ceño, mirando a lo lejos, tratando de recordar los puntos de referencia a lo largo del camino—. En Katse habría llamado la atención; es demasiado listo para eso. Entonces, ¿dónde los ve? —Hizo una pausa, pensando en la mejor manera de rastrear los movimientos de todas las mujeres—. Necesitaremos los datos financieros de las víctimas, extractos de tarjetas de crédito, todo. En algún momento del camino, las cinco mujeres pararon en algún sitio, y es probable que gastaran algunos dólares ahí.

Los labios de Elliot se estiraron en una sonrisa.

—Vamos a averiguarlo. —Salió marcha atrás del patio del garaje y volvió a detenerse cuando

sonó su teléfono. Al ver el nombre del sheriff Logan en el identificador de llamadas, lo cogió en el centro multimedia con un rápido toque del botón verde.

—Quítame el altavoz —dijo Logan, y Elliot, con un gesto de reproche, puso el teléfono en su oreja.

Kay se preguntó de qué se trataba, pero ella no era oficialmente miembro del equipo de Logan. Tenía derecho a mantener algunas cosas en secreto.

Cuando Elliot terminó la llamada, estaba tenso, con el ceño muy fruncido y la mandíbula apretada. Giró hacia la carretera y condujo a toda velocidad, dirigiéndose al otro lado de la montaña.

—Te llevo a casa —dijo, con una frialdad en la voz que ella nunca había sentido.

—¿Qué está pasando?

—Nada, tengo que ocuparme de algo, eso es todo —respondió con el mismo tono, obstinado en mantener la vista en la carretera.

—Elliot Young, eres un mentiroso terrible —replicó ella, tratando de infundir un poco de humor a la situación. Fuera lo que fuera lo que le preocupaba, podrían solucionarlo juntos. ¿Había habido otra víctima? En caso afirmativo, ¿por qué se lo ocultaba?

—Basta, Kay —reaccionó, agarrando el volante con más fuerza y pisando el acelerador—. Estarás en casa en cinco minutos.

Como si no pudiera esperar a dejarla. Como si ella hubiera hecho algo para molestarlo.

—Por favor, cuéntame qué ha pasado —insistió ella, con voz tranquila, templada, comunicando sin palabras que estaba dispuesta a escuchar lo que él tuviera que decir.

La mandíbula de Elliot permaneció apretada durante otro largo instante. Ella respetó su decisión y dejó que el silencio entre ellos llenara el espacio, que se volviera tan incómodo para él como lo era para ella.

Cuando finalmente habló, su voz sonaba ahogada, llena de dolor.

—¿Recuerdas el cuchillo oxidado que encontramos enterrado con el cuerpo de Alison? ¿En el que había huellas dactilares?

—Ajá —respondió ella—. ¿Qué pasa con eso?

—Ya han llegado los resultados. Esas huellas son de tu padre.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

Cuchillo

Destripada.

Así es como se sentía, luchando contra una repentina oleada de náuseas y mareos que la tenía agarrada al reposabrazos con los nudillos flexionados, respirando entrecortada y rápidamente mientras la sangre le bombeaba en las mejillas.

¿Podría ser cierto?

Cerró los ojos, evocando recuerdos que había intentado enterrar desesperadamente durante los últimos dieciséis años. El sonido de los disparos perforando el silencio de pánico. El cuerpo de su padre tendido en el suelo de la cocina, con el cuchillo entre los dedos, cubierto de la sangre de su madre.

Y sus huellas dactilares, claramente en el mango.

El mango de plástico negro, asegurado con tres remaches plateados; el típico cuchillo de trinchar barato que venía en los juegos de cuchillos de cocina del tipo que su madre podía permitirse, para los que las tiendas ofrecían cupones con grandes descuentos cada año antes de Navidad.

El mango de plástico de aquel cuchillo habría sobrevivido en la tierra, intacto, sin daños por el paso del tiempo, enterrado junto al cuerpo putrefacto de su padre, pero volviendo para atormentarla dieciséis años después de haberle quitado la vida.

Después de que alguien lo hubiera desenterrado de su tumba.

Una nueva oleada de náuseas la hizo vomitar en seco, pero se las arregló para fingir una tos y pasar desapercibida para Elliot, que entraba en su casa.

—Aquí es donde te bajas —anunció con voz inflexible, como si fuera una autostopista de la que estaba deseando librarse.

Abrió la puerta del coche, pero se volvió hacia él y le dijo:

—Eso es imposible. Lleva fuera dieciséis años. Nadie lo ha visto desde que se fue a Arizona.

Apretó los labios, negándose a mirarla.

—Es muy oportuno que aparecieras aquí justo cuando tu padre empezó a violar y matar de nuevo, ¿no? Haciendo quién sabe qué a esos niños.

—Oh, Dios, no —reaccionó ella—. Obviamente no conoces a mi padre.

—Me gustaría mucho —dijo en voz baja y amenazadora, rechinando los dientes—. ¿Podrías presentarnos?

Suspiró con rabia, dolida por la necesidad de decirle que estaba muerto, enterrado, pudriéndose en un agujero en la tierra donde su hermano lo había metido hacía muchos años. Sin embargo, las palabras liberadoras murieron en sus labios y todo lo que pudo decir fue:

—Es un borracho que apenas ha ido a la escuela. El mejor día de mi vida fue cuando se fue dando un portazo, hace dieciséis años. Nadie ha vuelto a saber de él. —Hizo una pausa y continuó con voz más tranquila y persuasiva—: Recuerda lo que dijimos, cuando el doctor

Whitmore nos habló del cuchillo. Este sudes es demasiado listo para dejar un arma con huellas dactilares, y nos está llevando a donde quiere, jugando con nosotros como marionetas.

—Sí, Kay, eso es exactamente lo que yo habría dicho si hubiera vuelto aquí para encubrir los crímenes de mi padre —replicó, enfadado, lanzándole una mirada ardiente. La amargura de su voz la hizo estremecerse—. Debes de creer que el policía paleta de Austin, Texas, es un nuevo nivel de idiota, ¿verdad? Comiendo de la palma de tu mano, incapaz de pensar por sí mismo. Bueno, hasta los tontos tienen suerte. Me has engañado, me has mentido desde el día que nos conocimos.

—¿Qué? Nunca te he mentido —replicó Kay, con verdadera sorpresa. Había omitido contarle lo de su padre y la verdadera razón por la que había vuelto a casa, pero, aparte de eso, no le había mentado. No lo creía... La cabeza le daba vueltas, las náuseas seguían siendo fuertes.

¿Quién estaba jugando con su mente? ¿Quién sabía que había matado a su padre? Se rio, una risa rápida y amarga.

—Olvidaste convenientemente mencionar que habías visitado el lugar de los enterramientos el día antes de conocernos de forma oficial —dijo—. Pero te vi aquella noche. Te vi rodear la tumba de Kendra, buscando pruebas que pudiéramos haber pasado por alto, o quizá dejando alguna, ¿quién diablos sabe ahora?

—Oh —respondió en voz baja. Se había olvidado por completo de aquella noche—. Bueno, entonces, tú tampoco has sido muy sincero, ¿no? ¿Por qué no me dijiste que me habías visto?

Silbó enfadado.

—¡Mujeres! Déjalas que vuelvan cualquier argumento en tu contra y te hagan quedar como un imbécil.

Reprimió una larga sarta de maldiciones. Elliot estaba siendo obstinado como solo los hombres pueden serlo cuando una idea echa raíces en sus mentes.

—Escucha, alguien habría dicho algo sobre mi padre si lo hubieran visto en todos estos años. ¿Has oído su nombre desde que te mudaste aquí? No era exactamente un ciudadano respetuoso de la ley; así es como tienen sus huellas en el sistema. Había sido arrestado un par de veces por ebriedad y desorden público. En serio, ¿él es nuestro sudes? ¿De verdad crees que mi padre, un borracho de sesenta años, puede alterar el historial de navegación de los coches o hacer que los vehículos se paren donde a él le plazca?

Elliot miró fijamente hacia delante, a la puerta del garaje que tenía delante, sin decir una palabra. Apenas unas horas antes había conducido su cortacésped fuera de aquel garaje, sonriendo, saludándola. Cuidándola.

Ella le dio un tiempo para decidirse, para pensar. Pero él se volvió hacia ella y le dijo:

—Lo siento, Kay. El sheriff ha sido claro al respecto. Estás fuera del caso y tengo que volver al trabajo. —La tristeza en su voz era inconfundible, mientras que todo su comportamiento comunicaba unas emociones diferentes.

Vergüenza. Culpa.

Sin decir nada más, salió del vehículo y cerró la puerta. Lo observó alejarse de la entrada de su casa e irse, y mantuvo los ojos fijos en sus luces de freno hasta que desaparecieron tras la linde del bosque, cuando la carretera se curvaba hacia la izquierda, en dirección a la montaña.

Luego, desvió su atención hacia los sauces del patio trasero.

Una oleada de náuseas volvió a apoderarse de ella, y esta vez no pudo más y cayó de rodillas

sobre el césped recién cortado, temblando, con el recuerdo de aquella noche bailando ante sus ojos como una pesadilla de la que no podía escapar.

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

La caza

De todos los lugares donde las encontraba, el restaurante Miramonte era su favorito. La terraza era grande, y todo el mundo solía dirigir la mirada al paisaje, no a él. Desde el lado de la terraza, donde le gustaba sentarse, podía ver las rampas de la interestatal, sabiendo al instante qué turistas se dirigían al norte, hacia Mount Chester. Si prestaba un poco de atención a la charla entre los viajeros y sus camareros, sabría si la mujer se dirigía a Mount Chester o a la estación de esquí. Solo aquellas merecían su atención.

No tenía mucho sentido, él lo sabía. ¿Por qué iba a importarle si las chicas se dirigían a Portland, por ejemplo? ¿Por qué iba a importarle lo suficiente como para dejarlas pasar, para dejarlas vivir? Pero de algún modo importaba, como si su destino, el lugar donde nació, creció y luego fue rechazado, las marcara de algún modo, como si sus destinos estuviesen entrelazados con Mount Chester como único denominador común que le interesaba.

Con el tiempo, había visto a algunas que le parecían perfectas, pero las dejaba marchar al ver que se dirigían a Seattle, Portland o al otro lado de la frontera de Oregón, a acampar en uno de los bosques estatales. Aunque le gustaba el juego de atrapar y soltar. Era como si le pidiera al destino que eligiera por él, que se asegurara de que elegía bien, de que no cometía errores y de que aún podía controlar sus impulsos. No era fácil dejar ir a alguien increíble solo porque se dirigía a otro lugar, pero la gratificación aplazada tenía sus recompensas. La intensidad de la liberación, una vez que llegaba, era incomparable. La excitación que se acumulaba en todo su cuerpo, la forma en que le erizaba la piel y le encendía la sangre, la manera en que convertía sus noches en visiones insomnes de regocijo, conducían a una experiencia superlativa una vez que llegaba a cumplirse.

Si él no podía vivir allí, si su propia madre lo había obligado a marcharse, esas mujeres, que eligieron libremente estar en Mount Chester y se les había permitido, tenían que ser castigadas por su libertad, por su inmerecido derecho a poner un pie donde él ya no era bienvenido. El lugar al que él ya no podía llamar hogar iba a convertirse en su tumba.

Un Ford Crossover rojo salió de la interestatal en dirección norte y señaló el giro hacia el aparcamiento de Miramonte. Una rápida sonrisa se dibujó en sus labios. El coche era el típico de alquiler, nuevo, compacto, reluciente y limpio, fácil de reconocer. Al volante, una mujer joven, cuya larga melena ondeaba al viento. Conducía con todas las ventanillas bajadas, la música a todo volumen y, por encima de la melodía, su voz alcanzaba de vez en cuando notas agudas cantadas con vigor. Una turista.

Si además fuera a Mount Chester...

Giró ligeramente la silla para mirar hacia la terraza, apoyó el tobillo izquierdo sobre la rodilla derecha y se desabrochó el botón de la chaqueta. Comió despreocupado las patatas fritas que quedaban en el plato mientras la mujer se sentaba, de espaldas a la entrada del restaurante, con el rostro iluminado por el sol y girado hacia las lejanas cumbres de Mount Chester.

Era despampanante. Unos treinta años, con una piel preciosa que brillaba a la luz de la tarde. Sonreía sin cesar, probablemente pensando en algo emocionante, tal vez en sus próximas vacaciones. Sus rasgos mostraban fuerza, determinación y agallas.

Sería un placer poseerla. Pasar el invierno con ella.

La primera conversación de la mujer con el camarero no aclaró mucho su destino, solo su elección de sopa y ensalada. Sin embargo, poco después de que el camarero se marchara con su pedido, ella se fijó en él, manteniendo un contacto visual que a él le pareció prometedor, tentador.

Sí, podría darle mucho placer durante los largos y helados meses venideros.

Rompiendo el contacto visual, se dio la vuelta para mirar los picos nevados, pero una sonrisa se dibujaba en sus labios. Él solo podía ver su perfil, pero se daba cuenta. Había visto algo que le había gustado. ¿No sería interesante que se le insinuara?

La miró atento, incapaz de apartar los ojos de sus anchos hombros, la curva de sus pechos que se abría paso a través de la suave cachemira de su jersey, la línea de su cuello y la forma en que su pelo caía alrededor de su rostro, brillando como un halo contra el sol.

Le encantaría trenzar esos largos y sedosos mechones. La sensación de su pelo tocando sus dedos, aunque solo fuera en su mente, lo excitaba por debajo del cinturón. Era perfecta.

El camarero le trajo sopa y un vaso alto de agua helada, y se marchó enseguida. La mujer empezó a comer, al parecer, habiéndose olvidado por completo de él. Se inclinó hacia delante, con los codos apoyados en la mesa, clavando los ojos en ella como si la fuerza de voluntad le hiciera revelar de algún modo su destino o le concediera la capacidad de ver dentro de su mente.

Ella era la elegida, ahora lo sabía con claridad. Podía sentirlo en el calor que se extendía por su entrepierna, en el oscuro impulso que le hinchaba el pecho.

Y cada vez quería que fuera mejor que la anterior, más intenso; era un adicto a su propio cuerpo y a sus brutales exigencias.

Brevemente, solo durante una fracción de segundo, ella volvió a hacer contacto visual, pero enseguida apartó la mirada. Sí, estaba interesada.

Le encantaría oírle gritar. Verla luchar contra él, pataleando y arañando, solo para ser derrotada, sometida, tomada.

El camarero pasó por su mesa, pero él lo despidió con una sonrisa. Desde allí, se dirigió a la mesa de la mujer, a quien le preguntó cómo iba todo. Charlaron un rato.

—¡Oh, esta sopa está increíble! —dijo ella con voz cristalina y alegre. Le encantaba cómo sonaba.

—¿Le traigo algo más? —preguntó el camarero, dispuesto a llevarle la cuenta.

—Todavía estoy con el gusto de la sopa, pero déjame un momento —respondió. Mojó la cuchara y se detuvo en el aire—. ¿Sabes cuánto falta para Mount Chester?

Ocultando una sonrisa de satisfacción, sacó un billete de veinte dólares de la cartera y lo colocó sobre la mesa, debajo del vaso de refresco, para que no se lo llevara el viento. Luego se marchó, utilizando la puerta lateral de la terraza que daba al aparcamiento. Antes de doblar la esquina, echó una última mirada a la mujer.

Sí, era ella.

Se detuvo brevemente junto a su coche y abrió la puerta trasera, donde guardaba un punzón para arañazos escondido bajo el asiento trasero del copiloto. Cogió la herramienta, sujetándola de

modo que el mango quedara oculto en su puño y la larga y afilada púa de acero quedara a lo largo de su brazo. Desde lejos, nadie podía ver que llevaba algo en la mano.

Unas plazas vacías más allá, el Ford rojo en el que la mujer había llegado, orientado hacia el callejón, era de fácil acceso. La rejilla no planteaba problemas, sus aberturas eran lo bastante anchas para que pudiera hacer su trabajo. Comprobó los alrededores despreocupadamente y luego pasó junto al coche, apenas aminorando la marcha mientras perforaba discretamente el radiador con una rápida y fuerte puñalada del punzón. Luego siguió caminando hacia la parte delantera del aparcamiento, como si buscara a alguien. Después se dio la vuelta y se puso al volante de su Cadillac.

Sonriendo.

Al poco de salir de la interestatal, tomando la carretera de Mount Chester, y conducir unos veinte kilómetros por carreteras de montaña empinadas y llenas de curvas, la pérdida de refrigerante sería lo bastante grave y el motor se sobrecalentaría, obligándola a detenerse.

Y él estaría cerca, esperando.

Le encantaba esa forma de inutilizar vehículos. No quería poner su vida en peligro con un latiguillo de freno cortado o algo tan extremo. Un equipo forense detectaría los frenos manipulados en un minuto, y también sería difícil para él manipularlos a plena vista. No quería que ella resultara herida, dañada de alguna manera cuando acudiera a él.

Quería ser él quien la hiciera gritar, no su estúpido coche.

Con un poco de suerte, cuando su Ford la obligara a detenerse, estaría sobre la cresta, donde ni siquiera los *smartphones* más caros podrían conseguir una sola barra. Esa sería la última palabra que el destino tendría sobre ella.

Entonces la conocería, pasaría sus dedos por su sedoso cabello.

Para llevarla a casa.

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

Hermano

Kay se acercó a la prisión estatal de High Desert con una sensación de temor que nunca había sentido antes. Durante sus días en el FBI, había visitado a reclusos de forma rutinaria y creía que estaba acostumbrada, incluso encallecida. Saber que su hermano pequeño, Jacob, estaba entre aquellas paredes grises cambió las cosas, inquietándola de un modo que no creía posible, haciendo que la bilis le subiera por la garganta y llenándola de una rabia indescriptible.

Al mismo tiempo, agachó la cabeza bajo el peso de su propia culpa. Se había prometido a sí misma que hablaría con el juez que había impuesto a su hermano una condena tan dura por su primer delito. ¿Una pelea en un bar, sin heridos, y le caen seis meses en High Desert? Si eso fuera lo normal, los bares estarían vacíos y las cárceles, llenas hasta los topes de borrachos y alborotadores.

Pasó por seguridad con la familiaridad quien está acostumbrado, pero sin el estatus preferente que ofrece una placa de agente de la ley en activo. No era más que un familiar que visitaba a un recluso, y nadie de los que estaban de servicio ese día en la puerta principal la recordaba de visitas anteriores. Tras pasar el control de seguridad, fue acompañada a la sala de visitas, donde se le asignó una cabina y tomó asiento.

Cuando Jacob se acercó, al principio no lo reconoció. Tenía un aspecto frágil y débil, vestido con un mono naranja demasiado grande. Le había crecido la barba desde la última vez que lo había visto, y un moratón reciente adornaba su mejilla derecha. Otro puñetazo le había dado de lleno en la mandíbula, dejando su marca, ahora amarillenta, con la hinchazón aún tirándole del labio hinchado. Y solo llevaba diez días encerrado.

Un miedo paralizante se desplegó en las entrañas de Kay. No iba a durar ahí dentro.

—Te dije que no vinieras —dijo, saltándose las cortesías.

Evitó su escrutinio, manteniendo los ojos bajos o lanzando miradas de reojo, para comprobar si alguien podía escuchar su conversación.

—Tenía que hacerlo —susurró ella, apoyando la mano en la mampara de cristal; deseaba tocar su rostro magullado, cogerle la mano. No llegó a preguntarle cómo estaba—. Cuéntame lo que pasó —dijo en su lugar—. Necesito saberlo todo, al detalle.

La observó un instante, con la mirada dolorida de un perro apaleado.

—Déjalo, hermanita. No hay nada que puedas hacer.

—Probablemente no haya nada que pueda hacer —admitió—, pero sigo queriendo saber cómo ocurrió. —Entonces se fijó en las cámaras que había sobre sus cabezas—. Ten cuidado, no hay privacidad para las visitas familiares de reclusos, no a menos que yo sea tu abogada.

Jacob maldijo en voz baja.

—Me lo imaginaba —acabó diciendo—. No hay intimidad en ningún sitio. —Se removió en el asiento, juntando y soltando las manos sobre el regazo—. ¿Qué quieres que te cuente?

—¿Cómo empezó? —preguntó—. Esa noche, en el bar.

—No lo sé —dijo, bajando la cabeza—. No es la primera vez que iba allí a tomar un par de cervezas después de un turno. Pero ese tipo se me echó encima. —Dejó de hablar un momento, con el ceño fruncido y los ojos brillantes de ira—. Estaba encima de mí, todo el tiempo, metiéndose conmigo. Cada vez que pasaba, me empujaba. Luego se burlaba de mí por ser... ya sabes.

—No, no lo sé. ¿Qué?

—Un maricón —susurró—. Le di un puñetazo. Una vez. Y cayó como un tronco.

—¿Fue la ambulancia?

—No, solo la policía —dijo con una risita triste—. Alguien tenía mucha prisa por llamarlos. Llegaron en cinco minutos, pero para entonces ya estaba bien, bebiendo con sus colegas e insultándome.

No tenía ningún sentido. Ese tipo de altercados casi nunca involucraban a policías.

—Hermana, he sido un idiota —dijo—. Sé que no debo hacerlo y... no sé qué me pasó esa noche.

—¿De qué te acusaron? —preguntó ella, avergonzada por no haber encontrado tiempo en los diez días transcurridos desde que había regresado a Mount Chester para buscar esa información o pedirle a Elliot que sacara el registro de arrestos. En lugar de eso, se había sumergido en la investigación de los asesinatos del Lago Silencioso, abandonando a su propio hermano. Ahora, Elliot no iba a hacerle ningún favor, y había desperdiciado diez días en los que podría haber hecho algo. Como, por ejemplo, hacer servir la ley, porque una vez impuesta una sentencia, no se iba a cambiar solo porque un familiar lo pidiera por favor, aporreando la puerta del juez. Nunca iba a pasar.

Jacob inspiró antes de responder, con la respiración entrecortada.

—Delito de agresión con premeditación —dijo, con la voz cargada de frustración—. No hubo premeditación; no sé por qué dijeron eso.

—¿Conocías a ese hombre?

—¿Rafael? ¿El tipo al que golpeé?

—Sí, él. ¿Cuál es su nombre completo?

—Rafael Trujillo —dijo, y luego le deletreó el apellido mientras ella tomaba notas—. Trabajamos juntos en una obra, pero no lo veía desde julio.

—¿Alguna vez intercambiaste palabras con él o peleaste con él antes de esa noche?

—No —respondió veloz, mirándola brevemente—. Él se juntaba con sus amigos, y yo soy un solitario. Apenas hablábamos. —Se rascó la barba y suspiró—. Él también tiene antecedentes, y aun así no importó. Y mi abogado era uno de esos idiotas designados por el tribunal, que no quiso discutir mucho delante del poderoso fiscal del distrito. Me sorprendió que no se pusiera de rodillas, allí mismo en el tribunal, para chupar...

Se detuvo y se sonrojó como un adolescente. La cárcel le estaba haciendo mella; su hermano pequeño no solía hablar así, no antes. El recuerdo de los repugnantes comentarios de su padre probablemente había bastado para impedirle decir palabrotas desde que ella tenía memoria.

—¿Quién era el juez?

—El juez Hewitt —respondió, mirando de nuevo al suelo—. Predicó como pastor en el sermón del domingo antes de dictarme la sentencia. Cómo esto no puede ocurrir en nuestra comunidad, cómo elementos como yo no pueden andar libres, poniendo en peligro a la gente, y

ese tipo de chorradas. Escupió las palabras como si fueran veneno de serpiente, aunque no supiera nada de mí.

Cuanto más escuchaba Kay, más se daba cuenta de que algo no encajaba en la historia de Jacob. Tal vez había un detalle, un aspecto aparentemente insignificante de su caso que no se le había ocurrido mencionar y que había cambiado la forma en que el juez consideró su sentencia. Pero, incluso antes de eso, ¿por qué lo detuvieron en primer lugar y por qué lo acusaron de un cargo tan inventado? ¿Y qué demonios hizo ese abogado, en lugar de defender a su hermano pequeño?

Por ahí tenía que empezar.

—¿Quién es tu abogado?

—El señor Joplin. Shane Joplin, creo. Un engreído hijo de puta. Me vendió en cuanto pudo, eso es lo que hizo.

—¿Nombrado por el tribunal?

—Sí —respondió, sonriendo tímidamente—. No puedo permitirme abogados, hermanita. No me ha tocado ninguna lotería desde que te fuiste.

Un guardia corpulento se les acercó pisando fuerte sobre unas piernas torcidas, con el ceño fruncido con avidez.

—Solo cinco minutos —dijo, señalando el reloj de la pared sobre la entrada—. Vayan terminando.

Jacob la miró con ojos suplicantes.

—No te preocupes, hermanita, me las arreglaré de algún modo. Gracias por..., ya sabes, venir aquí, vivir en la casa. Cuidar de todo —añadió, bajando la voz a un susurro apenas audible.

Sintió que empezaba a sudar.

—Sobre eso —dijo en voz baja, manteniendo la cabeza apartada de las cámaras—, ¿estás... seguro de que todo sigue ahí?

Él levantó las cejas.

—¿A qué te refieres? —preguntó—. ¿A él?

—Ajá —respondió con un rápido movimiento de cabeza—. Y la... herramienta. ¿Sigue ahí?

—¿El cuchillo? —dijo en silencio, mirándola con incredulidad—. Claro, está ahí —susurró—. ¿Por qué demonios me preguntas eso ahora, después de todos estos años?

—Oh, por nada —respondió ella con un suspiro de dolor—. El hecho de estar allí, en la casa, me perturba la mente, eso es todo. Creí haber visto ese objeto en algún lugar de la casa.

—No, de ninguna manera —dijo, sacudiendo la cabeza con fuerza—. Debe de haber sido otra cosa lo que viste. —Siguió mirándola. Desde aquel fatídico día, dieciséis años atrás, no habían vuelto a hablar de ello—. Y perdón por el desorden —dijo al cabo de un rato, sonriendo tímido.

Cuando su hermano sonrió, su labio hinchado se agrietó y apareció una gotita de sangre. A Kay se le retorció el corazón dentro del pecho, arrancándole el aliento de los pulmones.

—Jacob, escúchame —añadió apresuradamente, al ver que se acercaba el guardia—. Mantén la cabeza gacha y espera, ¿vale? Te esperaré. Estaré aquí.

El guardia había puesto su pesada mano sobre el hombro de Jacob, que se puso en pie, dispuesto a volver. Este le indicó a su hermana que la había oído levantando el pulgar y sonriendo débilmente, y luego desapareció por la puerta lateral.

Se quedó allí sentada, mirando aquella puerta cerrada, incapaz de creer que se lo hubieran

llevado, encerrado, y que ella no pudiera correr hacia él y estrecharlo entre sus brazos. Una sensación de fatalidad envolvió todo su ser, helándole la sangre en las venas. ¿Qué intentaba decirle su instinto?

De pie, se sacudió el mal presentimiento y recordó que alguien había metido allí a su hermano por algo que no merecía llamarse delito, y que ese alguien tenía que dar explicaciones.

—De acuerdo, señor Joplin, veamos qué tiene que decirnos —murmuró ella, buscándolo en su teléfono.

Resultó que no era el típico abogado de oficio. Era un abogado de éxito, socio de un importante bufete de San Francisco, donde su nombre figuraba en segundo lugar. La defensa de Jacob no podía haber corrido a cargo de un abogado mejor, que hubiera podido mantener a su hermano fuera de la cárcel sin mover un dedo.

Y aun así, allí estaba ella, visitándolo en prisión.

Estaba muy oscuro cuando llegó a casa, después de haber pasado dos horas conduciendo y pensando. En Shane Joplin, el abogado que no pudo salvar el caso de su hermano. En las huellas dactilares de su padre en aquel cuchillo, que aparecían después de pasar dieciséis años bajo tierra. Del sudor que estaba jugando con su mente, forzándola a abandonar el caso. Eso significaba que ella se estaba acercando, y él se estaba desesperando por despistar a los investigadores y llevarlos al caso relacionado con ella.

Sin embargo, eso también significaba que sabía lo que había enterrado entre los sauces y que, de algún modo, había llegado hasta él. La tierra estaba intacta, pero podría haberlo desenterrado hacía tiempo, o tal vez sabía cómo colocarla perfectamente, para que ella no se percatara, para que poco a poco se volviera loca preguntándose. No podía estar tranquila si no estaba segura. A menos que averiguara cuánto sabía en realidad el sudor y cuánto había sacado de lo que Jacob había enterrado allí.

Cogió una pala del garaje y se dirigió al patio trasero, decidida a averiguarlo de una vez por todas. Corrió hacia el fondo del patio y se detuvo en seco, congelada, mientras la luz de la luna brillaba a través de las inmensas copas de los sauces, amenazadoras por sus sombras silenciosas.

Se dejó caer al suelo y se abrazó a las rodillas, balanceándose hacia delante y hacia atrás, sollozando con fuerza. No podía hacerlo.

Tenía que encontrar una manera diferente.

CAPÍTULO CUARENTA

Hilltop

Era más de la hora de cenar cuando Elliot salió de la oficina del sheriff, después de haber pasado la tarde buscando pruebas y con poco que demostrar. Una de las pistas más prometedoras, las mantas, se había transformado en un callejón sin salida, no sin antes robarle valiosas horas de su tiempo.

Esperaba que las mantas que el asesino había utilizado para envolver y enterrar a las víctimas fueran un objeto rastreable, teniendo en cuenta el motivo nativo americano y el hecho de que nunca antes había visto ese diseño en particular. Esperaba encontrar a un tejedor local, quizá alguien que viviera en la reserva, que recordara al cliente que compró varias mantas idénticas.

Había enseñado la foto de aquellas mantas a los ancianos de la tribu y a varios nativos, dentro y fuera de la reserva, incluso a la policía tribal. Nadie había visto ese modelo en concreto ni oído hablar de un tejedor que trabajara diseños a medida. Aunque la mayoría coincidían en que el motivo era de inspiración shastana, otros decían que no *parecía* auténtico. Que él pudiera creerles o no, eso ya era otra historia. Al final del día, pasó por casa del doctor Whitmore y le pidió que enviara fibras de las mantas al laboratorio, para hacerse una idea de la procedencia de estas. Esa era la parte fácil.

Lo más difícil del día había sido responder a las preguntas de todo el mundo y tener que decirles: «No, aún no hemos encontrado a esos niños. No, el FBI tampoco lo sabe». La sensación de impotencia lo llenaba de una rabia tan cruda que amenazaba con convertirse en ira a la menor provocación.

Toda esa impotencia, y Kay.

Murmurando unos elaborados improperios en su fuerte acento tejano, se detuvo en el aparcamiento del Hilltop Bar and Grill. Era un bar muy frecuentado por los agentes del sheriff, y esperaba que a esas alturas las preguntas de todo el mundo ya hubieran sido respondidas por otros policías. Solo quería sentarse en algún sitio, comer una hamburguesa y tomarse un par de cervezas sin que nadie le hiciera preguntas. Sobre nadie.

Tomó el taburete más alejado de la barra e hizo una seña al camarero. Elliot no era un cliente habitual, no en el sentido estricto de la palabra. En un lugar pequeño como Mount Chester, todo el mundo estaba obligado a hacerse conocido en esos sitios, simplemente porque no había tantas opciones, para empezar. Arriba, en la montaña, cerca de la estación de esquí, había docenas de restaurantes y bares, pero allí, en el pueblo, Hilltop y un par más eran todo lo que podía elegir.

—Hola, detective —lo saludó el camarero, que colocó un posavasos frente a él en el mostrador rayado y mugriento—. ¿Qué le sirvo?

—Una Bud Light —respondió Elliot—, y una hamburguesa con patatas fritas, sin cebolla.

—Entendido —respondió el hombre, limpiándose las manos en el delantal. Le puso delante una botella empapada y helada, y desapareció.

Elliot tomó un sorbo, saboreándola, y luego dio unos cuantos tragos más. Mantenía la mirada

fija en el mostrador, evitando a todo el mundo, pero, por desgracia, no todo el mundo lo evitaba a él.

—Detective, qué placer —dijo un hombre en tono de barítono, y a continuación le dio una palmada en el hombro.

Se volvió y vio al regordete agente Hobbs sonriendo.

—Eh, Spence —murmuró, volviendo a centrarse en la sucia superficie del mostrador.

Un par de oficiales más aparecieron de la nada, todos aparentemente entretenidos en algo, con al menos un par de copas encima para entonces.

—¿Qué se siente al volver a estar solo? —preguntó uno de ellos con un guiño, y los demás estallaron en carcajadas.

Elliot se dio cuenta de que echaba de menos la estructura de la oficina del sheriff de Austin, donde los agentes conocían su lugar en la jerarquía y se lo pensaban dos veces antes de ponerse demasiado informales con un detective. Pero Mount Chester era rural y pequeño, y la oficina del sheriff local se parecía más a una familia, con niños maleducados, matones y algún que otro raro. Si a eso le añadíamos el alcohol, Elliot deseaba haberse ido a casa, a comer fiambre con pan duro y beber un trago del *bourbon* que tanto necesitaba.

No contestó; esperaba que se marcharan y buscaran mejor entretenimiento en otra parte.

—Lo siento, detective —se disculpó Hobbs—, estos imbéciles no saben cuál es su sitio.

Desechó la disculpa, prefiriendo no entablar conversación.

—Pero queremos saber —continuó Hobbs—, ¿qué ha pasado exactamente con usted y la doctora Sharp?

Un par de risitas acompañaron la pregunta que Elliot malinterpretó en un primer momento.

—No ha pasado nada, maldita sea —espetó, antes de darse cuenta de que le preguntaban dónde estaba Kay, no si se había acostado con ella—. El jefe la sacó del caso, eso es todo —añadió, esperando que no se dieran cuenta de lo a la defensiva que se había puesto por un momento.

Las risitas continuaron, al igual que las interminables preguntas de Hobbs.

—¿Por qué? —preguntó Hobbs. Su cara redonda estaba sudorosa y parecía pálida bajo las luces fluorescentes del *pub*, y sus ojos brillaban, inquietos—. Pensé que era lo mejor que podíamos tener, teniendo en cuenta su experiencia, dado que es una perfiladora del FBI y todo eso. —Hizo una pausa, pero, como Elliot no respondió, añadió—: ¿Va a volver?

Elliot no lo sabía, y esa pregunta le había rondado la cabeza toda la tarde. Después de cómo la había tratado, no iba a volver. Había sido un idiota; no una vez, sino dos.

Pensó que se lo merecía, pero ¿y si había dicho la verdad? ¿Y si su padre había desaparecido hacía dieciséis años y el asesino conocía la historia? Había preguntado por ahí después de dejar a Kay en casa, con la esperanza de poder olvidar cómo se había quedado ella en la entrada, mirándolo, probablemente preguntándose qué clase de imbécil era el detective Elliot Young de Texas.

Había preguntado, esperando y temiendo al mismo tiempo enterarse de que había pruebas o testimonios que corroboraran su actitud hacia ella. No podía decidir qué era peor. ¿El hecho de que la hubiera tratado como a una sospechosa, basándose en la suposición de que se había metido en la investigación para encubrir la improbable matanza de su padre? ¿O el hecho de no

haber creído a su compañera, una experimentada investigadora y reconocida perfiladora del FBI, cuando le había dado una explicación razonable de lo que estaba ocurriendo?

¿Y por qué no la había creído en realidad?

Se bebió el resto de la cerveza, y el camarero substituyó inmediatamente la botella vacía y le puso delante una hamburguesa con patatas fritas, llenándole las fosas nasales de apetitosos olores a *bacon* chisporroteante y queso *cheddar* fundido, pero él permaneció indiferente.

Porque no podía dejar de pensar en ella. Por eso no la creyó. Porque era más fácil creer que se había enamorado de una mujer que estaba destinada a destruir su carrera de una manera u otra que enfrentarse al hecho de que tenía que dar el paso y hacerle saber lo que sentía por ella, o marcharse.

O, peor aún, hacer el ridículo y entonces mudarse a Alaska.

Pinchó una patata frita con el tenedor, pero se detuvo en el aire. Ya no tenía tanta hambre, y el grupito de Hobbs era tan molesto como una piedra, pequeña y afilada, en el zapato. Miró a Hobbs un momento y dijo:

—¿Crees que podrías dejarme cenar en paz, *agente*? —acentuó la palabra, bajando la voz con sarcasmo—. ¿Tengo tu permiso?

Las risas cesaron de repente y los tres oficiales se alejaron a toda prisa, Hobbs el último.

—Lo siento mucho, detective, no queríamos importunarte con eso. —Y se marcharon por fin, dejándolo solo con su cerveza caliente y su hamburguesa fría, el ruido de fondo del local una distante y tenue disonancia de charlas, risas y algún que otro grito de borracho contra una cortina de vieja música *country*.

Se había jurado a sí mismo que nunca se involucraría con una mujer en el trabajo. Se lo juró, y tan pronto como olvidó el amargo juramento que había hecho mientras empaquetaba sus pertenencias y dejaba su querido Texas a través del retrovisor, Kay Sharp entró en su vida.

Otro trago de cerveza ya desbrevada le recordó que en realidad no estaba liado con Kay. Solo en su mente, deseándolo. Pero una cosa era segura. Tenía cero posibilidades de encontrar a ese sudés sin ella. Ninguna. Nada de nada.

Solo ella entendía cómo funcionaba la mente de aquel asesino, y el hecho de que lo supiera era escalofriante, perturbador a un nivel que él no comprendía. Ella había sido la que había hecho todas las preguntas correctas, mientras que él y el sheriff habían estado persiguiendo sombras, sin siquiera acercarse. Tal vez Logan le restituyera su estatus después de presentar todas las pruebas que acababa de descubrir sobre su padre. El hombre no había sido visto en los últimos dieciséis años y, antes de desaparecer, había apuñalado a su mujer hasta casi matarla. Había una orden de arresto contra el padre de Kay por intento de asesinato, y por eso debió de huir aquella noche, para no volver a ser visto. Y el asesino, de algún modo, lo sabía y había decidido plantar un cuchillo con las huellas dactilares del hombre para deshacerse de Kay, para arrojar una sombra de duda sobre ella.

Porque el sudés sabía lo idiota que era Elliot.

Porque estaban a punto de encontrarlo.

Porque era de la zona, como Kay había perfilado. Así era como el asesino sabía lo de su padre y como había conseguido sus huellas dactilares. De dónde, exactamente, era todavía una pregunta abierta.

Se bebió la cerveza que le quedaba y salió al aire fresco del atardecer para, después,

apresurarse hacia su todoterreno. Si conducía deprisa, aún podría alcanzar a Logan en su mesa.

Llevaba menos de un minuto de camino de vuelta a la Casa Blanca cuando vio destellos rojos y azules en el retrovisor. Tal vez otra unidad se apresuraba a responder a un caso, aunque la radio había permanecido en silencio. Hizo una señal a la derecha y redujo la velocidad, haciendo señas al otro coche para que lo adelantara. Pero el vehículo que lo perseguía también redujo la velocidad. Se hizo a un lado, se detuvo y encendió brevemente la barra de luces para que los demás policías supieran que estaba trabajando.

Seguían acercándose, con las linternas en una mano y las armas en la otra, listos para desenfundar, como harían en cualquier otro control de tráfico en plena noche.

Eran agentes de la Patrulla de Carreteras de California y no sonreían. No había ningún atisbo de cortesía profesional.

Casi una hora más tarde, totalmente incrédulo, Elliot se encontró acusado de conducir bajo los efectos del alcohol y metido en la parte trasera del Interceptor de la patrulla, esposado.

CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

Judy

Se había despertado con el alba, y había estado contando los minutos hasta las ocho y media, cuando se enteró de que «el señor Joplin aún no está en la oficina», en palabras de una recepcionista de voz afectada y nasal. Media hora más tarde, ya estaba reunido con un cliente y tampoco podía atender la llamada de Kay.

Por supuesto que no podía.

Crispada como la marea del Pacífico, volvió a llamar al bufete, esta vez dejando un mensaje. Fue breve y directa y, en lugar de ser sincera en cuanto a sus intenciones, les puso el caramelo en la boca y advirtió al abogado de Jacob que estaba interesada en seguir las vías legales para reducir la condena de su hermano, y que no esperaba que siguiera representándolo gratuitamente. Tal vez, la codicia agitada a la vieja usanza podría conseguirle una conversación con Shane Joplin.

Una vez hecho esto, Kay volvió a su actividad anterior, que consistía en estudiar todas las rutas posibles que las víctimas podrían haber tomado desde San Francisco hasta Mount Chester, intentando localizar el lugar donde el sudes podría haberlas visto. Durante al menos ciento cincuenta kilómetros, todas tomaron la misma carretera, primero por la interestatal en dirección norte y luego por la carretera de montaña sinuosa y en pendiente.

Había identificado algunos lugares donde el autor podría haber acechado a sus víctimas, pero había una pregunta en el centro de sus pensamientos. Si las había acechado a kilómetros de distancia de Mount Chester, y ella lo sabía a ciencia cierta, porque había manipulado sus vehículos en alguna parte, ¿cómo era posible que supiera que se dirigían a Mount Chester? Desde allí, la carretera estatal continuaba hacia el norte hasta la frontera con Oregón y más allá. ¿Y por qué era eso importante para el sudes?

Aquellas preguntas se desvanecieron por un momento mientras otro misterio desgarrador ocupaba su mente. ¿Por qué le había tendido una trampa el asesino? ¿Por qué el cuchillo? ¿Para hacerla retroceder en la investigación? ¿Para comprometerla ante la policía local? ¿O estaba planeando algo más para ella? Si el sudes conocía el paradero de su padre, tenía su vida en sus manos, igual que había tenido las de Alison y Kendra, y estaba a punto de estrechar el cerco y aplastarla.

No obstante, no iba a echarse atrás, con cuchillo o sin él.

En ausencia de registros financieros, y negándose a ceder al impulso de llamar a Elliot y pedirle que entrara en razón, decidió hacer el viaje por carretera hasta San Francisco, observando cuidadosamente cada detalle, parando en cada cafetería y gasolinera, y mostrando fotos de las víctimas. Quizá alguien recordara algo.

Condujo por la carretera de montaña hasta la interestatal, contando los pocos lugares en los que las víctimas podrían haberse detenido. La cafetería Katse, por ejemplo, pero ya habían estado allí y habían hablado con el dueño. Sí, algunas de las víctimas habían parado allí, pero parecía

que para entonces sus coches ya habían sido manipulados. Tenía que haber sido más al sur de Katse. Desconocía cuánto más.

Una gasolinera Chevron, una pequeña cafetería y un Subway no proporcionaron ninguna información sobre las víctimas. Nadie las había visto ni recordaba nada sobre las mujeres y sus coches. Decepcionada y cada vez más cautelosa con el transcurso de los minutos, se detuvo para ceder el paso al tráfico antes de tomar la rampa de la interestatal.

Desde esa perspectiva, le llamó la atención una grúa que se dirigía hacia el norte a toda velocidad. Había algo en el ángulo de su plataforma vacía y en sus herrajes, en las letras descoloridas de su puerta, que le resultaba familiar, pero que tampoco lo era realmente.

Pisó el acelerador y, dando un volantazo para evitar el pitido de una camioneta, tomó la rampa y persiguió a la grúa. Cuando se acercó, la reconoció. Había jugado en ella de niña, colgada de sus cadenas como un mono, chillando y saltando en una calzada agrietada que recordaba bien. Pero estaba desgastada, el paso del tiempo había dejado cicatrices de óxido en los paneles y había despegado algunas pegatinas. El brazo con el puño cerrado en círculo, el logotipo de la empresa de remolque, lo reconocería en cualquier parte, al igual que el nombre escrito debajo en fuente negrita y muy recta: «El mejor gancho». Pero el logotipo y las letras estaban tan descoloridos por los largos inviernos y la brillante luz del sol de los veranos de las montañas de California que apenas eran legibles. Conduciendo en paralelo al camión, se quedó mirando el logotipo familiar, cuestionándose. ¿Podría el sudes haber remolcado los coches hasta el Aeropuerto Internacional de San Francisco, pero haberlos descargado antes de entrar en el aparcamiento y solo haberlos conducido hasta el interior del garaje? Eso explicaría el viaje de vuelta que faltaba en los sistemas de navegación de los coches de una forma mucho más sencilla.

La navaja de Ockham nunca le había fallado. Tenía mucho más sentido suponer eso que imaginar que el sudes era esa persona entre un millón que sabía cómo anular el historial de navegación de un coche.

Pisó el freno y tomó la primera salida, después encontró un lugar donde podía detenerse sin peligro y consultar su correo electrónico. Los vídeos que había enviado la Oficina de Aeropuertos del Departamento de Policía de San Francisco incluían imágenes del hombre cuando salía del aparcamiento en dirección a las rampas de la autopista que continuaban más allá de South Airport Boulevard y conectaban el aeropuerto con la autopista 101. La cámara siguiente, que proporcionaba imágenes del tráfico que entraba en la autopista, no mostraba a ningún peatón.

Volvió a abrir la grabación y la observó detenidamente. Apareció la voluminosa silueta del hombre que había conducido el Jeep de Kendra hasta el aparcamiento de larga estancia, caminando a paso ligero por el arcén. Después, en la siguiente vista, no había ni rastro de él. Observó la grabación siguiendo la cronología desde que el hombre salía del fotograma de la última grabación hasta el final. Luego volvió a ver los tres últimos minutos, y esta vez se fijó en una grúa que no había visto antes, apenas visible en la esquina inferior derecha de la pantalla, mientras tomaba la rampa hacia el norte de la autopista Bayshore. Sin embargo, la imagen era demasiado lejana y borrosa para que pudiera estar segura de que se trataba de la misma grúa, que aparecía y desaparecía en una fracción de segundo.

Si el sudes la hubiera conducido, sabría cómo evitar las cámaras de tráfico.

Necesitaba ver el vídeo en una pantalla más grande.

Enloquecida por el miedo, regresó a casa, vio el vídeo en su ordenador portátil y, con infinita paciencia, recorrió esa sección fotograma a fotograma hasta que vio parcialmente la grúa. Por desgracia, por mucho que examinara cada instante del vídeo, la etiqueta de la grúa nunca aparecía en la pantalla, solo su silueta, abultada y borrosa. No obstante, la imprimió para tenerla a mano, preguntándose si sería la misma grúa que recordaba de su infancia.

Con la imagen impresa en la mano, Kay se apresuró a llegar a su todoterreno y se sentó al volante. Entonces se le congelaron los músculos y dudó en arrancar el motor. El hombre que conducía la grúa, que ella recordaba tan bien, había sido lo más parecido a un padre que había tenido, un padre mejor de lo que jamás fue el de su propia sangre. Era imposible que Roy Stinson, un hombre amable y amante de la diversión que solía hacerla rebotar sobre una rodilla y a su hija —y mejor amiga de Kay—, Judy, sobre la otra, fuera capaz de crímenes tan atroces. El miedo se enroscó en sus entrañas como una serpiente, inyectándole su veneno y helándole la sangre.

Pero no podía ser él, se dio cuenta cuando sus pensamientos de pánico se calmaron y encontró fuerzas para volver a tomar aire. No encajaba en el perfil; en primer lugar, tenía más de sesenta años, recordaba vagamente que era unos años mayor que su padre. No tenía conocimientos técnicos, aunque tenía acceso a la grúa y había trabajado con coches toda su vida, y probablemente conocía quince maneras diferentes de inutilizar un vehículo sin dejar demasiadas pruebas. Pero no era él. No podía ser él. Ella lo sabía con cada fibra de su ser.

Tecleó un rápido mensaje a la Oficina de Aeropuertos de la Policía de San Francisco, indicando el código de fecha y hora en el que se veía la grúa, y preguntando si alguien podía comprobar los otros vídeos para corroborar si aparecía la misma grúa después de que todos los demás vehículos hubieran sido depositados en el garaje. Con suerte, la Oficina de Aeropuertos no estaba al tanto de su caída en desgracia con el sheriff de Mount Chester.

Por fin arrancó el motor y se puso en marcha para ir a ver a su vieja amiga Judy. Kay había vuelto hacía casi dos semanas, y cada día se prometía a sí misma que encontraría tiempo para visitarla, pero aún no lo había hecho.

Encontró a Judy en el mismo lugar donde sabía que trabajaba, sirviendo mesas en el Chesterfield, un restaurante que atendía sobre todo a turistas con comidas no muy exóticas y precios elevados. Tomó asiento en una mesa junto a la ventana y esperó sonriente a que Judy se fijara en ella cuando terminara de atender a los demás clientes. Su sonrisa era sincera pero tensa. Se sintiera como se sintiera, tenía un deber para con aquellos niños desaparecidos, para con las mujeres que habían sido enterradas en el Lago Silencioso. ¿Cómo iba a preguntarle a Judy por su padre? ¿Cómo puede alguien preguntar a un amigo si un ser querido es un asesino?

—¡No me lo puedo creer! —chilló Judy, y corrió hacia ella.

Kay se levantó, abrazó con fuerza a su vieja amiga y la besó en ambas mejillas.

—Mírate —dijo Kay, dando un paso atrás y admirando la delgada figura y las finas piernas de Judy—. No has envejecido nada.

—¡Ja! —reaccionó Judy—. Mira quién habla. Pareces una supermodelo de mujer poderosa, como si hubieras estado posando para alguna revista de la gran ciudad —añadió, refiriéndose a San Francisco por el nombre que usaban todos los lugareños—. He oído que has vuelto y me preguntaba cuándo...

—Lo siento mucho, Jude —dijo, abrazándola de nuevo—. Me agobié con todo. Con la vida.

—He oído lo de Jacob. No me lo imagino en la cárcel.

—Yo tampoco puedo —respondió ella—. Sigo esperando que sea una pesadilla y me despierte.

—¿Puedes hacer algo por él? Eres una federal, ¿verdad?

—Una federal de permiso —contestó, apartando los ojos del escrutinio de Judy durante una fracción de segundo—. Me quedaré aquí al menos hasta que Jacob salga. Cuidaré de la casa y todo eso.

—Podríamos haberlo hecho nosotros —dijo—. No habría sido un problema.

—Lo sé —respondió en voz baja—. Las dos lo sabemos. —Hizo una pausa, evitando los amables ojos de Judy—. Todavía sentía que debía estar aquí para él, eso es todo.

Judy sonrió e iluminó la habitación. A Kay se le apretó el corazón en el pecho.

—¿Cómo está tu padre? —preguntó, contenta de cambiar de tema—. Echo de menos a tus padres casi tanto como a ti. Prácticamente me criaron.

—Están bien —respondió Judy, tomando asiento en la mesa de Kay, pero en el borde de la silla, dispuesta a ponerse en pie de un salto si algún cliente la llamaba—. Ahora están divorciados —añadió con un encogimiento de hombros teñido de tristeza.

—¿De verdad? No me lo puedo creer. Parecían el matrimonio perfecto —replicó Kay, recordando la suave felicidad de las cenas en casa de la familia Stinson.

—Hasta que un día dejaron de serlo —respondió Judy—. Cuando mamá se jubiló, empezaron a pasar más tiempo juntos, y no fue muy bien. No paraban de discutir y un día mamá nos dijo que se iba. Ahora vive en el pueblo.

—¿Dónde? Me encantaría pasar a saludarla. Espero que se acuerde de mí.

—¿Estás de broma? Cada vez que nos vemos, hablamos de ti. Eres mi hermana —dijo Judy, apretando la mano congelada de Kay sobre la mesa. Luego anotó una dirección en un trozo de papel arrancado de su bloc de comandas.

—¿Cómo está tu hermano? —preguntó Kay—. ¿Casado, hijos?

—No —se rio—. Sam no. Este no quiere una familia; no sé por qué. Es feliz solo o con alguna novia de vez en cuando. —Su sonrisa se desvaneció, sustituida por la melancolía—. Ahora conduce la grúa. Tomó el relevo de papá cuando le falló la espalda.

Kay se quedó sin aliento. ¿Podría ser Sam el sudes? ¿El chico rubio y guapo, dos años menor que ella, que solía perseguirlas, gritando como un loco hasta que su madre le mandaba callar o dormir en el gallinero? Ahora tenía veintisiete años, pero aun así... No podía ser él... Simplemente no podía.

Con el corazón encogido, se obligó a hacer las preguntas que necesitaba.

—¿Qué le pasó al señor Stinson en la espalda? ¿Es grave?

—Al principio no lo creíamos, pero se puso tan mal que ya no podía trabajar. Ahora se dedica a trastear en el taller, pero no puede hacer gran cosa. Es demasiado orgulloso para admitirlo. Podría pedir la invalidez durante unos años y luego jubilarse. Nadie le juzgaría. Ha trabajado duro toda su vida, y ahora apenas puede levantar una botella de cerveza.

—¿Por qué? —preguntó. El señor Stinson de su infancia solía ser como un oso, alto, fuerte y orgulloso, aparentemente invencible. Si se había convertido en un tullido en su vejez, no tenía sentido interrogar a Judy sobre él, como ella había planeado hacer. La idea le produjo un alivio teñido de decepción. Una pista menos que seguir.

Notó la tristeza en los ojos de su amiga mientras le explicaba.

—Daño nervioso por hernia discal —respondió Judy—. Necesita operarse, pero no puede permitírselo. Y está demasiado asustado para hacerlo.

—Puedo ayudarlos —dijo Kay, bajando la voz—. Solo tienes que decírmelo.

Judy volvió a apretarle la mano y sus ojos se llenaron de lágrimas mientras miraba a su amiga.

—Me alegro mucho de que hayas vuelto —le dijo—. Gracias. Intentaré hacerlo entrar en razón.

—¿Y Sam? —preguntó Kay—. ¿Alguna cabaña en la montaña, en esas laderas, para llevar a las amigas el fin de semana?

—¿Sam? No —contestó Judy—. Cuando no está trabajando conduciendo la grúa, está ayudando a papá en el taller, cambiando el aceite y los neumáticos a los lugareños. El negocio ya no es lo que era. Ahora todos los coches son eternos; casi nunca se estropean y, cuando lo hacen, ellos ya no pueden arreglarlos. Necesitan ordenadores y esas cosas. Son otros tiempos. —Desvió la mirada de Kay y miró por la ventana un momento—. No nos va tan bien. Nos cuesta llegar a fin de mes.

Unos instantes después, Kay abrazó a Judy una vez más y le prometió que volvería a cenar. Luego salió del restaurante, entrecerrando los ojos bajo la brillante luz del sol y preguntándose qué relación tenía la grúa familiar con el sudes, si es que tenía alguna. Aliviada de que ni el señor Stinson ni Sam Stinson cumplieran con ninguno de los elementos esenciales del perfil del asesino, temía por cada momento que pasaba, y por lo que ese momento significaba para los niños desaparecidos y para la mujer que el sudes probablemente ya estaba buscando.

Todo lo que tenía era una pequeña pista, tan diminuta que podría no ser real después de todo, como la tela de araña llevada por los vientos de noviembre. Pero tenía que seguirla.

Tal vez alguien más había conducido el camión para ayudar con el negocio o tal vez Sam Stinson lo había prestado alguna vez.

Esas eran preguntas mucho más fáciles de hacer.

CAPÍTULO CUARENTA Y DOS

Plan

El cuerpo de la chica rebotaba en el asiento trasero del todoterreno, y él aminoró un poco la marcha después de que una serie de golpes le indicaran que su cabeza golpeaba rítmicamente las barras de seguridad laterales. No quería que sufriera una muerte cerebral cuando llegaran a la cabaña. Magullada y un poco mareada sí, eso estaba bien, pero la quería en buena forma, fuerte, ardiente, capaz de hacerle compañía durante los largos meses de invierno, hasta que el suelo se descongelara y pudiera dejarla descansar adecuadamente en el Lago Silencioso.

Estaba encantado, apenas podía contener su emoción por ella. De cerca era aún más hermosa, y ella se asustó mucho cuando él salió de la espesura y la saludó, antes de que reconocerlo. Ya no llevaba su ropa de trabajo; se había puesto un mono de camuflaje y botas de caza, que lo harían invisible entre el follaje de finales de octubre.

Por muy rápido que fuera después de perforar sus radiadores, le seguía llevando mucho tiempo prepararse. Dejar el Cadillac, cambiarse, recoger el todoterreno, todo eso llevaba su tiempo, y la mayoría de las chicas ya habían vuelto a la cafetería antes de que él estuviera listo para ellas.

Había conducido su todoterreno a través del bosque y se había detenido cerca del Ford rojo de la chica; después había esperado a que ella regresara de Katse, donde seguramente había ido a pedir ayuda. Las chicas solían pedir a Tommy, el propietario, el número de la grúa, o llamaban a la empresa de alquiler de coches, que a su vez enviaba a alguien. Luego pasaban un rato tomando café, comiendo o simplemente esperando la llegada del mecánico.

A veces, la grúa se ofrecía a recogerlas en Katse, y eso complicaba las cosas. Lo sabía porque pasaban más de quince minutos y las chicas no salían de la cafetería. Cuando eso ocurría, tenía que llamar él mismo a la cafetería haciéndose pasar por el conductor de la grúa y pedirles que se reunieran con él en el vehículo. Decía cosas discretas con un fingido acento paleta, como: «Señora, me llamo Jim y me han enviado para ocuparme de su coche. Estoy a diez minutos. Me reuniré con usted en el vehículo. ¿Lo dejó con las luces intermitentes encendidas?».

Esa llamada solía hacerlas salir corriendo, sin preguntar siquiera por qué no había llamado al móvil. Tan solo asumían que el servicio era malo o, en el extraño caso de que alguien preguntara, decía: «Lo siento, señora, su teléfono va directamente al buzón de voz. Debe de ser la cobertura irregular de esa zona».

Kendra había preguntado. Había sido la única.

Sin embargo, incluso Kendra había salido corriendo de Katse, vaso de papel en mano, con prisa por llegar a su coche antes de la llegada de la grúa, mientras él la seguía en su todoterreno, a veinte metros por dentro del bosque, silencioso e invisible.

Cuando cazaba, no disponía del lujo del tiempo y no tenía margen para cometer errores.

Hacía todas sus llamadas desde teléfonos desechables, cada una desde un dispositivo distinto. Luego todos encontraron su lugar de descanso final en el fondo del río, arrojados mientras él conducía por el puente del condado de al lado.

El tiempo de respuesta habitual de una grúa en aquella zona era de sesenta a noventa minutos; ese fue todo el que tuvo desde el momento en que las chicas llegaron a la cafetería Katse y pidieron ayuda. Esperó quince o veinte minutos para darles tiempo a salir de Katse por su propio pie. Si no, hacía la llamada y luego las seguía de cerca mientras se apresuraban a volver a su coche.

Entonces apareció de entre la maleza, sonriendo, ofreciendo ayuda.

Ella lo había reconocido del restaurante, y eso era porque realmente le gustaba. Lo sintió en lo más profundo de su ser y le intrigó, incluso le fascinó. Ella sería la primera en mostrar verdadero interés por él de antemano. Antes de saber quién era. Se preguntó cómo iba a cambiar eso las cosas.

Incluso le dijo su nombre, Wendy. Qué maravilla. Disfrutaría llamándola por su nombre durante todo el invierno. Se le escapaba de la lengua de un modo sensual y prometedor.

A partir de ahí, de esa sonrisa y ese apretón de manos iniciales, fue fácil.

Un rápido golpe en la nuca la dejó inconsciente y su esbelto cuerpo se convirtió en una carga fácil de transportar hasta el todoterreno. Le quitó las llaves del coche del bolsillo, le ató las muñecas y los tobillos con bridas y se adentró en el bosque con el todoterreno lo suficiente para no ser visto desde la carretera. A continuación, cogió una lona de camuflaje y una bidón de veinte litros medio lleno del todoterreno y corrió hacia el coche de ella. Abrió el capó, vertió agua en el depósito de refrigerante, arrancó el motor y condujo cuesta abajo durante unos cien metros, donde se abrió el primero de los muchos caminos laterales. Lo tomó, conduciendo despacio por el camino lleno de baches, hasta que apenas pudo distinguir el asfalto de la autopista a sus espaldas. Encontró un lugar donde podía adentrarse en la maleza y entonces apagó el motor, cerró el vehículo y cubrió rápidamente el llamativo rojo del Ford con la gran lona de colores de camuflaje de caza, asegurando la tela en su sitio con unas cuantas rocas. De pie, a solo un par de metros, ya no pudo verlo.

Perfecto.

Más tarde, cuando Wendy estuviera a salvo en la cabaña y el sol se hubiera puesto, volvería al Ford, arreglaría el agujero del radiador y aplicaría una capa de pintura en aerosol granulada de color polvo para ocultar el parche de resina y los restos de refrigerante derramado. Luego arrastraría el coche hasta el aparcamiento de larga estancia del aeropuerto de San Francisco; un riesgo tremendo que aún estaba sopesando. ¿Merecía la pena? Quizá esta vez llevaría el Ford a otra terminal. La policía ya había encontrado tres de los coches de las chicas, y podrían estar vigilando, esperándolo. ¿Debería ir a San José?

Pero eso sería más tarde. Por ahora, se concentraba en llevar a Wendy a casa, en pasar sus primeras horas estimulantes con ella.

Con su Ford asegurado, se apresuró a volver al todoterreno. Era más difícil volver corriendo al vehículo a través del bosque, pero mucho más seguro. No quería arriesgarse a que lo vieran trotando por la autopista a pie, probablemente el único peatón que caminaba por el asfalto en aquella zona, y que lo recordaran como un sospechoso que se encontraba en el momento y lugar precisos en que Wendy desapareció. Ya era bastante malo que la policía siguiera rondando por la zona con sabuesos en busca de pruebas. Pero no iban a encontrarlo; no a menos que tomara decisiones estúpidas, como caminar por la autopista o volver al aeropuerto de San Francisco.

Cuando llegó al todoterreno, Wendy seguía inconsciente, pero esperó un momento antes de

arrancar. La grúa roja pasaba por allí, y su conductor probablemente maldecía con la boca llena por la llamada que se había producido y que le había hecho gastar combustible, pero que no le había hecho ganar dinero.

Bueno, inconvenientes. Mala suerte.

Condujo directo hacia el bosque y, al cabo de unos veinte minutos, había cruzado al siguiente condado, donde estaba su cabaña, escondida en un barranco tras los picos nevados de Mount Chester. Aún le quedaba un trecho por recorrer y dejó que su mente vagara, conduciendo despacio por las hectáreas de bosque alfombrado de follaje cambiante, con cuidado de no chocar con un tocón y volcar.

La dulce Wendy iba a ser una gran compañera para las largas y oscuras noches de invierno que se avecinaban. Era joven y parecía sensible pero aguerrida, luchadora, y prometía noches y noches de placer y gritos profundamente satisfactorios.

Y, aun así, las visiones conmovedoras y anticipadoras se desintegraron bajo la presión de asuntos más prácticos.

La policía estaba cada vez más cerca, a pesar de lo cauteloso que había sido. Habían encontrado a algunas de sus chicas y perturbado sus últimos lugares de descanso. Habían correlacionado los casos de asesinato y ya sabían demasiado de lo que tenían en común. Tres de los coches de las chicas estaban en el depósito del sheriff, allí mismo, en Mount Chester, y eso significaba que pronto sabrían cómo los inmovilizaba. Cómo cazaba. Ya sabían lo de Katse, y llevarse a Wendy en aquellas circunstancias había sido un riesgo enorme, el mayor riesgo que había corrido desde aquella noche en un callejón envuelto en niebla en Tenderloin, en San Francisco. Porque no se atrevía a pasar el invierno solo.

Se estaban acercando peligrosamente.

Se las había arreglado para poner el culo del detective de Texas en el punto de mira con ese cargo de conducción bajo los efectos del alcohol y todo lo demás que eso conllevaba. Eso lo iba a mantener ocupado durante un tiempo, pero, no obstante, había sido otra maniobra arriesgada. Cualquier cosa que implicara pedir favores a otras personas era traicionera; no podía contar con nadie más que consigo mismo.

Pero Kay, como le gustaba llamarse últimamente, era harina de otro costal. Pensó que se había encargado de ella con aquel cuchillo que llevaba las huellas de su padre. Pensó que esa prueba la detendría en seco y que no querría saber nada más de la investigación.

No. Kay Sharp seguía adelante, impertérrita, y él no podía dejar de pensar en ella. Nunca había dejado de pensar en ella desde el primer día que la vio.

Una antigua agente federal obsesionada con los asesinatos del Lago Silencioso tanto como él lo estaba con ella. Era una mezcla poderosa y embriagadora, una receta para el desastre. Y, sin embargo, mientras conducía por las prístinas hectáreas del parque nacional, el pensamiento embriagador que había estado evitando durante un tiempo se coló en su mente, prendiéndole fuego.

¿Cómo sería el invierno cuando Kay se reuniera con él y Wendy en la cabaña?

CAPÍTULO CUARENTA Y TRES

Solo

Cuando Elliot entró en el despacho del sheriff Logan, se anticipó a la larga mirada con que el hombre lo recibió. Se sentía avergonzado y frustrado al mismo tiempo, después de haber pasado la noche en el calabozo de la policía de Redding, sin que le mostraran ningún tipo de cortesía profesional. Apestaba a alcohol rancio y excrementos humanos, el típico hedor de alguien que había estado toda la noche en el suelo de una celda de detención abarrotada. Pero había querido ver a Logan antes que nada, incluso antes de ducharse y comer.

Sostuvo la mirada del sheriff sin inclinar los ojos. Cuando este le señaló en silencio el asiento frente a su escritorio, se sentó sin decir palabra.

—Bueno —dijo finalmente el sheriff, después de que un largo suspiro escapara de sus pulmones—. No todos los días mi mejor detective pasa la noche en la cárcel por conducir borracho. —Arrugó la nariz con disgusto—. Y tú apestas. Podrías haber tenido la cortesía de lavarte primero.

—No estaba borracho, señor —respondió Elliot con calma—. Insistí en que me hicieran un análisis de sangre anoche, en cuanto llegamos al calabozo de Redding. No quisieron ni oír hablar de ello, pero los policías que entraron de guardia después de medianoche accedieron a hacerlo.

—Eres el chiste del departamento, Young. Es una vergüenza. Si necesitas emborracharte, hazlo en casa, ¿vale?

—Fue una puta cerveza, jefe. El análisis de sangre me ha dado el visto bueno. No sé por qué...

—¿Qué te parece la acusación de soborno para la que tuve que mover cielo y tierra para hacerla desaparecer?

—¿Qué acusación de soborno? —Elliot se puso en pie de un salto, como si el acusador estuviera a punto de entrar en el despacho y él quisiera estar preparado para un enfrentamiento físico, con los puños cerrados y la guardia en alto.

—Los dos agentes de la Patrulla de Carreteras de California que te pararon dijeron que les ofreciste dinero para que desapareciera la denuncia por ir bebido. Dijeron que testificarían eso.

—¡Eso no es cierto! —gritó, sintiendo que le hervía la sangre en las venas—. Veamos las grabaciones de sus cámaras corporales. Verá que no estaba borracho y que nunca les ofrecí nada. Sabía que, cuando me hicieran el análisis de sangre, me soltarían. —Enfadado y sin habla, se pasó las manos por los laterales de los vaqueros y luego cruzó los brazos sobre el pecho.

—Esas grabaciones no están convenientemente disponibles —respondió Logan con un tono de voz sombrío—. Corrompidas, creo que dijeron. Así conseguí que retiraran los cargos. Algo en toda esta situación huele mal.

—¿Ves? Te dije que no era verdad —replicó Elliot, pasándose las manos con nerviosismo por el pelo—. Y perdieron mi sombrero —murmuró—, esos gilipollas de escoria californiana. —Sus ojos se encontraron con el ceño fruncido de Logan. Tragándose la larga sarta de impropiedades que

se le pasaban por la cabeza, añadió—: No ha sido una detención aleatoria por conducir bajo los efectos del alcohol, jefe. Yo era su objetivo.

—¿Por qué? ¿Tuviste un encontronazo con ellos?

—No —respondió rápidamente. Hacía años que no trabajaba en un caso con la Patrulla de Carreteras de California—. Si he cabreado a alguien del cuerpo, no tengo ni idea de quién ni por qué.

Logan cerró la carpeta de expedientes personales que había estado revisando y luego apretó los dedos sobre ella.

—Lo investigaré, preguntaré por ahí. Es de mal gusto ir detrás de otros policías. Solo las ratas lo hacen sin motivo, y no toleraré ninguna rata en estas carreteras. —Frunció el ceño y se quedó pensativo—. Si a alguien le pone uno de mis policías, más vale que pase por encima de mí si quiere una cita con él.

—Sí, jefe —respondió Elliot, recuperando poco a poco su habitual sensación de calma. Se sentía redimido por la confianza que Logan había depositado en él, pero seguía deseando haber podido ver aquellos vídeos de la cámara corporal. Ahora todo lo que necesitaba era una ducha, una comida y otro sombrero, y estaría listo para volver a la normalidad—. Estaba pensando que tal vez tenga algo que ver con los asesinatos del Lago Silencioso.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Logan.

—No estoy seguro —respondió, bajando la mirada un momento—. Sé a quién preguntar, pero...

—¿Crees que el asesino pertenece a la patrulla? —Su voz estaba teñida de una pizca de sarcasmo; lo estaba poniendo a prueba.

—N-no —respondió—. No es eso. Es solo que no me gustan las coincidencias. Primero, ese cuchillo justamente enterrado con un cuerpo para que lo encontremos. Luego, mi detención por conducir ebrio y por un falso cargo de soborno. Simplemente apesta. En las últimas veinticuatro horas, los principales investigadores de este caso han sido apartados de forma muy oportuna.

—Deberías alegrarte —dijo Logan con un atisbo de sonrisa—. Te estás acercando al asesino. Seguro que comete un error. —Escribió un par de palabras en un papel, luego llamó a una de sus agentes y le entregó la nota—. Quiero ver a estas personas hoy. —Cuando ella se marchó, añadió—: Interrogaré a los dos agentes del cuerpo que te detuvieron; a ver quién mueve sus hilos. No espero que hablen, pero quiero hacerlo. Tú busca a la doctora Sharp y sigue trabajando en el caso. Esos niños siguen ahí fuera y acabamos de perder un tiempo fundamental.

—Sobre eso, señor —empezó Elliot, pero Logan le interrumpió velozmente.

—¿Supusiste que estaba encubriendo las actividades criminales de su padre? ¿Por eso pensaste que ella quería ser parte de la investigación?

—Bueno, puede que se lo haya dicho a ella con otras palabras, pero en esencia...

—Eres un idiota, Young; sacaste conclusiones precipitadas. Ella debió decirte que te estaban engañando. Y no escuchaste.

—No sabemos mucho de ella, jefe. ¿Cuál es la historia por la que dejó un trabajo así para venir a vivir a esta ciudad? Sé que es una exfederal y todo eso, pero ¿la conocemos de verdad? ¿Podemos estar seguros? —Mientras pronunciaba las palabras, se dio cuenta de que *estaba* seguro. Ella no estaba encubriendo a nadie, y él había sido un gran idiota por pensar eso, ni

siquiera durante un solo minuto. Charlene y Texas seguían rondando sus pensamientos, infundiéndole el temor de volver a cometer el mismo error. Había exagerado.

—Nunca conociste al viejo señor Sharp —respondió Logan—. Era un borracho lamentable que apenas podía mantenerse en pie la mitad del tiempo, que pegaba a su mujer y a sus hijos cada vez que podía. Lo encerramos un par de veces. Apuesto a que ahora se está pudriendo en algún sitio, probablemente en una cárcel de Arizona o a dos metros bajo la tierra del desierto.

—Ya veo —respondió Elliot, cuestionándose por qué no le había preguntado a Logan por el viejo Sharp antes de destrozarse a Kay con sus sospechas. Tendría suerte si ella volvía a dirigirle la palabra.

—En cuanto a la doctora Sharp, espero que no creas que dejaría que alguien trabajara en casos para nosotros sin comprobar sus antecedentes y hablar con su antiguo jefe en la oficina de San Francisco.

—¿En serio? —respondió él, sorprendido. Creía que había sido su insistencia la que había conseguido que aceptaran a Kay Sharp como asesora de la oficina del sheriff, que él había respondido por ella. Resultó que, después de todo, su palabra no había tenido tanto peso.

—Ella no renunció, en primer lugar —dijo Logan, riendo ligeramente al notar la expresión de Elliot—. Sí, hijo, gran sorpresa, te mintió. Las mujeres hacen eso. —Volvió a reírse y golpeó el escritorio con los dedos en un gesto rápido que Elliot ya había aprendido que significaba que se le estaba acabando la paciencia—. Está de baja por motivos personales, algo relacionado con su familia, y puede volver al trabajo cuando quiera. Es la mejor que han tenido. —Se quedó mirando a Elliot un momento—. Ahora, vuelve al trabajo.

—Sí, señor —respondió sonriendo—. Gracias por llamarme su mejor detective, jefe. Sé que soy el único que tiene, pero se lo agradezco.

—No por mucho tiempo —respondió Logan crípticamente—. Ahora, vete de aquí.

Elliot salió de la oficina del sheriff preguntándose a qué se refería, pero pronto se olvidó de todo.

¿Estaban cerca de atrapar al sudes? ¿Lo suficiente como para desesperarlo y que le tendiese una trampa?

¿Cómo diablos se estaban acercando, cuando parecía que no tenían ni una sola pista? A cada paso que daba, mirase donde mirase, nada. Las pistas se desintegraban como humo en el viento, las pruebas no llevaban a ninguna parte, y las del laboratorio restantes tardaban una eternidad. Seguía esperando los análisis toxicológicos avanzados de las víctimas, los de las fibras de esas mantas, algo, cualquier cosa que pudiera indicarle la dirección correcta. Contó todo aquello que aún estaba esperando, incluyendo los vehículos que habían conducido hasta Mount Chester Lan Xiu Tang y Janelle Huarez, las víctimas más antiguas del sudes.

En lugar de ir a su coche, se acercó al garaje de mantenimiento y llamó.

—¡Hola, Willie!

El mecánico sonrió ampliamente, con los dientes blancos sobre el rostro cubierto de mugre.

—Estaba a punto de llamarte —dijo—. Ven aquí, déjame enseñarte lo que tengo.

Elliot se acercó a la lona donde Willie se había arrodillado y pasaba los dedos por las delgadas aletas metálicas de un radiador.

—Sé cómo lo hizo —anunció con orgullo—. ¿Ves aquí? —Señaló con el dedo un lugar del radiador, pero Elliot no vio nada fuera de lo normal—. Perforó los radiadores y luego esperó a

que se vaciara el refrigerante. Después los remendó con resina rápida y rellenó el líquido con agua. El refrigerante estaba diluido en todos los coches. Debería haberlo visto antes, pero... — Escupió al suelo con rabia—. Supongo que me estoy haciendo viejo.

—No veo ninguna fuga en este radiador —respondió Elliot.

—Es que esto no es polvo —dijo Willie—. Parece polvo, pero es pintura en aerosol. ¿Ves? — Pasó el dedo por las aletas del radiador y luego se lo enseñó. Nada del aparente polvo se había desprendido de la superficie metálica y había llegado a su piel—. Inteligente, este tipo al que intentas atrapar. Roció sobre los radiadores para cubrir el tapón de resina y todas las fugas.

—¿Los desmontó, como hiciste tú?

—No —respondió Willie, levantándose con un gemido, y señaló el interior de la rejilla del Jeep—. Metió la boquilla del aerosol por estos agujeros y con eso bastó. No tenía que ser perfecto; solo lo suficiente para hacerme creer que no había fugas.

«Sí, *es listo*», pensó Elliot, dirigiéndose a su coche. En todo momento, el sudes había demostrado ser metódico, organizado, planificando cuidadosamente cada detalle con conocimientos avanzados de medicina forense. De cómo se llevaban a cabo las investigaciones de asesinatos. De cómo se recogían y examinaban las pruebas.

Justo como Kay había dicho que sería.

La llamó al móvil, pero le saltó el buzón de voz.

—Maldita sea —murmuró, y luego aceleró, encendió las luces de emergencia y se dirigió a su casa. Si quería poner mala cara y hacerle tragarse sus palabras, estaba en su derecho, pero no antes de que atraparan a ese enfermo hijo de puta que seguía suelto.

El Explorer blanco no estaba en la casa, y estuvo a punto de marcharse, pero no sabía dónde encontrarla. Volvió a llamar a su móvil y recordó que nunca cerraba la puerta principal. Sabiendo cuánto empeorarían las cosas entre ellos, entró y se dirigió a la cocina.

—¿Kay? —gritó, esperando que ella respondiera—. ¿Kay? Soy yo, Elliot.

No estaba en casa. El silencio se lo indicó.

Pero su portátil estaba sobre la mesa de la cocina, todavía en marcha. Miró la pantalla y se quedó paralizado. Una grabación de vídeo borrosa y de baja resolución de la Oficina de Aeropuertos de la Policía de San Francisco se había detenido en el momento exacto en que una grúa vacía salía de las instalaciones y tomaba la rampa en dirección norte hacia Bayshore. Detrás de esa grabación, otra ventana mostraba una imagen borrosa y de baja resolución, una foto escaneada de dos niñas y un niño, tomada delante de una grúa roja. Hizo *zoom* en la foto, y en uno de los ojos de la niña, en el color de su pelo dorado y en la línea de su mandíbula testaruda, reconoció a Kay Sharp.

Iba a por el sudes sola. No había escuchado nada de lo que él le había dicho. Mujer testaruda, testaruda.

—Maldita sea, Kay —murmuró, saliendo por la puerta—. Al menos, podrías haberme esperado.

CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO

Lección

Oscuridad.

Una oscuridad completa, absoluta y aterradora.

Wendy parpadeó varias veces, como para asegurarse de que estaba despierta. Luego intentó moverse, levantarse del frío suelo, pero tuvo que agarrarse a la pared para apoyarse. Estaba mareada y se sentía débil, y un dolor de cabeza palpitante le golpeaba el cráneo sin piedad. Se frotó la sien con una mano helada y temblorosa, intentando aliviar el dolor.

En su pelo, sus dedos se enredaron en algo desconocido. Su mano se congeló en el aire durante un breve instante y luego exploró la forma desconocida. Con la sensibilidad de sus dedos le llegó el débil recuerdo del hombre que le trenzaba el pelo y tarareaba una obsesiva melodía que no podía nombrar aunque creía reconocer.

Entonces un torrente de recuerdos olvidados la invadió. Sus manos sobre su cuerpo desnudo. Su impotencia, sus gritos, sus risas. Su rostro, tan familiar... ¿Dónde lo había visto antes?

Como faros en la niebla, un atisbo de reconocimiento se abrió paso en su cansada mente. El hombre del restaurante donde había tomado la sopa. La forma en que la había mirado, sus ojos clavados en su cara. Qué ingenua había sido, sintiéndose halagada por su atención. Qué estúpida, por quedarse allí y entablar una conversación informal con el camarero mientras tomaba la sopa, en lugar de correr para salvar su vida.

¿Dónde estaba?

Tanteó las paredes buscando una puerta, una ventana, cualquier cosa. Lo único que percibía eran bloques de cemento pegados unos contra otros, sin una grieta entre ellos. Finalmente, sus dedos tropezaron con la jamba de una puerta y palparon la superficie irregular y astillada de una puerta de madera. Encontró el picaporte y lo agarró con ambas manos, luego lo giró hacia abajo y tiró con fuerza.

No se movió.

Apoyó el cuerpo contra el panel de madera e intentó empujar hacia fuera, pero no funcionó mejor.

Sintiendo que un sollozo pesado y amargo le salía del pecho, se dejó caer al suelo, abrazándose con fuerza las rodillas. Al bajar la cabeza, las dos trenzas le rozaron las mejillas, y aquella sensación desconocida la sobresaltó.

Jadeando, como si de repente hubiera desaparecido de la habitación, se arrancó las gomas del pelo y se deshizo las trenzas con rapidez; después pasó los dedos por sus mechones enmarañados hasta que dejaron de parecerle que pertenecían a una desconocida.

Entonces dejó de moverse, parpadeando para ahuyentar las lágrimas de pánico. No salía ni una pizca de luz de ninguna parte, nada. Ni un sonido. La frialdad del suelo bajo sus pies, el helor del aire que rozaba su piel y le producía escalofríos y el dolor de su cuerpo eran los únicos indicios de que seguía viva.

Cuando se abrió la puerta, la luz le rasgó los ojos como dardos afilados y entrecerró los ojos, llevándose la mano a la cara. Entonces llegó el golpe, fuerte, que la envió al suelo y la hizo ver las estrellas.

—No, no —dijo el hombre, la ira se filtraba en el tono de su voz bajo y amenazador—. Ahora tendremos que volver a hacerlas. —Le agarró el pelo con brusquedad y empezó a trenzarlo rápidamente, tarareando aquella enervante canción que le resultaba tan familiar—. No pasa nada, no lo sabías. La próxima vez, no me desobedecerás.

CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO

Sam

Kay encontró a Sam Stinson en el porche de la casa que conocía bien, fumando y hojeando unos recibos. Llevaba vaqueros, una camiseta negra y un chaleco de trabajo con bandas reflectantes amarillas y grises. Un par de gafas de montura negra completaban su aspecto; eso era nuevo. Ella no recordaba que utilizara gafas, ni la perilla pulcramente recortada que mostraba los primeros signos de encanecimiento.

Cuando se detuvo junto a la grúa, él se levantó y dejó caer la pila de papeles arrugados sobre la mecedora; luego corrió a su encuentro, sonriendo como un niño en la mañana de Navidad.

—¡Hola! Pero mira quién ha venido de visita —dijo, levantándola en un abrazo de oso que la dejó sin aire en los pulmones—. Judy me dijo que vendrías.

Kay dejó que la calidez del reencuentro hinchara su corazón por un momento, saboreándolo con los ojos cerrados y una amplia sonrisa en los labios. Más allá de las pruebas que apuntaban a la grúa de Sam como el método elegido por el sudes para deshacerse de los vehículos de las víctimas, allí estaba él abrazándola, el hermano pequeño de Judy, el chico con el que había crecido, el niño pecoso al que siempre le había hecho los deberes. También era su hermano pequeño, no solo el de Judy. Kay fue la que le dio un puñetazo en la nariz al matón de la clase por ponerle la zancadilla a Sam en los pasillos del colegio. Ella y Judy le enseñaron cómo invitar a una chica al baile, o cómo comportarse cuando se presentara en su puerta para sacarla a bailar.

Era de la familia.

—¿Te apetece una cerveza? —le preguntó en cuanto la soltó—. No tengo mucha comida, pero siempre puedo servirte una birra fría.

—Claro —respondió ella, dándose cuenta de que tenía sed. Aún no era ni la una de la tarde, pero la cerveza era una garantía para romper el hielo y lubricar conversaciones potencialmente difíciles.

Cuando Sam volvió a salir, solo llevaba una botella en la mano. Le quitó el tapón y se la dio.

—¿Y tú? —le preguntó, sorprendida de que no fuera a acompañarla.

Se encogió de hombros y señaló hacia la grúa.

—Los clientes fruncen el ceño cuando huelen alcohol en mi aliento, aunque solo sea una cerveza de mala calidad. No me dan tanta propina —añadió con una sonrisa tímida.

—Salud, entonces —dijo ella, levantando la botella como si él también tuviera una en la mano, y luego bebió unos tragos sedientos—. Esto está bueno —añadió con un suspiro de satisfacción—. Lo necesitaba.

—Hay más si te apetece —respondió con un guiño—. Ven, siéntate —la invitó, despejando la mecedora del papeleo desperdigado. Recogió todos los recibos y se los metió en el bolsillo del chaleco—. El maldito contable me tiene atado —murmuró—. Cada trimestre quiere los recibos, como si necesitara que me dijera que no gano suficiente dinero.

Kay se sentó en la mecedora y recordó a la señora Stinson sentada allí, tejiendo bufandas y

jerséis mientras Judy, Sam, Jacob y ella jugaban delante de la casa, con el olor de las galletas recién hechas en el horno llenándole las fosas nasales y sembrándole antojos en la barriga. Dejó que la silla se balanceara un rato y cerró los ojos. Casi podía oler el dulce aroma de aquellas galletas, de chocolate fundido, de hogar.

—¿Cómo va el negocio de los remolques? —preguntó, despreocupada, con nostalgia sobre el preciado recuerdo que se disipó en cuanto abrió los ojos—. ¿Conseguís suficientes clientes para manteneros?

—Apenas —respondió Sam, bajando la mirada—. La temporada de invierno es la mejor, cuando los turistas llenan las pistas y hacen estupideces. Los conductores de California no tienen ni idea de cómo conducir sobre hielo, menos mal. Si no, ya estaría arruinado. —Se inclinó hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas y los dedos entrelazados—. Ya me queda poco.

Echó otro vistazo a la grúa. El óxido se asomaba por todos los costados, perforando el metal bajo los guardabarros y en el borde inferior de los paneles de las puertas. La pintura estaba descolorida, quemada por la sal del invierno y el brutal sol del verano, y las pegatinas apenas eran legibles.

Sintiendo la amenaza de las lágrimas quemándole los ojos, inhaló bruscamente.

—¿Qué clase de clientes tienes? —preguntó, consciente de que su voz sonaba estrangulada. Se aclaró la garganta y bebió otro trago de cerveza—. ¿Tienen muchos coches de alquiler averiados?

Él se rio entre dientes.

—Sí. Los turistas no saben conducir por estas empinadas carreteras de montaña. Sobrecalientan los motores al subir y queman las pastillas de freno al bajar. —Se quedó mirando el camión un rato, como si no lo hubiera visto nunca—. Pero no recibo todas esas llamadas, por desgracia. A veces, las compañías de alquiler envían su propia asistencia en carretera o a un mecánico con un vehículo de sustitución para el turista, y luego lo arreglan ellos mismos. —Hace una pausa—. Es duro.

Tenía los hombros tensos y la frente llena de arrugas. Empezó a agitar el pie derecho, como si esperara algo con impaciencia.

—¿Esperas a que lleguen las llamadas? —preguntó Kay, empezando a comprender su situación. Esperaba todo el tiempo, y unos días iban mejor que otros, con la esperanza de que llegaran esas llamadas y poder llegar a fin de mes. No ganaba lo suficiente para vivir decentemente, pero sí lo justo para no tener el valor de acabar con el negocio de su padre y buscarse otro trabajo. Atrapado en su rutina, sin salida.

—Eso es, más o menos —respondió, mirándola con una sonrisa triste—. Triple A me envía algo, pero paga lo mínimo. Algunas empresas de alquiler de coches me envían cuando se quedan sin opciones, pero he visto un par de camiones de Enterprise y Budget remolcando cargas por la zona. —Se lamió los dientes y se pasó las manos por la nuca, probablemente un esfuerzo subconsciente por aliviar la tensión que allí anidaba—. Las llamadas puntuales son las mejores, cuando los conductores me avisan directamente. Los lugareños saben que reciben diez pavos si me remiten clientes.

—Eso es inteligente —dijo, terminando la botella, y la dejó en la cubierta descolorida—. Apuesto a que estos clientes piden referencias a los locales, como camareros, baristas y tal, ¿verdad?

—Ajá —respondió Sam—. Tommy me envía muchos. ¿Te acuerdas de él? Estaba en el último año cuando tú estabas en segundo, ¿verdad?

—¿Qué Tommy? ¿El de la cafetería? —preguntó. No recordaba haber ido al colegio con el voluminoso dueño del local.

—Sí, ahora es dueño de Katse; su padre falleció.

—No lo sabía —replicó Kay—. He estado allí, pero no lo reconocí —confesó—. Pensé que era mucho mayor que nosotros. Parece de cincuenta, no de treinta y tantos.

Sam soltó una risita triste.

—La vida nos maltrata. Mírame —dijo, extendiendo las manos con los dedos rechonchos abiertos en abanico—. Cualquiera diría que llevo veinte años trabajando en la construcción. Un par de inviernos te hacen eso, el frío y toda esa ferretería oxidada.

Se preguntó si habría algo que pudiera hacer para ayudar mientras estaba allí, mientras esperaba la liberación de Jacob sin mucho más que hacer. Tal vez podría hacerle publicidad o conseguirle nuevas pegatinas para su camioneta. Ya pensaría en eso más tarde; por ahora, todavía tenía algunas preguntas que necesitaban respuesta.

—¿Alguna vez recibes llamadas canceladas o vas al lugar y no hay nadie?

—Sí —se quejó—. Maldita sea esa gente. Ojalá tuvieran la decencia de llamarme y cancelarlo. Al menos, no gastaría gasolina para nada. —Sacó su teléfono, miró la pantalla un momento y luego dijo—: Justo anoche tuve uno de esos ausentes.

Kay sintió una punzada de miedo que le atravesó las entrañas.

—¿De dónde venía esa llamada?

Él reaccionó a la intensidad de su voz, mirándola con una pregunta tácita en los ojos.

—Justo al otro lado de la cresta, donde está Katse. ¿Por qué?

Ella no respondió; apartó su cargada mirada de la de él, sintiendo el impulso de ponerse en pie y salir corriendo de allí, a ver si podía alcanzar al sudes.

Justo el día anterior se había llevado a otra mujer, de la que no sabían nada.

Y ya hacía tiempo que se había ido.

—¿Cuándo fue esa llamada, Sam? —preguntó en voz baja.

—Ayer, sobre las cuatro —respondió, intrigado—. ¿Tiene esto que ver con...? He oído que ahora eres agente federal.

—Lo soy, sí. Bueno, lo era —respondió ella—. No estoy trabajando, si eso es lo que insinúas —dijo, y se dio cuenta de que parecía aliviado—. Lo pregunto porque hay tres niños desaparecidos y varias mujeres fueron encontradas enterradas en el Lago Silencioso. Asesinadas.

—Sí, lo sé. Todo el pueblo habla de eso. Yo vivo aquí, ¿recuerdas? —añadió, un rastro de su antiguo sentido del humor afloró bajo la tristeza que parecía envolverlo como un sudario.

—Pensé que tal vez había una conexión, eso es todo —dijo, reclinándose en su silla y haciéndola oscilar suavemente. Era relajante para sus nervios crispados y le permitía pensar con claridad.

Sam no era el asesino; eso era una certeza, sobre todo después de verlo, después de hablar con él y darse cuenta de sus reacciones. Lo único que tenía que ocultar era su propia desesperación, nada más. Pero, si él no estaba implicado en los asesinatos, ¿quién lo estaba?

—No —respondió—, no creo que haya ninguna conexión. La policía también me preguntó por eso, creo que fue la semana pasada. Los turistas suben la cuesta con la marcha equivocada y

sobrecalientan el motor. Se paran un rato, me llaman, luego se dan cuenta de que el motor se ha enfriado y pueden seguir conduciendo. Y se van. Y ya está. Simplemente, no les importa —añadió, con un suspiro cargado abandonando su pecho—. Se van rápido, contentos de haberse ahorrado el dinero de la grúa.

—¿Cómo está tu padre? —preguntó Kay, cambiando de tema—. Judy me dijo que tiene problemas de espalda.

—Sí. —Se levantó y empezó a pasear despacio por el porche, de un lado a otro—. Está bastante jodido, y aún no tiene seguro médico. Le quedan unos cuantos años.

—Le dije a Judy que estaría encantada de ayudar. Me gana bien la vida. Significaría mucho si aceptarais mi oferta.

Dejó de caminar a su lado y le puso la mano en el hombro. Permaneció así un largo rato mientras el silencio llenaba el espacio, pesado, conectándolos, pero incapaz de traer la paz a ninguno de los dos, cada uno perdido en sus propios pensamientos.

—¿Es el mismo camión de siempre? —preguntó Kay, tratando de infundir algo de curiosidad normal en el tono de su voz, en lugar de que sonara como un interrogatorio sospechoso—. ¿En el que nos subíamos cuando éramos niños?

—Sí. —Se rio con cariño ante el recuerdo compartido—. Papá solía conducirlo, luego me hice cargo yo. Ya no lo conduce. Solo hace chapuzas en el taller, dando vueltas, esperando que vengan clientes.

—Necesita pegatinas nuevas —dijo, señalando el logotipo medio roto en el lado izquierdo del camión—. Lo vi hoy temprano en la interestatal, casi no lo reconocí.

—Este cacharro necesita muchas cosas nuevas —respondió—. Pero no podemos.

Ella no contestó, sintiendo que había cosas que él había dejado sin decir. Miraba el camión con decepción, apretando los labios. El trozo de metal oxidado de siete toneladas había sido un elemento básico de la existencia de la familia Stinson durante décadas. No podía ser fácil para Sam ver cómo se averiaba y ser incapaz de arreglarlo, de mantener el sustento de su negocio.

—Un día se me estropeará —continuó Sam, sin dejar de mirar el camión—. Y entonces, ¿qué? —dijo, lanzando una rápida mirada a Kay. Sonreía, pero no engañaba a nadie. El tormento de su propia impotencia era tangible en las palabras no dichas, en el aire entre ellos.

—Sam, si puedo...

—A veces, me vuelve loco —dijo, como si no hubiera oído sus palabras. Volvió a mirarla, con su valiente sonrisa aún dibujaba en los labios—. Te juro que esta cosa tiene vida propia.

Ella frunció ligeramente el ceño.

—¿Qué quieres decir?

Dudó antes de hablar, incluso comprobó los alrededores como si temiera que alguien pudiera escuchar su conversación.

—Está jugando conmigo —dijo al fin, manteniendo la voz baja—. Tú me conoces, sabes que no estoy loco, ¿verdad? —le preguntó, al ver su ceja levantada y su larga mirada.

—Sí, claro —respondió ella, asintiendo un par de veces. Sam era una de las personas más sensatas que había conocido. Incapaz de salir de su rutina si eso significaba tirar por la borda su negocio familiar, sí, pero sin embargo era práctico, de juicio sólido, alguien en cuyas palabras ella creía. No obstante, estaba desconcertada por lo que acababa de decir.

Los camiones no engañaban a la gente.

Algo estaba ocurriendo, y la idea encendió un rayo de esperanza en su corazón.

Quizá no era el camión el que estaba jugando con la mente de Sam. Quizá era el sudés.

—Dime, ¿qué hizo la grúa? —preguntó, infundiendo el suficiente humor en su voz para animar a su viejo amigo a abrirse.

—Es como si estuviera maldita o algo así —replicó Sam, sombrío—. Embrujada incluso.

—¿Por qué?

Se rascó la nuca.

—Anoche, por ejemplo, la dejé con la radio apagada. Estoy seguro, porque se hablaba demasiado de política en la radio, y ya no lo soporto. Pero esta mañana, la radio volvía a estar encendida. —Tragó saliva y la miró por encima del hombro—. Ese cacharro no funciona solo. Son cosas sin importancia, pero me vuelve loco.

—¿Qué más ha pasado? —preguntó—. ¿Y cuándo?

—Hace un mes, la dejé con las ruedas rectas, como hago siempre, pero por la mañana la encontré con las ruedas giradas a la izquierda. Todo hacia la izquierda. Verás, cuando subes por este camino, tienes que girar a la izquierda para alinearte con la casa, pero yo siempre enderezo las ruedas, para no tropezar con ellas en la oscuridad.

Tras acercarse a él, se apoyó en la barandilla del porche, a su lado, y luego miró el camión. Creía saber lo que estaba pasando, pero no se atrevía a decírselo a Sam. Le rompería el corazón saber que su grúa había estado involucrada en crímenes tan horribles.

—¿Has tenido visitas últimamente? ¿Amigos, parientes, alguien?

—No —respondió—, aquí nunca viene nadie. —Sonrió con torpeza, avergonzado de su estilo de vida solitario.

—¿Dónde guardas las llaves?

—En el contacto. Nadie va a robar este pedazo de... —Se detuvo a mitad de frase y golpeó su mano contra la barandilla—. Alguien me está jodiendo, ¿no?

—Sí —dijo en voz baja, apretando su mano—. Alguien te está jodiendo.

CAPÍTULO CUARENTA Y SEIS

Cabaña

Se quedó de pie en la gran sala, mirando a los niños, profundamente decepcionado.

No era como él lo recordaba. Su hermana y su hermano solían reírse todo el tiempo, persiguiéndose alrededor de la mesa del comedor hasta que mamá los mandaba fuera, amenazándolos burlonamente, y ellos obedecían, llevándose consigo los chillidos y las risitas.

Aunque no se le permitía participar ni acercarse a ellos.

Pero quería demostrar que los niños estaban seguros con él, que no haría daño a su hermana de la forma que su madre temía. No era culpa suya que su cuerpo reaccionara como lo hacía cuando la falda se le subía por las piernas dejando al descubierto las bragas o cuando sus amigas iban a casa a jugar.

Nunca habría tocado a su hermana, no así. Solo miraba, la miraba con ojos anhelantes, sin comprender por qué la visión de su piel desnuda lo conmovía de esa manera o por qué sus ojos se aferraban al escote de su madre, incapaz de mirar a otra parte, atraído por la visión de sus pechos llenos rozándose, como una polilla a una llama implacable y mortal.

Nunca habría tocado a su hermana, no así.

No era un animal fuera de control, movido solo por los impulsos de su cuerpo. Ya lo había demostrado, negándose a sí mismo la gratificación que todo su ser ansiaba, hasta que fue seguro actuar. Aunque le llevara años.

Ahora quería demostrarle a su madre que podía jugar con sus hermanos pequeños, pero los niños no participaban. No se reían, no se perseguían por el salón, ni siquiera hablaban. Ni con él ni entre ellos.

La niña estaba sentada en el borde de la cama, con sus bracitos envueltos alrededor de su delgado cuerpo, temblando. A veces lloriqueaba, pero enseguida reprimía sus sollozos, probablemente porque sabía cuánto le molestaba verla así. Mantenía los ojos clavados en el suelo lleno de juguetes, reacia a mirarlo, reacia a sonreír y alegrarle el día.

El chico estaba de pie junto a la ventana, mirando a lo lejos, al borde del bosque, sin apenas darse cuenta de su presencia. Ese mismo día, cuando entró en la habitación, lo encontró allí, de pie, mirando fijamente el extremo del barranco pedregoso donde había enterrado el cadáver de Ann.

No era culpa suya que Ann hubiera muerto la primavera pasada.

La niña no obedecía sus normas, y sus normas eran claras. Podían hacer lo que quisieran, excepto ir al sótano o intentar salir de casa. Tenían comida, agua y juguetes de sobra mientras él no estaba. Él tenía que ir a trabajar todos los días; no era como si no tuviera nada más que hacer que cuidar a esos niños.

Todos obedecían las normas. Tracy y su hermano Matthew, Hazel, incluso Ann al principio. Pero Ann era indómita, inquieta, una niña salvaje que siempre buscaba la forma de liberarse del cautiverio. Un día, cuando él no estaba, había conseguido colar su delgado cuerpo por la ventana

del cuarto de baño, la única que él no había cerrado con clavos, solo porque era un pequeño agujero en la pared, a dos metros del suelo.

Debió de subirse a los hombros de Tracy para hacerlo y debió de atravesar la abertura de cabeza, sin darse cuenta de que la ventana estaba a siete metros del precipicio.

Había mandado construir la cabaña allí, en un saliente rocoso sobre el barranco, para disfrutar de las vistas elevadas y la soledad absoluta. Solo existía un único camino que conducía hasta ella, apenas un sendero, y solo su todoterreno llegaba tan lejos en el bosque. Todo el terreno le pertenecía, y un kilómetro y medio más abajo había construido otra casa, más grande, con garaje para dos coches, donde cambiaba de vehículo. Allí dejaba su Cadillac cuando necesitaba el todoterreno para subir a la cabaña o ir de caza.

Nadie sabía que la cabaña existía; él se había asegurado de ello. Ni siquiera los guardas del parque que patrullaban a veces por la zona; siempre se detenían en los límites de su propiedad, marcados claramente con señales de «PROHIBIDO EL PASO» fijadas en lo alto de una valla de alambre cada veinte metros. Por supuesto, todo el mundo conocía la casa, que era moderna y artesanal, con techos abovedados y exteriores decorados en piedra. Allí recibía a invitados y aliados políticos; incluso había celebrado una rueda de prensa en aquella casa, cuando acababa de ganar un caso de asesinato que había sido noticia durante semanas seguidas.

Pero nadie sabía nada de la cabaña. El contratista general que la había construido y sus dos trabajadores sufrieron un terrible accidente al bajar por las sinuosas carreteras en pendiente de Mount Chester, cuando la dirección se congeló y el camión salió volando por la barandilla lateral hacia las escarpadas rocas de la montaña, donde estalló instantáneamente en llamas.

Nadie sobrevivió.

Había diseñado la cabaña para que estuviera desconectada por completo de la red eléctrica, sabiendo que era posible que algún día tuviera que esconderse allí durante un periodo de tiempo más largo. Paneles solares calefactados estaban instalados en el tejado y derretían al instante la nieve que los cubría durante el invierno. Desde la casa se había extraído una línea eléctrica de reserva, y el agua se bombeaba desde el arroyo que corría por el barranco. Podía vivir allí arriba durante meses, años incluso, sin ser visto ni conocido por nadie, cazando para comer y disfrutando de todas las comodidades de una cabaña de madera bien equipada. Nadie sabía que, si uno cogía un todoterreno y rodeaba la casa cuesta abajo, en la parte de atrás había un camino que llevaba a la cabaña. Nadie lo sabía, y tampoco nadie podía tropezar accidentalmente con ese camino. Estaba oculto a la vista por las ramas bajas de los abetos y los arbustos, un aparente muro verde que ocultaba las huellas apenas visibles de los neumáticos del todoterreno en las rocas cubiertas de follaje.

Cuando Ann se había aventurado a escapar por la ventana del baño, no tenía ni idea de que no había ningún lugar al que pudiera huir, aunque hubiera sobrevivido a la caída de siete metros hasta el fondo del barranco rocoso. Se habría perdido y seguramente habría encontrado la muerte cuando un oso o un coyote hubieran captado su olor.

En cualquier caso, no era culpa suya que ella hubiera muerto, pero quería que los otros niños aprendieran algo de ello. Estaba muy enojado por la muerte sin sentido de esa niña. ¿Qué habría dicho mamá? Que no se podía confiar en él para cuidar de sus hermanos, que de un modo u otro acabaría haciéndoles daño, quizá no con los impulsos de su cuerpo, pero sí con su descuido. No importaba que Ann se hubiera vuelto cada vez más inquieta después de que su madre, Lan Xiu,

hubiera desaparecido de la cabaña. La pequeña Ann había escuchado la voz de su madre durante días e incluso le había preguntado por ella. Pero Lan Xiu ya se había ido y descansaba plácidamente en el Lago Silencioso. No había nada que pudiera decirle a su hija para hacerla sentir mejor.

Luego había hecho su intento de fuga, y probablemente se había tropezado y se había roto el cuello en la caída. Cuando llegó a la cabaña aquella noche, después de enterarse de lo ocurrido, no bajó corriendo, como solía hacer, para visitar a su última huésped, una rubia despampanante llamada Shannon. En lugar de eso, cogió a los dos hijos de Shannon, Tracy y Matthew, les dio una pala a cada uno y los llevó al barranco para que vieran el cadáver de Ann con sus propios ojos.

Y lo enterraron ellos mismos.

Recordarían el destino de Ann el resto de sus vidas y nunca jamás volverían a intentar escapar.

Unos días después, tuvo que llevar a Tracy a la ciudad y dejarla libre cerca de algún lugar de Tenderloin. Después de haber visto y enterrado el cadáver de Ann, la niña no paraba de gritar, y eso le volvía loco. Se suponía que los niños no debían gritar; solo la madre lo hacía. Solo los lamentos de la madre calmaban el dolor que lo carcomía por dentro.

Pero Matthew se había quedado atrás, callado, distraído, como si ni siquiera estuviera realmente allí, negándose a relacionarse con él. No había dicho una palabra desde que se habían llevado a su hermana, ni siquiera después de que Hazel se reuniera con él. No se oían risas en aquella habitación, ni juegos, ni nada.

Y él no recordaba esos sonidos. Ni siquiera un poco.

Intentó acercarse a Hazel con un juguete nuevo en la mano, pero la niña gimoteó y se retiró a un rincón. Justo en ese momento, un grito lejano llegó desde el sótano, donde Wendy estaba asimilando poco a poco su nueva realidad. Matthew se estremeció, pero sus ojos permanecieron clavados en el lugar donde descansaba Ann a la vez que los gemidos de Hazel se convertían en sollozos y sus pequeños hombros se agitaban mientras se agachaba en el suelo, lejos de él.

Así no era la vida familiar antes de que mamá lo fastidiara todo.

Estos niños no servían para nada. No sabía qué les pasaba, por qué no querían jugar con él. Su hermana y su hermano siempre querían jugar con él, solo que mamá no se lo permitía.

Tendría que deshacerse de ellos, y pronto.

Aún no sabía cómo, porque llevarlos de vuelta era peligroso. Todo el mundo buscaba a esos niños. Había Alertas AMBER activas y, más recientemente, se había añadido una descripción de su coche. ¿Cómo demonios habían averiguado que conducía un Cadillac azul? ¿Qué más sabían y cuánto les faltaba para encontrarlo? Necesitaba manejar esa situación, hacer algo. Para despistar a Kay Sharp y a ese detective, antes de que fuera demasiado tarde.

Ya era hora de que Kay Sharp se reuniera con él en la cabaña.

Y no, no podía devolver a los niños. Alguien podría reconocerlo, ahora que era un personaje público al que habían entrevistado varias veces en la televisión local.

Quizá el barranco sería un buen lugar de descanso para los que no quisieran jugar. O, tal vez, reunirse con las demás mujeres junto al Lago Silencioso sería mejor.

Tenía que decidir rápidamente, antes de que el suelo se congelara por completo.

Incapaz de decidirse, enfadado, insatisfecho, cerró la puerta de la gran habitación y bajó las

escaleras hacia donde Wendy sollozaba con fuerza. Le sangraban los dedos de tanto arañar sin sentido la puerta como un animal enjaulado. No había dónde ir; deseó que ella lo escuchara.

Cuando lo vio entrar, sus pupilas se dilataron por el miedo y retrocedió dando tumbos hasta chocar contra el muro de hormigón.

—No, no, por favor —gimoteó. Las lágrimas corrían por sus mejillas, manchando su hermosa piel.

Sintiendo el temblor de la anticipación encender todo su cuerpo, cogió un látigo; su mano agradeció la sensación del mango de cuero trenzado contra su piel. Entonces cerró los ojos y vio la imagen de su madre, atada con cadenas frente a él, desnuda, suplicándole perdón, gritando con cada golpe del látigo contra su cuerpo tembloroso.

CAPÍTULO CUARENTA Y SIETE

Conversaciones

Kay abrazó a Sam Stinson y le dio un beso en la mejilla; luego se puso al volante de su Ford, observando de pasada que habían pasado horas desde que Sam había recibido una llamada de servicio. Desde aquella mañana, hacia las diez, cuando lo había visto conduciendo por la interestatal, hasta ese momento, las dos de la tarde, cuando Triple A le había enviado por SMS una orden de trabajo, habían pasado casi cuatro horas durante las cuales no había ganado nada.

Lo dejó marchar y lo despidió con una sonrisa. En cuanto la grúa desapareció de su vista, también lo hizo la sonrisa de Kay, sustituida por una oleada de emociones encontradas.

El sudes se había llevado a otra mujer. ¿Quién era? ¿Viajaba con un niño?

Y, si había acertado en el perfil del asesino, no iba a llevarse a nadie más hasta que se descongelara el suelo, y eso significaba que no iba a necesitar la camioneta de Sam hasta la primavera. Su mejor pista había resultado infructuosa, al menos por ahora. Sí, el sudes estaba usando la grúa, tal y como ella había previsto, pero llevaba guantes en todos los vídeos que había visto. Después de que Sam se marchara, se dio cuenta de que, a pesar de todo, el equipo forense probablemente debería haber revisado la cabina del camión con un peine de púas finas, solo para cubrir todas las posibilidades. Aunque conocía al autor lo suficiente como para saber que nunca habría cometido el error de dejar pruebas.

Un golpe en la ventanilla la hizo sobresaltarse.

Era Elliot.

Exhaló y bajó la ventanilla.

—¿Qué demonios haces aquí? —preguntó él, sin saludar ni disculparse por el arrebato de la noche anterior.

—Visitando a un viejo amigo —respondió fríamente—. ¿Por qué? ¿Se te acabó la gente a la que acusar?

Bajó la mirada durante un breve instante.

—No me mientas, por favor, Kay.

—Sigo enfadada contigo —dijo ella, en lugar de contestar a su petición. Apoyó el codo en la puerta y lo miró, estudiando sus reacciones. La vergüenza seguía ahí, la culpa por lo que sentía que había hecho mal—. ¿No te ha dicho tu jefe que ya no podemos trabajar juntos?

Se pasó la mano por la frente, tapándose los ojos durante un breve instante.

—No. Él... te investigó, y dijo que de ninguna manera tu padre está mezclado en todo esto. — Se aclaró la garganta y cambió el peso de una pierna a la otra—. Siento no haber creído lo que dijiste de él. Probablemente tú habrías hecho lo mismo.

Se encogió de hombros, sintiéndose un poco vengada, pero no del todo.

—No —respondió con franqueza—. Habría optado por creer a mi compañero en lugar de aplicar falacias estadísticas sin pensar.

—¿Qué falacias estadísticas?

Suspiró y reprimió una sonrisa, pero decidió explicárselo. Ya parecía bastante desgraciado como para que ella lo empeorara.

—Sí, estadísticamente es cierto que los delincuentes tienden a meterse en las investigaciones, para poder vigilarlas e incluso desbaratar los resultados si pueden. Pero eso no significa que *todos los* que se involucran en una investigación sean necesariamente el sudes o lo estén protegiendo.

El silencio se hizo pesado entre ellos durante un momento.

—Ya veo —respondió, con la mirada pesada, agobiada—. Bueno, he tenido mucho tiempo para pensarlo. He pasado la noche en la cárcel.

Eso explicaba su atuendo y su aspecto desaliñado, tal vez incluso la ausencia de su sombrero de ala ancha. Se dio cuenta de que nunca lo había visto sin él. Tenía la frente alta y el pelo claro.

—¿Por qué?

—Técnicamente, por conducir bajo los efectos del alcohol. Pero no estaba borracho; me tendieron una trampa. No estoy seguro de cómo, pero estoy dispuesto a apostar la estrella dorada de mi placa contra un montón de mierda a que el sudes movió los hilos y me tendió una trampa. —Volvió a bajar la mirada, pero solo un segundo—. Debemos estar acercándonos mucho a él.

Se quedó pensativa un momento. El sudes se las había arreglado para ir a por los dos, efectivamente, sin que ninguno lo viera venir.

—No solo es local —dijo—, también tiene contactos.

Asintió una vez.

—Tengo los resultados del doctor Whitmore sobre las fibras de la manta. Hemos vuelto a dar en el clavo. Las mantas parecen nativas, pero fueron fabricadas en China, y no se sabe dónde o cómo fueron enviadas aquí. A quién.

Podría haber alguna pista, pero requeriría que los mejores analistas del FBI reunieran montañas de datos sobre importaciones chinas, recopilaran declaraciones de aduanas y las cruzaran en todo el país con los propietarios registrados de Cadillac Escalade azules. Llevaría tiempo. Demasiado tiempo.

—Se ha llevado a otra mujer, Elliot —anunció sombríamente, sofocada por su propia impotencia.

—¿Cómo lo sabes?

—Sam Stinson tuvo una llamada con ausencia del cliente anoche, sobre la cresta de Katse, y esta mañana se encontró con que alguien se había metido con su camión mientras dormía. Lo dejó con la radio encendida.

—¡Entonces, así es como lo hace! —exclamó Elliot, levantando las manos en el aire—. Pues, ¿hacia dónde vamos ahora, compañera? —preguntó, aventurando una tensa sonrisa.

—Harás que instalen videovigilancia aquí, así lo pillaremos cuando vuelva a coger la grúa de Sam.

—Pero dijiste...

—Sí, podrían pasar meses hasta que lo haga. —Apretó los labios, decidida a no dejar que se filtrara su desánimo. Habían perdido a Alison; a pesar de todo lo que habían intentado, solo habían encontrado su cuerpo. Ni a ella viva, ni a su hija Hazel. El sudes aún tenía a la niña. Pero tal vez esta nueva mujer tenía una oportunidad—. Tú haz eso, Elliot, y yo seguiré haciendo preguntas, a ver quién pudo acercarse tanto a Sam Stinson sin que nadie se diera cuenta.

—Ya no tienes placa —replicó Elliot—. No deberías realizar investigaciones por tu cuenta.

—No, no lo estoy haciendo —respondió ella con firmeza—. Solo estoy visitando a viejos amigos, poniéndome al día.

Se miraron durante un breve instante y luego Elliot se alejó con un fuerte suspiro. Kay estaba a punto de arrancar el motor cuando sonó su teléfono. Atendió la llamada con el manos libres de su coche, y la voz de un hombre llenó el espacio.

—¿Doctora Sharp? Soy Shane Joplin, me ha estado llamando. El abogado de su hermano.

Era una llamada que no esperaba.

—Sí, hola —dijo, pensando rápidamente cuál era la mejor manera de enfocar la conversación—. Me preguntaba si podríamos hablar un momento sobre la sentencia de mi hermano, que parece bastante más severa de lo normal.

Hizo una pausa, dándole tiempo para responder.

—Uhm, sí, bueno, esto depende solo del juez en estos casos, y el juez Hewitt es famoso por imponer duras sentencias en casos de agresión física. Defendí el caso lo mejor que pude, pero...

Había buscado al juez Hewitt en internet, justo después de que Jacob mencionara su nombre, y la declaración de Joplin era correcta. Pero incluso Su Señoría debería haber visto la falsa acusación por como estaba planteada.

—¿Delito de asalto con premeditación? —dijo Kay, dejando que su frustración se hiciera evidente en su voz.

—El fiscal quería darle un escarmiento. Su hermano podría haber llegado a un acuerdo, pero se negó. Jacob insistió en que no era culpable de premeditación y que podríamos probarlo en el tribunal. Pero los jurados son quisquillosos, como bien sabe, y al final lo declararon culpable. Entonces el juez...

—¿Qué podemos hacer por Jacob a estas alturas? —preguntó ella, poco dispuesta a oírlo dar más excusas—. Pagaré por sus servicios. —Esperó una respuesta, pero no la hubo—. Y de verdad me gustaría entender cómo una simple pelea de bar acabó en una condena de seis meses de prisión para un delincuente primerizo. Creo que no me estoy enterando de todo.

—Doctora Sharp —dijo Joplin, con un tono más bajo, como si intentara que no se oyeran sus palabras—. Veámonos cara a cara. Creo que la conversación se llevaría mejor así.

Estuvo de acuerdo de todo corazón, pero no había tiempo. No hasta que encontrara al sudes. Pero era su propio hermano, para quien cada día tras las rejas podría ser el último.

—Sí, creo que sería mejor que nos conociéramos en persona.

—Excelente —respondió Joplin—. ¿Cuándo puede reunirse conmigo? El tiempo apremia, estoy seguro de que lo entiende. Podría reunirme con usted ahora mismo, si quiere.

Dudó un instante y luego contestó:

—¿Qué tal mañana a la hora de comer? ¿Voy a San Francisco?

—No, doctora Sharp, me reuniré con usted en su casa, donde vive.

Le dio las gracias y puso fin a la llamada, luego arrancó el motor y se alejó de la propiedad de Sam Stinson, giró hacia la carretera estatal y se dirigió a la ciudad. Repasó su conversación con Joplin, preguntándose qué secretos se escondían tras la inusual acusación y la dura condena de su hermano, y si había alguna coincidencia en que Elliot hubiera pasado la noche en la cárcel por una acusación falsa. ¿Era el sudes alguien con poder o influencia en las fuerzas del orden, o quizá en algún otro lugar del sistema judicial?

Mientras se alejaba sumida en sus propios pensamientos, no se percató de que el Escalade oscuro la seguía de lejos.

CAPÍTULO CUARENTA Y OCHO

Meg

Meg Stinson vivía en uno de los ranchos más nuevos, uno pequeño con vistas al pico nevado de Mount Chester. Tenía el mismo aspecto que Kay recordaba, las únicas huellas del paso del tiempo se veían en las líneas de expresión de las comisuras de sus ojos. Seguía teniendo el pelo castaño, ondulado y salvaje, sin rastro visible de canas en ninguna parte. Lo llevaba largo, como lo llevaría una adolescente, y su jersey blanco de cuello alto también era juvenil, suelto sobre unos vaqueros ajustados.

Kay lloró en los brazos de Meg. La había echado mucho de menos; el olor del pan recién hecho en su pelo, el sonido de las campanillas de viento en su porche, el contacto de su cálida mano contra su mejilla. Meg era como una segunda madre para Kay y, desde la muerte de Pearl, Kay había pensado muchas veces en ella. Pero se había mantenido alejada, más temerosa de volver a Mount Chester y abrir viejas heridas que deseosa de ver a las personas que amaba.

Resopló y se retiró del abrazo, con temor a que rebosaran los recuerdos y acabara derrumbándose en los brazos de Meg, con todas las lágrimas no deseadas que acompañaban a la angustia reciente de su vida amenazando con estallar.

—Te he echado de menos —confesó Kay, y luego giró la cabeza para ocultar su rostro mientras se secaba otra lágrima rebelde—. Estás increíble —añadió—. No has envejecido nada.

—Solo en apariencia, querida —respondió Meg—. Ven, siéntate conmigo —dijo, señalando un sitio a su lado en la mecedora de cedro.

Ella aceptó encantada, y se sentaron juntas un rato, en silencio, mirando el pico de la montaña a lo lejos, disfrutando de la serenidad de la tarde ventosa.

—¿Nuevas campanillaas de viento? —preguntó Kay.

—Sí, te has dado cuenta —contestó Meg, sonriendo—. De vez en cuando conduzco hasta la costa del Pacífico y recojo algunas conchas de la playa. Eso me da algo que hacer. Una maestra divorciada tiene mucho tiempo libre. —Se bajó de la mecedora y la dejó en un movimiento lento y relajante—. Voy a por una taza de té.

Kay la siguió al interior mientras preparaba el té de cicuta oriental, su favorito para los días fríos. Meg la había introducido en la tradición tribal de beber esta infusión cuando apenas era lo bastante alta para alcanzar la encimera. Olía a aire de montaña, a bosques de pinos, a hojas perennes descubiertas por la nieve al descongelarse.

Meg había arreglado la pequeña casa con esmero, con pocos muebles, todos ellos funcionales y reminiscentes de los interiores nativos. Unas pieles de oveja cubrían el sofá y uno de los sillones, y otra yacía en el suelo, junto al sofá, frente a la chimenea. Una alfombra con motivos geométricos tapaba una parte del suelo de madera, sobre la que había una pequeña mesa de comedor con cuatro sillas. Otra colgaba de la pared, detrás del sofá, aportando color y calidez al interior. La casa olía ligeramente a hierba dulce y galletas horneadas, los olores de su infancia, los que le gustaba recordar. Otros, aún luchaba por olvidarlos.

Kay se fijó en unas fotos enmarcadas en la pared junto a la cocina y se acercó a echarles un vistazo. Una de las fotos mostraba a Judy, Sam y ella delante de la casa de los Stinson, tomada el verano en que las niñas habían cumplido doce años. Otra mostraba a Judy y Kay, ya mayores, vestidas de gala para el baile de graduación, y a Sam amenazándolas con dispararles su pistola de agua. Aquella le hizo reír; aún recordaba lo aterrorizada que estaba de que Sam apretara el gatillo y ella acabara yendo al baile mojada como un gato atrapado por la lluvia. Una tercera, un poco al lado, mostraba a la joven Meg y al señor Stinson cogidos de la mano. Meg tenía unos veinticinco años en aquella foto y sonreía feliz, la sonrisa de una mujer enamorada. Sin embargo, a Kay se le heló el corazón cuando se fijó en el pelo de Meg en la foto. Estaba trenzado con fuerza, sin un mechón suelto por ninguna parte, y las dos trenzas estaban atadas con lazos ornamentales hechos con cuero y pequeñas plumas.

Igual que las chicas del Lago Silencioso.

Boquiabierta, se quedó mirando la foto, captando cada detalle, apenas consciente de que tenía la garganta seca y no le salían las palabras. Tragó saliva con dificultad y luego preguntó, señalando la foto:

—¿Cuándo..., de qué iba esto?

Meg se limpió las manos en los vaqueros y se acercó para ver por qué foto preguntaba Kay.

—Roy y yo nos conocimos en un powwow, no sé si lo sabías —respondió Meg, con una sonrisa afectuosa en los labios. Le tendió a Kay una taza de té caliente—. Esta es una de las últimas veces que él y yo fuimos juntos a un powwow —añadió, con un deje de tristeza en la voz—. Sus padres me exigieron que me convirtiera al catolicismo si queríamos casarnos, así que lo hice. —Meg hizo una pausa y Kay no interrumpió sus pensamientos—. Eran otros tiempos. —Miró a Kay con una sonrisa de disculpa—. Hoy habría actuado de otra manera. Pero, hace treinta años, dije que sí y dejé atrás a mi tribu.

—¿Lo echas de menos? —Kay dejó la taza de té en la mesa del comedor y se sentó.

Meg se sentó junto a Kay y le apretó suavemente el antebrazo.

—Más de lo que te imaginas. A decir verdad, nunca me he convertido, no en el fondo —dijo, tocándose un instante el pecho—. En el fondo, sigo siendo pomoana. —Su sonrisa estaba cargada de tristeza, de pesar tácito—. Pero, si quieres ver fotos antiguas, tengo algunas aquí mismo —dijo, con la voz un poco más alegre que antes.

Se levantó, se acercó a una cómoda y abrió unos cajones en busca de algo.

Kay se sintió atraída por la foto, como si fuera una ventana al alma retorcida del sudes. Sin embargo, preguntar sobre ello, hablar de ello con Meg parecía surrealista, le producía escalofríos, como si estuviera a punto de conjurar el mal y mirarlo a los ojos.

—¿Tiene algún significado el pelo trenzado, la forma en que lo llevabas en esa foto? —preguntó Kay, con voz tensa, apenas por encima de un susurro.

—Algunos dicen que el trenzado representa la conexión con el infinito —respondió Meg, acercándose con un gran álbum de fotos. Lo puso sobre la mesa mientras Kay movía las tazas de té para hacerle sitio—. Pero creo que era más práctico que otra cosa, no tener el pelo en los ojos al trabajar o cocinar. O al bailar —añadió, riendo en voz baja—. Porque los indios pomoanos nunca se cortan el pelo, a menos que estén de luto por la muerte de un ser querido.

—Ya lo sabía —respondió Kay—. Solo que desconocía lo de las trenzas. ¿Y esos lazos para el pelo? Son preciosos —añadió—. ¿Recuerdas de dónde los sacaste?

—Los hice yo —respondió Meg con orgullo—. Antes de casarme, solía hacer todo tipo de cosas y venderlas en powwows. Era un poco de dinero que mi familia necesitaba. —Abrió el álbum y pasó la hoja transparente y protectora entre las páginas—. Esta soy yo y mi familia nativa, mi madre y mi padre —dijo, mostrándole la foto amarillenta de Meg cuando era una niña, de unos quince años, con sus padres vestidos con trajes ceremoniales—. Era la boda de alguien; no recuerdo de quién.

Kay vio a Meg crecer en una foto tras otra, y luego una imagen de su propia boda.

—Vaya, fuiste una novia increíble —dijo Kay, mirando la imagen desgastada.

—Gracias, querida. Eso fue hace treinta y siete años.

Kay pensó en preguntarle por su divorcio, pero se mordió el labio. Si Meg quería hablar de ello, sacaría el tema.

Meg pasó otra página del álbum y luego casi se apresuró a pasar otra. Kay la detuvo y captó su ceño fruncido con el rabillo del ojo mientras miraba una foto que le traía recuerdos olvidados. Era una foto de Meg y tres niños: Judy, Sam y un niño mayor, más alto que sus hermanos, casi tanto como su madre.

—¿Quién es este? Me suena, pero no me acuerdo, lo siento —susurró Kay, pasando la mano por la funda protectora de la foto. Antes había otro niño, pero se dio cuenta de que lo había olvidado por completo. Era mayor y nunca habían jugado juntos. Judy debía de tener once o doce años en aquella foto, y ella tenía su edad. Un verano, había desaparecido.

Meg desvió la mirada. Su expresión había cambiado, mostrando líneas de tristeza que flanqueaban su boca y proyectaban sombras sobre sus ojos.

—No hablamos de él —respondió con voz fría y firme—. Se fue.

Kay rodeó los hombros de Meg con el brazo.

—Lo siento mucho, Meg. No tenía ni idea. Perder un hijo debe de ser terrible.

—Lo es —dijo, evitando su mirada.

Kay oyó la amenaza de lágrimas en su voz.

—¿Cómo murió? —preguntó Kay, su voz apenas un susurro.

Meg no habló durante un rato, mirando a lo lejos, como si en algún lugar del aire perfumado de hierba dulce del salón estuviera la respuesta que buscaba.

—No lo hizo —dijo al fin, mientras una lágrima rodaba por su mejilla—. Nick se fue el año que hicimos esa foto. Discutía mucho con nosotros. Tuvo... un crecimiento difícil.

—¿Cómo, exactamente? —preguntó Kay, avergonzada de estar empujando a Meg a una conversación difícil. Su instinto desplegó una sensación de presentimiento en sus entrañas, poniéndole la piel de gallina.

—Al principio, pensé que todo era una coincidencia —respondió Meg, sofocando una respiración entrecortada—. Empecé a encontrar animales muertos en nuestro granero. El gato de la señora Wilkinson; un perro callejero una vez, estrangulado. Era horrible. —Se detuvo un momento, luchando visiblemente por continuar.

Kay se apretó los dedos helados, preguntándose cómo era posible que no supiera nada de lo que les había ocurrido a sus amigos más íntimos. Supuso que nadie creía necesario compartir esas cosas con niñas de doce años.

—Nos enfrentamos a él —continuó Meg—, y lo negó todo. Discutimos mucho y, unas noches después, el granero se incendió cuando estábamos en el trabajo y los niños, supuestamente, en el

colegio. Más tarde, nos enteramos de que se había saltado la clase de geografía esa tarde y esa vez no pudo justificarse.

—¿Dijo por qué? —preguntó Kay, aunque creía saber la respuesta.

—No —susurró Meg—, no lo hizo. Luego, más tarde, ese mismo mes, hizo algo indescriptible.

Kay la miró, insistiendo sin palabras en que continuara su relato, pero Meg negó suavemente con la cabeza, dejando que el silencio envolviera la habitación durante un largo momento. Al cabo de un rato, se hizo pesado, insoportable para el cansado corazón que había guardado secretos todos aquellos años.

—Lo pillé tocándose cuando os miraba a Judy y a ti —añadió, apartando los ojos, con la voz ahogada por la vergüenza—. Luego vino a mi cama una noche, cuando yo dormía. Casi... Casi no me di cuenta... —Se atragantó y sacudió la cabeza, como si quisiera librarse de aquel recuerdo de pesadilla—. Lo eché de casa —acabó diciendo, y luego estalló en amargos sollozos—. Le dije que ya no era mi hijo. Que nadie volvería a pronunciar su nombre en nuestra casa.

Kay rodeó con sus brazos los hombros agitados de Meg. Comprendía su confusión.

—Está bien —susurró—. Tenías razones, otros dos hijos que proteger. No lo olvides.

—Nunca me lo perdoné —susurró Meg entre lágrimas—. Pero no tenía ni idea de qué hacer. Sus impulsos sexuales eran aterradores... En cuanto entró en la pubertad, dejó de ser mi niño pequeño. Se convirtió en un extraño que me miraba como si yo fuera... —Apretó los labios durante una fracción de segundo y luego continuó—: No sabíamos cómo manejarlo. Simplemente no lo sabíamos. —Se secó las lágrimas y miró a Kay con culpabilidad en los ojos—. Éramos gente sencilla; entonces no sabía qué más hacer.

Kay le dio tiempo a Meg para ordenar sus pensamientos. Debía de ser duro para ella volver a vivir el momento más doloroso de su vida como madre. Pero, cuanto más pensaba en ello, más encajaba Nick Stinson en el perfil del sudes, y pensar en ello la llenaba de energía.

Volvió a mirar la foto y pasó la página. Había otra imagen tomada en el interior de la casa, en la que aparecía Judy con la cinta que había ganado en el concurso de ortografía de séptimo curso. Pero eso no fue lo que le llamó la atención.

En la pared de detrás del sofá había una manta, colgada al estilo tradicional de la decoración nativa. Era un diseño geométrico sobre marrón oscuro, enmarcando alrededor un haz de plumas atadas con un cordel de cuero rojo sangre y llevadas por una flecha. Ella la había visto antes.

Todas las víctimas del Lago Silencioso habían sido enterradas envueltas una igual.

—¿Todavía tienes esto? —preguntó a Meg, señalando la manta.

Ella sonrió entre lágrimas, una sonrisa triste y cargada.

—Es curioso que preguntes por ella ahora. Roy me la compró, al ver lo disgustada que estaba por no asistir al powwow anual con mi gente, el primer año después de casarnos. Pero es shasta, no pomo; metió la pata. —Suspiró y se secó una lágrima con el dedo—. Se la di a Nick la noche que... la noche que se fue. Pensé que no notaría la diferencia. Hacía frío esa noche, y yo... —Una nueva oleada de sollozos se apoderó de la pobre mujer, con la respiración entrecortada mientras intentaba controlarse.

Kay la cogió de la mano todo el tiempo, apretándola suavemente, recordándole que no estaba sola y dándole el tiempo que necesitaba para ordenar las dolorosas emociones que sus preguntas habían desatado.

—He oído que le va bien, que se hizo a sí mismo —añadió Meg cuando pudo volver a hablar—. No sé nada más, y es mejor así. Ya no es mi hijo.

Kay se puso en pie, una fuerte sensación de urgencia la impulsaba a salir de allí, aunque no terminaran de ver todo el álbum de fotos.

Se disculpó y prometió tanto a Meg como a sí misma que volvería al día siguiente, y que, bajo ninguna circunstancia, volvería a abrir el doloroso tema. Sin embargo, se encogió de miedo, esperando haber identificado por fin al sudes y, al mismo tiempo, temiendo tener que comunicarle a Meg Stinson la noticia de que su primogénito era un asesino.

Pero ¿cómo sabía Nick, el chico que desapareció de Mount Chester hacía tantos años, el secreto de su familia? ¿Cómo se enteró de la muerte de su padre y cómo averiguó dónde encontrar el cuchillo con las huellas dactilares?

Apartando la confusión de su mente, se centró en sus prioridades, simples y urgentes: encontrar a los niños desaparecidos y a la mujer que el sudes se había llevado el día anterior. Encontrarlos con vida.

De vuelta en el coche, marcó rápidamente el número de Elliot y apenas esperó a que contestara.

—Elliot —dijo ella en cuanto oyó su voz—. Creo que sé quién es el sudes.

—Dispara —respondió.

—Sam Stinson tenía un hermano mayor, Nick. Desapareció cuando yo tenía unos doce años, así que...

—Hace dieciocho años —dijo—. ¿Qué pasa con él?

—¿Has oído hablar de la tríada homicida? —le preguntó—. Quizá la conozcas como la tríada Macdonald —continuó ella, viendo que él no contestaba.

—No, no lo conozco. ¿Qué es eso?

—Un conjunto de tres factores predictivos de futuros comportamientos antisociales violentos: mojar la cama, crueldad con los animales y provocar incendios. Dos cualesquiera de estos tres factores son fuertes predictores de violencia en serie más adelante en la vida. Bueno, la señora Stinson acaba de decirme que Nick solía estrangular animales y también prendió fuego al granero antes de que lo echaran de casa. Su propia familia, al expulsarlo de casa, pudo haber sido el principal factor estresante que lo llevó a matar, con su madre como objeto central de su rabia. Ella había sido el objeto de sus fantasías sexuales, pero lo rechazó con firmeza y le hizo sentirse insignificante, inadecuado. Del deseo profundo a la rabia ardiente, solo hace falta la palabra «no».

—¿Eso es todo? ¿Estrangulaba animales y prendía fuego al granero? ¿Y soñaba con acostarse con su madre? ¿Eso es todo lo que tienes?

—Hay más pruebas que apuntan a él. Todo se correlaciona, Elliot. La manta, la he visto en una foto de hace años; solía colgar en la pared de la casa de su infancia. Y su madre se trenzaba el pelo igual que el sudes hace con sus víctimas. Haz una búsqueda completa de Nick Stinson y hazme saber lo que encuentres.

—Estoy en ello —contestó Elliot, y durante un largo momento, lo único que pudo oír fue el tintineo del teclado bajo los dedos apresurados del detective—. Hum... Se graduó *cum laude* en Derecho, luego tuvo un cambio de nombre legal a...

El silencio llenó el aire, tenso como un alambre antes de romperse.

—Oh, joder, Kay. Es el fiscal del distrito —dijo Elliot—. *Nuestro* fiscal del distrito, Nicholas Stevens. No puede ser el sudes.

Pero Kay sabía en sus entrañas que tenía que ser él. La manta que su madre le había regalado la noche que lo desterró era un símbolo de su rabia. Probablemente había encontrado una empresa en China que podía reproducir el diseño y había mandado hacer varias y enviárselas, una parte esencial del ritual que realizaba con cada asesinato y cada entierro. El pelo trenzado, como el de su madre, era otro símbolo.

—Comprueba sus registros de tráfico, Elliot —sugirió, sabiendo precisamente lo que Elliot estaba a punto de encontrar.

Otro momento de tecleo, luego un susurro.

—Dios... Conduce un Cadillac Escalade azul adriático oscuro metalizado. —Hizo una pausa y añadió—: Estoy comprobando su propiedad. Tiene una casa en la base de la montaña, en el condado de al lado, y un apartamento en San Francisco. Te envío la dirección de la casa y nos vemos allí.

Salió de la entrada de Meg Stinson en una nube de polvo y grava.

—Voy para allá ahora.

CAPÍTULO CUARENTA Y NUEVE

Cazado

Kay recordaba vagamente a Nick de todos aquellos años. Tenía un recuerdo borroso de él, de una vez que las observaba a Judy y a ella jugando desde detrás de la valla, mirándolas con una extraña intensidad en los ojos, algo tembloroso. Recordó cómo la madre de Judy le había dicho que fuera a trabajar al granero, con el tono temeroso de la voz de Meg grabado en su mente. Esa parte la recordaba con claridad, porque aún tenía presentes sus propios pensamientos de entonces. «*No le tengo miedo a Nick. Nick es guay*».

Cerró los ojos y se sometió a una silenciosa entrevista cognitiva. Invitó a los recuerdos lejanos a regresar, rebobinándolos como si fueran un vídeo almacenado en lo más profundo de su mente.

* * *

Kathy lanzó los guijarros con cuidado, sopesándolos en la mano para asegurarse de que caían en el lugar correcto. Aun así, un guijarro rebotó fuera del círculo verde, desafiando sus mejores intenciones.

—¡No! —chilló, y luego miró a Judy, esperando sus órdenes.

—Tumbate en el suelo —ordenó Judy, riendo a carcajadas.

Resignada, se tumbó de espaldas junto a la calzada, con los brazos cruzados bajo la cabeza, fingiendo que no le importaba haber vuelto a perder. Los estúpidos guijarros tenían mente propia.

—Bocabajo —insistió Judy, riendo. Ganar era divertido. Sí.

—¡No me digas! —replicó Kathy, poniéndose en pie de un salto y quitándose parte de la suciedad del vestido.

Recogió los guijarros de los círculos de tiza y se los dio a su amiga, luego se colocó a un lado. Judy falló y Kathy se apresuró a ordenar:

—Haz una voltereta.

Sus ojos se desviaron mientras Judy lanzaba sus guijarros y vio a Nick a lo lejos, detrás de la valla, junto al granero. Miraba a las dos chicas y Kathy lo saludó con la mano. Estaba tenso, rígido, y sus ojos ardían extrañamente cuando se encontraban con los de ella. Parecía temblar un poco, aunque hacía calor fuera; todo su cuerpo temblaba, la mandíbula apretada, el ceño fruncido por el esfuerzo. O tal vez estaba equivocada; se estaba imaginando cosas. ¿O no? ¿Qué hacía detrás de aquella valla? En su memoria, no podía ver las manos de Nick, ocultas a la vista por los piquetes. ¿Se estaba tocando mientras las miraba? ¿Temblaba de excitación?

—¿Por qué Nick no puede jugar con nosotros? —preguntó.

—Mamá dice que tiene que hacer tareas —respondió Judy con indiferencia.

Su sonrisa se desvaneció. Nick le caía bien. Debía de tener unos dieciséis años; mantenía a las chicas provistas de su viejo alijo de deberes escolares. Todos sus cuadernos estaban

guardados en una caja debajo de su cama, y los compartía cuando se lo pedían. Nick era guay. Ella no le tenía miedo, nunca se lo había tenido.

Ella lo saludó, pero él no le devolvió el saludo. La tensión de su rostro había disminuido y el temblor había desaparecido. Sin embargo, sus ojos seguían ardiendo, su mirada intensa, fija, hacía que la mirada de ella se desviara hacia un lado.

Le enseñó el rastrillo que llevaba en la mano, levantándolo en el aire y señalándolo de forma exagerada, y luego se dirigió hacia el granero, a trabajar. Le lanzó una mirada larga y cargada, probablemente sintiendo no poder jugar con ellas. O tal vez había algo más en esos ojos, una intensidad que su mente infantil no había captado en ese momento. Una urgencia, un anhelo que no podía negarse.

—¡Nick! —llamó la señora Stinson—. Ve al granero y prepara la paja ya. Es casi de noche.

Ahí terminaron sus recuerdos infantiles de Nick, con él entrando en el granero y su arrepentimiento por no haber jugado con él.

* * *

«Bueno, por lo visto, desarrollar buenos instintos sobre las personas no ocurre en la primera infancia», pensó con amargura, preguntándose cómo se había olvidado por completo de aquel chico. Meg lo había mantenido a distancia y no le permitía jugar con las niñas. En aquel entonces, no le había dicho por qué, pero ahora, en retrospectiva, la decisión de Meg de mantener a Nick alejado de las dos niñas tenía sentido.

Y aquella visita que le había hecho a su madre una noche, que había asustado a Meg Stinson para que lo echara de casa, a su propia sangre, debía de ser la culminación de sus impulsos sexuales en busca de alivio.

Su experiencia como creadora de perfiles le permitió hacerse una idea clara de lo que había ocurrido aquella noche. En todos los casos de asesinos en serie que había estudiado, la tríada homicida no era más que el principio, que hacía que el adolescente pubescente entrara en una erupción de impulsos y hormonas que no podía comprender ni controlar. Tal vez se había excitado con Judy o incluso con su propia madre. Tal vez aquel día, detrás de la valla, se masturbaba mientras veía jugar a las dos niñas. Y más tarde, una noche, cuando ya no podía controlar sus impulsos, o cuando la masturbación no le satisfacía lo suficiente, dio un paso más. Un paso demasiado lejos.

Pero no todos los niños que presentan al menos dos de los tres factores de la tríada acaban convirtiéndose en asesinos en serie. En algunos casos, los padres buscan ayuda profesional, lo que a veces consigue desviarlos del camino hacia la matanza. En el caso de Nick, su familia lo había desterrado, sembrando en él una ira alimentada por el rechazo que debió de consumirlo por completo, devorándolo por dentro, una herida que nunca podría cicatrizar.

Su desencadenante.

Exacerbado por cualquier desafío que su vida de adolescente sin hogar le hubiera planteado.

Engendrando un impulso insaciable de calmar su dolor, de empaparlo en la sangre de extraños que le recordaban a su madre, la mujer que lo rechazó en lugar de mostrarle un amor incondicional.

Pero ¿cómo se llega de adolescente sin hogar a fiscal del distrito? Menos del diez por ciento de

todos los asesinos en serie eran individuos de altamente funcionales, exitosos y bien integrados. Los que lo eran, en el cien por cien de los casos, eran psicópatas puros, personas que nunca tuvieron que llevar el peso de una conciencia que les pesara. Personas que podían manipular, mentir y abrirse camino a arañosos hasta cualquier lugar que desearan ocupar en la sociedad. Y matar.

Inmersa en sus pensamientos, y corriendo hacia la dirección que Elliot le había enviado, aceleró a fondo todo el tiempo; la carretera sinuosa y en pendiente sobre la montaña ya no era un reto para ella. Casi no se dio cuenta cuando pasó por delante de la cafetería Katse; la vista del local le hizo pensar brevemente en Tommy, otro chico al que no recordaba. Tenía treinta y dos años, pero aparentaba cincuenta y tantos, y estaba fichado por agresión con lesiones. ¿Cómo les ocurría eso a los niños normales?

Por otra parte, ¿de dónde había salido el historial penal de Jacob?

Entonces se le pasó por la cabeza otra idea que hizo que se le revoliera el estómago. Recorrió con rapidez los números de teléfono almacenados en la memoria de su móvil, casi perdiéndose una curva, y luego marcó el número. Esta vez, Joplin cogió la llamada.

—¿Quién era el fiscal de mi hermano?

—Nicholas Stevens en persona, no uno de sus chicos de los recados —contestó, cortándosele mal la voz—. Me pareció extraño para un caso de tan bajo perfil. ¿Por qué?

Oyó un pitido cuando la luz de revisión del motor se encendió en el salpicadero. Acababa de pasar junto a Katse, en dirección al valle. El indicador de temperatura en el salpicadero estaba al máximo, y había dos mensajes de advertencia: «Refrigerante del motor bajo. Mal funcionamiento del motor».

Otro zumbido anunció que la llamada con Joplin se había cortado. Miró la pantalla multimedia y vio que había entrado en la zona sin cobertura del valle.

Sabía exactamente lo que estaba pasando.

Nicholas Stinson venía tras ella.

Con el corazón acelerado, redujo la velocidad apenas lo suficiente para girar ciento ochenta grados con los neumáticos chirriando, sabiendo que estaba a unos cientos de metros cuesta abajo de donde tendría un par de barras en su teléfono. A diferencia de otras antes que ella, no necesitaba detenerse para comprobar lo que le pasaba con su coche; ya lo sabía. Sin embargo, se preguntó por qué Nick iba tras ella. ¿Sería porque estaba llegando a él? ¿Y por qué se había acercado tanto a su coche para dañarlo? ¿Dónde y cuándo?

Justo cuando el motor se paró, se dio cuenta de por qué iba tras ella.

Había visitado a Meg Stinson esa mañana. A su madre. Probablemente estaba en alguna parte, observando cómo ella se regodeaba en el amor maternal que le estaba vedado, mientras se sentaba al lado de Meg en la mecedora del porche, charlando, cogidas de la mano. Luego, Meg y ella habían entrado en la casa para hacer té, dándole a él la oportunidad de dañar su coche sin ser visto, sin ser oído.

El motor del Ford chisporroteó y se detuvo mientras ella apenas tenía impulso suficiente para sacar el todoterreno de la carretera, peligrosamente cerca de una profunda zanja. Por costumbre, Kay buscó el arma que solía llevar en la cadera, pero no encontró nada. Recordó que había decidido dejarla en casa, pensando que iba a visitar a unos viejos amigos.

Él podía llegar en cualquier momento, desde cualquier dirección, y ella no tenía defensa, nada

que pudiera usar. Nada, excepto el conocimiento de lo que él había hecho a las otras mujeres. Casi todas habían tenido tiempo de volver a Katse y pedir ayuda. Por alguna razón, él nunca las había secuestrado de inmediato, justo después de que sus coches se hubieran parado. Lo más probable era que pudiera llegar a pie hasta Katse y llamar a Elliot. Saber que el sudes estaba cerca, a la caza de ella, le heló la sangre mientras el miedo se enroscaba en sus entrañas, despertando sus sentidos. Sintió el impulso de correr hasta Katse, aunque sabía bien que eso era exactamente lo que él quería que hiciera. Lo que todas las demás habían hecho.

Pero, sobre todo, quería verlo, ponerle cara al monstruo que había estado intentando atrapar. La curiosidad pudo con ella y, en lugar de correr a la cafetería, encontró unos arbustos detrás de un gran roble y se agazapó allí, oculta por el espeso follaje, y esperó. Quería saber cómo se las había llevado, por qué las había dejado ir a Katse. A ella le parecía un riesgo innecesario; podían encontrarse con el tráfico, con otro conductor que se detuviera a ayudar o incluso con un policía.

Pronto podría esbozar otra parte del perfil que faltaba, y por eso, en sí mismo, merecía la pena el riesgo.

Llevaba esperando unos treinta minutos cuando oyó el motor del todoterreno, que se acercaba por el lado opuesto de la carretera, a través del bosque. Se asomó por detrás del tronco de un árbol con la esperanza de verle la cara y reconocerlo, pero estaba demasiado lejos. Había detenido su vehículo unos metros más adentro y había cruzado la carretera a pie, acercándose a su coche. Iba vestido de pies a cabeza con ropa de caza, y el estampado de camuflaje otoñal apenas lo distinguía entre el follaje.

Rodeó el Ford, miró dentro y luego se paseó por la carretera, esperándola. Luego hizo una llamada, haciéndose pasar por un conductor de grúa que buscaba a su cliente. Por sus respuestas, la llamada no había ido como esperaba.

Maldijo en voz alta y empezó a buscarla. Ella contuvo la respiración, temerosa de que él la oyera a solo unos metros de distancia. El temor le nublabla el juicio mientras el corazón le latía en el pecho. Odiaba tener miedo; no era una sensación a la que estuviera acostumbrada. «*Piensa*», se obligó a sí misma, dejando salir el aire de sus pulmones lenta y silenciosamente, y observando cómo se acercaba la búsqueda del sudes.

Comprobando el lado opuesto de la carretera, se adentró unos metros hacia arriba y hacia abajo, desde donde ella se había detenido. Luego volvió a cruzar la carretera, tras esperar escondido hasta que dos coches que pasaban se perdieron de vista. Buscó hábilmente, cada pocos pasos deteniéndose y escuchando cualquier ruido que no correspondiera, mirando el suelo en busca de huellas, todo lo que haría un cazador.

Dando un paso atrás, ella trató de ocultarse mejor y se dejó deslizar hasta el suelo, acurrucada de lado. Una rama crujió bajo su rodilla y el hombre se detuvo en seco, escuchando. Ella contuvo la respiración, con el corazón acelerado, golpeando con fuerza contra su caja torácica mientras él se acercaba a su escondite. Necesitó toda su fuerza de voluntad para resistir el impulso de huir, sabiendo que no tenía ninguna posibilidad contra aquel hombre y su todoterreno.

Se detuvo a unos metros de ella, tan cerca que pudo oír su respiración áspera. Desde su posición solo podía ver sus botas. Se quedó paralizada, temerosa de que estuviera tan cerca como para oír los latidos de su corazón, y se quedó mirando las botas, anticipando cómo llegaría el golpe que la dejaría incapacitada.

Pero siguió adelante, buscándola unos metros más al norte.

Respirando en silencio, mantuvo la mirada clavada en el hombre hasta que este subió a su todoterreno y se alejó en dirección este. Esperó un momento más, temiendo ilógicamente que regresara si hacía el menor ruido.

Entonces un vehículo se acercó a gran velocidad y se detuvo cerca del suyo con un chirrido. Oyó que decían su nombre en voz alta.

—¿Kay?! —gritó Elliot. Abrió la puerta de su todoterreno, y tocó la bocina varias veces—. ¿Kay?!

CAPÍTULO CINCUENTA

Dónde

Condujo de vuelta enloquecido, con pensamientos caóticos arremolinándose en su mente agitada. Había estado cerca, tan cerca que podía sentirla, podía olerla, pero volvía solo, derrotado.

¿Dónde demonios se había metido?

¿Lo esperaba?

Probablemente lo había hecho, teniendo en cuenta que la policía tenía al menos tres de los coches que él había manipulado. Cuando su motor se paró, debió de saber que era él, que venía a por ella, y se las arregló para hacer algo completamente inesperado.

Esa era la chica que recordaba, la chica que le había hecho arder la sangre cuando solo era un niño y no tenía ni idea de lo que le pasaba a su propio cuerpo. Intrépida y orgullosa, una chica cuyos brazos llevaban las señales donde su padre la había tocado en marcas negras y azules, y que sin embargo reía y bailaba al sol con su hermana, hasta que ambas se quedaban sin aliento de la risa. Una chica que se defendía y que se resistía a él como ninguna otra lo había hecho. Una chica que había conocido el dolor, y a quien el dolor no había vencido. Todavía no.

Ansiaba su cuerpo, su presencia en su vida. Todo era culpa suya, y ya era hora de que pagara su deuda. Ella siempre había estado allí, en su casa, en su patio trasero, sin dejarle otro lugar donde retirarse que aquel temido granero. Siempre había estado allí, con sus faldas cortas y al viento, sus muslos desnudos y la visión de su ropa interior rosa cuando se subía al nogal con su hermana. Sus pechos fueron los primeros en los que se fijó, a través de la fina tela de su blusa, contra el sol poniente. Y, desde ese momento, solo podía pensar en esos suaves montículos de carne deliciosa en los que ansiaba hincar el diente.

Ella siempre había sido la culpable, la Kathy de su juventud, la chica que había perseguido en sus sueños durante los últimos dieciséis años, junto con el recuerdo de su madre. Ella fue la que encendió el primer fuego en sus entrañas y sembró pensamientos inquietos e imágenes atormentadoras en su mente. Ella había sido siempre la culpable de sus incesantes deseos, pensamientos e impulsos que él no comprendía entonces, pero que habían convertido su vida en un juego de espera del momento supremo de venganza, de liberación absoluta y estremecedora.

Sin embargo, se le había escapado de las manos. ¿A dónde había ido? ¿Y cuánto sabía?

Se había acercado demasiado si había hablado con mamá.

No debería haber hablado con mamá.

Verlas sentadas juntas, disfrutando de su mutua compañía, lo había dejado en carne viva y dolorido por dentro, con la rabia enterrada en lo más profundo de su corazón pidiendo a gritos su sangre. Aunque se lo propusiera, no podría borrar el recuerdo de las dos mujeres en el porche, sin preocuparse por nada, sin pensar en él.

El hijo sin madre.

El amigo olvidado del que nadie hablaba.

Mientras que ella, la impostora que había ocupado el lugar que le correspondía, era bienvenida

a tomar la mano de su madre y rodearla con sus traicioneros brazos.

Tomó aire hasta que le dolieron los pulmones y luego lo soltó con fuerza en un grito largo, ululante y lleno de rabia que resonó contra la montaña, y después se apagó, dejando tras de sí el silencio de todas las criaturas a las que había aterrorizado con su rugido.

¿Dónde demonios se había metido?

¿Y cómo podría volver a acercarse a ella?

Cuando llegó a la casa, seguía sin tener una respuesta, pero empezaba a vislumbrar un plan. Metió el todoterreno en el garaje, se puso al volante de su Cadillac y arrancó el motor.

CAPÍTULO CINCUENTA Y UNO

Estrategia

—Sé lo que le pasa al estúpido coche, y tiene fácil arreglo, ¿recuerdas? —le espetó Kay a Elliot, solo unos instantes después de haber respirado aliviada. Pensar en su propio miedo, en su propia debilidad, la llenó de vergüenza y rabia. «*Como una tonta, por el amor de Dios*», se reprendió a sí misma, con las mejillas encendidas al recordar cómo había salido corriendo de su escondite directa a los brazos de Elliot.

—Hobbs puede estar aquí con otro vehículo en treinta minutos —insistió Elliot—. Y no puedo entender, de verdad, por qué no quieres montar en el mío.

—Porque yo iré a hablar con él, no nosotros —dijo, subiendo al volante—. No los dos.

—¿Por qué diablos no?! —gritó—. Lo que dices no tiene ningún sentido.

Agarró el volante con fuerza, apretándolo, en un esfuerzo por calmar sus nervios tensos.

—Si te ve como fuerza de seguridad, pedirá un abogado. Exigirá una orden para daros acceso a la casa. Lo estropearemos todo y, mientras lo hacemos, podría matar a esos niños. ¿Qué le impedirá atar todos los cabos sueltos?

—Conseguiremos esa orden enseguida —respondió Elliot, con las manos apoyadas en las caderas. Cada pocos minutos se pasaba la mano por el pelo, probablemente echaba de menos su sombrero más de lo que pensaba—. No tendrá tiempo de matar a una mujer y tres niños y deshacerse de sus cuerpos antes de que volvamos.

—Escucha —dijo, poniendo la dirección de Nick en el GPS—, es imposible que haya estado reteniendo a esas mujeres en esa casa. Imposible. ¿Has visto sus cuerpos en la mesa del doctor Whitmore? ¿Crees que ese tipo de tortura no las hizo gritar? ¡Su vecino más cercano al otro lado de la calle está a cincuenta metros!

—La escritura de propiedad decía noventa hectáreas —respondió, pareciendo un poco avergonzado—. Pensé...

—¿Que la casa estaba justo en el centro? No, sus tierras se extienden *por detrás de* la casa, probablemente por toda la ladera de esta montaña —respondió, mirando el mapa con atención—. Estoy dispuesta a apostar que hay algo en algún lugar entre su casa aquí —golpeó la pantalla del GPS con la uña— y el valle de la zona muerta, el lugar donde los coches de las víctimas se averiaron, y es ahí es donde lleva a cabo sus torturas y asesinatos.

—Hice una búsqueda de propiedades y no había... —dijo Elliot, y luego silbó, su reacción característica ante algo inesperado—. Pero él es el fiscal del distrito, ¿verdad? Sabe a qué gente mete en la cárcel y durante cuánto tiempo, y conoce sus bienes. Tal vez alguien le dio una cabaña de caza o un albergue. O tal vez solo está usando uno mientras el propietario está encerrado.

—En resumidas cuentas, nunca *nos* lo dirá, pero podría *decírmelo a mí*.

—¿Qué, te va a servir un café y a decirte: «Por cierto, déjame decirte dónde he estado matando gente»?

Puso los ojos en blanco, exasperada.

—Así no. Pero puede que baje la guardia conmigo, eso es todo. —Ella lo miró, sosteniendo la severa mirada de sus ojos azules sin pestañear—. No soy una novata, Elliot. Sé lo que hago. ¿Qué haría falta para que confiaras en mí en este caso?

—¡Kay, ese hombre ha estropeado tu coche y ha intentado secuestrarte! Quería encerrarte en el infierno donde tortura y viola a sus víctimas. ¡No es alguien con quien puedas jugar!

—Lo sé —admitió. Sus palabras despertaron un miedo primitivo en sus entrañas. Le odió por eso—. Pero necesito que confíes en mí esta vez.

Elliot gimió frustrado.

—Tengo que llamar al sheriff Logan de todos modos —respondió, su voz sonaba con los tonos de la duda que probablemente estaba sintiendo—. Tengo que conseguir la aprobación para todo esto y preparar al equipo para entrar, una vez que tengamos una ubicación. Estamos tratando con el fiscal del distrito y vive en otro condado, así que podría haber un problema jurisdiccional aquí.

—Para ti, tal vez, pero no para mí, su amiga de la infancia.

—Ahora lo pillo —reaccionó—, ¡estás loca!

Kay sonrió tímida y arrancó el motor, ignorando los pitidos del salpicadero y los mensajes de fallo del motor.

—Tengo que llegar a Katse antes de que se cale otra vez. Si sigo echándole agua al maldito cacharro, funcionará.

Elliot se inclinó, agarrándose al marco de la puerta, para estar a la misma altura que ella.

—Si estás en lo cierto, y pareces estarlo irritantemente en cada maldita cosa, este hombre es un asesino en serie, ¿y quieres tener una charla como viejos amigos?

Sonrió, pensando que su preocupación sobrepasaba el nivel profesional y se acercaba al personal, y le gustó. Le gustaba que alguien se interesara por ella lo suficiente como para preocuparse.

—Sabes dónde estaré —respondió con dulzura—. Estaré a salvo. Si no salgo en una hora, y tampoco cojo el móvil, puedes tirar la puerta abajo. *Después* intenta llamarme, ¿vale? —Ella le apretó el antebrazo—. Pero tenemos que llegar en coches separados. No puede ver el tuyo cerca de su propiedad.

Asintió con la cabeza; su mandíbula estaba tan apretada que ella pudo ver los músculos agarrotados bajo su piel.

—De acuerdo. Como quieras.

—Solo necesito un favor. ¿Podrías prestarme tu arma de reserva?

CAPÍTULO CINCUENTA Y DOS

Visita

Nicholas Stevens, antes Stinson, debía de tener mucho éxito en su carrera de abogado. Los empleos de fiscal del distrito no eran famosos por su sueldo, pero al que una vez fue un vagabundo le había ido bien. El Cadillac Escalade, nuevo, era un indicio de su riqueza. La casa que Kay estaba mirando era otro.

Montones de ventanas daban al camino de entrada, la fachada sur de la propiedad garantizaba sol todo el día, y un vistazo lateral del crepúsculo ahora disparaba flechas rojas y carmesí contra los cristales reflectantes. La propiedad tenía un garaje para tres coches, empotrado, con puertas grises que complementaban el tejado color carbón y los detalles de piedra. Se detuvo en el amplio camino de entrada, no hasta las puertas del garaje, sino a un lado, como habría hecho cualquier invitado educado.

Sintiendo que el corazón se le aceleraba en el pecho, Kay respiró, calmando sus pensamientos. Ni en sus sueños más salvajes se había imaginado a sí misma pensando en alguien con quien solía jugar de niña como un sudes, dispuesta a entrar en su propiedad con la esperanza de encontrar pistas sobre los numerosos asesinatos que había cometido y sobre la guarida de los horrores donde mantenía a las personas que había secuestrado. Había algo profundamente perturbador en eso, como si las acciones de Nick hubieran manchado todo su ser de alguna manera, solo porque él había estado allí durante su infancia y ella no había percibido nada.

¿Cómo no se dio cuenta de quién era cuando era niña? Siempre había confiado en sus instintos hasta que supo quién era Nick. Entonces toda su confianza se vino abajo, un montón de escombros donde una vez estuvo su indudable capacidad para inferir conclusiones a partir de datos sin cuestionarse a sí misma.

En su defensa, ella tenía doce años en ese momento, y había sido protegida por Meg y Roy Stinson, los padres de Nick. Sus ojos protegidos de la verdad. Por aquel entonces, su propia familia estaba pasando por un infierno diferente, y aquellos recuerdos eran los que la quemaban con más intensidad. Sus pesadillas eran más crudas ahora, como lo habían sido todos los años desde entonces.

Pero ya habría otro momento para procesar todas esas dudas y sentimientos encontrados. No iba a perder ni un segundo más, mientras una mujer y tres niños pasaban interminables momentos de terror en cautiverio. Tocó la empuñadura de la pistola de Elliot, bien guardada en el bolsillo, y respiró despacio, armándose de valor.

Salió de su Explorer y echó un rápido vistazo por encima del arcén en dirección al coche de Elliot, aparcado junto a la carretera principal y oculto tras un grupo de gruesos abetos. Luego se dirigió rápido a la puerta principal y llamó al timbre, recordándose a sí misma que debía respirar con normalidad.

Nick abrió la puerta. Cuando la reconoció, se le iluminó la cara.

—Oh, Dios mío, pasa —le dijo con una voz amable cargada de emoción que a sus oídos sonó

sincera. Le abrió la puerta de par en par—. No puedo creer que seas tú.

Kay entró y compartió con él un abrazo que le heló la sangre, pensando que había durado más de lo debido. La proximidad de un asesino brutal, la sensación de su piel tocando la suya, el ardor de su aliento contra su mejilla, la hicieron estremecerse, repugnada. Caminó por el pasillo embaldosado fijándose en el fino mobiliario, piezas talladas a mano en madera de cerezo que hacían juego con el resto de la decoración.

Sus ojos captaron una pieza inusual, colgada en la pared junto a un perchero, pero él la guio hacia el salón con una mano en la parte baja de la espalda y ella no se resistió.

Tomó asiento en un sofá de cuero burdeos y dedicó un momento a mirar a su alrededor, fijándose en los numerosos detalles de una casa perfectamente decorada. Suelos de madera relucientes de un extremo a otro, alfombras orientales aquí y allá, muebles elegantes de nuevo en madera de cerezo oscuro, incluida la gran librería con libros de derecho y el escritorio de su despacho, todo ello en una distribución diáfana que cortaba la respiración. Aquí y allá, una obra de arte a juego completaba la decoración de la habitación. Y, sobre la mesa del comedor, un gran ramo de rosas, aún envuelto en el plástico.

Nick tenía unos treinta y cinco años, si la memoria no le fallaba, y había envejecido un poco, con gracia. Era sorprendente que los hombres envejecieran mejor que las mujeres; en su caso, el éxito de su carrera le infundía un aire de poder y confianza en sí mismo, y la plata de sus sienes le sentaba bien. Llevaba traje y corbata, el atuendo habitual de los abogados que comparecen ante los tribunales, y le favorecía, realzando su imagen de fiscal poderoso al que había que temer en los tribunales.

«*Y en otra parte*», pensó Kay con amargura, luchando por conciliar quién era en realidad con quién aparentaba ser. Sin embargo, siguió sonriendo, perpleja cuando él cogió las flores de la mesa y se las acercó.

—No te lo vas a creer, pero son para ti —dijo, con una sonrisa aparentemente genuina—. Estaba planeando una visita sorpresa esta misma noche. Oí que estabas en la ciudad visitando a viejos amigos. Nunca esperé que pensaras en mí.

Se le erizó el vello, preguntándose por qué habría ido a visitarla. Tal vez porque no había podido atraparla antes, cuando se le había escapado entre los dedos y tuvo que volver a casa con las manos vacías. ¿Había planeado llevársela de su casa al anochecer?

Pero, al verlo sonreír así, con una docena de rosas de tallo largo en la mano, parecía surrealista que solo un par de horas antes hubiera estado paseándose por el bosque con todo el equipo de camuflaje, buscándola, mientras ella temblaba por su vida, agazapada en el suelo.

Sin embargo, siguió fingiendo y aceptó las flores con su brillante sonrisa y un susurro de agradecimiento, recordándose a sí misma que Elliot estaba ahí fuera, listo para atravesar la puerta a la menor señal de problemas.

—¿Dónde has estado todos estos años? —preguntó Kay, aceptando un vaso de vino de su mano y fingiendo beber un poco. Ella se limitó a humedecer los labios en él, sabiendo por su tiempo al lado del doctor Whitmore en la sala de autopsias de San Francisco que una bebida adulterada le entumecía a uno los labios en unos instantes. Pero eso solo era válido para algunas drogas y venenos; no para todos.

Se rio en voz baja. Se había sentado en un sillón, cruzó las piernas y apoyó los codos en los reposabrazos.

—Me he dejado la piel trabajando —dijo—. Estuve unos años en el sector privado, ganando mucho dinero, pero el trabajo de fiscal me va mejor.

—Qué interesante —respondió ella, inclinándose hacia delante—. Dime, ¿cómo se llega de adolescente fugitivo a esto? —Señaló hacia el otro extremo del salón, donde estaba su escritorio.

Un destello de ceño fruncido nubló sus ojos durante un breve instante. Aún reaccionaba al hecho de haber sido desterrado del hogar de su infancia, tal y como ella había perfilado.

—Ya sabes lo que dicen —respondió—, si hay voluntad, hay un camino. Y así fue para mí. Tuve dos trabajos, empezando por el más servil que se pueda imaginar. Cargaba productos en las estanterías del mercado local y empaquetaba ajos en Gilroy. También cebollas —añadió, riendo como si estuviera contando la historia de otra persona. Pero esa risa no tocó sus ojos, enfocados cada vez más intensamente en ella, inquietándola—. Aprendí yo solo a jugar al balón y luché duro para entrar en la universidad, luego conseguí una beca deportiva. Tuve suerte, supongo —añadió, con sus ojos clavados en los de ella, inflexibles.

Él se lamió los labios, y ella luchó contra el impulso de salir corriendo de la casa gritando.

Su gesto delataba su excitación y le traía el recuerdo del cuerpo de Alison sobre la mesa de autopsias, con los moratones recientes y los resultados de la autopsia, una historia aterradora de lo que había surgido de los impulsos lujuriosos de aquel hombre.

Y ahora sentía lujuria. Por ella.

Reprimió un escalofrío.

—¿Y? ¿Después de la facultad de Derecho? —preguntó, aliviada al oír que su propia voz sonaba normal, despreocupada, con la dosis justa de interés. Ninguna de sus angustias internas salía a la luz.

—Práctica privada —respondió, aún sonriendo—. Eso es lo que ha pagado todo esto. —Cogió su copa de vino y la levantó en el aire—. Brindo por un feliz y esperado reencuentro.

Kay se llevó el vino a los labios, los mojó de nuevo en el líquido y luego se aferró a la copa en lugar de dejarla sobre la mesa, una promesa tácita de que iba a beber un poco más.

—Entonces, ¿por qué dejarlo? —preguntó Kay—. Dicen que el éxito financiero es el éxito final.

—Y tienen razón —respondió, tomando otro sorbo de *cabernet*—. Pero siempre he anhelado impartir justicia, castigar a los malhechores en lugar de defenderlos.

Había una profunda verdad en sus palabras. Todo su ser parecía hacerse eco de sus palabras, haciendo brillar algo en sus ojos, algo que recordaba a Kay las hojas de un cuchillo mojadas en sangre fresca. Ella le creyó. Supo que él seguía queriendo que se castigara a los que le habían hecho daño, una y otra vez, aunque fuera por poderes, mujeres inocentes que ocuparan el lugar de la madre que lo había rechazado.

—Entiendo —respondió ella, reprimiendo un escalofrío bajo su feroz mirada. El miedo hizo que la sangre corriera por sus venas, impulsándola a correr—. Lo entiendo más de lo que crees.

Sus palabras salían un poco arrastradas y sentía los labios hinchados. Entumecidos. Se le acababa el tiempo.

—Dime, ¿has oído algo sobre las chicas del Lago Silencioso? —preguntó, forzándose a hablar con claridad—. Supongo que sí; es tu trabajo.

En lugar de responder, la miró fijamente durante un largo instante mientras la respiración de ella se entrecortaba, cautiva en sus pulmones. Sus ojos se oscurecieron y su sonrisa desapareció.

La tensión se apoderó de su mandíbula mientras la miraba con sed de sangre en su pesada mirada. El aire entre ellos crepitaba de tensión.

El tiempo de la charla había terminado.

—¿Dónde los escondes, Nick? —preguntó Kay con frialdad.

—¿A quiénes? —contestó, poniéndose de pie bruscamente, el sillón raspando contra la madera dura—. No sé de qué me estás hablando.

Se levantó también, aliviada al ver que se mantenía firme sobre sus pies y que no estaba mareada en absoluto, ya que el entumecimiento de sus labios era el único efecto del vino adulterado. Se dirigió hacia la puerta principal y se detuvo junto al perchero de pared, una pieza antigua que debía de costar una fortuna.

Junto a él, a la altura de los ojos, había un armario de llaves a juego, tallado a mano, de quince centímetros de alto por, al menos, veinte de largo, protegido con dos paneles deslizantes de cristal. En su interior, colgadas de ganchos plateados individuales, había una variedad de llaves de coche, algunas sencillas y otras modernas, inteligentes, mandos a distancia sin llave.

Contó catorce llaves diferentes, todas de marcas distintas, como Nissan, Jeep, Subaru y Ford. Recuerdos de sus víctimas, expuestos, para reavivar sus impulsos y calmar su punzante dolor.

Sacando la pistola de Elliot, apuntó al pecho de Nick.

Ni siquiera se inmutó.

—¿De quiénes estás hablando, Kay?

—Ellas —dijo, señalando con la pistola las llaves que colgaban del expositor de la pared—. Las mujeres cuyas llaves guardaste como trofeos. Algunas están en el Lago Silencioso, otras en la morgue y una... Una sigue viva, ¿verdad? ¿Dónde está, Nick?

—Eso es ridículo, Kay —contestó, riendo ligeramente como si la pregunta de ella fuera un viejo chiste contado por un amigo. Se acercó a ella despreocupado, sin miedo al arma que ella sostenía apuntándole al pecho—. Son de los coches que he tenido, nada más. —Se acercó otro par de pasos—. Esperaba que estuvieras aquí como amiga, no como agente federal.

—Ya no soy una federal —dijo ella, dándose cuenta de que se había arrinconado en una esquina del pasillo, en un lugar donde Elliot no podía verla a través de los grandes ventanales del salón.

Avanzó unos pasos más, acercándose tanto a ella que pudo oír su respiración tranquila y constante. Un psicópata frío como una piedra, cuyo pulso no se aceleraba con el estrés. Un depredador que nunca sentía miedo.

—¡Alto ahí! —le ordenó, pero Nick sonrió y se acercó un paso más.

—¿O qué, Kay? ¿Me vas a disparar a quemarropa? —Siguió sonriendo mientras se acercaba, centímetro a centímetro—. ¿Porque tengo una colección de llaves de coche?

Si apretaba el gatillo, corrían el riesgo de no encontrar a los secuestrados nunca, ya que la inmensidad del parque nacional era un impedimento insuperable para cualquier búsqueda tradicional. Los sabuesos llevaban ya varios días buscando y no habían encontrado rastro de los niños desaparecidos. Aunque no lo matara, aunque solo lo hiriera, nunca cooperaría; la gente como él, los psicópatas, nunca lo hacían. Su bala mataría a otras cuatro almas, la mujer desaparecida y los tres niños, prisioneros sin escapatoria en un lugar donde nadie podría encontrarlos jamás. Solo tenía una opción, por aterradora que fuera. Sin importar cuánto le

costara mantener su miedo bajo control cuando este gritara dentro de su mente, sembrando fuego en su sangre.

Podía dejar que la capturara. Él la llevaría a donde tenía a los otros. Y Elliot los seguiría, la rescataría. «*Por favor, Elliot, ven a buscarme*».

Le tembló un poco la mano y bajó el arma con un largo suspiro. Había tomado una decisión.

—Tienes razón, Nick. Lo siento —dijo—. Supongo que ser una federal cambia mi forma de ver a la gente. Espero que puedas perdonarme.

—No te preocupes —respondió él, cogiéndole el arma de la mano—. No te lo tendré en cuenta.

Entonces la golpeó con la culata de la pistola, haciendo estallar estrellas ante sus ojos mientras ella caía al suelo. Aún estaba cayendo cuando la oscuridad la envolvió, espesa y silenciosa.

CAPÍTULO CINCUENTA Y TRES

Brecha

Elliot observaba la ventana iluminada con prismáticos, agazapado detrás de un grupo de abetos de ramas pesadas y bajas. Aun así, apenas podía ver a Kay, que estaba sentada en un sofá al fondo de la habitación, pero al menos sabía que estaba bien.

Desde la distancia, los dos parecían charlar y beber vino como si fueran viejos amigos poniéndose al día, lo que, de hecho, eran, al menos oficialmente. No entendía cómo Kay iba a obligarlo a confesar el lugar donde guardaba a sus víctimas, pero ella era la que tenía todos esos años de educación de lujo y experiencia atrapando asesinos en serie.

Tuvo que admirar sus agallas cuando pudo dejar durante un momento de preguntarse cómo se había dejado convencer para que aceptara que entrara allí sola. No debía de ser fácil para ella llamar al timbre sabiendo quién era Nick Stevens en realidad y entrar en aquella casa después de haber visto, bajo las fuertes luces de la sala de autopsias, lo que hacía a las mujeres que estaban en su poder.

Un zumbido silencioso le alertó de un nuevo mensaje de texto. Sacó el teléfono y miró la pantalla. El mensaje del agente Hobbs decía: «Estamos *en posición*».

Todos los que podían ser dispensados de la oficina del sheriff, incluido el propio Logan, se mantenían a un kilómetro y medio de distancia, listos para asaltar la propiedad cuando él diera la señal. Como Kay lo había instruido, no debía irrumpir a menos que hubiera pasado más de una hora y ella no respondiera al móvil.

Contó los minutos, que se arrastraban despacio mientras Kay parecía relajada, copa de vino en mano, hablando y sonriendo despreocupada con un psicópata sediento de sangre. La mujer tenía agallas, eso era un hecho.

Ella le había dicho que estaría a salvo, porque no podría llevarla a ningún sitio sin tener que conducir su Cadillac delante de las narices de Elliot, y él lo vería venir en cuanto se abriera la puerta del garaje. Pero ¿de verdad estaba a salvo en presencia de un psicópata homicida? Cualquier cosa podía salir mal en una situación así. Absolutamente cualquier cosa. El fiscal del distrito, como un caballo salvaje, podía hacer lo que se le pasara por la cabeza; no había forma de saber qué y cuándo.

—¿En qué demonios estaba pensando? —murmuró, enfadado consigo mismo y con su impotencia. Parecía que su cerebro se convertía en papilla cada vez que trabajaba con una mujer. Esa debía de ser la razón por la que siempre cedía a las exigencias de sus compañeras, por absurdas que fueran. Se dejaba convencer de cualquier cosa. Si Alaska estaba en su futuro, tardaría mucho en llegar.

Kay y Stevens se pararon y desaparecieron de su vista, en algún lugar a un lado. No vio ninguna otra ventana iluminada, pero cada vez que no veía a Kay a través de la ventana del salón, sentía deseos de derribar la puerta, con o sin orden judicial.

Miró la hora y gruñó. Solo habían transcurrido treinta y cinco minutos; aún le quedaba algo de

tiempo de espera, los segundos más lentos de toda su existencia.

Con los ojos clavados en la ventana a través de los prismáticos, observó en busca de cualquier indicio de dónde podía estar Kay. ¿Seguían en el salón? ¿Se habían ido a la parte trasera de la casa? ¿Por qué? ¿Por qué no se quedaba donde sabía que él podía verla? ¿Por qué arriesgar su vida inútilmente?

Durante los veinticinco minutos restantes, Kay no reapareció a la vista, no hubo indicios de ningún movimiento ni sonido que le diera una pista de lo que estaba ocurriendo. Cuando por fin había transcurrido una hora completa, llamó al teléfono de Kay, pero la llamada fue directa al buzón de voz.

—Maldita sea, Kay Sharp —murmuró, después llamó por radio a Hobbs—. Entramos, ahora. —Oyó la voz de Logan ordenándole que esperara hasta que llegaran, pero no respondió. Arma en mano, abandonó su escondite en los abetos con los andares de un merodeador, ocultándose en las sombras y manteniéndose a la izquierda del camino de entrada, donde los árboles continuaban a lo largo del asfalto. Llegó hasta el coche de Kay y se agazapó detrás de él, esperando unos segundos, escuchando, comprobando su entorno en busca de cualquier señal de que lo hubieran descubierto. Luego, con pasos apresurados y silenciosos, se acercó a la puerta principal y miró por la ventana, buscando a Kay. Ella no estaba a la vista, ni tampoco Stevens.

De una patada, la puerta se abrió de golpe. Entró con cuidado, deteniéndose un momento para escuchar cualquier sonido. Varias gotas de sangre y una mancha salpicaban las baldosas blancas, contando la historia de lo que podría haber ocurrido. Con la ira subiendo por su cuerpo como una marea, pasó por el salón y se dirigió a la cocina mientras el resto del equipo llegaba, entrando en la propiedad por las puertas delantera y trasera al mismo tiempo.

—Despejado —oyó la voz de Logan desde la parte trasera de la casa.

—Despejado —dijo Hobbs, saliendo del comedor tras abrir un armario y comprobar su interior.

—Despejado —anunció Elliot, después de recorrer el salón una vez más.

«Kay, ¿dónde diablos estás?».

Su siguiente parada fue el garaje para tres coches. Abrió la puerta y buscó la luz, la encendió y dio un paso atrás, por si Stevens le estaba esperando allí, listo para tenderle una emboscada. Luego, miró dentro. Aparte del Cadillac azul, un cortacésped y algunas herramientas de jardinería, el garaje estaba vacío.

—Despejado —anunció, y luego enfundó el arma con un largo improperio.

No podían haberse desvanecido en el aire.

El Cadillac ocupaba el compartimento central y el izquierdo albergaba el tractor cortacésped y varias herramientas eléctricas a lo largo de las paredes. La derecha estaba vacía, pero el detalle más interesante era otra puerta, más estrecha, que daba al jardín trasero.

Sacó su arma y se acercó a dicha puerta. No había ningún motor instalado encima, así que tenía que ser manual.

Al levantarla para abrirla, se estremeció al encontrarse cara a cara con un hombre. Estuvo a punto de apretar el gatillo.

—No dispaes —reaccionó Hobbs—, soy yo.

—Caray, Hobbs —replicó Elliot, bajando y luego enfundando su arma, mientras el sudor le brotaba de las raíces del pelo—. Estabas demasiado cerca.

Sacó la linterna y examinó el jardín trasero, corriendo de un extremo a otro.

El lado derecho del garaje estaba perfectamente pegado a la ladera rocosa de la montaña, lo que no dejaba espacio suficiente para que un vehículo pudiera acceder al jardín trasero rodeando la casa, ni siquiera un cortacésped. Probablemente por eso había hecho construir la puerta más pequeña en la parte trasera del garaje. Era lógico.

Pero, en ese caso, ¿por qué estaba aparcado en el muelle de la izquierda y no en el de la derecha? Esa parte no tenía ningún sentido, a menos que hubiera un tercer vehículo en ese tercer hueco, un vehículo que había desaparecido con Kay y el asesino que se la había llevado.

El jardín trasero era estrecho y terminaba en un espeso bosque y un barranco escarpado y rocoso. No había a donde ir, aunque hubiera habido un tercer vehículo. Se arrodilló junto a la puerta trasera del garaje y estudió las briznas de hierba en busca de huellas de neumáticos. Al principio no eran visibles, no desde cerca. Pero, cuando retrocedió un par de pasos y alineó su visión con la dirección del vehículo que salía del garaje, las vio.

Había buscado huellas de neumáticos pequeños, como los de un cortacésped, pero las que vio, apenas visibles, eran de ruedas grandes y anchas, del tipo de los vehículos todoterreno, especialmente los orientados a laderas de montaña rocosas y desiguales. Y ese todoterreno ya no estaba.

Siguió las huellas hasta el fondo del jardín, donde desaparecían tras una cortina de ramas bajas de cicuta y descendían a un barranco escarpado por un sendero apenas visible que desaparecía al cabo de unos veinte metros en la espesura del bosque.

Podían estar en cualquier lugar de la propiedad de noventa hectáreas de Stevens, o más allá, en algún lugar del parque nacional, o en la otra vertiente de la montaña. La sangre le bombeaba en la cara cuando se dio cuenta de las pocas opciones que tenía, mientras que a cada momento que pasaba Stevens ponía más distancia entre él y Kay.

Se había ido.

Se dio la vuelta y miró la casa, cada ventana iluminada proyectando un resplandor amarillo contra la oscuridad del bosque. Logan y Hobbs se acercaron con rapidez, pero él se quedó mirando el Cadillac azul, parcialmente visible a través de la puerta trasera del garaje.

—Condujo por ahí —explicó Elliot, señalando el barranco—. Consigue algún todoterreno de los vecinos; la mayoría de la gente que vive aquí los tiene.

—Entendido —respondió Hobbs, y se marchó corriendo, haciendo señas a otros dos agentes del sheriff para que lo siguieran.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Logan, siguiéndolo hasta el garaje.

—Voy tras ella —respondió, y luego se dirigió hacia el Cadillac—. Cuando Hobbs consiga un todoterreno, me alcanzará.

—No cabrá... —empezó a decir Logan, pero Elliot ya había arrancado el motor y se había adelantado. La estrecha puerta apenas dejaba pasar el enorme armazón del vehículo, dejando profundas y largas abolladuras a ambos lados y abriendo profundas grietas en la pared del garaje.

Una vez que llegó al borde del césped, aminoró un poco la marcha, y luego avanzó a través de las cortinas de cicutas y abetos de poca altura, inundando el bosque con las brillantes luces del Escalade. Las huellas del todoterreno ya no eran visibles, pero aquí y allá aún podía ver por dónde había pasado el vehículo unas cuantas veces antes, dejando tras de sí los vestigios de un camino.

CAPÍTULO CINCUENTA Y CUATRO

Capturada

Volvió en sí sobresaltada, despierta por el golpeteo en el pecho y el martilleo de un dolor de cabeza cegador. Parpadeó un par de veces, tratando de ajustar su visión a la potente luz de la habitación, y entonces lo vio. Estaba de espaldas a ella mientras se ocupaba de colocar unos pequeños objetos en una bandeja.

Kay respiró, tranquilizándose, e hizo un inventario mental de su cuerpo. Se había hecho daño, se había golpeado en la nuca y el cuello de la blusa parecía húmedo. Sus fosas nasales percibieron un olor metálico familiar. A sangre.

Estaba sentada en una silla de madera, con las manos atadas detrás del alto y estrecho respaldo con lo que parecía una brida, que ya le cortaba la carne. Tenía los tobillos atados a las patas de la silla, también con bridas. No estaba herida en ninguna otra parte, salvo en el cráneo y en su amor propio.

¿Cómo pudo dejarse caer en su trampa tan fácilmente? ¿De qué les serviría a los demás que estuviese atada y a punto de ser torturada como las otras mujeres? Elliot tenía razón; estaba loca.

Elliot.

Pensar en él atravesó su mente como un rayo. ¿Por qué no estaba ya allí? ¿Lo habían atrapado? ¿Lo habían matado? La idea de Elliot Young tendido en algún lugar sobre un charco de sangre le arrancó un gemido.

—Ah, estás despierta —dijo Stevens, volviéndose hacia ella.

Sus ojos eran fríos y enfurecidos, como consumidos por sus impulsos y enervados ante la idea de lo que estaba a punto de hacer. Había visto en el cuerpo de Kendra lo que eso era, con horripilante detalle; también en el de Alison. El pánico se apoderó de todo su ser, haciéndola tirar erráticamente contra sus ataduras.

—Ni se te ocurra, querida Kathy —dijo, con una sonrisa fría que no le llegaba a los ojos—. ¿Puedo llamarte Kathy? Así solía llamarte yo. —Le acarició la mejilla con los dedos—. Para mí, siempre serás Kathy. La chica que me robó el corazón.

Resistió el impulso de apartarse, sabiendo que solo se haría daño a sí misma. Escuchó su propia respiración durante un momento, aislándolo de su realidad, distanciándose en un estado disociativo controlado. Luego recuperó el control de sus sentidos, recordándose a sí misma que aún tenía una oportunidad de luchar.

—Kathy, la chica que me robó a mi familia —continuó Stevens, recogiendo algunos objetos de una mesa distante, que puso en la misma bandeja.

Kay se contuvo de negar la acusación, por ridícula que fuera. A todos los efectos, era un secuestrador. La regla de oro en las negociaciones de rehenes se aplicaba ahí: nunca decirles que no. Nunca contradecirles, por descabelladas que fueran sus declaraciones o ridículas sus exigencias.

Ella permaneció en silencio, invitándolo a continuar. No lo hizo.

—Dime, ¿había algo de verdad en la historia que me contaste? —preguntó Kay al fin.

—Ajá —murmuró.

—¿Qué parte?

Acercó la bandeja a su silla y la colocó en un taburete cercano. Contenía unas tijeras, un cepillo, varios peines y un par de gomas de cuero trenzado adornadas con pequeñas plumas. Luego, la miró como si no la hubiera visto nunca.

—¿Por qué querías ser fiscal del distrito, Nick? —preguntó ella, ignorando su silencio distanciador.

Una sonrisa ladeada se dibujó en la comisura de sus labios.

—Por el poder que me da —respondió—. Me sorprende que tú, la afamada psicóloga y criminóloga, no te hayas dado cuenta de eso todavía.

Le pasó los dedos por el pelo y su tacto le produjo escalofríos de terror. Consiguió no estremecerse, no jadear, y se concentró en lo que tenía que decir para llegar a él, para despistarlo.

Para ganar tiempo.

—Te pido disculpas por todo el daño que te he hecho, Nick.

La fulminó con la mirada.

—No tienes ni idea. —Cogió un peine de la bandeja y empezó a pasárselo por el pelo—. Me has quitado el puesto que me correspondía en mi familia —añadió, cogiendo otro peine, uno con un mango largo y afilado. Con él le separó el pelo desde la frente hasta la nuca. Cuando le tocó la herida, ella se estremeció.

No se detuvo. Le ató una mitad del pelo sin apretar con una goma elástica para que no le estorbara, luego giró la silla hacia su lado derecho y empezó a trenzar.

—¡Era *mi* familia, Kathy! La mía, no la tuya.

Tragó con dificultad; su garganta se reseco.

—No tenía ni idea, Nick. Solo era una niña estúpida, y tú eras mi amigo. Nunca quise hacerte daño.

Le tiró con fuerza del pelo y siguió trenzando.

—Te querían más que a mí.

Se mordió el labio, tentada de decir que no era cierto.

—Eras mi amigo, Nick, y un día desapareciste. No tenía ni idea de por qué te fuiste sin despedirte.

Volvió a tirarle del pelo y el repentino movimiento reavivó el martilleo de su cabeza.

—¡No me fui! —gritó—. Pero ¿te molestaste en preocuparte? ¿En preguntarte dónde estaba?

—Ese año fue difícil —empezó, y al instante quiso darse una patada a sí misma. Sabía que no debía defenderse delante de una persona con poderes. Les enfadaba más que cualquier otra cosa—. Pregunté muchas veces —mintió—, pero nadie me contó nada, y tu madre dijo que no debía preguntar más por ti.

No dijo nada, siguió trenzándole el pelo con fuerza, observando cada mechón con atención. Dos veces volvió atrás para recoger pelos sueltos que se le habían escapado, deshaciendo su trabajo y volviendo a empezar.

—Ese año perdí a dos personas —continuó Kay, no dispuesta a dejar que él se perdiera en pensamientos que ella no pudiera seguir—. A ti y a mi padre.

—Tu padre —repitió, hablando despacio, ominosamente—. ¿Qué le pasó a tu padre, Kathy?

—¿No lo sabes? —preguntó ella, conteniendo la respiración. Si tenía el cuchillo, lo sabía. Había visto su cuerpo, lo que quedaba de él, y lo sabía desde hacía tiempo. La parcela de tierra entre los sauces no había sido removida hacía poco.

—¿Cómo iba a saberlo? —respondió con calma—. Yo era un niño sin hogar en San Francisco, que comía de la basura y al que violaban.

Se le cortó la respiración. Eso explicaba su violencia contra las mujeres que sustituían a su madre, la persona a la que consideraba responsable de su sufrimiento. Quería que sintieran todo el dolor que él había sentido una vez.

—Pensé que lo sabías —continuó con calma—. Por el cuchillo.

La sonrisa ladeada volvió cuando terminó una trenza y la sujetó con una goma de pelo. Después, se la pasó por detrás de la oreja y, luego, por el pecho, y arregló las plumas con dedos delicados que parecían incapaces de hacer el daño que ella había visto como resultado en los cuerpos de sus víctimas.

—Quizá sí sepa algo —respondió—. ¿Por qué no rellenas los espacios en blanco?

Hizo una pausa, considerando cuidadosamente cada palabra que iba a decir y el impacto que tendría. ¿Y si, por algún inexplicable giro del destino, él no lo sabía todo sobre su padre? No tenía mucho sentido; si él tenía el cuchillo, entonces sabía todo lo que había que saber sobre el hombre que ella y Jacob habían enterrado detrás de la casa.

—Mi padre apuñaló a mi madre con ese cuchillo —dijo, soltando una bocanada de verdad y sintiéndose aliviada de que estuviera ahí, en el aire tenso que se respiraba.

Él no respondió, el silencio pesaba entre ellos mientras Kay ansiaba saber qué sabía y desde cuándo.

—Ahora ya lo sabes —dijo Kay, luego se lamió los labios secos y se obligó a tomar aire—. ¿Era ese cuchillo un mensaje para mí, Nick?

Él seguía sin responder, aparentemente perdido en sus pensamientos, impulsado por su obsesión de construir el escenario perfecto para su castigo. Su intensa mirada seguía concentrada en su trabajo. Cambiando de lado, peinó de nuevo el resto del cabello y se dispuso a trenzarlo.

—Es curioso que elijas a mujeres que no tienen flequillo —dijo, obligándose a sonreír—. Yo tampoco tengo flequillo. ¿Es porque las mujeres nativas no se cortan el pelo a menos que estén de luto? ¿Es por eso?

Aquello le tocó la fibra sensible. Empezó a trenzarle el pelo con movimientos bruscos, tirándole del cuero cabelludo y haciéndola estremecerse de dolor. Sintió que la sangre le corría por la nuca y le empapaba el cuello.

—Ella no se afligió después de que me fuera —dijo al fin—. No se cortó el pelo. Mi pérdida no fue nada para ella.

—No, no se cortó el pelo —dijo Kay con suavidad—, pero sigue de luto. He visto tu foto en su álbum. La aprecia mucho.

Le dio una bofetada que le hizo llorar.

—¡No me mientas! No creas que no sé lo que intentas hacer.

—Yo no... —empezó a decir, pero se detuvo, odiando el escozor de las lágrimas que brotaban de sus ojos—. Quería que lo supieras, eso es todo. Hoy he estado en casa de tu madre. Vi sus lágrimas cuando mencionó tu nombre.

Su ira aún se reflejaba en sus movimientos y, por un momento, ella no habló, temerosa de

desencadenarla de nuevo.

—¿Por qué te cambiaste el nombre, Nick? —le preguntó, esperando que fuera un tema lo bastante seguro como para abordarlo con él.

Su respiración se aceleró y apretó la mandíbula.

—Llenó el pueblo con sus mentiras —dijo, rechinando los dientes al hablar, como si las palabras le dolieran al salir de sus labios—. Todo el mundo desprecia a Nick Stinson en Mount Chester. Pero votaron a Nick Stevens para fiscal del distrito del condado de Franklin.

—¿Qué mentiras? —preguntó con calma, con la esperanza de que su voz aliviara en lo más mínimo la vieja herida.

No contestó, apartando los ojos por primera vez. Avergonzado.

—Te excitaba, ¿verdad? —preguntó Kay en voz baja, con apenas un susurro, y el tono comprensivo, compasivo—. Solo era una niña —añadió.

—Sí —respondió con amargura—, tú y Judy lo erais. Siempre fuisteis las niñas de mamá. —Enrolló el segundo coletero en el extremo de su trenza y lo colocó ordenadamente, como había hecho con el primero—. Bueno, hoy no, querida. Hoy vas a pagar por todo lo que has hecho.

Se quedó sin aliento y el pánico volvió a apoderarse de todo su ser.

—¿Qué he hecho, Nick? —preguntó en voz baja, obligándose a no temblar.

El silencio se hizo pesado, mientras los músculos apretados se tensaban en la mandíbula de Nick. La miró fijamente, con ojos ardientes, amenazadores, urgentes.

Cuando habló, su voz era ahogada y amarga, estrangulada por una rabia indescriptible.

—Siempre estabas ahí, con tus faldas cortas, tus volteretas y tu ropa interior rosa, exhibiendo tu carne, sin importarte lo que eso me hacía a mí, a mi cuerpo.

Ella esperó un momento, pero él no continuó. Podía imaginar esa angustia en su mente, un adolescente que no comprendía su sexualidad, sus impulsos volviéndolo loco y enterrándolo en la culpa. Pero él nunca había sido el típico adolescente; ya había demostrado dos factores de la tríada homicida. Había matado animales y prendido fuego al granero familiar. Los impulsos en él eran furiosos, y el sexual, despiadado, obsesivo.

Pero había ido a la cama de su madre, no a la de Judy ni a la suya. Entonces, ¿por qué se había fijado en ella? Probablemente porque ella había sido la primera en provocar una respuesta sexual en su joven cuerpo. Debía de castigarla por los pensamientos sexuales que tenía hacia su madre, hacia su hermana, y por la culpa y la vergüenza que había soportado.

—Lo entiendo —respondió ella, con palabras casi ininteligibles y la voz quebrada—. Entiendo por qué quieres castigarme. Pero ¿por qué fuiste tan duro con Jacob? No se merecía ir a la cárcel por un estúpido puñetazo en un bar, Nick. Ya habías hecho cosas peores a los dieciséis años.

Estalló en carcajadas, manteniéndose a distancia y admirando su obra. Sus risa resonó extrañamente en la habitación y, en respuesta, una voz de mujer gimió con fuerza desde otra habitación. Unos fuertes golpes contra una puerta enviaron un rayo de esperanza al corazón de Kay, pero pronto se dio cuenta de que se trataba de la mujer que él se había llevado el día anterior. No era Elliot.

Al menos, Kay la había encontrado a tiempo. Aún estaba viva, aunque había imaginado su rescate de una forma un poco diferente.

¿Dónde estaba Elliot?

—¿Crees que fui duro con tu hermano? —preguntó, todavía riendo como un loco, con las

manos apoyadas en los muslos—. ¿Crees que fue eso? ¿Una acusación excesiva procesada enérgicamente para ganarse un tiempo en la cárcel? —Dio una palmada, divertido—. ¡Pues dale otra vuelta!

La sangre se le escurrió de la cara mientras el corazón se le aceleraba, dolorido, al recordar el ojo morado y el labio hinchado de Jacob.

—¿Qué has hecho, enfermo hijo de puta? —preguntó en voz baja y amenazadora.

—Envié a Rafael Trujillo a provocar al gilipollas de tu hermano, a cambio de que le retiraran los cargos por su paseo con un coche robado. *Entonces, presenté* un cargo excesivo y lo procesé enérgicamente. Por último, el juez Hewitt, con quien juego al póquer todos los jueves por la noche, me hizo un favor y utilizó el caso de Jacob Sharp para dar ejemplo en la comunidad. A cambio, borraré su deuda de póquer; qué son dos mil dólares hoy en día, ¿no?

Tiró con fuerza de sus ataduras, sin sentir siquiera el dolor que le causaban.

—¿Por qué? —preguntó, con los ojos clavados en los de él, su rabia alimentada por su diversión—. Juro por Dios, Nick, *que* te mataré.

Se rio entre dientes.

—¿Por qué? ¿La todopoderosa perfiladora del FBI ni siquiera puede averiguar eso?

Se quedó mirándolo, incapaz de pensar, incapaz de comprender la profundidad de su vileza.

—Sabía que vendrías corriendo a su lado —explicó, sonriendo ampliamente—. Te quería aquí, así, haciéndome compañía durante el invierno. He soñado con este momento desde que te vi por primera vez, en nuestro jardín trasero, dando volteretas con Judy. Llevabas ropa interior rosa, ¿recuerdas?

Se sintió mal del estómago e inhaló bruscamente para calmar las náuseas.

—¡Era una niña, bastardo enfermo!

—Esperaba que vinieras a testificar a favor de Jacob, y le habría dejado en libertad si hubieras aparecido —dijo, paseándose despacio por la habitación—. Pero no viniste. Todo es culpa tuya.

—Se detuvo frente a ella y le pasó los dedos por los labios—. Pero ahora estás aquí, Kathy. Es lo único que importa.

Necesitó todas sus fuerzas para mantener la calma.

—¿Por qué ahora, Nick? ¿Qué hay de especial en este momento? —preguntó, sintiendo que se le subía la bilis a la garganta al pensar que de algún modo se había convertido en el objetivo principal de un asesino en serie, el asesinato definitivo que había estado practicando durante todos esos años. Pero ¿por qué ahora? ¿Cuál era el detonante que había puesto en marcha el curso de los acontecimientos que habían comenzado con la trampa a Jacob?

—El tiempo perdido nunca se vuelve a encontrar, ¿verdad? —respondió con calma, como si estuviera discutiendo de filosofía con una copa de vino.

—Algo pasó, Nick, para recordarte que existo.

—Oh, nunca olvidé que existías, ni un solo día. Siempre fuiste mía, y no iba a permitir que eso cambiara. No iba a dejar que vivieras feliz para siempre con nadie más que conmigo.

Frunció el ceño. ¿De qué demonios estaba hablando?

Se burló y sacó su cartera, luego extrajo un recorte de periódico doblado del *San Francisco Chronicle*, fechado hacía unas semanas. En la foto aparecía ella recibiendo la medalla al valor del FBI de manos de su mentor y viejo amigo, Aaron Reese, jefe de la Unidad de Análisis de Conducta.

Le puso la foto bajo los ojos y ella la miró intentando verla desde su perspectiva. Estaba radiante en la foto; aún recordaba cómo se había sentido aquel día, orgullosa y un poco abrumada, al ser reconocida por sus servicios tras un caso muy difícil. Aaron Reese también sonreía con cariño; siempre había afirmado que ella era la más brillante de sus alumnos, destinada a alcanzar grandes logros en la agencia.

Pero había que tener una mente retorcida para imaginar que había una relación sexual entre ella y Reese basándose solo en esa foto.

—Entendiste mal, Nick —respondió ella—, no pasa nada entre...

—Te creo, sí —respondió con calma, apareciendo una sonrisa de satisfacción en sus labios—. Aaron Reese tuvo un accidente en la interestatal hace unos días. Bastante desafortunado —añadió, su sonrisa descubriendo ahora sus dientes—. Me temo que no sobrevivió. Pobre hombre. Pero sí, ahora sí que no hay nada entre vosotros dos. Ahora, tú y yo podemos cumplir nuestro destino.

—Pagarás por esto, Nick Stevens, o como demonios te llames —dijo con la voz llena de rabia—. Saben quién eres y vienen a por ti.

Volvió a reírse, casi amablemente, como quien se ríe oyendo la fantasía delirante de un niño.

—¿Sí? Entonces, ¿por qué no están ya aquí?

Le desabrochó los botones de la camisa, despacio, deleitándose al ver cómo se le agitaba el pecho con cada respiración entrecortada.

—Tu madre hizo bien en echarte como a un perro rabioso —le dijo, mirándolo a los ojos.

Su mano cayó con fuerza sobre su cara y ella gritó antes de poder controlarse. Pero no bajó la mirada. Parpadeando lágrimas ardientes, dijo:

—Te mataré, Nick Stinson, con mis propias manos, te lo prometo.

El segundo golpe fue igual de fuerte y ella volvió a gritar mientras él se reía.

—Sabía que tú y yo íbamos a divertirnos juntos. Lo supe hace mucho tiempo.

El fuerte llanto de un niño llegó de una habitación lejana y él se quedó helado. Antes, cuando la mujer a la que había oído sollozar había empezado a lamentarse, a él no pareció importarle. Pero el sonido de las lágrimas del niño tuvo un efecto diferente en él.

La miró durante un instante con ojos lujuriosos e inyectados en sangre, y se marchó dando un portazo.

CAPÍTULO CINCUENTA Y CINCO

En la oscuridad

Kay escuchó atentamente durante unos instantes, siguiendo sus pisadas a medida que se desvanecían. Pronto se cerró otra puerta y, un momento después, cesaron los sollozos del niño.

No tenía mucho tiempo. Solo esperaba tener suficiente.

Encogida ante la idea de causar más dolor a su cráneo herido, se arrojó de lado y aterrizó con fuerza en el suelo de baldosas con un gemido ahogado, volviendo a ver las estrellas cuando su sien se golpeó contra la dura superficie.

De lado, empujó el tobillo izquierdo hacia abajo, hasta el tope, obligando a la brida a deslizarse con él por la pata de la silla, hasta que llegó al final y se soltó. Repitió el mismo movimiento con el tobillo derecho, utilizando el pie izquierdo para sujetar la silla mientras el derecho se deslizaba hacia abajo.

En cuanto sus dos pies estuvieron sueltos, se apartó de la silla, pasando las muñecas atadas por detrás del respaldo hasta que quedaron libres. Después, se arrodilló en el suelo, mareada y tambaleante, con la cabeza latiéndole con fuerza. Mientras se agachaba, deslizó las manos atadas por debajo de las nalgas y hacia delante, y luego desplazó el peso hacia atrás hasta quedar sentada en el suelo, con las muñecas atadas bajo las rodillas. Luego dobló las piernas, una a una, hasta que pudo pasar las manos por encima de los pies y por delante de ella.

Una puerta se abrió y luego se cerró en algún lugar cercano, y ella se puso en pie de un salto. La brida que le sujetaba las muñecas se había aflojado un poco, pero no lo suficiente como para que pudiera soltarse. Agarró el extremo de la atadura con los dientes y la apretó todo lo que pudo sin gritar, ignorando la sangre que manaba de donde se había cortado la piel y sabiendo que empeoraría antes de mejorar.

Ya lo había hecho antes, en una sesión de entrenamiento en Quantico, con un experimentado instructor de SERE. Por aquel entonces, no creía que fuera a utilizar nunca el exhaustivo enfoque de aquel hombre sobre las estrategias de supervivencia, evasión, resistencia y extracción, pero se había equivocado. Ahora recitaba su método en su mente, con rapidez y el corazón latiéndole con fuerza a medida que se acercaban pisadas apresuradas por el pasillo.

«Levanta los brazos por encima de la cabeza y luego bájalos rápidamente contra el abdomen, separando los codos al mismo tiempo. Cuanto más rápido y con más fuerza lo hagas, menor será el dolor y el daño en las muñecas. Si lo haces bien, la atadura se abrirá. Si lo haces mal un par de veces, te cortarás las venas y morirás desangrado en cautiverio».

Llenó los pulmones de aire mientras levantaba los brazos por encima de la cabeza, justo cuando se movía la manilla de la puerta. Luego los bajó con fuerza, sin importarle que fuera a doler. La puerta se abrió y Stevens se detuvo un instante, sorprendido, cuando la brida se rompió y ella se liberó. Durante una fracción de segundo, se miraron fijamente, Kay muy consciente de que él la doblaba en tamaño.

Miró a su alrededor en busca de algo que pudiera utilizar mientras él se abalanzaba sobre ella

con un sonido gutural. Apartándose de su camino y evitándolo por un breve instante, vio las tijeras en la bandeja. Se acercó a ellas y las cogió, justo cuando él se aferró a su cintura y la tiró al suelo. La inmovilizó bajo su peso e intentó agarrarla por los brazos. Ella sujetó las tijeras con toda la fuerza que pudo, bajó el brazo con energía y le apuñaló por la espalda.

Él jadeó, la sangre brotaba de su herida. Kay se liberó de su peso y salió corriendo de la habitación, desorientada. Los lamentos y los golpes procedentes del nivel inferior se habían reanudado y oía llorar de nuevo al niño. Pronto los liberaría, pero antes tenía que ver dónde estaba.

Con manos temblorosas, encontró un interruptor y encendió la luz en lo que parecía ser la gran sala de una cabaña de madera. Frenética, buscó la entrada y la encontró. Abrió la puerta y se precipitó al exterior, sintiendo al instante frío por el aire helado y la oscuridad total. La débil luz que entraba por la puerta abierta se proyectaba contra la espesura del bosque. Pudo ver la tenue sombra del pico de la montaña contra el cielo iluminado por la luna, lo suficiente para darse cuenta de que estaba cerca del pico, en una de las vertientes.

¿Cómo había llegado hasta allí? Se apresuró a echar un vistazo a la casa y casi se cae al vacío en un enorme barranco que se abría al lado de la cabaña, un pozo sin fondo. En el otro extremo vio un todoterreno, pero las llaves no estaban puestas.

Debía tenerlas él.

Kay estaba a punto de volver corriendo al interior y liberar a los demás, para luego buscar las llaves y huir, cuando unas luces parpadearon a lo lejos, a través del espeso bosque.

—¡Eh! —gritó, moviendo los brazos, desesperada, hacia las luces que se acercaban—. ¡Por aquí!

La sangre se le heló en las venas cuando sintió las manos de Nick alrededor de su cuello, estrangulándola sin piedad, sacándole el aire de los pulmones. Se agitó erráticamente, incapaz de luchar contra él y liberarse. Incluso herido, él era más fuerte, y ella perdía fuerzas a cada segundo que pasaba.

Cuando sus rodillas empezaban a ceder, recordó otra técnica SERE. Estiró la mano hacia atrás, le agarró la cabeza con todas sus fuerzas y luego se tiró con fuerza al suelo. Lo derribó con energía y rodó por debajo de él mientras sus dedos seguían asfixiándola, aplastándole la tráquea. Agitó los brazos desesperadamente, buscando algo que pudiera utilizar, pero no encontró nada. El instinto la hizo tirar del despiadado agarre que él tenía sobre su garganta, pero, mientras la oscuridad se cernía sobre ella, el destello de un recuerdo acudió a su mente. En la casa, él le había quitado la pistola de Elliot y se la había guardado en el bolsillo derecho. Seguía vistiendo la misma ropa.

Se agachó y buscó la pistola con dedos temblorosos y helados. Estaba allí. La sacó de su bolsillo, y él lo sintió. Gimió, maldiciendo, y aflojó la presión alrededor del cuello de Kay. Ella llenó sus pulmones con una respiración áspera y ahogada que dolía como el demonio, y apretó el gatillo justo cuando las manos de él buscaban la pistola.

Un disparo resonó contra la ladera rocosa de la montaña y luego sonó otro.

Entonces todo se oscureció.

CAPÍTULO CINCUENTA Y SEIS

Otra mujer

Se había despertado sobresaltada, con el pánico consumiendo su mente exhausta y la sangre corriendo por sus venas. Unos ruidos que no había oído nunca la pusieron en pie de un salto y se paseó por la habitación en silencio; después, pegó la oreja a la puerta y contuvo la respiración.

En algún lugar cercano, oyó el ruido de un fuerte golpe y, luego, una mujer gritando. Unos instantes de silencio y, a continuación, los mismos sonidos pintaron el cuadro de lo que estaba sucediendo, vívidamente, sin lugar a dudas, porque ella había estado en el extremo receptor de los golpes y había gritado hasta que su garganta se quedara en carne viva.

El enfermo hijo de puta se había llevado a otra mujer.

Las lágrimas le quemaron los ojos y cayeron despacio por sus mejillas. Cerró las manos en puños y aporreó la puerta, inútilmente, sabiendo que sería poco más que una muestra de simpatía hacia la otra mujer si podía oírla, un aliento sin palabras. Era consciente de lo asustada que tenía que estar, aterrorizada en un estado primitivo de puro pánico, sintiendo que el mundo entero se había abierto y se la había tragado entera, dejándola a merced de un animal salvaje.

Luego se hizo el silencio durante unos instantes, y Wendy respiró despacio, temerosa de que el sonido del aire saliendo de sus pulmones tapara los ruidos lejanos que tan desesperadamente necesitaba oír. Durante un rato no se oyó nada, el silencio llenaba la habitación como un humo espeso, ahogándola.

El sonido lejano del llanto de un niño era débil, apenas reconocible. Ya lo había oído antes, procedente de algún lugar del piso de arriba, casi tan desesperado como sus propios sollozos, pero enseguida apagado. ¿Quién era el niño y dónde estaba su madre? ¿Habría caído en manos del mismo bruto y de algún modo había muerto?

Wendy oyó abrirse una puerta cercana y unas pisadas fuertes que se acercaban a toda prisa. Se apartó de la puerta, temiendo que el hombre se acercara y poniendo la mayor distancia posible con él. Pero el hombre pasó junto a su celda y subió las escaleras, golpeando los escalones con sus zapatos a un ritmo rápido y urgente. Unos instantes después, los sollozos del niño cesaron, y el silencio reclamó su territorio.

Volvió a inspirar, esta vez más hondo, sus pulmones hambrientos de aire, privados, deseosos de alimentar su debilitado cuerpo en el breve respiro que le habían ofrecido. Otra mujer cautiva significaba que él podría no ir a por ella esa noche. En su lugar, podría saciarse con la otra. La cabeza de Wendy colgaba, avergonzada por el alivio que sentía al pensar en el sufrimiento de otro ser humano en lugar del suyo propio.

El sonido de un golpe procedente de la misma habitación la dejó sin aliento. Volvió a ponerse de puntillas hacia la puerta y escuchó, con los latidos de su corazón, demasiado fuertes, retumbando en sus oídos. El sonido de alguien que se arrastraba por el suelo, de algo que se deslizaba por las baldosas, y después unas pisadas ligeras que salían de la habitación y subían las

escaleras en ráfagas rápidas de unos pocos pasos. Y luego una pausa, mientras ella seguramente observaba y esperaba, temiendo a su captor.

¡Esa mujer había escapado!

La euforia le hinchó el pecho con una esperanza renovada. La valiente desconocida pronto se pondría a salvo y hablaría sobre aquel lugar de los horrores, y la policía vendría a buscarla y la liberaría.

Con todo el cuerpo apretado contra la puerta, escuchó, visualizando a la mujer mientras se tambaleaba hacia la libertad. Cada segundo que pasaba la acercaba más a la puerta, al mundo exterior. Entonces sus pisadas se desvanecieron, dejando tras de sí el silencio como huellas húmedas en la nieve espesa. El hombre estaba en otra parte, probablemente en el piso de arriba, y no había oído salir a la mujer.

Un leve chirrido marcó el momento en que la mujer abrió la puerta principal, trayendo una ráfaga de aire gélido al interior, que se coló por debajo de la puerta y heló los pies de Wendy. Estaba fuera... ¡Lo había conseguido!

Entonces Wendy oyó la voz de la mujer, que llamaba a alguien a lo lejos, por un sonido, y decía:

—¡Eh! ¡Por aquí!

Las lágrimas corrieron por las mejillas de Wendy sin que ella siquiera las sintiera. Había otros... Otras personas ahí fuera que pronto vendrían y la liberarían. Ese hombre no volvería a tocarla. Nunca más la lastimaría. Pronto volvería a casa.

Pero la llamada de la mujer debió de oírse en el piso de arriba, porque una puerta se abrió de golpe por encima de la cabeza de Wendy y el hombre bajó corriendo las escaleras y salió al exterior.

Se le heló la sangre en las venas y se tapó la boca con ambas manos para evitar que el grito que brotaba de sus pulmones quedara atrapado en el silencio.

Cuando el primer disparo penetró el aire, justo al otro lado de la pequeña ventana de su celda, se quedó paralizada, esperando que el hombre hubiera tenido el destino que tanto se merecía. Pero, por mucho que escuchó, no oyó que su cuerpo caía al suelo. Nada, solo un gruñido apagado y el grito de dolor de una mujer.

Luego, un segundo disparo hizo eco en el valle, y el estruendo desgarró el corazón de Wendy. El sonido de un cuerpo golpeando el suelo fue lo último que oyó, antes de que el miedo subiera a su pecho, sofocándola.

Trepó hasta la diminuta abertura de la pared y se asomó al exterior, esforzándose por captar algo en la espesa oscuridad. La ventana daba al barranco, pero captaba una pequeña sección del camino pavimentado junto a la entrada. A la tenue luz de la luna, vio la pierna de una mujer tendida en el suelo, goteando sangre del tobillo donde la habían atado igual que a Wendy; el resto del cuerpo oculto a la vista por la esquina de la casa.

Él la había matado.

Una oleada de desesperación llenó sus pulmones y la dejó salir. El grito le abrasó la garganta mientras golpeaba la puerta con ambos puños.

Nada más que el silencio respondió a su agonía.

CAPÍTULO CINCUENTA Y SIETE

Detective

Lo primero que Kay oyó fue la voz de Elliot dirigiendo la recogida de pruebas de la cabaña. Quería que los oficiales inspeccionaran todas las habitaciones y metieran todo lo que encontraran en bolsas de pruebas, sin excepciones.

Abrió los ojos y parpadeó varias veces hasta que su visión doble se aclaró y las dos imágenes de su realidad se superpusieron en una sola, con claridad. Estaba tumbada en el sofá, cubierta con una manta, y tenía algo en la nuca que no correspondía. Al levantar la mano, sintió una venda de gasa y esparadrapo que probablemente le había puesto un sanitario.

Se movió y trató de levantarse, pero desistió durante un momento, presa del mareo y las náuseas. Intentó tragar, pero el dolor insoportable que sentía en la garganta hizo que se arrepintiera.

—Estás despierta —dijo Elliot con suavidad, acucillándose a su lado—. ¿Cómo te sientes?

Kay intentó responder, pero solo le salió un ronco susurro. Se tocó la garganta y la sintió sensible bajo los dedos, dolorida con cada respiración y cada movimiento. Se agarró al brazo de Elliot y se sentó en un lado del sofá, apartando la manta. Reconoció el dibujo e hizo una mueca de dolor.

—¿Me tomas el pelo? —dijo con un susurro estrangulado y áspero.

Era una de las mantas que el asesino utilizaba para envolver a sus víctimas antes de enterrarlas.

—Lo siento —respondió Elliot—. No teníamos nada más.

Se puso en pie, un poco insegura al principio, pero luego encontró fuerzas. La cabaña estaba repleta de policías y empezaba a amanecer, coloreando las ventanas de rosa y morado neblinoso. Se acercó a la puerta y miró fuera, curiosa por ver la ubicación del lugar a la luz del día.

El patio asfaltado estaba abarrotado de todoterrenos y vehículos especiales de cuatro plazas, y había una dotación del cuerpo de bomberos preparándose para descender al barranco. No había ninguna carretera de acceso que condujera a la cabaña, solo un sendero a través del bosque.

—¿Los niños? —preguntó mirando a Elliot.

—Los encontramos —respondió tras una breve vacilación—. Encontramos a Matthew y a Hazel —añadió, bajando la mirada al suelo—. Ann está muerta. —Señaló hacia el barranco.

—Él la mató —dijo, preguntándose cómo había podido equivocarse tanto con ese fragmento del perfil.

—Parece que fue un accidente, un intento de fuga que salió mal —respondió Elliot—. Pero hizo que los otros chicos la enterraran.

—Para silenciarlos y someterlos —susurró, dándose cuenta—. ¿Puedo hablar con ellos? —preguntó, dolida con cada sílaba que salía de su boca.

—Los Servicios Sociales están con ellos, en Mount Chester —respondió—. Los hemos sacado de aquí en cuanto hemos podido.

—¿Y la mujer? —preguntó, recordando los lamentos y los golpes contra la puerta que había oído.

—Está bien, tanto como se podía esperar —dijo Elliot, con la tristeza filtrándose en su voz. Luego se aclaró la garganta y continuó—: Wendy Doyle, una turista de Phoenix, Arizona.

Kay se quedó mirando el sol naciente, ardiendo a través de la niebla y prometiendo un cielo despejado. Sintió que el aire frío le rozaba el alma y se rodeó con los brazos, temblando y con los dientes rechinando. Elliot se quitó la chaqueta y se la puso sobre los hombros. Sintiendo el calor que desprendía, deslizó los brazos por las mangas.

—No sé cómo lo haces —dijo Elliot—. ¿Cómo puede alguien hacer este tipo de trabajo para ganarse la vida?

Se encogió de hombros, el repentino movimiento encendió el dolor en su cráneo.

—Alguien tiene que hacerlo —dijo, sonriendo triste—. Mientras exista gente como Stevens, alguien tiene que hacerlo.

—Pero ¿por qué tú? —preguntó Elliot.

Lo miró a los ojos un momento, buscando el motivo de su insólita pregunta. ¿Dudaba de su capacidad para hacer el trabajo? Después de lo ocurrido la noche anterior, ella también lo dudaba. Se había puesto en peligro sin pensárselo bien, sin ir sobre seguro. Podría haber muerto. Estúpida bravuconada... y, sin embargo, lo volvería a hacer, si eso hubiera acortado el calvario de esos niños, aunque fuera un minuto.

Pero lo que vio en los ojos de Elliot no eran dudas; era algo personal y profundo, algo que temía descubrir, insegura de a dónde la llevaría. Desvió la mirada y decidió darse tiempo para recuperarse antes de volver a mirar aquellos ojos azules.

—Porque se me da bien.

Vio cómo los forenses cargaban una camilla en un vehículo y la sujetaban con correas. Cuando estaban a punto de terminar, se acercó y preguntó:

—¿Puedo?

Subió a un lado del todoterreno para abrir la bolsa y ver la cara de Nick. El color de su rostro se había desvanecido por completo, pero aún quedaba algo de su profunda rabia grabada para siempre en sus rasgos, como si llevara una máscara grotesca.

—¿Por qué crees que dejó ir a los niños? —preguntó Elliot—. A algunos los dejó ir, a otros se los quedó, pero no estaban heridos, no físicamente. —Se metió las manos en los bolsillos de los vaqueros, temblando—. En eso tenías razón —añadió—. ¿Cómo lo sabías?

Ella sonrió y le dijo:

—¿Puedo ofrecerte la manta?

—Paso —respondió, trotando en el acto para entrar en calor.

—Estaba haciendo una recreación —respondió, llevándose una mano a la garganta y palpándose donde más le dolía. Apenas podía tocarse la piel; probablemente tardaría un tiempo en volver a sentirla normal. En cuanto a olvidar lo que había sucedido en la vertiente oriental de las montañas de Mount Chester, eso nunca iba a suceder.

—¿Recreación? ¿De qué?

—De su infancia —respondió—. Fue rechazado porque Meg Stinson, su madre, temía por la seguridad de sus hermanos pequeños. —Se detuvo un momento, preguntándose cuánto quería compartir del perfil que ya había cumplido su propósito—. Y por la mía. —Intentó tragar saliva

de nuevo, y esta vez no le fue imposible—. Su madre no confiaba en él para que estuviera cerca de niños más pequeños. Él intentaba demostrarle que estaba equivocada.

—Entonces, ¿qué trataba de hacer? ¿Criarlos como si fueran suyos?

Era una idea intrigante, pero la patología del sudeste apuntaba hacia una explicación diferente.

—Estaba reviviendo su pasado, recreándolo al detalle —dijo, ensimismada. La teoría tenía sentido; todo lo que Stevens había hecho apuntaba a que estaba revocando su trauma infantil—. Matthew Hendricks representaba a Sam, el hermano pequeño de Stevens, y Hazel Nolan a su hermana, Judy. Creo que por eso dejó marchar a Tracy. La hija de Shannon no encajaba en el cuadro; su fijación exigía una chica y un chico, y Tracy sobraba. Quería que se pareciera lo más posible a la realidad, para demostrar a su madre que se podía confiar en él con niños pequeños.

—¿Confiar? —se burló, enarcando una ceja con sorpresa—. ¿Así, reteniendo a niños como rehenes en medio de la nada y matando a sus madres? ¿En serio? —Miró hacia otro lado, a lo lejos, era evidente que algo le preocupaba—. Más o menos lo conocía, tanto como un policía puede conocer al fiscal que lo sube al estrado al menos dos veces al año. Sin embargo, nunca me pareció que tuviera delirios. —Hizo una pausa mientras fruncía el ceño—. Bueno, tampoco nunca me pareció un asesino en serie.

Le dio una palmada en el codo.

—Por eso a algunos no los pillan en años, o nunca. Se integran demasiado bien en la sociedad y nadie sospecha de ellos. Pero en algún lugar de su interior tienen un mundo totalmente distinto, alimentado por el trauma y la rabia, donde los valores cambian y la realidad se funde con impulsos retorcidos y fantasías homicidas. Se ven obligados a actuar en consecuencia, y lo hacen.

El todoterreno que transportaba el cuerpo de Nick Stevens desapareció en el bosque a poca velocidad. Kay había terminado con aquel lugar, estaba lista para irse a casa, ducharse y dormir. Pero le quedaba una cosa por hacer.

Jacob.

Él no debía estar en la cárcel, y ella necesitaba decirle a alguien que él también había sido una víctima, un accesorio en un juego de trampas. ¿A quién podía llamar? A su abogado, por ejemplo.

—Doctora Sharp —oyó que la llamaba una voz. Se volvió y vio al sheriff Logan, con una leve sonrisa en los labios.

—Sheriff —respondió ella, con la voz todavía áspera, apenas audible por encima del ruido de fondo de la escena—. Quería pedirle que pusiera en marcha el engranaje para la liberación de mi hermano. Le tendieron una trampa. Puedo dar fe de ello.

Su sonrisa se amplió.

—Ya está en marcha, doctora. Lo que me lleva a la razón por la que quería hablar con usted antes de que se marchara.

Se acercó y sacó algo del bolsillo, pero mantuvo la mano baja. Ella no pudo ver lo que era.

—Cuando Jacob sea liberado, y espero que eso ocurra hoy, probablemente querrá volver a San Francisco, a su prestigioso trabajo en el FBI y al glamur de la vida en la gran ciudad.

Asintió. No era algo en lo que hubiera estado pensando. Miró a Elliot, pero su expresión era impenetrable.

—No puedo competir con eso —continuó el sheriff—, pero que me aspen si no lo intento. —

Abrió el objeto que sostenía y dejó al descubierto una estrella dorada sujeta a un soporte de cuero negro de dos caras—. Espero que acepte quedarse y ser detective aquí, en Mount Chester, por un tercio de la paga del FBI y nada del glamur.

Con los ojos muy abiertos, miró fijamente al sheriff durante un momento, luego alargó la mano, cogió la estrella de siete puntas y pasó la yema de un dedo por el brillante metal.

—Dejaré que lo piense —dijo Logan, luego se llevó dos dedos al ala del sombrero en un rápido saludo y se alejó.

—Bueno, detective —dijo Elliot, sonriendo.

Estaba radiante, tan emocionado ante la idea de que ella se quedara que la hizo sonreír.

—Todavía no —respondió ella—. Tengo que pensar en esto. Pero estoy lista para terminar aquí y subirme a un todoterreno que me lleve a la casa de Nick, donde dejé mi coche. Estoy muerta de cansancio, y creo que todas las preguntas ya han sido respondidas.

—Todas menos una —dijo, mostrándole una foto en su teléfono—. El cuchillo de tu padre.

Su corazón dejó de latir un instante. Con dedos temblorosos, le quitó el teléfono de la mano y se quedó mirando la foto.

Al principio, no reconoció el cuchillo, fotografiado a través del plástico transparente de una bolsa de pruebas. Era un cuchillo de caza con un mango metálico de tres remaches, grabado con su nombre, Gavin Sharp. Debía de ser un regalo de alguien, quizá de sus compañeros de trabajo.

Cerró los ojos, procesando cada implicación de lo que acababa de ver.

El cuchillo con el que su padre había apuñalado a su madre seguía enterrado, oxidándose cerca de sus huesos, donde nadie sabía que se encontraba. Era un cuchillo de cocina con mango de plástico, no un cuchillo de caza grabado.

Entonces, ¿cómo sabía Nick lo de su padre? ¿O no lo sabía? ¿Y de dónde había sacado el cuchillo de caza?

Recordó que el domingo por la mañana, cuando se despertó y encontró a Elliot cortando el césped, él había jurado que había encontrado la puerta del garaje abierta. Ella sabía que la había cerrado la noche anterior. El cuchillo de su padre debía de estar en algún lugar del garaje, y Nick debió de rebuscar entre los trastos hasta encontrar algo que le sirviera. Luego, había dejado la puerta abierta... tal vez porque Elliot llegó muy temprano, antes del amanecer, y lo sorprendió.

—Puedo entender que, como fiscal del distrito, Stevens hiciera que me detuvieran, y comprendo por qué —dijo Elliot, aparentemente sorprendido de que guardara silencio—. Detener al detective principal a mitad del proceso puede descarrilar una investigación. A medida que se va entregando el caso, pueden perderse detalles. Pero ¿por qué metió a tu padre en esto?

No habló, seguía preguntándose lo mismo. ¿Cuánto había sabido Nick?

—¿Qué es lo que no me estás contando, Kay? —insistió Elliot, con el ceño fruncido por la preocupación.

Reprimió un escalofrío con la brisa fría.

—Tal vez él sabía algo que yo no —dijo—. Sabía que yo estaba trabajando en el caso contigo; lo supo todo el tiempo. Probablemente esperaba despistarme si me preocupaba de que mi padre estuviera implicado de algún modo. —Respiró el aire fresco de la mañana, disfrutando de los rayos del sol en la cara—. Lástima que ahora no pueda hablar.

—Ajá —respondió Elliot, y ella sintió que una punzada de tristeza descendía sobre su corazón. Siempre tendría que cargar con el peso de lo ocurrido aquella noche. Nunca se libraría de ello, ni

tampoco Jacob. Pero tal vez había una forma de vivir con lo ocurrido, de vivir una buena vida, libre de los fantasmas del pasado.

—¿Lista para irte? —preguntó Elliot, señalando hacia un todoterreno estacionado a pocos metros hacia el bosque—. Podemos coger ese.

Se dirigió rápidamente hacia el vehículo, contenta de estar a punto de abandonar aquel lugar, con la estrella de siete puntas aún en la mano. Intentó metérsela en el bolsillo, pero no cabía, la funda era demasiado ancha. Sin más opciones, se la colocó en la parte trasera en el cinturón y la llevó como la mayoría de los policías.

Estaba casi en el vehículo, escuchando el relato de Elliot sobre cómo habían encontrado la cabaña de madera, cuando el agente Hobbs pasó junto a ellos y sonrió.

—Buenos días, detective —dijo, mirándola.

Una sonrisa involuntaria se dibujó en la comisura de sus labios. Le gustaba cómo sonaba eso.

UNA CARTA DE LESLIE

Muchas *gracias* por leer *La chica del lago silencioso*. Si te ha gustado y quieres estar al día de todas mis novedades, suscríbete en el siguiente enlace. Tu dirección de correo electrónico nunca será compartida, y puedes darte de baja en cualquier momento.

www.bookouture.com/leslie-wolfe

Cuando escribo un nuevo libro, pienso en ti, el lector, en lo que te gustaría leer a continuación, en cómo te gustaría pasar tu tiempo de ocio y en lo que más aprecias del tiempo que pasas en compañía de los personajes que creo, experimentando indirectamente los retos que les planteo. Por eso me encantaría saber tu opinión. ¿Te ha gustado *La chica del lago silencioso*? ¿Te gustaría que la detective Kay Sharp y su compañero Elliot Young volvieran en otra historia? Tus comentarios son muy valiosos para mí y te agradezco que me cuentes lo que piensas. Ponte en contacto conmigo directamente a través de uno de los canales que encontrarás a continuación. El correo electrónico funciona mejor: LW@WolfeNovels.com. Nunca compartiré tu dirección con nadie, y te prometo que recibirás mi respuesta.

Si te ha gustado mi libro, y si no es mucho pedir, tómate un momento y deja una reseña en una red social o donde hayas comprado el libro. Puedes recomendar *La chica del lago silencioso* a otros lectores. Las reseñas y las recomendaciones personales ayudan a los lectores a descubrir nuevos títulos o nuevos autores por primera vez. Gracias por tu apoyo, y espero seguir entreteniéndote con mi próxima historia. Hasta pronto.

Gracias,
Leslie

LW@WolfeNovels.com

www.WolfeNovels.com

wolfenovels

Sigue a Leslie en Amazon: <http://bit.ly/WolfeAuthor>

Sigue a Leslie en BookBub: <http://bit.ly/wolfebb>

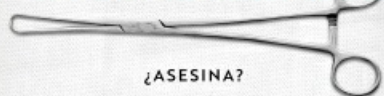
CIRUJANA DE
CONFIANZA



ESPOSA DEDICADA



LA CIRUJANA



¿ASESINA?



LESLIE WOLFE

¡UN GIRO QUE NO VI VENIR!
- GOODREADS

JENTAS

La cirujana

Wolfe, Leslie

9788742812631

320 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Cirujana de confianza. Esposa dedicada. ¿Asesina?

Antes de que mi mundo se derrumbara, lo tenía todo. Una exitosa carrera. Una casa de ladrillo rojo preciosa, donde podía relajarme frente a la chimenea. Un apuesto y devoto marido cuyos ojos azules y sonrisa encantadora siempre me hicieron sentir segura. Cuando digo la hora de la muerte, mi voz es firme. Mis compañeros permanecen en silencio a mi alrededor con los ojos fijos en mí, confundidos, preocupados.

Nunca he perdido a un paciente hasta hoy.

Mis manos tiemblan dentro de los guantes de látex. Me deslizo por las frías paredes de azulejos. Mi corazón se acelera en mi pecho.

Nunca he odiado a un paciente hasta hoy.

Pero ¿qué opción tenía después de haberlo reconocido?

¿Y qué haré para protegerme si alguien se entera de la verdad?

Un apasionante thriller psicológico que te pondrá el pelo de punta y te hará contener la respiración hasta el sorprendente giro final.

Opiniones sobre "La cirujana":

«**¡¡¡Guau!!!... ¡¡¡Un thriller psicológico que no podrás dejar!!!... ¡¡Te sorprenderá**

una y otra vez!!... Absolutamente adictivo». – *Ratón de biblioteca86* ★ ★ ★ ★ ★

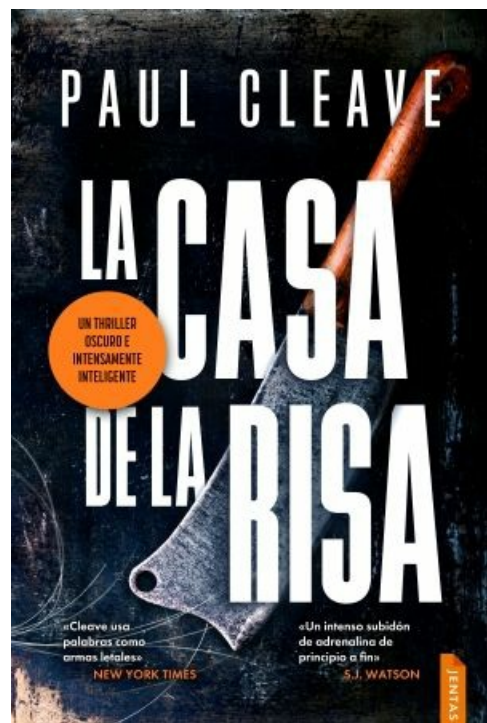
«Me estaba aferrando a cada palabra... Suspense, intriga, acción, asesinato, misterio, traición y algunos giros inesperados... ¡Definitivamente no te pierdas este libro!». – *Reseña en NetGalley* ★ ★ ★ ★ ★

«¡¡¡Nunca he leído un thriller tan fantástico en mi vida!!! Estaba constantemente en suspenso, conteniendo la respiración y vigilando mi recuento de páginas porque no podía esperar a ver cómo terminaba el libro... ¡Si pudiera, este libro tendría 10 estrellas!». – *Reseña en Goodreads* ★ ★ ★ ★ ★

«Un thriller fascinante y de ritmo rápido... Te engancha desde el principio, llevándote en un viaje salvaje y retorcido... Pude leer este en unas 9 horas porque me negué a hacer nada más... ¡Suspense increíble, absolutamente adictivo!». – *@rubie_reads* ★ ★ ★ ★ ★

«¡Qué lectura más emocionante! Mi corazón está acelerado... Me enganchó de principio a fin. Devoré "La cirujana" en menos de 2 días... ¡Absolutamente perfecto!». – *Reseña en NetGalley* **«No podía dejar de leer... ¡Alucinante!».** – *Reseña en Goodreads* ★ ★ ★ ★ ★

[Cómpralo y empieza a leer](#)



La casa de la risa

Cleave, Paul

9788742812730

498 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Quince años han pasado desde el horrible día en el que la pequeña Jessica Cole, de diez años, apareció muerta en un viejo matadero abandonado, al que alguien había dado el macabro nombre de «la casa de la risa». Fue el primer caso de Theodore Tate y nunca ha podido olvidar el crimen y la espeluznante escena que se encontró allí. Pero localizaron al asesino. Lo detuvieron. Por lo menos eso pensaron, hasta ahora. Un nuevo asesino ha llegado a Christchurch y tiene en su mira a todas las personas que estuvieron envueltas en el caso de Jessica. Cuando el doctor en psiquiatría Nicholas Stanton y sus tres hijas son secuestrados, Tate sabe que el reloj corre y que tiene que encontrar con rapidez la conexión entre el asesino, la casa de la risa y el súbito crecimiento en la tasa de homicidios de la ciudad. Mientras tanto, el psiquiatra se enfrenta a una decisión devastadora: cuál de sus hijas será la primera en morir. De ritmo rápido, oscuro e intensamente inteligente, este emocionante thriller representa un nuevo y brillante capítulo en la carrera del escritor bestseller Paul Cleave, mundialmente reconocido por sus libros de novela negra.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

MÁS DE TRES MILLONES EJEMPLARES VENDIDOS

Angela
MARSONS

GRITO DEL SILENCIO

UN THRILLER DE
KIM STONE



Grito del silencio

Marsons, Angela

9788742812167

300 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Ni siquiera los secretos más tenebrosos pueden permanecer enterrados para siempre

Cinco figuras se reúnen alrededor de una sepultura poco profunda. Se han turnado para excavar. La fosa de un adulto les habría tomado más tiempo. Una vida inocente ha caído en sus manos, pero han hecho un pacto. Sus secretos quedarán enterrados, sellados con sangre... Años más tarde, la directora de un colegio aparecerá brutalmente estrangulada, y ella será solo la primera de una serie de horribles asesinatos que conmoverán Black Country.

Después, cuando se descubren restos humanos en una antigua casa de asistencia, con ellos se desentierran, también, secretos inquietantes. La detective Kim Stone pronto se dará cuenta de que está a la caza de un individuo tortuoso cuya ola de homicidios se ha extendido por decenios. Se acumularán más muertes y Kim se verá forzada a detener al homicida antes de que vuelva a atacar. Pero, para atraparlo, ¿podrá confrontar los demonios de su propio pasado antes de que sea demasiado tarde?

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Chris
CARTER

EL ASESINO DEL
CRUCIFIJO

Tu única esperanza es morir. ¡Cuanto antes!

El asesino del crucifijo

Carter, Chris

9788771075779

400 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Tu única esperanza es morir. ¡Cuanto antes!

El cuerpo de una mujer brutalmente asesinada es hallado en una cabaña abandonada en el Parque Nacional de los Los Angeles. Desnuda, atada a dos postes de madera y con la piel de la cara desollada –cuando aún seguía con vida.

En la nuca tiene grabado un extraño símbolo, un crucifijo doble: la firma de un psicópata conocido como el Asesino del Crucifijo. Pero no es posible porque el Asesino del Crucifijo fue arrestado y ejecutado dos años atrás.

¿Podría tratarse de un imitador? ¿Alguien con acceso a los detalles de los primeros asesinatos, detalles complejos que nunca se habían hecho públicos? ¿O acaso el detective Robert Hunter tendrá que hacer frente a lo inconcebible? ¿Andará aún suelto el auténtico Asesino del Crucifijo, dispuesto a embarcarse en una nueva matanza indiscriminada y sádica? ¿Seguirá eligiendo a sus víctimas al azar y provocando al detective Hunter, incapaz de atraparlo?

Robert Hunter y su novato compañero están a punto de adentrarse en una pesadilla que supera toda imaginación y donde el concepto de una muerte rápida no existe.

« Un espeluznante y compulsivo retrato de un psicópata que sitúa a Carter al nivel de Jeffery Deaver. » - *Daily Mail*

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Una verdad mortal

Marsons, Angela

9788742812570

460 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Cuán lejos estás dispuesto a ir para proteger tus secretos más siniestros?

«Suicidio», dicen todos cuando encuentran a la adolescente Sadie Winters muerta a un lado del edificio. Este parece haber sido el devastador acto final de una niña cargada de problemas. Pero, cuando en la misma escuela aparece el cuerpo maltrecho de otro chico, se hace evidente, para la detective Kim Stone, que estas muertes no han sido accidentes trágicos.

Mientras Kim y su equipo comienzan a desentrañar la siniestra red de secretos, una de las profesoras parece tener la clave de la verdad; pero, cuando está a punto de romper el silencio, muere en circunstancias sospechosas.

Con más vidas de niños en peligro, la detective tiene que arrostrar lo impensable: la posibilidad de que un alumno pudiera ser el culpable de los asesinatos. Sus intentos por profundizar en la psicología de los niños asesinos la ponen en contacto con su antigua adversaria, la doctora Alex Thorne, una peligrosa sociópata que tiene por vocación destruir a Kim.

Desesperada por atrapar al asesino, la detective descubre un vínculo entre los homicidios recientes y las novatadas de hace algunos decenios. Pero la salvación de esas vidas inocentes tiene un costo... Y, en el equipo de Kim, alguien tendrá que pagar el precio más alto.

[Cómpralo y empieza a leer](#)